Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

4/7/10

N° 487.

Digitized by Google

1-1-10

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS MISERABLES.

Digitized by Google

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

5325848465

b24207378
13630185

Digitized by Google

R.4.399
4-7-70
840-31"18"
HUG
FH
3816-4

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

LOS

MISERABLES

POR

VICTOR HUGO,

EDICION ILUSTRADA CON LAMINAS,

TRADUCCION

DE D. NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

TOMO IV.

ESCUELA NORMAL DE MAESTROS

MADRID.
IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG,
CALLE DEL PRINCIPE, NUM. 4.
1863.

Digitized by Google

Digitized by Google

4-1-16

CUARTA PARTE.

EL IDILIO
DE
LA CALLE PLUMET
Y
LA EPOPEYA DE LA CALLE DE SAN DIONISIO.

LIBRO PRIMERO.

ALGUNAS PÁGINAS DE HISTORIA.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

BIEN CORTADO.

Los años de 1831 y 1832 que siguieron inmediatamente á la revolucion de julio, son uno de los momentos mas particulares y mas notables de la historia. Estos dos años, en medio de los que les preceden y les siguen, aparecen como dos montañas: tienen la grandeza revolucionaria; en ellos se descubren precipicios. Las masas sociales, las hiladas mismas del edificio de la civilizacion, el grupo sólido de los intereses sobrepuestos y adherentes, los perfiles seculares de la antigua formacion francesa, aparecen y desaparecen á cada instante al través de las nubes tempestuosas de los sistemas, de las pasiones y de las teorías.

Estas apariciones y estas desapariciones han sido llamadas la resistencia y el movimiento. Por intervalos se ve brillar entre ellas la verdad, que es la luz del alma humana.

Digitized by Google

Esta época notable está bastante circunscrita, y principia á alejarse bastante de nosotros para que puedan apreciarse desde ahora sus líneas principales.

Vamos á tratar de hacerlo.

La Restauracion habia sido una de esas fases intermedias difíciles de definir, en que se encuentran cansancio, zumbido, murmullos, sueño, tumulto, y que no son mas que la llegada de una gran nacion á una etapa. Estas épocas son muy singulares, y engañan á los políticos que quieren esplotarlas. Al principio, la nacion no pide mas que el reposo; no tiene mas que sed de paz, ni mas ambicion que ser pequeña. Todo esto traducido quiere decir, permanecer tranquila, porque los grandes sucesos, las grandes casualidades, las grandes aventuras, los grandes hombres, gracias á Dios, se ha visto demasiado que abundan hasta cansarnos. En ciertas ocasiones se daria á César por Prusias, y á Napoleon por el rey de Ivetot. « ¡Qué buen reyecito era aquel! » Cuando se ha caminado desde el amanecer, cuando se ha andado una jornada larga y penosa, cuando se ha hecho la primera parada con Mirabeau, la segunda con Robespierre y la tercera con Napoleon, se encuentra uno derrengado, y lo que desea es una cama.

La fidelidad cansada, el heroismo envejecido, las ambiciones satisfechas y las fortunas adquiridas, buscan, reclaman, imploran y solicitan, ¿el qué? Un lugar de descanso. Y le tienen, toman posesion de la paz, de la tranquilidad, del ocio; y ya están contentos. Mientras tanto, surgen ciertos hechos, se dan á conocer, y llaman á la puerta cada uno por su lado. Estos hechos salen de la revolucion y de las guerras, y existen, viven, tienen el derecho de instalarse en la sociedad, y se instalan; y la mayor parte del tiempo, los hechos son aposentadores y furrieles, que no hacen mas que preparar la habitacion á los principios.

Y véase entonces lo que se presenta á los filósofos políticos.

Al mismo tiempo que los hombres cansados piden el reposo, los hechos consumados piden garantías. Las garantías para los hechos son como el reposo para los hombres.

Esto es lo que Inglaterra pedia á los Estuardos despues del Protectorado; lo que Francia pedia á los Borbones despues del Imperio.

Estas garantías son una necesidad de los tiempos, y es preciso concederlas. Los príncipes las «otorgan,» pero en realidad las da la fuerza

Digitized by Google

de las cosas; verdad útil y profunda que ignoraron los Estuardos en 1662, y que los Borbones no vislumbraron aun en 1814.

La familia predestinada que volvió á Francia cuando cayó Napoleon, tuvo la inocencia fatal de creer que era ella la que daba, y que lo que habia dado lo podia volver á tomar; que la casa de Borbon poseia el derecho divino; que la Francia no poseia nada, y que el derecho político concedido en la Carta de Luis XVIII no era mas que una rama del derecho divino, separada por la casa de Borbon y concedida graciosamente al pueblo, hasta el dia en que el rey quisiera recogerla de nuevo. Sin embargo, la casa de Borbon podia haber conocido en el disgusto que le causaba, que no salia de ella esta concesion.

Esta casa se presentó huraña en el siglo XIX; puso mala cara á los desahogos de la nacion; y para servirnos de una palabra trivial, es decir, popular y verdadera, estaba de hocico; el pueblo lo vió.

Creyó que tenia fuerza, porque el Imperio habia desaparecido delante de ella como una decoracion de teatro, sin conocer que ella habia venido de la misma manera; no vió que estaba en la misma mano que habia hecho desaparecer á Napoleon.

Creyó que estaba arraigada en el pueblo porque era lo pasado, y se engañaba: era una parte de lo pasado; pero todo lo pasado era Francia. Las raices vivas y profundas de la sociedad francesa no estaban en los Borbones, sino en la nacion; no constituian el derecho de una familia, sino la historia de un pueblo, y estaban en todas partes, escepto en el trono.

La casa de Borbon era para la Francia el nudo ilustre y sangriento de su historia, mas no el elemento principal de su destino, ni la base necesaria de su política. Podia pasarse sin los Borbones, como se habia pasado veintidos años; habia habido una solucion de continuidad, pero ellos lo negaban. ¿Y cómo no habian de negarlo ellos, que creian que Luis XVII reinaba el 9 termidor, y que Luis XVIII reinaba el dia de Marengo? Nunca, desde el orígen de la historia, habia habido príncipes tan ciegos en presencia de los hechos y de la parte de autoridad divina que contienen y promulgan; nunca esa pretension humana, que se llama el derecho de los reyes, habia negado hasta tal punto el derecho divino.

Error capital que llevó á esta familia á poner mano en las garantías

Digitized by Google

«otorgadas» en 1814, en las concesiones, como ella las llamaba; y cierto que era triste cosa ver que llamaba sus concesiones á lo que eran nuestras conquistas; que llamaba nuestras usurpaciones, á lo que eran nuestros derechos.

La Restauracion, cuando creyó llegada la hora, cuando se creyó victoriosa de Bonaparte, y arraigada en el pais, es decir, cuando se creyó fuerte y profunda, tomó bruscamente su partido y se arriesgó á dar un golpe. Una mañana se levantó poniéndose en frente de Francia; y elevando la voz, negó el título colectivo y el título individual; á la nacion, la soberanía, y al ciudadano, la libertad; en otros términos, negó á la nacion lo que la hacia nacion, y al ciudadano lo que le hacia ciudadano.

Esta es la esencia de esos actos célebres, que se llaman los Decretos de julio.

La Restauracion cayó.

Y cayó con justicia, aunque debamos decir aquí que no fue absolutamente hostil á todas las formas del progreso, y que se habian hecho grandes cosas á su lado.

En tiempo de la Restauracion, la nacion se habia acostumbrado á la discusion tranquila, cosa que no habia tenido en tiempo de la República, y á la grandeza en la paz, cosa que no habia tenido durante el Imperio. El espectáculo de la Francia, libre y fuerte, habia sido un estímulo para los demás pueblos de Europa: la revolucion habia tenido la palabra en tiempo de Robespierre, el cañon en tiempo de Bonaparte; pero en tiempo de Luis XVIII y Cárlos X tuvo á su vez la palabra la inteligencia. Cesó el viento, y se encendió de nuevo la antorcha; vióse brillar en las serenas cimas la luz del pensamiento; espectáculo magnífico, útil y agradable. Vióse trabajar por espacio de quince años en plena paz, en medio de la plaza pública, á esos grandes principios, tan antiguos para el pensador, y tan nuevos para el hombre de Estado: la igualdad ante la ley, la libertad de la conciencia, la libertad de la palabra, la libertad de la prensa, la accesibilidad de todas las clases á todos los cargos. Esto duró hasta 1830. Los Borbones fueron un instrumento de civilizacion, que se quebró en manos de la Providencia.

La caida de los Borbones tuvo mucha grandeza, no por parte suya, sino por parte de la nacion. Dejaron el trono con gravedad, pero sin au-

Digitized by Google

toridad; su caida, en medio de la noche, no fue una de esas desapariciones solemnes que dejan una sombría emocion en las páginas de la historia; no fue ni la tranquilidad sepulcral de Cárlos I, ni el rugido de águila de Napoleon. Se fueron; esto es lo mejor que puede decirse: depusieron la corona, y no conservaron la aureola; fueron dignos, pero no augustos; faltaron en cierto modo á la magestad de su desgracia. Cárlos X, en el viaje de Cherburgo, haciendo cortar una mesa redonda para cuadrarla, pareció mas cuidadoso de la etiqueta en peligro que dé la monarquía que se derrumbaba. Esta pequeñez entristeció á los hombres fieles que amaban su persona, y á los hombres graves que honraban su raza. El pueblo estuvo admirable; la nacion, atacada una mañana á mano armada por una especie de insurreccion real, se sintió tan poderosa, que no tuvo ni aun cólera; se defendió, y se contuvo; volvió las cosas á su lugar; el gobierno á la ley, y los Borbones al destierro. Pero ¡ah! se detuvo. Tomó al viejo rey Cárlos X de bajo el dosel que habia abrigado á Luis XIV, y le puso en tierra suavemente; no tocó á las personas reales sino con tristeza y precaucion. Esto no lo hizo un hombre, no lo hicieron algunos hombres; lo hizo la Francia, la Francia entera, la Francia victoriosa y embriagada con la victoria, que parecia recordar, y que practicó á los ojos del mundo entero, estas graves palabras de Guillermo Du Vair, despues de la jornada de las barricadas:—«Es »muy fácil á los que se han acostumbrado á aprovecharse de los favores »de los grandes, y á saltar como un pájaro de rama en rama, de una »situacion aflictiva á otra floreciente, manifestarse atrevidos contra su »príncipe en la adversidad; pero en cuanto á mí, la suerte de mis re»yes me será siempre venerable, y principalmente la de los desgra»ciados.»

Los Borbones cayeron con respeto, pero sin sentimiento: como hemos dicho, su desgracia fue mas grande que ellos; y desaparecieron en el horizonte.

La revolucion de julio tuvo inmediatamente amigos y enemigos en el mundo entero. Unos se precipitaron hácia ella con entusiasmo y alegría; otros le volvieron la espalda: cada uno segun su naturaleza. Los príncipes de Europa, en el primer momento, como los buhos de esta aurora, cerraron los ojos, heridos y estupefactos, y no los abrieron sino para amenazar; temor que se comprende, cólera que se disculpa. Esta

Digitized by Google

estraña revolucion apenas habia sido un choque; no habia hecho al realismo vencido ni aun el honor de tratarle como enemigo, y verter su sangre. A los ojos de los gobiernos despóticos, siempre interesados en que se calumnie la libertad á sí misma, la revolucion de julio habia cometido la falta de presentarse formidable, y ser tranquila. Por lo demás, nada se intentó ni se maquinó contra ella. Los mas descontentos, los mas irritados, los mas temblorosos, la saludaban; cualesquiera que sean nuestro egoismo y nuestros rencores, siempre emana un respeto misterioso de los sucesos en que se descubre la colaboracion de alguno que trabaja desde lugar mas elevado que el hombre.

La revolucion de julio es el triunfo del derecho derrocando el hecho: una cosa llena de esplendor.

El derecho derrocando el hecho: de aquí proviene el esplendor de la revolucion de 1830, y de aquí tambien su mansedumbre: el derecho que triunfa no tiene necesidad de ser violento.

El derecho es lo justo y lo verdadero.

El carácter del derecho es permanecer enternamente bello y puro: el hecho, aun el mas necesario en apariencia, aun el mejor aceptado por los contemporáneos, si no existe sino como hecho, si no contiene en sí mas que un poco ó nada de derecho, está destinado infaliblemente á ser, con el tiempo, deforme, inmundo, y quizá monstruoso. Si se quiere conocer de una vez hasta qué grado de miseria puede llegar el hecho, visto á la distancia de los siglos, mírese á Maquiavelo. Maquiavelo no es un mal genio, ni un demonio, ni un escritor malvado y miserable; no es nada mas que el hecho; y no es solamente el hecho europeo; es el hecho del siglo XVI. Parece horrible, y lo es ante la idea moral del siglo XIX.

Esta lucha del derecho y del hecho existe desde el principio de las sociedades; el trabajo de los sabios tiene por objeto terminar el duelo, amalgamar la idea pura con la realidad humana, hacer penetrar pacíficamente el derecho en el hecho.

Digitized by Google

II.

MAL COSIDO.

Pero uno es el trabajo de los sabios, y otro el de los hábiles.

La revolucion de 1830 se habia detenido muy pronto.

Tan luego como se calma al llegar al puerto la tempestad revolucionaria, los hábiles se apoderan del buque náufrago.

Los hábiles, en nuestro siglo, se han conferido á sí mismos la calificacion de hombres de Estado; si bien esta palabra hombre de Estado ha concluido por pertenecer algo al caló. No se olvide, que allí donde no hay mas que habilidad, hay, necesariamente, pequeñez. Decir, pues, los hábiles, equivale á decir: las medianías.

Del mismo modo que decir: los hombres de Estado, equivale algunas veces á decir: los traidores.

A creer á los hábiles, las revoluciones, como la de julio, son artérias cortadas, y es preciso hacer pronto la ligadura. El derecho proclamado en toda su grandeza, estremece; y una vez afirmado el derecho, es necesario afirmar el Estado: asegurada la libertad, es preciso pensar en el poder.

En esto, los sabios no se separan aun de los hábiles, pero principian á desconfiar. El poder, sea; pero ante todo, ¿qué es el poder? Y despues, ¿de dónde viene?

Digitized by Google

Los hábiles aparentan no comprender esta objecion, y continúan su maniobra.

Segun estos políticos, muy ingeniosos para cubrir las ficciones de que pueden aprovecharse con una máscara de necesidad, lo que primero hace falta á un pueblo, despues de una revolucion, cuando este pueblo forma parte de un continente monárquico, es proporcionarse una dinastía. De este modo, dicen, puede tener la paz despues su revolucion; es decir, el tiempo necesario para sondear sus llagas, y reparar su casa. La dinastía oculta los andamios, y cubre los hospitales de sangre. Pero no es siempre fácil encontrar una dinastía.

En rigor, basta el primer hombre de genio, ó el primer hombre de fortuna, para hacer de él un rey. En el primer caso, resulta un Bonaparte; en el segundo, un Iturbide.

Mas para hacer una dinastía no basta una familia cualquiera. Debe haber necesariamente cierta cantidad de antigüedad en una raza; y las arrugas de los siglos no se improvisan.

Si nos colocáramos bajo el punto de vista de los «hombres de Estado» haciendo todas las reservas convenientes, y preguntáramos, despues de una revolucion, cuáles son las cualidades del rey que de ella hubiera de salir, nos responderiamos: Puede ser, y es útil que sea revolucionario, es decir, participe personal de esta revolucion, que haya puesto en ella la mano, que se haya comprometido ó distinguido en ella, que haya tocado el hacha, ó manejado la espada.

¿Cuáles son las cualidades de una dinastía? Debe ser nacional, es decir, revolucionaria á cierta distancia; no por sus actos consumados, sino por la ideas aceptadas; debe componerse de lo pasado, y ser histórica, componerse del porvenir y ser simpática.

Todo esto esplica por qué las primeras revoluciones se contentan con encontrar un hombre, llámese Cromwell ó Napoleon; y por qué las segundas quieren, absolutamente, encontrar una familia, la casa de Brunswick, ó la casa de Orleans.

Las familias reales se asemejan á esas higueras de la India, cuyas ramas se encorvan hasta la tierra, echan raices, y se convierten en nuevos troncos. Cada rama puede ser una dinastía; con la única condicion de bajarse hasta el pueblo.

Tal es la teoría de los hábiles.

Digitized by Google

Este es, pues, el arte sublime: hacer que un acontecimiento suene algo á catástrofe, para que los que se aprovechen de él tiemblen tambien; sazonar con un poco de miedo un paso de hecho; aumentar la curva de la transicion hasta retardar del progreso; endulzar la obra; denunciar y disminuir los preparativos del entusiasmo; cortar los ángulos y las uñas; acolchar el triunfo; arropar el derecho; rodear al gigante-pueblo de franela, y meterle en cama en seguida; imponer dieta á este esceso de salud; tratar á Hércules como convaleciente; desleir el acontecimiento en el espediente; ofrecer á los ánimos sedientos del ideal, este néctar con tisana; tomar sus precauciones contra el éxito demasiado grande; guarnecer la revolucion con una pantalla.

En 1830 se practicó esta teoría, aplicada ya en Inglaterra en 1688.

La de 1830 fue una revolucion detenida á media playa; progreso á medias; semi-derecho. Pero la lógica ignora el casi, absolutamente lo mismo que el sol ignora que haya velas.

¿Y quién detiene la revolucion á media playa? Esa parte de la clase media compuesta de los que de nada se han hecho algo, y miran solo á su conservacion.

¿Y por qué?

Porque esta clase media es el interés satisfecho; ayer era el apetito, hoy es la plenitud, mañana será la saciedad.

El fenómeno de 1814, despues de Napoleon, se reprodujo en 1830, despues de Cárlos X.

Se ha querido equivocadamente hacer de esa parte de la sociedad representada en el tendero que gana, una clase. Esta clase media es simplemente la parte contenta del pueblo. El individuo de esta llamada clase, es el hombre que tiene ahora tiempo para sentarse; y una silla no es una casta.

Mas por querer sentarse demasiado pronto, se puede detener la marcha del género humano; y esta ha sido casi siempre la falta de esa parte del pueblo.

No constituye una clase el cometer una falta: el egoismo no es una de las divisiones del órden social.

Por lo demás, debemos ser justos, aun respecto del egoismo; el estado á que aspiraba despues de la conmocion de 1830 esta parte de la nacion de que vamos hablando, no era la inercia, que se complica con

Digitized by Google

la indiferencia y la pereza, y que es algo vergonzosa; no era el sueño, que supone un olvido momentáneo, accesible á los ensueños; era un descanso, un alto.

Hacer alto es una frase que tiene un doble sentido singular, y casi contradictorio: tropa en marcha, quiere decir movimiento; alto, quiere decir reposo.

Hacer alto es reparar las fuerzas; es el reposo armado y despierto; es el hecho consumado que pone centinelas y se mantiene en guardia. El alto supone el combate ayer, y el combate mañana.

Este es el intermedio de 1830 y de 1848.

Lo que aquí llamamos combate puede tambien llamarse progreso.

Era preciso, pues, á esta parte de la clase media, como á los hombres de Estado, un hombre que representase esta palabra: ¡Alto! Un Atras y Adelante; una individualidad compuesta que significase revolucion y estabilidad: en otros términos; que consolidase lo presente por medio de la compatibilidad evidente de lo pasado y lo pervenir.

Este hombre se «encontró enteramente.» Se llamaba Luis Felipe de Orleans.

Los 221 hicieron rey á Luis Felipe; Laffayette se encargó de la consagracion, y llamó á la nueva monarquía *la mejor de las repúblicas*. El *Hotel de Ville* de París reemplazó á la catedral de Reims.

Esta sustitucion, de un semi-trono á un trono completo, fue la «obra de 1830.»

Cuando los hábiles hubieron concluido, apareció el vicio inmenso de su solucion: todo se habia hecho fuera del derecho absoluto. El derecho absoluto gritó: ¡Protesto! y despues, cosa formidable, se sumergió en la sombra.

Digitized by Google

III.

LUIS FELIPE.

Las revoluciones tienen el brazo terrible y la mano afortunada; pegan firme, y escogen bien. Aun incompletas, aun bastardeadas y prematuras, aun sofocadas y reducidas al estado de revolucion menor de edad, como la revolucion de 1830, les queda casi siempre bastante lucidez providencial para que no puedan caer mal. Su eclipse no es nunca una abdicacion.

Sin embargo, no nos gloriemos demasiado; las revoluciones se engañan tambien, y se han visto graves equivocaciones.

Volvamos á 1830. Este año tuvo acierto en su estravío. En el establecimiento que se llamó órden despues de la revolucion, detenida muy pronto, el rey valia mas que el realismo: Luis Felipe era un hombre raro.

Hijo de un hombre á quien la historia juzgará seguramente con circunstancias atenuantes, pero tan digno de aprecio, como su padre de censura, tenia todas las virtudes privadas, y algunas públicas; era cuidadoso de su salud, de sus bienes, de su persona, de sus negocios, conociendo el valor de un minuto y no siempre el de un año; sobrio, sereno, pacífico, sufrido; buen hombre y buen príncipe. Dormia con su

Digitized by Google

mujer, y tenia en su palacio lacayos encargados de enseñar el lecho conyugal á los ciudadanos; habia alhajado su alcoba con un lujo regular, útil despues de la antigua ostentacion ilegítima de la rama mayor: sabia todas las lenguas de Europa, y lo que es mas notable, sabia y hablaba el idioma de todos los intereses. Admirable representante de la «clase media,» pero siempre superior á ella, y mas avanzado que ella, tenia el singular talento, sin dejar de apreciar la sangre de su familia, de medirse por su valor intrínseco; y en cuanto á la cuestion de raza, hacerse Orleans y no Borbon; primer príncipe de la sangre mientras no habia sido mas que alteza serenísima; pero franco ciudadano el dia en que fue magestad; difuso en público, conciso en la intimidad; acusado de avaricia, pero sin pruebas; y en realidad, hombre económico, fácilmente pródigo respecto de su fantasía ó de su deber; literato, y poco sensible á las letras; noble, y no caballeresco; sencillo, tranquilo y fuerte; adorado de su familia y de su casa; conversador lleno de seduccion; hombre de Estado desengañado; frio interiormente, dominado por el interés inmediato; incapaz de rencor ni de agradecimiento; empleando sin piedad los talentos superiores sobre los medianos; muy hábil en vencer, por medio de las mayorías parlamentarias, esas unanimidades misteriosas que gruñen sordamente bajo los tronos; espansivo, y algunas veces imprudente en su espansion, pero de una maravillosa destreza en su imprudencia; fértil en espedientes, en fisonomías, en máscaras; metiendo miedo á la Francia con la Europa, y á la Europa con la Francia; amante seguramente de su pais, pero mucho mas de su familia; apreciando mas la dominacion que la autoridad, y la autoridad mas que la dignidad; disposicion que tiene algo de funesta, porque dirigiéndolo todo esclusivamente al éxito, admite la astucia, y no repudia absolutamente la bajeza, pero que tiene tambien algo de útil, porque preserva á la política de los choques violentos, al Estado de los rompimientos, y á la sociedad de las catástrofes; minucioso, correcto, vigilante, atento, sagaz, infatigable; contradiciéndose alguna vez, y desdiciéndose; arrogante contra el Austria en Ancona; tenaz contra Inglaterra en España; bombardeando á Amberes, y pagando á Pritchard; cantando con conviccion la Marsellesa; inaccesible al abatimiento, al cansancio, al gusto de lo bello y de lo ideal, á las generosidades temerarias, á la utopia, á la quimera, á la cólera, á la

Digitized by Google

vanidad, al temor. Tenia todas las formas de la intrepidez personal; como general en Valmy, como soldado en Jemmapes, probado ocho veces por el regicidio, y siempre con la sonrisa en los labios; valiente como un granadero, animoso como un pensador; inquieto solamente ante la suerte de una conmocion europea, é impropio para las grandes aventuras políticas; siempre dispuesto á arriesgar su vida, pero nunca su obra; disfrazando su voluntad con la influencia, con objeto de ser obedecido mas bien como inteligenoia que como rey; dotado de observacion, y no de adivinacion; poco conocedor de los talentos, pero muy conocedor de los hombres, es decir, necesitando de ver para juzgar; buen juicio, pronto y penetrante, de cordura práctica, palabra fácil, memoria prodigiosa; echando mano siempre de su memoria, único punto de semejanza que tuvo con César, Alejandro y Napoleon. Sabia los hechos, los pormenores, las fechas, los nombres propios, é ignoraba las tendencias, las pasiones, los talentos no vulgares, las aspiraciones interiores, los levantamientos ocultos y oscuros de las almas; en una palabra, todo lo que podrian llamarse las corrientes invisibles de las conciencias; aceptado por la superficie, pero algo discorde con la Francia interior; saliendo adelante con su habilidad, gobernando demasiado, y no reinando bastante, siendo su propio primer ministro; escelente para hacer de la pequeñez de las realidades un obstáculo á la inmensidad de las ideas; mezclando con una verdadera facultad creadora de civilizacion, de órden y de organizacion un espíritu estraño de procedimientos y de sutileza; fundador y procurador de una dinastía; con algo de Carlomagno, y algo de curial; en suma, figura grande y original: príncipe que supo consolidar el poder, á pesar de la inquietud de la Francia, y adquirir fuerza á pesar de los recelos de Europa. Luis Felipe será colocado entre los hombres eminentes de su siglo; y seria colocado entre los hombres de gobierno mas ilustres de la historia, si hubiese amado un poco la gloria, y hubiese tenido el sentimiento de lo grande, del mismo modo que tenia el sentimiento de lo útil.

Fuis Felipe habia sido de bella figura; y viejo ya, era gracioso: no siempre habia sido bien acogido por la Francia, pero lo habia sido por la multitud; agradaba porque tenia el don de la seduccion. La magestad no le sentaba bien; era rey y no llevaba la corona; era anciano y

Digitized by Google

no tenia el cabello blanco. Sus modales eran del antiguo régimen, y sus costumbres del moderno; mezcla del noble y del ciudadano que convenia á 1830: Luis Felipe era la transicion reinante; habia conservado la antigua pronunciacion y la antigua ortografía que ponia al servicio de las opiniones modernas; era partidario de Polonia y de la Hungría, pero escribia *les polonois* y pronunciaba *les hongrais*. Llevaba el uniforme de la Guardia nacional como Cárlos X, y el cordon de la Legion de Honor como Napoleon.

Iba poco á la iglesia, nunca á caza ni á la Opera. Era incorruptible con los sacristanes, los perreros y las bailarinas; lo cual era causa de alguna parte de su popularidad en la clase media. No tenia córte; salia con su paraguas bajo el brazo, y este paraguas ha sido por mucho tiempo parte de su aureola. Entendia un poco de albañilería, un poco de jardinería y un poco de medicina: sangraba á un postillon que se caia del caballo, y no iba nunca sin su lanceta, lo mismo que Enrique III sin su puñal. Los realistas se burlaban de este rey ridículo, único que ha derramado sangre para curar.

En el debe de la cuenta histórica contra Luis Felipe, tenemos que rebajar una partida; esta cuenta tiene tres columnas que dan cada una un total diferente; la que acusa al realismo, la que acusa al reinado, y la que acusa al rey. El derecho democrático confiscado, el progreso mirado como un interés secundario, las protestas de la calle reprimidas violentamente, la ejecuciou militar de las insurrecciones, el motin pasado por las armas, la calle Trasnonain, los Consejos de guerra, la absorcion del país real por el país legal, el gobierno de cuenta y mitad con trescientos mil privilegiados, son el hecho del realismo; la Bélgica rechazada, la Argelia duramente conquistada con mas barbarie que civilizacion, lo mismo que la India por los ingleses, la falta de fe con Abd-el-Kader, Blaye, la compra de Deutz, el pago de Pritchard, son hechos del reinado; la política mas familiar que nacional, es el hecho del rey.

Como puede verse, hecho el descuento, el cargo del rey se disminuye.

Su gran falta fue esta: haber sido modesto en nombre de la Francia. ¿De dónde proviene esta falta?

Vamos á decirlo.

Digitized by Google

Luis Felipe fue un rey demasiado padre, y esta incubacion de una familia que quiere hacerse dinastía tiene miedo de todo y no quiere aventurarse mucho; de aquí la timidez escesiva, importuna para un pueblo que tiene el 14 de julio en su tradicion civil y un Austerlitz en su tradicion militar.

Por lo demás, si prescindimos de los deberes públicos que exigen el primer lugar, la profunda ternura de Luis Felipe hácia su familia, era merecida por la familia. Aquel grupo doméstico era admirable: las virtudes se hermanaban en él con el talento. Una de las hijas de Luis Felipe, María de Orleans, hacia escribir el nombre de su raza entre los artistas, como Cárlos de Orleans le hacia escribir entre los poetas; y habia hecho de su alma un mármol al cual habia llamado Juana de Arco. Dos de los hijos de Luis Felipe habian arrancado á Metternich este elogio demagógico: *Son jóvenes como se ven muy pocos, y príncipes como no se ve ninguno.*

Este es, sin disimular nada, pero sin agravar tampoco nada, el retrato verdadero de Luis Felipe.

La fortuna de Luis Felipe en 1830 consistió en ser el príncipe-Igualdad, en llevar en sí mismo la contradiccion de la Restauracion y de la Revolucion, en poseer ese aspecto inquieto del revolucionario que se convierte en aspecto tranquilizador en el gobernante; nunca se presentó un hombre que se adaptase tan bien á un acontecimiento; entró uno en otro, y se hizo la encarnacion. Luis Felipe es 1830 hecho hombre. Además, tenia un gran precedente para el trono, el destierro. Habia estado proscrito, errante, pobre: habia vivido de su trabajo. En Suiza, aquel heredero de los dominios mas ricos de Francia, habia tenido que vender un caballo para comer; en Reichenau habia dado lecciones de matemáticas, mientras su hermana Adelaida bordaba y cosia. Estos recuerdos unidos á un rey, entusiasmaban á la clase media. Habia demolido con sus propias manos la última jaula de hierro del monte de San Miguel, construida por Luis XI, y utilizada por Luis XV; era compañero de Dumouriez, y amigo de Laffayette; habia sido individuo del club de los jacobinos; Mirabeau le habia dado golpecitos en el hombro; Danton le habia dicho: ¡Hola, jóven! A los veinticuatro años, en 1793, siendo duque de Chartres, habia asistido desde el fondo de una oscura tribuna de la Convencion al proceso de Luis XVI, tan bien calificado con el nombre de *ese pobre tirano*.

Digitized by Google

La huella que en él habia dejado la revolucion era prodigiosa; su recuerdo era como una marca viva de aquellos grandes años, minuto por minuto. Un dia, ante un testigo de quien nos es imposible dudar, rectificó de memoria toda la letra A de la lista alfabética de la Asamblea constituyente.

Luis Felipe fue un rey á la luz del dia. En su reinado, la prensa fue libre, la tribuna libre, la conciencia y la palabra libres. Las leyes de setiembre eran lúcidas. Pero aun conociendo el poder desgastador de la luz sobre los privilegios, dejó su trono espuesto á la luz. La historia, al juzgarle, tendrá en cuenta esta lealtad.

Luis Felipe, como todos los hombres históricos que han salido ya de la escena, está hoy sujeto al juicio de la conciencia humana; su proceso está aun en primera instancia.

Aun no ha sonado para él la hora en que la historia habla con su acento venerable y libre; aun no ha llegado el momento de pronunciar sobre este rey el juicio definitivo; hasta el austero é ilustre historiador Luis Blanc ha modificado hoy su primer veredicto. Luis Felipe ha sido el elegido de estos dos semis que se llaman 221 y 1830, es decir, de un semi-parlamento y de una semi-revolucion; y en todo caso, desde el punto de vista superior en que debe colocarse la filosofía, no podríamos juzgarle aquí, como se ha podido descubrir en lo que hemos dicho, sino con ciertas reservas en nombre del principio democrático absoluto. A los ojos de lo absoluto, fuera de estos dos derechos, primero el del hombre, segundo el del pueblo, todo es usurpacion. Pero hechas estas reservas, lo que podemos decir desde ahora es, que resumiendo, y de cualquier manera que se le considere, Luis Felipe, examinado en sí mismo y bajo el punto de vista de la bondad humana, será, sirviéndonos del lenguaje de la historia antigua, uno de los mejores príncipes que se han sentado en el trono.

¿Qué tiene, pues, contra sí? El trono. Quitad de Luis Felipe el rey, queda el hombre, y el hombre es bueno; bueno, algunas veces, hasta ser admirable. Con frecuencia, en medio de los mas graves cuidados, despues de un dia de lucha contra toda la diplomacia del continente, volvia por la noche á su cuarto, y allí, abatido por el cansancio, rendido por el sueño, ¿qué hacia? Tomaba un legajo, y pasaba la noche revisando un proceso criminal, creyendo que era algo hacer frente á la Eu-

Digitized by Google

ropa, pero que era aun mas importante asunto arrancar un hombre al verdugo. Disputaba con el ministro de Justicia; defendia paso á paso el terreno de la guillotina contra los fiscales generales, *esos charlatanes de la ley*, como él los llamaba. Algunas veces los legajos apilados cubrian su mesa; los examinaba todos, porque era angustioso para él abandonar aquellas miserables cabezas condenadas. Un dia decia al mismo testigo que hemos citado hace poco: *Esta noche he ganado siete.* En los primeros años de su reinado, estuvo como abolida la pena de muerte; y la elevacion del cadalso fue como una violencia hecha al rey. Habiendo desaparecido la plaza de Grève, en que se ajusticiaba en tiempo de la rama primogénita, se instituyó una Grève ciudadana, bajo el nombre de Barrera de Santiago; los «hombres prácticos» conocieron la necesidad de una guillotina casi legítima; y en esto fue donde obtuvo una de sus victorias Casimiro Perier, que representaba el lado estrecho de la clase media, contra Luis Felipe, que representaba el lado liberal. Luis Felipe habia anotado por su mano á Beccaria; y escribia despues del atentado de Fieschi: *¡Qué lástima que yo no haya sido herido! Hubiera podido perdonar.* Otra vez, aludiendo á la resistencia de sus ministros, escribia, á propósito de un condenado político, que es una de las mas generosas figuras de nuestro tiempo: *Su perdon está concedido; no me falta mas que obtenerlo.* Luis Felipe era afable como Luis IX, y bueno como Enrique IV.

Ahora bien, para nosotros, en la historia, en que la bondad es una perla rara, el que ha sido bueno, pasa casi antes que el que ha sido grande.

Es muy natural, que habiendo sido juzgado Luis Felipe severamente por unos, duramente tal vez por otros, un hombre que es hoy tambien un fantasma, y que ha conocido á ese rey, venga á declarar en su favor ante la historia; esta declaracion, cualquiera que sea, es evidentemente, y sobre todo, desinteresada; un epitafio escrito por un muerto es sincero; una sombra puede consolar á otra sombra; la participacion de las mismas tinieblas da el derecho de alabanza; y no es de temer que se diga nunca de dos tumbas en el destierro: Esta ha adulado á aquella.

Digitized by Google

IV.

GRIETAS EN LOS CIMIENTOS.

En el momento en que el drama que vamos narrando va á penetrar en el espesor de una de las nubes trágicas que cubren los principios del reinado de Luis Felipe, no era conveniente ningun equívoco, y era necesario que este libro se esplicase acerca de aquel rey.

Luis Felipe habia adquirido la autoridad real sin violencia, sin accion directa por su parte, por un giro revolucionario, evidentemente muy distinto del fin real de la revolucion, pero en el cual el duque de Orleans no habia tenido ninguna iniciativa personal. Habia nacido príncipe, y se creia elegido rey. No se dió á sí mismo este poder; no le tomó; se le ofrecieron, y le aceptó; convencido, equivocadamente á nuestro juicio, pero convencido de todos modos, de que el ofrecimiento era con arreglo á derecho, y de que la aceptacion era un deber. De aquí nació una posesion de buena fe. Ahora bien, digamos en conciencia, que estando Luis Felipe de buena fe en su posesion y la revolucion de buena fe en su ataque, la cantidad de espanto que se desprende de las luchas sociales no recae sobre el rey ni sobre la democracia. Un choque de principios se parece á un choque de elementos. El Océano defiende al agua; el huracan defiende al viento; el rey defiende el realismo; la

Digitized by Google

democracia defiende al pueblo; la monarquía, que es lo relativo, resiste á lo absoluto, que es el pueblo; la sociedad vierte sangre en este conflicto; pero lo que es hoy su padecimiento, será despues su salúd; y en todo caso no debe culparse á los que luchan; uno de los dos partidos se equivoca evidentemente, porque el derecho no está como el coloso de Rodas sobre dos riberas á la vez, con un pie en el pueblo y otro en el trono; es indivisible, está todo en un lado; pero los que se engañan, se engañan sinceramente; un ciego no es culpado, del mismo modo que un vendeano no es un bandido. No imputemos, pues, mas que á la fatalidad de las cosas esas colisiones terribles. En esas tempestades, cualesquiera que sean, entra siempre la irresponsabilidad humana.

Acabemos esta teoría.

El gobierno de 1830 principió en seguida una vida muy dura: nació ayer, y tuvo que combatir hoy.

Apenas instalado, sentia ya por todas partes vagos movimientos de traccion sobre el aparato de julio, tan recientemente armado, y tan poco sólido.

La resistencia nació al dia siguiente: quizá habia nacido ya la víspera.

Cada mes creció la hostilidad, y pasó de sorda á patente.

La revolucion de julio, poco aceptada fuera de Francia por los reyes, habia sido interpretada en Francia de muy diversos modos segun hemos dicho.

Dios entrega á los hombres sus voluntades visibles en los acontecimientos; testo oscuro escrito en una lengua misteriosa. Los hombres le traducen en seguida, y hacen traducciones apresuradas, incorrectas, llenas de faltas, de lagunas y de contrasentidos. Muy pocas inteligencias comprenden la lengua divina. Las mas sagaces, las mas serenas las mas profundas descifran lentamente, y cuando llegan con su testo, todo se ha verificado hace tiempo; hay ya veinte traducciones en la plaza pública. De cada traduccion nace un partido, de cada contrasentido una faccion; y cada partido cree tener el único testo verdadero, y cada faccion cree poseer la luz.

Y muchas veces el mismo poder es una faccion.

Hay en las revoluciones nadadores contra la corriente, y son los pardos viejos.

Digitized by Google

Los partidos viejos que se refieren al derecho hereditario por la gracia de Dios, creen que habiendo nacido las revoluciones del derecho de insurrecion, tienen tambien el derecho de rebelion; este es un error, porque siendo la revolucion precisamente lo contrario de insurreccion, cuando las revoluciones son verdaderamente tales, el insurgente no es el pueblo; es el que se opone á su voluntad. Siendo toda revolucion verdadera el cumplimiento de una funcion normal, contiene en sí su legitimidad, legitimidad que algunas veces deshonran los falsos revolucionarios, pero que persiste, aun deshonrada, que sobrevive, aun ensangrentada. Las revoluciones salen, no de un accidente, sino de la necesidad: una revolucion es la vuelta de lo ficticio á lo real: existe, porque debe existir.

Los antiguos partidos legitimistas no por esto dejaron de atacar la revolucion de 1830 con todas las violencias que produce el falso raciocinio. Los errores son escelentes proyectiles. La hirieron sabiamente por donde era vulnerable; en el flaco de su coraza, por su falta de lógica, atacaban á la revolucion en su realismo, y gritaban: Eres Revolucion, ¿por qué quieres á este rey? Las facciones son ciegos que apuntan bien.

Los republicanos daban este mismo grito; pero en ellos era lógico. Lo que era ceguedad para los legitimistas, era lucidez en los demócratas. La revolucion de 1830 habia hecho bancarrota para el pueblo, y la democracia indignada la reprendia.

Entre el ataque del pasado y el ataque del porvenir, el establecimiento de julio se resistia. Representaba el minuto presente, luchando por un lado con los siglos monárquicos, y por otro con el derecho eterno.

Además, en cuanto á lo esterior, 1830 no siendo ya revolucion, y haciéndose monarquía, se veia obligado á seguir el paso de Europa. Debia, pues, conservar la paz, lo que aumentaba la complicacion. Una armonía deseada equivocadamente, es muchas veces mas onerosa que una guerra. De este sordo conflicto, siempre con mordaza, pero siempre amenazador, nació la paz armada, ese ruinoso espediente de la civilizacion, recelosa de sí misma.

La monarquía de julio se encabritaba, por mas realista que fuese, metida en varas con los gabinetes de Europa. Metternich la hubiera puesto de buena gana en el potro. Impulsada en Francia por el progre-

Digitized by Google

so, impulsaba en Europa á las monarquías, seres tardigrados. Era remolcada y remolcaba.

Mientras tanto, en el interior, pauperismo, proletariado, salario, educacion, penalidad, prostitucion, estado de la mujer, riqueza, miseria, produccion, consumo, reparticion, cambio, moneda, crédito, derecho al capital, derecho al trabajo; todas estas cuestiones se multiplicaban por cima de la sociedad: terrible peso.

Por fuera de los partidos políticos propiamente dichos se manifestaba un nuevo movimiento. A la fermentacion democrática, respondia la fermentacion filosófica: la parte mas pura estaba tan conmovida como la turba; de otra manera, pero tanto.

Los pensadores meditaban, mientras que el suelo, es decir, el pueblo, atravesado por las corrientes revolucionarias, temblaba bajo sus plantas con una especie de vagas sacudidas epilépticas. Estos pensadores, unos aislados, otros reunidos en familias, y casi en comuniones, removian las cuestiones sociales, pacífica pero profundamente; mineros impasibles, que trabajaban tranquilamente sus galerías en las profundidades de un volcan, y apenas se distraian por las sordas conmociones y por los hornos vistos á lo lejos.

Esta tranquilidad no es una de las menores bellezas de aquella época agitada.

Estos hombres dejaban á los partidos políticos la cuestion de los derechos, y trataban de la cuestion de la felicidad.

Se proponian estraer de la sociedad el bienestar del hombre.

Elevaban las cuestiones materiales, las cuestiones de agricultura, de industria, de comercio, casi hasta la dignidad de una religion. En la civizacion, tal como se va realizando, un poco por Dios, y mucho por el hombre, los intereses se combinan, se agregan, se amalgaman de manera que forman una verdera roca dura, segun una ley dinámica pacientemente estudiada por los economistas, que son los geólogos de la política.

Estos hombres que se agrupaban bajo nombres diferentes, pero que pueden ser designados todos por el título genérico de socialistas, trataban de horadar esta roca, y de hacer salir de ella el surtidor de agua viva de la felicidad humana.

Sus trabajos lo abrazaban todo, desde la cuestion del patíbulo

Digitized by Google

hasta la cuestion de la guerra. Al derecho del hombre proclamado por la revolucion francesa, añadian el derecho de la mujer, y el derecho del niño.

Nadie estrañará que, por varias razones, no tratemos aquí á fondo, bajo el punto de vista teórico, las cuestiones promovidas por el socialismo. Nos limitamos á indicarlas.

Todos los problemas que los socialistas se proponian, prescindiendo de las visiones cosmogónicas, los delirios y el misticismo, pueden reducirse á dos principales:

Primer problema:

Produccion de la riqueza.

Segundo problema:

Reparticion de la riqueza.

El primer problema implica la cuestion del trabajo.

El segundo, la cuestion del salario.

En el primer problema se trata del empleo de las fuerzas.

En el segundo de la distribucion de los goces.

Del buen empleo de las fuerzas resulta el poder público.

De la buena distribucion de los goces resulta la felicidad individual.

Por buena distribucion debe entenderse, no la distribucion igual, sino la distribucion equitativa. La primera igualdad es la equidad.

De estas dos cosas combinadas, poderío público en el esterior, felicidad individual en lo interior, nace la prosperidad social.

Y prosperidad social quiere decir: el hombre feliz, el ciudadano libre, la nacion grande.

La Inglaterra resuelve el primero de estos dos problemas. Produce admirablemente la riqueza, pero la distribuye mal; y esta solucion, que solo es completa por un lado, la lleva fatalmente á estos dos estremos: opulencia monstruosa, miseria monstruosa: todos los goces para algunos, todas las privaciones para los demás, es decir, para el pueblo; el privilegio, la escepcion, el monopolio, el feudalismo, nacen aquí del trabajo mismo. Situacion falsa y peligrosa que asienta el poder público sobre la miseria particular, y que funda la grandeza del Estado en los padecimientos del individuo. Grandeza mal compuesta en que se combinan todos los elementos materiales, y en la cual no entra ningun elemento moral.

Digitized by Google

El comunismo y la ley agraria creen resolver el segundo problema. Se engañan: su reparticion mata la produccion; la distribucion igual mata la emulacion, y por consiguiente el trabajo: es una reparticion hecha por el carnicero, que mata lo que divide. Es, pues, imposible detenerse en estas falsas soluciones: matar la riqueza, no es repartirla.

Los dos problemas exigen una solucion comun para estar bien resueltos; las dos soluciones deben estar combinadas de manera que formen una sola.

Si solo resolveis el primer problema, tendreis á Venecia, á Inglaterra; tendreis, como Venecia, un poder artificial, ó como Inglaterra, un poder material; tendreis el mal del rico, y morireis por vias de hecho, como ha muerto Venecia, ó por una bancarrota, como caerá Inglaterra. Y el mundo os dejará morir y caer; porque el mundo deja caer y morir todo lo que no es mas que egoismo, todo lo que no representa para el género humano una virtud ó una idea.

Téngase entendido que por estas palabras Venecia, Inglaterra, designamos, no los pueblos, sino las construcciones sociales, la oligarquía sobrepuesta á la nacion, y no la nacion misma. Las naciones merecen siempre nuestro respeto y nuestra simpatía. Venecia, como pueblo renacerá: Inglaterra, como aristocracia, caerá; pero Inglaterra, como nacion, es inmortal. Dicho esto, prosigamos.

Resolved los dos problemas: animad al rico y proteged al pobre; suprimid la miseria; poned término á la esplotacion del débil por el fuerte; poned freno al inícuo recelo del que está en camino, contra el que ha llegado ya; ajustad matemática y fraternalmente el salario al trabajo; mezclad la enseñanza gratuita y obligatoria con el crecimiento de la infancia; haced de la ciencia la base de la virilidad; desarrollad las inteligencias, ocupando al mismo tiempo los brazos; sed á la vez un pueblo poderoso y una familia de hombres felices; democratizad la propiedad, no aboliéndola, sino universalizándola, de modo que todo ciudadano, sin escepcion, pueda ser propietario, cosa mas fácil de lo que se cree; en una palabra, sabed producir y repartir la riqueza, y tendreis juntamente la grandeza material y la grandeza moral; y sereis dignos de llamaros Francia.

Esto es lo que, aparte y por encima de algunas sectas que se es-

Digitized by Google

traviaban, decia el socialismo; esto era lo que buscaba en los hechos, lo que bosquejaba en los ánimos.

¡Esfuerzos admirables! ¡Tentativas sagradas! Estas doctrinas, estas teorías, esta resistencia; la necesidad inesperada para el hombre de Estado de contar con los filósofos, confusas evidencias vislumbradas, una política nueva que habia que crear, de acuerdo con el mundo antiguo, y sin ponerse demasiado en desacuerdo con el ideal revolucionario; una situacion, en la cual era preciso emplear á Lafayette en defender á Polignac; la intuicion del progreso trasparente bajo el motin; las Cámaras y la calle; las competencias que debian equilibrarse en derredor del rey; su fe en la revolucion; tal vez una desconocida resignacion eventual que nacia de la vaga aceptacion de un derecho definitivo superior; su deseo de ser como los de su raza, su espíritu de familia, su sincero respeto al pueblo, su propia honradez: todas estas cosas traian pensativo á Luis Felipe casi dolorosamente; y á veces, por mas fuerte y animoso que fuese, le abatian bajo la dificultad de ser rey.

Sentia que bajo sus pies se verificaba una desgregacion temible, que no era, sin embargo, un desmoronamiento, porque la Francia era mas Francia que nunca.

Tenebrosos agrupamientos cubrian el horizonte. Una sombra estraña que iba aproximándose, se estendia poco á poco sobre los hombres, sobre las cosas, sobre las ideas; sombra que provenia de la cólera y de los sistemas. Todo lo que habia sido ahogado con precipitacion, se removia y fermentaba. Alguna vez la conciencia del hombre honrado detenia su respiracion; tanto malestar habia en aquel aire en que los sofismas se mezclaban con las verdades. Los ánimos temblaban en la ansiedad social, como las hojas cuando se aproxima la tempestad. La tension eléctrica era tal, que en ciertos momentos, cualquiera, un desconocido, iluminaba; y despues volvia á caer la oscuridad crepuscular. A intervalos, profundos y sordos murmullos podian hacer juzgar de la intensidad del rayo que contenia la nube.

Apenas se habian pasado veinte meses desde la revolucion de julio, y el año 1832 habia empezado con aspecto amenazador. La miseria del pueblo; los trabajadores sin pan; el último príncipe de Condé que habia desaparecido en las tinieblas; Bruselas espulsando á los Nassau, como París á los Borbones; la Bélgica ofreciéndose á un príncipe francés,

Digitized by Google

y entregada á un príncipe inglés; el odio ruso de Nicolás detrás de nosotros; dos absolutistas en el Mediodía, Fernando en España y Miguel en Portugal; la tierra temblando en Italia; Metternich estendiendo la mano sobre Bolonia; Francia afrontando al Austria en Ancona; en el Norte un ruido siniestro del martillo que remachaba los clavos de Polonia en su ataud; en toda Europa miradas irritadas que acechaban á Francia; Inglaterra, aliada sospechosa, dispuesta á empujar lo que cayese, y á echarse sobre lo que hubiera ya caido; la cámara de los Pares refugiándose detrás de Beccaria para negar cuatro cabezas á la ley; las flores de lis borradas del coche del rey; la cruz arrancada de Nuestra Señora; Lafayette decaido; Laffitte arruinado; Benjamin Constant muerto en la indigencia; Casimiro Perier muerto del cansancio del poder; la enfermedad política y la enfermedad social declarándose á la vez en las dos capitales del reino, la una en la ciudad del pensamiento, y la otra en la ciudad del trabajo; en París la guerra civil, en Lyon la guerra servil, en las dos ciudades el mismo resplandor de un horno; una púrpura de cráter en la frente del pueblo; el Mediodía fanatizado; el Occidente turbado; la duquesa de Berry en la Vendée; los complots, las conjuraciones, los levantamientos, el cólera, añadian al oscuro rumor de las ideas, el sombrío tumulto de los acontecimientos.

Digitized by Google

V.

HECHOS DE DONDE SALE LA HISTORIA IGNORADOS POR LA HISTORIA.

Hácia fines de abril todo se habia agravado. La fermentacion se convertia en ebullicion. Desde 1830 habia habido, aquí y allá, pequeñas conmociones parciales, prontamente reprimidas, pero que renacian en seguida; señal de una vasta conflagracion subyacente. Alguna cosa terrible se estaba formando. Entreveíanse los lineamentos aun poco marcados y mal iluminados de una revolucion posible. La Francia miraba á París, y París miraba al barrio de San Antonio.

El barrio de San Antonio, sordamente caldeado, entraba en ebullicion.

Las tabernas de la calle de Charonne estaban graves y tempestuosas, por mas que la union de estos dos adjetivos parezca muy singular aplicada á las tabernas.

Allí el gobierno era, pura y simplemente, el objeto de la cuestion: discutíase públicamente *la cosa, para combatir ó permanecer tranquilos.* Habia trastiendas en que se hacia jurar á los obreros que saldrian á la calle al primer grito de alarma, y «que pelearian sin contar el número »de los enemigos.» Una vez admitido el compromiso, un hombre sentado en un rincon de la taberna «levantaba la voz,» y decia: *¡Lo oyes!*

Digitized by Google

¡Lo has jurado! Algunas veces se subia al primer piso, á un cuarto cerrado, y allí pasaban escenas masónicas. Se hacian prestar á los iniciados juramentos *para socorrerle como á los padres de familia.* Esta era la fórmula.

En las salas bajas se leian libros «subversivos.» *Trataban á la baqueta al gobierno,* dice un informe secreto de aquel tiempo.

Oíanse frases como estas: *No sé los nombres de los jefes; no sabremos el dia sino con dos horas de anticipacion.*—Un obrero decia: —*Somos trescientos; damos cada uno diez sueldos, y se tendrán ciento cincuenta francos para hacer balas y pólvora.* Otro decia:—*No digo seis meses, no digo ni aun dos; antes de quince dias nos pondremos frente á frente con el gobierno. Con veinticinco mil podemos hacer frente.* Otro decia:—*No me acuesto porque paso la noche haciendo cartuchos.* De tiempo en tiempo, algunos hombres vestidos «decentemente y con buenos trajes» venian «causando embarazo,» y con aire de «mando» daban apretones de manos á *los mas importantes,* y se iban. Nunca estaban mas de diez minutos. Se cambiaban en voz baja palabras significativas:—*El complot está maduro; la cosa está á punto.*—«Y todos los que estaban allí murmuraban esto mismo,» usando los mismos términos de un espectador. La exaltacion era tal, que un dia en medio de la taberna, esclamó un obrero:—*¡No tenemos armas!*—Y uno de sus camaradas respondia:—*¡Los soldados las tienen!* parodiando asi, sin saberlo, la proclama de Bonaparte al ejército de Italia.—«Cuando tenian algo mas secreto, añade un informe, no se le comunicaban.» Apenas se comprende lo que podian ocultar despues de lo que decian.

Las reuniones eran algunas veces periódicas; y á ciertas de ellas solo asistian ocho ó diez, siempre los mismos. En otras entraba el que queria, y la sala se llenaba de tal modo, que tenian que estar de pie. Unos asistian por entusiasmo y pasion; otros porque *era su camino para ir al trabajo.* Lo mismo que en la revolucion, habia en estas tabernas mujeres patriotas que abrazaban á los neófitos.

Otros hechos espresivos se observaban con frecuencia.

Un hombre entraba en una taberna, bebia, y salia diciendo:—*Tabernero, la revolucion pagará lo que debo.*

En una taberna situada en frente de la calle Charonne, se nombraban agentes revolucionarios: el escrutinio se hacia en las gorras.

Digitized by Google

Otros obreros se reunian en casa de un maestro de esgrima, que tenia asaltos en la calle de Cotte: allí habia un trofeo de armas, formado de espadones de madera, estoques, bastones y floretes. Un dia quitaron los botones de los floretes, y decia un obrero:—*Somos veinticinco, pero no cuentan conmigo, porque me miran como una máquina.* Esta máquina fue despues Quenisset.

Las cosas que se premeditaban tomaban poco á poco una estraña notoriedad. Una mujer que estaba barriendo la puerta, decia á otra:—*Hace mucho tiempo que trabajan sin descanso en hacer cartuchos.* Se leian en medio de la calle proclamas dirigidas á los guardias nacionales de los departamentos. Una de estas proclamas estaba firmada por *Burtot, vinatero.*

Un dia, á la puerta de un licorista del mercado Lenoir, un hombre que tenia la barba corrida y acento italiano, se subió á un guarda-canton, y leyó en alta voz un escrito singular, que parecia emanar de un poder oculto. Los grupos que se habian formado á su alrededor le aplaudian; y los pasajes que conmovian mas á la multitud fueron recogidos y anotados.—«....Nuestras doctrinas son perseguidas; nuestras »proclamas se hacen pedazos; nuestros carteleros son acechados y lle»vados á la cárcel....»—«La baja que acaba de verificarse en los algo»dones nos ha traido á muchos partidarios del justo-medio....»—«....El »porvenir de los pueblos se elabora en nuestras oscuras filas....»— »Esta es la cuestion clara: accion ó reaccion; revolucion ó contra-revo»lucion. Porque en nuestra época no se cree en la inercia ni en la in»movilidad. Por el pueblo ó contra el pueblo: esta es la cuestion; y no »hay otra....»—«El dia que no os convengamos ya, rechazadnos, pero »hasta entonces ayudadnos á marchar.» Todo esto se hacia en medio del dia.

Otros hechos mas atrevidos aun, eran sospechosos al pueblo, á causa de su misma audacia. El 4 de abril de 1832, un transeunte subia en el guarda-canton que está en la esquina de la calle de Santa Margarita, y gritaba: *¡Soy babouista!* Pero bajo la máscara Babeuf, el pueblo descubria la punta de la oreja de Gisquet.

Entre otras cosas, este hombre decia:—«¡Abajo la propiedad! La »oposicion de la izquierda es infame y traidora; cuando quiere tener ra»zon predica la revolucion: es demócrata para que no la ataquemos, y

Digitized by Google

»realista para no combatir. Los republicanos son animales de pluma; »desconfiad de los republicanos, ciudadanos trabajadores.» —¡Silencio, ciudadano polizonte! gritó un obrero.

Y este grito puso fin al discurso.

Sucedian algunos incidentes misteriosos.

Al anochecer, un obrero encontraba cerca del canal á «un hombre bien vestido,» que le decia:—¿A dónde vas ciudadano?—Señor, respondia el obrero, no tengo el honor de conoceros.—Yo te conozco mucho. Y el hombre añadia:—No temas. Soy el agente del comité. Se sospecha que no eres muy fiel: sabe que si descubres algo, te se vigila.—Y despues daba al obrero un apreton de mano, y se iba diciendo:—Pronto nos volveremos á ver.

La policía de escuchas recogia, no solo en las tabernas, sino en la calle, diálogos muy estraños:—Haz que te reciban pronto, decia un tejedor á un ebanista.

—¿Por qué?

—Va á ser preciso tirar un tiro.

Dos transeuntes cubiertos de harapos cambiaban estas respuestas notables, llenas de apariencia de *jacqueria* (1).

—¿Quién nos gobierna?

—El señor Felipe.

—No es la clase de los tenderos.

Se equivoca el que crea que usamos la palabra *jacqueria* en mal sentido. Los *jacques* eran los pobres. Tambien los que tienen hambre tienen derechos.

Otras veces pasaban dos hombres y se oia que uno decia á otro:

—Tenemos un buen plan de ataque.

De una conversacion íntima entre cuatro hombres acurrucados en una zanja del medio punto de la barrera del Trono, no se pudo tomar mas que esto:

—Se hará lo posible para que él no se pasee mas por París.

—¿Quién era este *él*? Oscuridad amenazadora.

(1) La jacqueria designa colectivamente el proletariado. Viene de las palabras *Jacques-Bon-homme*, que pudiéramos traducir Juan Lanas, aplicadas en la edad media por los nobles á la clase plebeya. La sublevacion de esta clase en Francia fue llamada la Jacquería.

Digitized by Google

«Los principales jefes» como se decia en el barrio, se mantenian al paño; y se creia que se reunian, para ponerse de acuerdo, en una taberna cerca de la puerta de San Eustaquio.

Uno llamado Aug,—jefe de la sociedad de Socorros á los Sastres, en la calle Mondetour, pasaba por intermedio central entre los jefes y el arrabal de San Antonio. Pero siempre hubo mucha oscuridad acerca de estos jefes, y no hay ningun hecho cierto que pueda debilitar la altivez singular de esta respuesta dada por un acusado posteriormente ante el tribunal de los Pares.

—¿Quién era vuestro jefe?

—*No conocia á ninguno, no reconocia á nadie.*

Todo esto no eran aun mas que palabras trasparentes, pero vagas; y algunas veces frases al aire, rumores, noticias. Otros indicios se iban presentando.

Un carpintero, que estaba en la calle de Reuilly clavando las tablas de una empalizada alrededor de un terreno en que se elevaba una casa en construccion, encontró en este terreno un fragmento de carta rota, en que aun se podian leer estas líneas:

—«...Es preciso que el comité tome medidas para impedir el reclutamiento en las secciones para las diversas sociedades...»

Y en una posdata:

«Hemos sabido que habia fusiles en la calle del Faubourg-Poissoniere, número 5 duplicado: unos cinco ó seis mil fusiles en casa de un armero de aquella plaza. La seccion no posee armas.

Pero lo que hizo que el carpintero se asustase y enseñase la carta á sus vecinos, fue que á pocos pasos recogió otro papel, tambien roto, y mas significativo aun, cuya configuracion reproducimos, á causa del interés histórico de estos estraños documentos:

Q	C	D	E	Aprended esta lista de memoria; y rompedla despues. Los iniciados harán otro tanto cuando les tramitais órdenes. Salud y fraternidad. L. u og a' fe

Digitized by Google

Los que estuvieron en el secreto de este hallazgo, no pudieron comprender hasta mucho tiempo despues la significacion de estas cuatro mayúsculas: *quinturiones, centuriones, decuriones, esclarecedores;* y el sentido de estas letras *u og a' fe* que eran una fecha, que queria decir *el 15 de abril de 1832*. En la columna de cada mayúscula estaban inscritos nombres seguidos de indicaciones muy características. Por ejemplo: Q. *Bannerel*. 8 fusiles. 83 cartuchos. Hombre seguro.—C. *Bouviere*. 1 pistola. 40 cartuchos.—D. *Rollet*. 1 florete. 1 pistola. 1 libra de pólvora.—E. *Teissier*. 1 sable. 1 canana. Exacto.—*Terreur*. 8 fusiles. Valiente, etc.

Por último, este carpintero encontró tambien en el mismo recinto de la empalizada un tercer papel, en el cual estaba escrita con lápiz, pero muy visiblemente esta especie de lista enigmática:

Unidad. Blanchard: Arbol-seco. 6.
Barra. Soize, Sala del Conde.
Kosciusko. ¿Aubry el carnicero?
J. J. R.
Cayo Graco.
Derecho de revision. Dufond. Fou.
Caida de los Girondinos. Derbac. Maubué.
Washington. Pinsou. 1. pist. 86 cart.
Marsellesa.
Sober. del pueblo. Miguel. Quincampoix. Sable.
Hoche.
Marceau. Platon. Arbol seco.
Varsovia. Tilly, vendedor del *Populaire*.

El honrado ciudadano, en cuyas manos cayó esta lista, supo al fin su significacion. Parece que era la nomenclatura completa de las secciones del cuarto distrito de la Sociedad de los Derechos del Hombre, con los nombres y habitaciones de los jefes de seccion. Hoy, que todos estos hechos, que han quedado en la sombra, son la historia, se pueden publicar. Es preciso añadir, que la fundacion de la Sociedad de los Derechos del Hombre parece haber sido posterior á la fecha en que fue encontrado este papel. Tal vez no fuera mas que un bosquejo.

Digitized by Google

Mientras tanto, tras las noticias y las palabras, tras los indicios escritos, principiaban á presentarse hechos materiales.

En la calle Popincourt, en casa de un prendero, se cogieron en el cajon de una cómoda, siete hojas de papel gris, todas dobladas del mismo modo, á lo largo, en cuatro dobleces; estas hojas contenian veintiseis cuadrados de este mismo papel gris, en forma de cartucho, y otro papel, en que se leia:

Salitre 12 onzas.
Azufre 2 onzas.
Carbon 2 onzas y media.
Agua 2 onzas.

La sumaria de la ocupacion hacia constar que el cajon exhalaba un fuerte olor á pólvora.

Un albañil, al volver á su casa despues del trabajo, dejó olvidado un paquetito en un banco cerca del puente de Austerlitz. Este paquete fue llevado al cuerpo de guardia; le abrieron, y encontraron dos diálogos impresos, firmados por *Lahautiere*, una cancion titulada: *Obreros, asociaos*, y una caja de hoja de lata llena de cartuchos.

Un obrero, que bebia con otro, le hacia tentar su cuerpo para que viese cuánto calor tenia; el otro tentaba una pistola bajo la blusa.

En una zanja del boulevard, entre el cementerio del Padre Lachaise y la barrera del Trono, en el sitio mas desierto, jugando unos niños, descubrieron bajo un monton de virutas y de basura, un saco que contenia un molde de hacer balas, otro de madera para hacer cartuchos, una cazuela con granos de pólvora de caza, y una marmita pequeña de hierro, cuyo interior ofrecia señales evidentes de plomo fundido.

Los agentes de policía entraron de repente á las cinco de la mañana en casa de un tal Pardon, que perteneció despues á la seccion de la Barricada-Merry, y murió en la insurreccion de abril de 1834, y le encontraron de pie cerca de su cama, con cartuchos que estaba haciendo, aun en la mano.

A la hora en que los obreros descansan se habia visto encontrarse á dos hombres entre la barrera Picpus y la barrera Charenton, en un caminito que rodeaba estas dos murallas, cerca de una taberna que

Digitized by Google

tiene un juego de Siam delante de la puerta. Uno sacó de debajo de la blusa una pistola y se la dió al otro. En el momento de dársela, notó que la traspiracion de su pecho habia humedecido algo la pólvora, y la cebó, añadiendo pólvora á la que tenia en la cazoleta. Despues se separaron.

Un tal Gallais, que fue muerto en la calle Beaubourg en los sucesos de abril, se alababa de tener en su casa setecientos cartuchos y veinticuatro piedras de fusil.

El gobierno recibió un dia aviso de que se acababan de distribuir armas en el arrabal y doscientos mil cartuchos. La semana anterior se habian repartido treinta mil cartuchos; y cosa notable, la policía no pudo coger ni uno. Una carta interceptada decia:—«No está lejos el dia en que »á las ocho estén sobre las armas ochenta mil patriotas.»

Esta fermentacion era pública, y casi, podia decirse, tranquila. La insurreccion inminente preparaba la tempestad con calma en frente del gobierno. Ninguna singularidad faltaba á esta crisis, aun subterránea, pero ya perceptible. Los ciudadanos hablaban pacíficamente á los obreros de lo que se preparaba; y se decian: ¿Cómo va la insurreccion? del mismo modo que podrian decir : ¿Cómo está vuestra mujer?

Un mueblista de la calle Moreau preguntaba:

—¿Y cuando atacais?

Otro comerciante decia:

—Se atacará muy pronto, lo sé. Hace un mes érais quince mil; ahora sois veinticinco mil. Ofrecia su fusil, y un vecino ofrecia un cachorrillo que queria vender en siete francos.

Por lo demás, la fiebre revolucionaria iba ganando terreno. Ningun punto de París ni de Francia estaba ya libre de ella. La arteria latia en todas partes. Lo mismo que esas membranas que nacen en ciertas inflamaciones, y se forman en el cuerpo humano, la red de las sociedades secretas empezaba á estenderse sobre el pais. De la asociacion de los Amigos del Pueblo, pública y secreta á la vez, nacia la sociedad de los Derechos del Hombre, que fechaba asi una órden del dia: *Pluvioso año* 40 *de la era republicana*; que debia sobrevivir aun á las sentencias del Tribunal de Asises, que ordenaban su disolucion, y que no dudaba en dar á sus secciones nombres significativos como estos:

Digitized by Google

Picas.
Somaten.
Cañon de Alarma.
Gorro frigio.
21 de enero.
Los mendigos.
Los Truanes.
Adelante.
Robespierre.
Nivel.
Ça ira.

La sociedad de los Derechos del Hombre engendraba la sociedad de Accion, compuesta de los impacientes que se separaban y corrian delante. Otras sociedades trataban de reclutarse en las sociedades madres. Los seccionarios se quejaban de ser atraidos hácia todos lados. De aquí «la sociedad Francia, y el comité organizador de las municipalidades;» las asociaciones para «la libertad de la prensa;» para «la libertad individual;» para «la instruccion del pueblo; contra los impuestos indirectos;» ademas la sociedad de «los obreros igualadores,» que se dividia en tres fracciones: los igualadores, los comunistas y los reformistas; el ejército de las Bastillas, especie de cohorte organizada militarmente, que tenia para cada cuatro hombres un cabo, para cada diez un sargento, para cada veinte un subteniente, para cada cuarenta un teniente, y en la cual no habia mas de cinco que se conociesen; creacion en que la precaucion estaba combinada con la audacia, y que parece que llevaba el sello de Venecia. El comité central, que era la cabeza, tenia dos brazos, la sociedad de Accion y el ejército de las Bastillas. Una asociacion legitimista, los caballeros de la fidelidad, se movia en medio de estas afiliaciones republicanas; pero habia sido denunciada y repudiada.

Las sociedades parisienses tenian ramificaciones en las principales ciudades. Lyon, Nantes, Lila, Marsella tenian su sociedad de los Derechos del Hombre, la Carbonaria y los Hombres libres. Aix tenia una sociedad revolucionaria, que se llamaba la Cougourde. Ya hemos escrito otra vez esta palabra.

Digitized by Google

En París, el arrabal de San Marcelo no estaba menos conmovido que el de San Antonio, y las Escuelas no se mostraban menos entusiastas que los arrabales.

Un café de la calle de San Jacinto y el fumadero de los Siete Billares, calle de los Maturinos de Santiago, servian de sitio de reunion á los estudiantes. La sociedad de los amigos del A B C, afiliada á los mutualistas de Angers y á la Cougourde de Aix, se reunia, como ya hemos dicho, en el café Musain. Estos mismos jóvenes se encontraban, tambien como hemos dicho, en una hostería cerca de la calle Mondetour, que se llamaba Corinto. Estas reuniones eran secretas; otras eran tan públicas como era posible; y puede juzgarse de su atrevimiento por el siguiente trozo de un interrogatorio de uno de los procesos ulteriores:—¿Dónde se celebró esta reunion?—En la calle de la Paz.—¿En qué casa?—En la calle.—¿Qué secciones asistieron?—Una sola.—¿Cuál?—La seccion Manuel.—¿Quién era el jefe?—Yo.—Sois muy jóven para haber tomado sobre vos la grave decision de atacar al gobierno. ¿De dónde recibíais instrucciones?—Del comité central.

El ejército estaba minado al mismo tiempo que la poblacion, como lo probaron despues los movimientos de Befort, de Lunneville y de Epinal. Se contaba con los regimientos 52.°, 5.°, 8.°, 37.°, y con el 20.° ligero. En Borgoña y en las ciudades del Mediodía se plantaba *el árbol de la libertad*, es decir, un mástil con un gorro rojo.

Tal era la situacion.

El arrabal de San Antonio, como hemos dicho ya al principio, hacia temible y caracterizaba esta situacion mas que ningun otro grupo de la poblacion. Allí era donde se sentia el dolor de costado.

Aquel antiguo arrabal, poblado como un hormiguero, laborioso, animado y colérico como una colmena, se estremecia esperando y deseando la conmocion. Todo se agitaba en él, sin que por esto se interrumpiese el trabajo. Nada podria dar idea de aquella fisonomía viva y sombría. En aquel arrabal hay dolorosas miserias bajo el techo de una buhardilla, y hay tambien inteligencias ardientes y raras; y en materia de desgracia y de inteligencia, es precisamente lo mas peligroso que los estremos se toquen.

El arrabal de San Antonio tenia además otras causas para conmoverse; porque allí se siente la reaccion de las crísis comerciales, de las

Digitized by Google

quiebras, de la carestía, de la falta de trabajo, inherentes á los grandes sucesos políticos. En tiempo de revolucion, la miseria es á la vez causa y efecto. El golpe que hiere, vuelve á ella. Esta poblacion, llena de fiera virtud, capaz del mayor grado de calórico latente, siempre dispuesta á tomar las armas, pronta en las esplosiones, irritada, profunda, minada, parecia que solo esperaba la caida de una chispa. Siempre que flotan en el horizonte algunos resplandores impulsados por el viento de los sucesos, no se puede menos de pensar en el arrabal de San Antonio, y en la temible fatalidad que ha colocado á las puertas de París aquel polvorin de padecimientos y de ideas.

Las tabernas del *arrabal Antonio* que se han descrito mas de una vez en la historia que vamos escribiendo, tienen celebridad histórica. En tiempo de revolucion embriagan en ellas, mas que el vino, las palabras. Una especie de espíritu profético, un efluvio de porvenir llena los corazones y engrandece las almas. Las tabernas del arrabal Antonio se parecen á esas tabernas del monte Aventino, edificadas sobre el antro de la Síbila, y en comunicacion con los profundos soplos sagrados; tabernas cuyas mesas son casi trípodes, y donde se bebia lo que Ennio llamaba el *vino sibilino*.

El arrabal de San Antonio es un depósito del pueblo. La conmocion revolucionaria hace allí cisuras, por donde corre la soberanía popular. Esta soberanía puede hacer mal; se engaña como cualquiera; pero estraviada, aun es grande. Puede decirse de ella como del cíclope ciego: Ingens.

En 1793, segun que la idea que flotaba en los aires era buena ó mala, segun que era la luz del fanatismo ó del entusiasmo, partian del arrabal de San Antonio legiones salvajes ó falanges heróicas.

Salvajes;. espliquemos esta palabra. Esos hombres con el cabello erizado, que en los dias genesiacos del caos revolucionario se lanzaron ahullando contra el viejo París trastornado, ¿qué querian? Querian el fin de la opresion, el fin de la tiranía, el fin del sable, el trabajo para el hombre, la instruccion para el niño, la dulzura social para la mujer, la libertad, la igualdad, la fraternidad, el pan para todos, la idea para todos, el progreso, esa cosa santa, buena y dulce, el progreso; le reclamaban terriblemente, medio desnudos, con la maza en la mano y el rugido en la boca. Eran los salvajes de la civilizacion.

Digitized by Google

Proclamaban con furia el derecho; querian obligar al género humano á entrar en el paraiso, aunque fuese por medio del terror y del espanto.

En frente de esos hombres feroces y espantosos, pero feroces para el bien, hay otros hombres risueños, bordados, dorados, encintados, con medias de seda, plumas blancas, guante amarillo, bota de charol, que apoyando los codos en una mesa cubierta de terciopelo, al lado de una chimenea de mármol, insisten templadamente en la conservacion y permanencia de lo pasado, de la Edad media, del derecho divino, del fanatismo, de la ignorancia, de la esclavitud, de la pena de muerte, de la guerra, glorificando á media voz y con finura el sable, la hoguera y el patíbulo. Si nos viéramos obligados á elegir entre los bárbaros de la civilizacion y los civilizados de la barbarie, escogeríamos á los bárbaros.

Pero, gracias á Dios, no estamos en esta alternativa; no es necesaria ninguna caida vertical ni hácia adelante ni hácia atrás. Ni despotismo, ni terrorismo. Queremos el progreso por una suave pendiente.

Dios provee á él. La mitigacion de las pendientes constituye la política divina.

Digitized by Google

VI.

ENJOLRAS Y SUS TENIENTES.

Hácia esta época, Enjolras, previendo los sucesos posibles, hizo una especie de recuento misterioso.

Todos estaban en conciliábulo en el café Musain; y Enjolras, mezclando con sus palabras algunas metáforas medio enigmáticas, pero significativas, dijo lo siguiente:

—Conviene saber dónde estamos y con quién se puede contar. Si se quieren combatientes, es preciso hacerlos. Tener con que herir, no puede estorbarnos. Los que andan por un camino tienen mas peligro de recibir una cornada cuando hay bueyes en él que cuando no los hay. Contemos, pues, el rebaño. ¿Cuántos somos? No se trata de dejar esto para mañana. Las revoluciones deben estar siempre de prisa, porque el progreso no tiene tiempo que perder. Desconfiemos de lo inesperado, y no nos dejemos coger desprevenidos; se trata de repasar las costuras que hemos hecho, y ver si están firmes; y este negocio debe quedar concluido hoy. Courfeyrac, tú verás á los politécnicos; hoy miércoles es dia de salida. Feuilly, tú verás á los de la Glaciere. Combeferre me ha prometido ir á Picpus; allí hay un hormiguero escelente. Bahorel visitará la Estrapade. Prouvaire, los albañiles se entibian; tú

Digitized by Google

ENJOLRAS.

Digitized by Google

Digitized by Google

nos traerás noticias de la logia de la calle Grenelle-Saint-Honoré. Joly irá á la clínica de Dupuytren, y tomará el pulso á la Escuela de medicina. Bossuet dará una vuelta por la Audiencia, y hablará con los escribanos. Yo me encargo de la Cougourde.

—Ya está todo arreglado, dijo Courfeyrac.

—No.

—¿Pues qué falta?

—Una cosa muy importante.

—¿Qué es? preguntó Combeferre.

—La barrera del Maine, respondió Enjolras.

Quedóse despues un momento como absorto en sus reflexiones, y añadió:

—En la barrera del Maine hay marmolistas, pintores, y prácticos en los talleres de escultura. Es una familia entusiasta, pero sujeta al enfriamiento, y no sé lo que tienen hace algun tiempo; piensan en otra cosa, y se entibian; pasan el tiempo jugando al dominó. Seria urgente ir á hablarles un poco, y firme; se reunen en casa de Richefeu, y se les encontrará allí entre doce y una. Es preciso soplar en aquellas cenizas; yo habia pensado para esto en el distraido Mario, que en suma es bueno; pero ya no viene. Necesito uno para la barrera del Maine y no le tengo.

—¿Pues y yo? dijo Grantaire.

—¿Tú?

—Yo.

—¡Tú, adoctrinar republicanos! ¡Tú, volver el calor, no á principios, sino á corazones enfriados!

—¿Y por qué no?

—¿Puedes servir para algo?

—Tengo una ambicion vaga, dijo Grantaire.

—Tú no crees en nada.

—Creo en tí.

—Grantaire ¿quieres hacerme un favor?

—Todos; hasta limpiarte las botas.

—Pues bien, no te mezcles en nuestros asuntos: bebe tu ajenjo.

—Eres un ingrato, Enjolras.

—¡Serás tú hombre de ir á la barrera del Maine! ¡Serás capaz!

Digitized by Google

—Soy capaz de bajar por la calle de Grés, atravesar la plaza de San Miguel, torcer por la calle del Príncipe, tomar la calle Vaugirard, pasar los Cármenes, volver á la calle de Assas, llegar á la calle de Cherche-Midi, dejar atrás el Consejo de Guerra, medir la calle de las Viejas Tullerías, tomar el boulevard, seguir la calzada del Maine, atravesar la barrera, y entrar en casa de Richefeu. Soy capaz de todo esto; mis zapatos son capaces de lo mismo.

—¿Conoces á esos compañeros de casa de Richefeu?

—No mucho. Nos tuteamos solamente.

—¿Y qué les dirás?

—Los hablaré de Robespierre, pardiez; de Danton, de los principios.

—¡Tú!

—¡Yo! Pero no me haceis justicia; cuando me pongo á una cosa, soy terrible. He leido á Prudhomme, conozco el contrato social; sé de memoria la Constitucion del año Dos. «La libertad del ciudadano concluye »donde empieza la libertad de otro ciudadano.» ¿Me tienes acaso por un bruto? Tengo un antiguo asignado en mi cajon. Los Derechos del Hombre, la soberanía del pueblo. ¡Demonio! Soy además un poco hebertista; y puedo estar hablando seis horas de reloj, con reloj en mano, de cosas soberbias.

—Sé formal, le dijo Enjolras.

—Soy terrible, respondió Grantaire.

Enjolras pensó algunos segundos, é hizo el gesto del hombre que ha tomado una resolucion.

—Grantaire, dijo gravemente, consiento en probarte. Irás á la barrera del Maine.

Grantaire vivia en una casa de huéspedes cerca del café Musain. Salió y volvió á los cinco minutos: habia ido á ponerse un chaleco á lo Robespierre.

—Rojo, dijo entrando y mirando fijamente á Enjolras.

—Y despues, con un enérgico movimiento de mano cruzó sobre el pecho las dos solapas escarlatas del chaleco.

Y aproximándose á Enjolras, le dijo al oido:

—Ten confianza.

Se puso el sombrero resueltamente, y salió.

Un cuarto de hora despues, la sala interior del café Musain estaba

Digitized by Google

desierta. Todos los amigos del A B C se habian ido, cada uno por su lado, á cumplir su mision. Enjolras, que se habia reservado la Cougourde, salió el último.

Los de la Cougourde de Aix que estaban en París, se reunian entonces en el llano de Issy, en una de esas canteras abandonadas, tan abundantes por aquel lado de París.

Enjolras, caminando hácia aquel lugar de reunion, iba pasando revista á las circunstancias la de situacion. La gravedad de los sucesos era visible. Cuando los hechos, prodromos de una especie de enfermedad social latente, se mueven con pesadez, la menor complicacion los detiene y enreda, fenómeno de donde salen los derrumbamientos y los renacimientos. Enjolras descubria un levantamiento luminoso bajo los oscuros velos del porvenir. ¿Y quién sabe? El momento se aproximaba tal vez. ¡El pueblo reasumiendo el derecho! ¡Qué hermoso espectáculo! La revolucion, volviendo á tomar magestuosamente posesion de la Francia, y diciendo al mundo: ¡Se continuará! Enjolras estaba contento. El horno se caldeaba. En aquel instante tenia una nube de amigos estendida por París; componia en su imaginacion, con la elocuencia penetrante y filosófica de Combeferre, el entusiasmo cosmopolita de Feuilly, la verbosidad de Courfeyrac, la risa de Bahorel, la melancolía de Juan Prouvaire, la ciencia de Joly, y los sarcasmos de Bossuet, una especie de chisporroteo eléctrico que en todas partes daba fuego. Todos á la obra. Seguramente el resultado corresponderia al esfuerzo: todo iba bien. Pero esto le hizo pensar en Grantaire.—¡Calla! se dijo, la barrera del Maine está casi en mi camino. ¡Si yo llegase hasta casa de Richefeu! Veamos lo que hace Grantaire, y dónde está.

Daba la una en la torre Vaugirard cuando Enjolras llegó al fumadero Richefeu. Empujó la puerta, entró, cruzó los brazos, dejando caer la puerta, que le dió en la espalda, y miró á la sala llena de hombres, de mesas y de humo.

De en medio de aquella bruma salia una voz vivamente cortada por otra voz. Era Grantaire disputando con un adversario.

Grantaire estaba sentado en frente de otro, al lado de una mesa de mármol de Santa Ana, sembrada de granos de salvado, y llena de fichas de dominó, y golpeaba el mármol con el puño; Enjolras oyó lo siguiente:

Digitized by Google

—Seis doble.

—Cuatro.

—¡Diablo! No tengo.

—Estás muerto. Dos.

—Seis.

—Tres.

—Un as.

—Me toca poner.

—Cuatro.

—Difícilmente.

—Ahora tú.

—He cometido una falta enorme.

—Vas bien.

—Quince.

—Siete mas.

—Con esas veintidos (pensando) ¡veintidos!

—No esperabas el seis doble. Si le hubiese puesto al principio habria cambiado todo el juego.

—Dos otra vez.

—As.

—¡As! Pues bien, cinco.

—No tengo.

—¿Has puesto tú, creo?

—Sí.

—Blanca.

—¡Tienes suerte! ¡Tienes una suerte! (interrupcion). Un dos.

—Un as.

—Ni cinco, ni as. Esto es bueno para tí.

—Dominó.

—Nombre de un perro.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

Digitized by Google

LIBRO SEGUNDO.

EPONINA.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

EL CAMPO DE LA ALONDRA.

Mario habia asistido al inesperado desenlace de la emboscada que habia dado á conocer á Javert; pero apenas hubo abandonado éste la casa, llevando sus presos en tres coches de alquiler, salió tambien. No eran mas que las nueve de la noche, y se dirigió á casa de Courfeyrac.

Courfeyrac no era ya el imperturbable habitante del barrio latino; se habia mudado á la calle de la Vidriería «por razones políticas;» aquel barrio era uno de los que servian de asiento á la revolucion por entonces. Mario dijo á Courfeyrac: Vengo á dormir contigo. Courfeyrac sacó un colchon de los dos que tenia en su cama, le estendió en el suelo, y dijo: Ahí tienes.

Al dia siguiente, á las siete de la mañana, Mario volvió á la casa, pagó el alquiler y lo que debia á la tia Bougon, hizo cargar en un carreton de mano sus libros, la cama, la mesa, la cómoda y sus dos sillas, y se fué sin dejar las señas de su nueva casa; de tal modo, que cuando Javert volvió por la mañana para preguntar á Mario sobre los sucesos de la víspera, no encontró mas que á la tia Bougon, que le respondió: ¡Se ha mudado!

La tia Bougon quedó convencida de que Mario era algo cómplice de

Digitized by Google

los ladrones presos por la noche.—¿Quién lo hubiera creido? decia á los porteros del barrio; ¡un jóven que tenia el aire de una niña!

Mario habia tenido dos razones para mudarse tan pronto. Primera, que ya tenia horror á aquella casa en que habia visto tan cerca, y en todo su desarrollo, lo mas repugnante y lo mas feroz; una fealdad social mas horrible aun que el rico malvado: el pobre malo. Segunda, que no queria figurar en el proceso que seguiria probablemente, y verse obligado á declarar contra Thenardier.

Javert creyó que el jóven, cuyo nombre habia olvidado, habia tenido miedo y se habia fugado, ó no habia vuelto quizá aun á su casa en el momento de la emboscada; hizo, sin embargo, algunos esfuerzos para encontrarle, pero no lo consiguió.

Pasó un mes y despues otro. Mario seguia en casa de Courfeyrac: habia sabido por un pasante de abogado, visitante habitual de la Sala de los Pasos Perdidos, que Thenardier estaba incomunicado, y daba todos los lunes al alcaide de la cárcel de la Fuerza cinco francos para Thenardier.

Mario, no teniendo ya dinero, pedia los cinco francos á Courfeyrac: era la primera vez, en su vida, que pedia prestado. Estos cinco francos periódicos eran un doble enigma para Courfeyrac que los daba, y para Thenardier que los recibia.

—¿Para quién puede ser? pensaba Courfeyrac.

—¿De dónde puede venir esto? se preguntaba Thenardier.

Mario estaba dolorido: todo para él habia vuelto á las tinieblas. No veia nada delante de sí: su vida estaba sumergida en un misterio, en que andaba á tientas. Habia visto un momento de muy cerca, en esta oscuridad, á la jóven á quien amaba, al viejo que parecia su padre, á esos seres desconocidos, que eran su único interés y su única esperanza en este mundo; y en el momento en que habia creido tenerlos por suyos, un soplo le habia arrebatado todas estas sombras. Ni una chispa de certidumbre y de verdad habia salido del choque mas terrible. No habia encontrado ninguna coyuntura posible. No sabia ni aun el nombre que habia creido saber: seguramente no era el de Ursula, y la Alondra era un apodo. ¿Y qué pensar del viejo? ¿Se ocultaba, en efecto, de la policía? El obrero de cabellos blancos que Mario habia encontrado en las cercanías de los Inválidos se le presentaba á la memoria; ya era proba-

Digitized by Google

ble que este obrero y el señor Blanco fuesen uno mismo. ¿Se disfrazaba, pues? Este hombre tenia cósas heróicas y cosas equívocas. ¿Por qué no habia gritado pidiendo auxilio? ¿Por qué habia huido? ¿Era el padre de la jóven? ¿Era realmente el hombre que Thenardier habia creido conocer? ¿Podia haberse equivocado Thenardier? Estas preguntas eran otros tantos problemas sin solucion. Pero nada de esto disminuia el encanto angelical de la jóven del Luxemburgo. ¡Oh desgracia dolorosa! Mario tenia una pasion en el pecho, y la noche en los ojos. Se veia impulsado y atraido, y no podia moverse: todo se habia desvanecido, escepto el amor; y aun del amor mismo habia perdido los instintos y las iluminaciones súbitas. Ordinariamente, esta llama que nos abrasa nos alumbra tambien un poco, y da alguna claridad útil al esterior. Pero Mario no oia ya esos sordos consejos de la pasion. Nunca se decia: ¿Si fuese allí? ¿Si hiciese tal ó tal cosa? Aquella jóven, á quien no podia ya llamar Ursula, estaba evidentemente en alguna parte; pero nada indicaba á Mario por qué lado debia buscarla. Toda su vida se resumia á la sazon en dos palabras: una incertidumbre absoluta en una bruma impenetrable. Aspiraba siempre á verla, pero ya no lo esperaba.

Para colmo de desgracia volvia á visitarle la miseria; sentia ya cerca de sí, por detrás, su soplo helado. Porque durante estos tormentos, y desde hacia algun tiempo, habia abandonado su trabajo; y nada es mas peligroso que la interrupcion del trabajo: es una costumbre que se pierde. Costumbre fácil de perder y difícil de volver á adquirir.

Cierta cantidad de meditacion fantástica es buena, como un narcótico en discreta dósis; adormece la fiebre, muy dolorosa alguna vez, de la inteligencia que trabaja, y da orígen en el espíritu á un vapor suave y fresco, que corrige los contornos demasiado ásperos del pensamiento puro, llena aquí y allá lagunas é intervalos, enlaza los conjuntos, y sombrea como un difumino los ángulos de las ideas. Pero mucha cantidad de estos ensueños fantásticos sumerje y ahoga. ¡Desgraciado el obrero del espíritu que se deja caer completamente desde el pensamiento á este ensueño! Cree que volverá á subir fácilmente, y se dice, que al fin y al cabo es lo mismo pensar que soñar. Error.

El pensamiento es el trabajo de la inteligencia, la meditacion fantástica es la voluptuosidad; reemplazar aquel por esta, es confundir un veneno con un alimento.

Digitized by Google

Recordemos que Mario habia empezado por aquí; la pasion se habia echado encima despues, y habia acabado de precipitarle en las quimeras sin objeto y sin fondo; solo salia de casa para soñar; costumbre perezosa, abismo tenebroso y malsano, y á medida que el trabajo disminuia, las necesidades crecian. Esto es una ley. El hombre en el estado de meditacion es naturalmente pródigo y perezoso: el espíritu espaciado no puede tener una vida concreta. Hay en este modo de vivir una mezcla de bien y de mal, porque si la negligencia perezosa es funesta, la generosidad es sana y buena; pero el hombre pobre, generoso y noble que no trabaja está perdido: se le agotan los recursos, y crecen sus necesidades.

Pendiente fatal, en que los mas honrados y los mas firmes son arrastrados como los mas débiles y los mas viciosos, y que llega á uno de estos dos abismos: el suicidio ó el crímen. Y á fuerza de salir solo para ir meditando, llega un dia en que se sale para tirarse al agua.

El esceso de meditacion crea los Escousse y los Lebrás.

Mario bajaba esta pendiente á lentos pasos, con los ojos fijos en aquella persona á quien no veia ya. Lo que acabamos de decir parece estraño, y sin embargo, es verdadero. El recuerdo de un ser ausente se ilumina en las tinieblas del corazon, y cuanto mas completamente va desapareciendo, mas brilla; el alma desesperada y oscura ve esta luz en su horizonte como una estrella de la noche interior. Todo el pensamiento de Mario era *ella*; no pensaba en otra cosa; conocia confusamente que su levita vieja se ponia inservible; que su levita nueva se hacia vieja; que sus camisas se gastaban, que se gastaba su sombrero, que se gastaban sus botas; es decir, que se gastaba su vida, y decia: ¡Si pudiese verla solamente antes de morir!

Solo una idea grata le quedaba: que Ella le habia amado; que su mirada se lo habia dicho: que ella no sabia su nombre, pero conocia su alma, y que tal vez en el lugar en que estaba, por mas que pudiese ser misterioso, le amaba aun. ¿Quién sabe si ella pensaba en él, como él en ella? A veces en esas horas inesplicables que tiene todo corazon que ama, no encontrando mas que razones de dolor, y sintiendo, sin embargo, un desconocido temblor de alegría, se decia: Estos son sus pensamientos que vienen á mí. Y despues añadia: Mis pensamientos llegarán á ella tal vez del mismo modo.

Esta ilusion que Mario deshacia en seguida, conseguia, sin embar-

Digitized by Google

go, infundir en su alma rayos de luz, que se parecian alguna vez á la esperanza. De cuando en cuando, sobre todo á esa hora de la noche que mas entristece á los pensadores fantásticos, estampaba sobre un cuaderno, en que no habia mas que esto, lo mas puro, lo mas impersonal, lo mas ideal de los sueños con que el amor llenaba su cerebro: á esto lo llamaba «escribirla.»

Pero no debe creerse que su razon estaba desordenada. Al contrario, habia perdido la facultad de trabajar y de moverse con firmeza hácia un fin determinado; pero tenia, mas que nunca, perspicacia y rectitud. Veia con una luz tranquila y real, aunque singular, lo que pasaba á su vista, hasta los hechos ó los hombres mas indiferentes: en todo decia lo justo con una especie de abatimiento noble y desinteresadamente cándido. Su juicio, casi desprendido de la esperanza, se mantenia elevado, y se cernia.

En esta situacion de ánimo, nada se le escapaba, nada le engañaba, y descubria á cada instante el fondo de la vida, de la humanidad y del destino. ¡Dichoso, aun en medio del dolor, aquel á quien Dios ha dado una alma digna del amor y de la desgracia! El que no ha visto las cosas de este mundo y el corazon de los hombres á esta doble luz, no ha visto nada verdadero, ni sabe nada.

El alma que ama y padece se encuentra en un estado sublime.

Por lo demás, sucedíanse los dias, y nada nuevo se presentaba: parecíale solamente que el espacio sombrío que debia atravesar se reducia á cada momento, y creia entrever ya distintamente el borde del precipicio sin fondo.

—¡Qué! se decia, ¿no volveré á verla?

Cuando se sube la calle de Santiago, dejando á un lado la barrera, y se sigue un poco á la izquierda el antiguo boulevard interior, se llega á la calle de la Salud, despues á la de la Glacière, y un poco antes de llegar al arroyo de los Gobelinos, se encuentra una esplanada, que es en toda la larga y monótona ronda de los boulevares de París el único sitio en que Ruysdael se atreveria á sentarse.

No sé de dónde procede la gracia de aquel sitio: un prado verde atravesado de cuerdas tendidas, en que se secan al aire algunos pingajos; una casa de hortelano, edificada en tiempo de Luis XIII, con su gran empizarrado cubierto de buhardillas, empalizadas arruinadas, un

Digitized by Google

poco de agua que corre entre algunos álamos, mujeres, risas y voces; en el horizonte, el Panteon, el árbol de los Sordo-mudos, el Val-de-Grace, negro, fantástico, alegre, magnífico, y en el fondo el severo cuadrado de las torres de Nuestra Señora.

Como aquel sitio no vale la pena de ser visto, nadie le visita. Apenas le atraviesa cada cuarto de hora una carreta ó un arriero.

Sucedió una vez, que los paseos solitarios de Mario le llevaron á este terreno cerca de aquel arroyo. Aquel dia hubo una novedad en el boulevard, un transeunte. Mario, gratamente sorprendido por el atractivo casi salvaje del sitio, preguntó al transeunte:

—¿Cómo se llama este sitio?

El transeunte respondió:

—El Campo de la Alondra.

Y añadió:

—Aquí fue donde Ulbalk mató á la pastora de Ivry.

Pero despues de la palabra Alondra, Mario no habia oido nada. Hay en el estado de ensueño congelaciones súbitas, producidas por una sola palabra. Todo el pensamiento se condensa bruscamente alrededor de una idea, y no es ya capaz de ninguna otra percepcion. La Alondra era el nombre que en las profundidades de la melancolía de Mario habia reemplazado á Ursula.

—¡Calla! dijo en el estupor poco lógico, propio de este aparte misterioso, este es su campo. Aquí sabré dónde vive.

Esto era absurdo, pero irresistible.

Y desde entonces fué todos los dias al Campo de la Alondra.

Digitized by Google

II.

FORMACION EMBRIONARIA DE LOS CRÍMENES EN LA INCUBACION DE LAS CÁRCELES.

El triunfo de Javert en la casa de Gorbeau habia parecido completo, pero no lo habia sido.

En primer lugar, y este era su principal cuidado, Javert no habia preso al preso. El asesinado que se evade, es mas sospechoso que el asesino; y es probable que este personaje, tan preciosa captura para los bandidos, no hubiera sido menos buena presa para la autoridad.

Además, Montparnase se habia escapado de las garras de Javert; era preciso esperar otra ocasion para echar la zarpa á aquel «currutaco del diablo.» En efecto, Montparnase, habiendo encontrado á Eponina que acechaba bajo los árboles del boulevard, se habia ido con ella, prefiriendo ser Nemorino con la hija, á ser Schinderhannes con el padre; y habia hecho muy bien, porque estaba libre. En cuanto á Eponina, Javert la habia hecho «trincar,» lo que era un mediano consuelo; y se habia reunido con Azelma en las Magdalenas.

En fin, en el trayecto de la casa de Gorbeau á la Fuerza, uno de los principales presos, Suena-dinero, se habia perdido. No se sabia cómo habia sucedido esto; los agentes y los polizontes «no comprendian

Digitized by Google

nada;» se habia convertido en humo, se habia deslizado por entre las cuerdas, se habia escapado por las grietas del carruaje, porque el coche estaba roto, y habia huido; no sabian qué decir, sino que al llegar á la cárcel, Suena-dinero habia desaparecido. Habia en aquello algo de mágia ó de policía. ¿Se habia derretido Suena-dinero en las tinieblas como un copo de nieve en el agua? ¿Habia habido connivencia con los agentes? ¿Pertenecia este hombre al doble enigma del desórden y del órden público? ¿Era concéntrico á la infraccion y á la represion? ¿Esta esfinge tenia las manos en el crímen, y los pies en la autoridad? Javert no aceptaba estas combinaciones, y se hubiese enfurecido ante tales compromisos; pero en su escuadra habia otros inspectores mas iniciados tal vez que él, á pesar de ser subordinados suyos, en los secretos de la prefectura, y Suena-dinero era tan malvado, que podia ser un buen agente de policía: en efecto, hay de estos bribones de dos filos. Pero fuese lo que fuese, lo cierto es, que Suena-dinero se perdió y no se volvió á encontrar. Javert pareció estar mas irritado que asombrado de este accidente.

En cuanto á Mario, «ese pazguato de abogado que habia tenido probablemente miedo,» y cuyo nombre habia olvidado Javert, era poco importante. Por otra parte, á un abogado se le encuentra siempre. Pero, ¿era solo un abogado?

Habia empezado la sumaria.

El juez que la instruia habia creido conveniente no poner incomunicado á uno de los hombres de la cuadrilla del Patron Minette, esperando alguna confesion, y habia escogido á Brujon, el cabelludo de la calle del Petit-Banquier. Se le habia dejado en el patio de Carlomagno, y tenia siempre encima la vista de los vigilantes.

El nombre de Brujon es un recuerdo de la Fuerza. En el repugnante patio, llamado por el vulgo el Edificio-Nuevo, por la Administracion el patio de San Bernardo, y por los ladrones la cueva de los Leones; en aquella muralla cubierta de escamas y de lepra, que subia por la izquierda hasta el techo, cerca de una puerta de hierro, enmohecida ya, que conducia á la antigua capilla del palacio ducal de la Fuerza, convertida en dormitorio de bandidos, se veia aun hace doce años, un castillo groseramente esculpido con un clavo, en la piedra, y debajo esta firma:

BRUJON, 1811.

Digitized by Google

El Brujon de 1811 era el padre del Brujon de 1832.

Este, á quien apenas hemos podido entrever en la emboscada de la casa de Gorbeau, era un gallardo jóven, muy astuto y discreto, de aspecto huido y lastimero. A causa de este aspecto le habia escogido el juez, creyéndole mas útil en el patio de Carlomagno, que en el calabozo incomunicado.

Los ladrones no interrumpen el ejercicio de su profesion, aunque estén en manos de la justicia. No se incomodan por tan poca cosa, y estar preso por un crímen, no impide comenzar otro crímen; son como los artistas que tienen un cuadro en la Esposicion, y no por esto dejan de trabajar en alguna obra nueva en su taller.

Brujon aparentaba haberse quedado estupefacto con la prision. Se le veia muchas veces horas enteras en el patio de Carlomagno, de pie, cerca del tragaluz del cantinero, contemplando como un idiota la sórdida lista de los precios de la cantina, que empezaba: *puerros, sesenta y dos céntimos*, y concluia: *cigarro, cinco céntimos*; ó bien pasaba el tiempo temblando, chocando los dientes, diciendo que tenia calentura, y preguntando si estaba vacante alguna de las veintiocho camas de la sala de los calenturientos.

De pronto, hácia la segunda quincena de febrero de 1832, se supo que Brujon, el tonto, habia mandado hacer á los mozos de la cárcel, no bajo su nombre, sino bajo el nombre de tres camaradas suyos, tres comisiones diferentes, las cuales le habian costado cincuenta sueldos, gasto exorbitante, que llamó la atencion del inspector de la cárcel.

Hiciéronse indagaciones, y consultando la tarifa de los encargos, clavada en la pared de la sala de los detenidos, se llegó á saber que los cincuenta sueldos se descomponian asi: tres recados: uno al Panteon, diez sueldos; otro á Val-de-Grace, quince sueldos, y otro á la barrera de Grenelle, veinticinco sueldos: este último era el precio mas alto de la tarifa. Ahora bien: precisamente en el Panteon, en Val-de-Grace y en la barrera de Grenelle, estaban los domicilios de los tres rateros de las barreras mas temibles, Kruideniers, el llamado Bizarro, glorioso presidiario cumplido, y Para-coches, sobre los cuales cayó por este incidente la mirada de la policía.

Creyóse adivinar que estos hombres estaban afiliados á la cuadrilla del Patron Minette, de la cual habian sido puestos á la sombra los jefes

Digitized by Google

Babet y Traga-mares. Supúsose que los recados de Brujon, enviados, no á una casa, sino á personas que esperaban en la calle, debian ser avisos para algun crímen tramado. Habia además otros indicios; echóse la garra á los tres vagos, y se creyó haber venteado la maquinacion de Brujon, cualquiera que fuese.

Como una semana despues de tomarse estas medidas, una noche, un vigilante de ronda, que vigilaba el dormitorio inferior del Edificio-Nuevo en el momento de echar en el buzon de contraseñas su contraseña, es decir, la pieza de metal con su número, que sirve para indicar que el inspector cumple el servicio exactamente, de modo que cada hora cae en los buzones de las puertas de los dormitorios una contraseña; un inspector, decimos, vió por la rejilla del dormitorio á Brujon sentado, escribiendo algo en la cama á la luz de la lámpara. El inspector entró, púsose á Brujon por un mes en un calabozo, pero no se le pudo coger lo que habia escrito. La policía no supo mas.

Lo cierto es, que al dia siguiente tiraron un *postillon* desde el patio de Carlomagno á la Cueva de los Leones por encima del edificio de cinco pisos que separaba ambos patios.

Los presos llaman *postillon* á una bola de pan artísticamente amasada, que se envia *á Irlanda*, es decir, por cima de los tejados de una cárcel de un patio á otro. Etimología: por cima de Inglaterra, de una tierra á otra, *á Irlanda*. Cuando cae, pues, la bola en el patio, el que la recoge la abre, y encuentra un billete dirigido á algun preso en el patio. Si es un preso el que la coge, la da á su destino, y si es un carcelero ó uno de los presos secretamente vendidos, que se llaman «borregos» en las cárceles, y «zorros» en los presidios, el billete es presentado al escribano, y despues á la policía.

Esta vez el billete llegó á su destino, aunque en aquel momento el que debia recibirle estaba entre los *separados*: era nada menos que Babet, uno de los cuatro de la cuadrilla del Patron Minette.

El *postillon* contenia un papel arrollado, en el cual estaban escritas estas dos líneas:

—Babet. Se puede dar un golpe en la calle Plumet. Una verja en un jardin.

Esto era lo que Brujon habia escrito por la noche.

A pesar de los registradores y registradoras, Babet encontró medios

Digitized by Google

de hacer llegar el billete desde la Fuerza á la Salpetrière á una «buena amiga» que allí tenia, y que estaba encerrada. Esta á su vez trasmitió el billete á otra, á quien conocia, á una tal Magnon, muy vigilada por la policía, pero no presa aun. Esta Magnon, cuyo nombre ha visto ya el lector, tenia con los Thenardier relaciones que esplicaremos mas adelante, y podia servir de puente entre la Salpetrière y las Magdalenas, yendo á ver á Eponina.

Pero sucedió precisamente en este momento, que faltando pruebas en la sumaria formada contra Thenardier respecto de sus hijas Eponina y Azelma, fueron puestas en libertad.

Cuando Eponina salió, la Magnon, que la esperaba á la puerta de las Magdalenas, le dió el billete de Brujon á Babet, encargándola que *diese luz* al negocio.

Eponina fué á la calle Plumet, reconoció la verja y el jardin, observó la casa, espió, acechó, y algunos dias despues, llevó á Magnon, que vivia en la calle Coche-Perce, un bizcocho, que Magnon trasmitió á la querida de Babet á la Salpetrière. Un bizcocho en el tenebroso simbolismo de las prisiones, significa: *no hay nada que hacer*.

Tan bien salió todo, que menos de una semana despues, Babet y Brujon, al encontrarse en el camino de ronda de la Fuerza, yendo uno «á la instruccion» y viniendo el otro, preguntó Brujon:—¿Y la calle P?—Bizcocho, respondió Babet.

Asi abortó este feto del crímen, engendrado por Brujon en la Fuerza.

Este aborto tuvo, sin embargo, consecuencias completamente estrañas al programa de Brujon: ya se verán.

Muchas veces se cree estar anudando un hilo, y se anuda otro.

Digitized by Google

III.

APARICION AL SEÑOR MABEUF.

Mario no visitaba á nadie: solamente algunas veces encontraba al señor Mabeuf.

Mientras Mario descendia gravemente por estos lúgubres escalones, que podrian llamarse la escalera de la cueva, y que conducen á los lugares sin luz, donde se oye á los dichosos marchar por encima, el señor Mabeuf los bajaba de otra manera.

La *Flora de Cauteretz* no se vendia ya absolutamente. Los esperimentos sobre el añil no habian dado resultado ninguno en el pequeño jardin de Austerlitz, que estaba mal situado; allí solo podia cultivar algunas plantas raras que necesitan la humedad y la sombra. Mas no por esto se desanimaba. Habia conseguido un rincon de tierra en el Jardin Botánico, en buena situacion para hacer «á su costa» los ensayos sobre el añil, para lo cual habia llevado las láminas de su *Flora* al Monte de Piedad. Habia reducido su almuerzo á dos huevos, y dejaba uno de ellos á su vieja criada, á la cual no habia pagado el salario hacia quince meses: muchas veces, su almuerzo era su única comida. Ya no se reia con su risa infantil; se habia hecho huraño, y no recibia visitas. Mario hacia muy bien en no ir á verle. Algunas veces, á la hora en que el señor

Digitized by Google

Mabeuf iba al Jardin Botánico, se encontraban el viejo y el jóven en el boulevard del Hospital: no se hablaban; solamente se saludaban con la cabeza tristemente. Cosa dolorosa: hay un momento en que la miseria separa hasta á los amigos. Antes eran dos amigos; ahora eran dos transeuntes.

El librero Royol habia muerto. El señor Mabeuf no conocia mas que sus libros, su jardin y su añil; estas eran las tres formas que habian tomado para él la felicidad, el placer y la esperanza; esto le bastaba para vivir, y se decia: cuando haya hecho mis bolitas azules seré rico; sacaré mis láminas del Monte de Piedad, haré de moda mi *Flora* con el charlatanismo, pondré anuncios en los periódicos, y compraré, ya sé dónde, un ejemplar del *Arte de navegar*, de Pedro Medina, con grabados en madera, edicion de 1559.

Mientras tanto trabajaba todo el dia en su sembrado de añil, y por la noche volvia á su casa para regar el jardin y leer sus libros. El señor Mabeuf tenia por entonces muy cerca de los ochenta años.

Una noche tuvo una singular aparicion.

Habia vuelto á su casa muy de dia aun. La tia Plutarco, cuya salud se quebrantaba, estaba enferma y acostada. El señor Mabeuf habia comido un hueso que tenia un poco de carne y un pedazo de pan que habia encontrado en la mesa de la cocina, y estaba sentado en un guardacanton echado que tenia por banco en el jardin.

Cerca del banco habia, segun la moda de los antiguos huertos, una especie de cajon alto, hecho de vigas y de tablas muy estropeadas ya, que era jaula de conejos en la parte inferior, y frutero en la superior. No tenia conejos en la jaula; pero aun conservaba algunas manzanas en el frutero, restos de la provision del invierno.

El señor Mabeuf se habia puesto á hojear y á leer, con ayuda de los anteojos, dos libros de que estaba apasionado, y que, cosa rara en su edad, le tenian pensativo. Su natural timidez le hacia propio para aceptar ciertas supersticiones. El primero de estos libros era el famoso tratado del presidente Delanere «De la inconstancia de los demonios,» el otro, que era la obra de Mutor de la Rubandiere, «Sobre los diablos de Vauvert, y los gobelinos de la Bievre.» Este último libro le interesaba tanto mas, cuanto que su jardin habia sido un sitio frecuentado por los gobelinos. El crepúsculo empezaba á blanquear los objetos que están

Digitized by Google

en alto, y á ennegrecer los que están en bajo. Al mismo tiempo que leia mirando por cima del libro que tenia en la mano, el señor Mabeuf contemplaba sus plantas, y entre otras, un rhododendron magnífico que era uno de sus consuelos; los cuatro últimos dias de bochorno, de viento y de sol, sin una gota de lluvia habian hecho que los tallos se encorvasen, que se inclinasen los botones, y que cayesen las hojas: era preciso regar; el rhododendron, sobre todo, estaba triste. El señor Mabeuf era de esos para quienes las plantas tienen alma. El viejo habia trabajado todo el dia en su sembrado de añil y estaba rendido de cansancio; se levantó, sin embargo, dejó los libros en el banco, y se dirigió encorvado y con vacilante paso al pozo; pero cuando cogió la soga no pudo ni aun tirar para desengancharla. Entonces se volvió, y dirigió una mirada angustiosa al cielo, que se iba cubriendo de estrellas.

La noche tenia esa serenidad que disminuye los dolores del hombre bajo una alegría lúgubre, eterna y desconocida, y anunciaba que iba á ser tan árida como el dia.

—¡Estrellas por todas partes! pensaba el anciano: ¡ni una pequeñísima nube! ¡ni una lágrima de agua!

Y dejó caer sobre el pecho la cabeza que habia levantado un momento. Pero volvió á levantarla, y miró al cielo, murmurando:

—¡Una lágrima de rocío! ¡Un poco de piedad!

Trató de nuevo de desenganchar la soga del pozo, pero no pudo.

En aquel momento oyó una voz que decia:

—Señor Mabeuf, ¿quereis que riegue yo el jardin?

Y al mismo tiempo sintió en el seto el ruido de un animal salvaje que corre, y vió salir de entre los matorrales una jovenzuela delgada, que se puso delante de él mirándole atrevidamente. Parecia mas bien un aborto del crepúsculo, que un ser humano.

Antes que hubiera podido responder una sílaba el señor Mabeuf, que se asustaba fácilmente, aquel ser, cuyos movimientos tenian en la oscuridad una especie de brusco capricho, habia desenganchado la soga, sumergido y sacado el cubo, y llenado la regadera: el buen hombre veia esta aparicion, que tenia los pies desnudos y un zagalejo todo roto; veia, decimos, cómo corria por las platabandas derramando la vida en su der-

Digitized by Google

redor. El ruido de la regadera en las hojas encantaba al señor Mabeuf. Le parecia que el rhododendron era ya feliz.

Vaciado el primer cubo, la muchacha sacó otro, y despues un tercero: asi regó todo el jardin.

Cuando andaba por las calles de arbustos en que aparecia su perfil enteramente negro, agitando sobre sus largos y angulosos brazos su destrozada pañoleta, tenia cierto aspecto de murciélago.

Cuando hubo acabado, el señor Mabeuf se aproximó á ella con lágrimas en los ojos, y le puso la mano en la frente.

—Dios os bendiga, dijo: sois un ángel porque teneis cuidado de las flores.

—No, respondió: soy el diablo: pero es indiferente.

El viejo esclamó sin esperar ni oir la respuesta:

—¡Qué lástima que yo sea tan desgraciado y tan pobre, y que no pueda hacer nada por vos!

—Algo podeis, dijo ella.

—¿El qué?

—Decirme dónde vive el señor Mario.

El viejo no lo comprendió.

—¿Qué señor Mario?

Y alzó su vidriosa mirada como buscando una cosa que hubiera desaparecido.

—Un jóven que venia aquí hace tiempo.

El señor Mabeuf habia ya registrado su memoria, y contestó:

—¡Ah! sí... ya sé lo que quereis decir. ¡Esperad! El señor Mario... el baron Mario Pontmercy ¡pardiez! vive... ó por mejor decir, no vive ya... vaya, no lo sé.

Y al mismo tiempo que hablaba se habia encorvado para sujetar una rama del rhododendron.

—Esperad, continuó: ahora me acuerdo. Pasa mucho por el boulevard, y va hácia la Glacière, calle de Croule-Barbe, Campo de la Alondra. Id por allí, y no será difícil que le encontreis.

Cuando el señor Mabeuf se enderezó ya no habia nadie: la jóven habia desaparecido.

Entonces tuvo miedo de veras.

—Ciertamente, dijo, que si no viese el jardin regado, creeria que habia sido un espíritu.

Digitized by Google

Una hora despues, cuando se acostó, volvió á pensar en esto, y al dormirse, en ese momento confuso en que el pensamiento, semejante al pájaro fabuloso que se convierte en pez para pasar el mar, toma poco á poco la forma del ensueño para atravesar el sueño, se decia confusamente:

—Esto se parece mucho á lo que Rubandiere cuenta de los gobelinos. ¿Si será un gobelino?

Digitized by Google

IV.

APARICION Á MARIO.

Algunos dias despues de esta visita de un «espíritu» al señor Mabeuf, una mañana—era lúnes, el dia en que Mario pedia á Courfeyrac la moneda de cien sueldos para Thenardier,—Mario habia metido esta moneda en el bolsillo, y antes de llevársela al carcelero, habia ido «á pasearse un poco,» esperando tener ganas de trabajar á la vuelta. Esto era lo que hacia siempre. Apenas se levantaba, se sentaba delante de un libro y una hoja de papel para concluir alguna traduccion; tenia entonces que hacer la version al francés de una célebre disputa entre alemanes, la controversia de Gans y de Savigny; cogia á Gans, cogia despues á Savigny, leia cuatro líneas, trataba de escribir una, y no podia; veia una estrella entre sus ojos y el papel, y se levantaba de la silla, diciendo:—Voy á salir. Esto me dará ganas de trabajar.

Y se iba al campo de la Alondra.

Allí veia mas que nunca la estrella, y menos que nunca á Savigny y á Gans.

Volvia á su casa, trataba de empezar á trabajar, y no lo conseguia; no podia reanudar ni uno solo de los hilos rotos de su cerebro: entonces decia:—Mañana no salgo, porque asi no puedo trabajar. Y salia todos los dias.

Digitized by Google

Vivia en el Campo de la Alondra mas que en casa de Courfeyrac. Sus señas eran verdaderamente estas: Boulevard de la Salud, sétimo árbol, pasada la calle de Croule-Barbe.

La mañana de que vamos hablando habia abandonado el árbol, y se habia sentado en el parapeto del arroyo de los Gobelinos. Un sol alegre penetraba las frescas hojas abiertas y resplandecientes.

Pensaba en «ella,» y su pensamiento, convirtiéndose en reconvencion, recaia sobre él; pensaba dolorosamente en la pereza, parálisis del alma, que se apoderaba de él; y en aquella noche, cuyas tinieblas se espesaban por momentos ante su vista, hasta el punto de que ya no veia ni aun el sol.

Sin embargo, al través de este penoso desprendimiento de ideas indistintas que no eran un monólogo, porque tanto se debilitaba en él la actividad, que ya no tenia ni aun la fuerza de querer desconsolarse; al través de esta absorcion melancólica, sentia las sensaciones de lo esterior. Oia detrás de sí, debajo de sí, en ambas orillas del arroyo, á las lavanderas de los Gobelinos golpear la ropa, y por cima de su cabeza cantar á los pájaros en los olmos. Por un lado, el ruido de la libertad, del feliz descuido, del placer que tiene alas; por otro, el ruido del trabajo. Estos dos ruidos le parecian alegres, cosa que le hacia pensar profundamente, y casi reflexionar.

De repente, en medio del éstasis que le dominaba, oyó una voz conocida que decia:

—¡Calla! ¡Ahí está!

Levantó los ojos, y conoció á aquella desgraciada niña que habia ido una mañana á su casa, la hija mayor de la Thenardier, Eponina, pues ya sabia cómo se llamaba. Estaba empobrecida y hermoseada, dos cosas que parecia nó podian ser. Habia realizado un doble progreso hácia la luz y hácia la desgracia. Llevaba los pies descalzos, é iba vestida de harapos como el dia que habia entrado tan resueltamente en su cuarto; solamente que sus harapos tenian dos meses mas; los agujeros eran mayores, y los trapajos mas miserables. Tenia la misma voz ronca, la misma frente atezada y arrugada por el aire, la misma mirada libre, estraviada y vacilante. Además, tenia en la fisonomía algo de asombrado y de lastimero, que añade la prision á la miseria.

Llevaba algunos restos de paja y de heno en los cabellos, no como

Digitized by Google

Ofelia por haberse vuelto loca con el contagio de la locura de Hamlet, sino porque habia dormido en algun pajar.

Y con todo esto estaba hermosa. ¡Qué astro eres juventud!

Se habia parado delante de Mario con alguna espresion de alegría en su lívido rostro, y una como sonrisa.

Estuvo algunos momentos como si no pudiese hablar.

—¡Ya os encontré! dijo por fin. Tenia razon el señor Mabeuf, ¡en este boulevard! ¡Cuánto os he buscado! ¡Si lo supiéseis! ¿Lo sabeis? He estado en la cárcel ¡quince dias! Ya me han soltado viendo que no habia nada contra mí, y que además no tenia edad de discernimiento; me faltaban dos meses. ¡Oh, cómo os he buscado desde hace seis semanas! ¿Ya no vivís allá?

—No, dijo Mario.

—¡Oh! ya comprendo. A causa de aquello. Son muy desagradables esos lances. Os habeis mudado. ¡Calla! ¿y por qué llevais ese sombrero tan viejo? Un jóven como vos debe llevar un buen traje. ¿No lo sabeis, señor Mario? El señor Mabeuf os llama el baron Mario de no sé cuántos. ¿No es verdad que no sois baron? Los barones son viejos, van al Luxemburgo, delante del palacio donde hay mas sol, y leen *La Quotidienne* por un sueldo. Yo estuve una vez á llevar una carta en casa de un baron asi. Tenia mas de cien años. Decidme: ¿Dónde vivís ahora?

Mario no respondió.

—¡Ah! continuó ella, teneis un agujero en la camisa. Tendré que cosérosla.

Y añadió con un acento que se oscurecia poco á poco:

—Parece que no os alegrais de verme.

Mario callaba; ella guardó silencio por un momento, y despues esclamó:

—Y sin embargo, si quisiera os obligaria á estar contento.

—¡Cómo! preguntó Mario: ¿qué quereis decir?

—¡Ah! ¡Antes me llamábais de tú!

—Pues bien: ¿qué quieres decir?

Eponina se mordió el labio; parecia dudar como si fuese presa de una lucha interior; por fin, pareció decidirse.

—Tanto peor, es igual. Teneis el aire triste, y quiero que esteis contento. Prometedme solo que os reireis. Quiero veros reir y deciros: Bien,

Digitized by Google

asi me gusta, ¡Pobre señor Mario! Ya sabeis; me habeis prometido que me dariais todo lo que yo quisiera...

—¡Sí, pero habla!...

Ella miró á Mario fijamente á los ojos, y le dijo:

—¡Sé las señas!

Mario se puso pálido. Toda su sangre refluyó al corazon.

—¿Qué señas?

—Las que me habeis mandado averiguar.

Y añadió como si hiciese un esfuerzo:

—Las señas... ya sabeis.

—¡Sí! murmuró Mario.

—¡De la señorita!

Y asi que pronunció esta palabra suspiró profundamente.

Mario saltó del parapeto en que estaba sentado, y le cogió violentamente la mano.

—¡Oh, bien! ¡Llevadme! ¡Díme! ¡Pídeme todo lo que quieras! ¿Dónde es?

—Venid conmigo, respondió. No sé bien la calle ni el número; es al otro estremo, pero conozco bien la casa; voy á enseñaros.

Retiró entonces la mano, y dijo con un tono que hubiera lacerado el corazon de un observador, pero que no llamó la atencion de Mario, embriagado y conmovido.

—¡Ah! ¡Qué contento estais ahora!

Una nube pasó por la frente de Mario:

—¡Júrame una cosa! dijo cogiendo á Eponina del brazo.

—¡Jurar! dijo ella: ¿qué quiere decir eso? ¡Calla! ¿Quereis que jure?

Y se echó á reir.

—¡Tu padre! ¡prométeme, Eponina, júrame que no dirás á tu padre dónde vive!

Eponina se volvió hácia él admirada.

—¡Eponina! ¿Cómo sabeis que me llamo Eponina?

—¡Prométeme lo que te digo!

Pero ella parecia no oirle.

—¡Es muy raro esto! ¡Me habeis llamado Eponina!

Mario la cogió los dos brazos á la vez.

Digitized by Google

—¡Pero respóndeme en nombre del cielo! atiende á lo que te digo; ¡júrame que no dirás esas señas á tu padre!

—¡Mi padre! ¡Ah, sí, mi padre! Estad tranquilo. Está incomunicado. Pero además, ¿me cuido yo de mi padre?

—¿Pero no me lo prometes? esclamó Mario.

—¡Dejadme! dijo ella echándose á reir: ¡cómo me sacudís! Sí, sí; ¡os lo prometo! ¡os lo juro! ¡qué me importa eso! ¡No diré las señas á mi padre! ¿No es esto?

—Ni á nadie, dijo Mario.

—Ni á nadie.

—Ahora, llévame, dijo Mario.

—¿En seguida?

—En seguida.

—Venid.—¡Oh, qué contento está! dijo la jóven.

A los pocos pasos se detuvo.

—Me seguis muy de cerca, señor Mario. Dejadme ir delante, y seguidme como si tal cosa. No deben ver á un hombre bien portado, como vos, con una mujer como yo.

En ninguna lengua podria espresarse lo que encerraba esta palabra mujer, pronunciada por aquella niña.

Dió una docena de pasos, y se detuvo otra vez; Mario la alcanzó. Ella le dirigió la palabra de lado, y sin volverse hácia él.

—A propósito: ¿recordais que habeis prometido una cosa?

Mario registró el bolsillo. No poseia en el mundo mas que los cinco francos destinados á Thenardier; los sacó, y los puso en la mano de Eponina.

Ella abrió los dedos, dejó caer la moneda al suelo, y dijo mirando á Mario con aire sombrío:

—No quiero vuestro dinero.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO TERCERO.

LA CASA DE LA CALLE PLUMET.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

LA CASA DEL SECRETO.

Hácia mediados del siglo último, un presidente de sala en el Parlamento de París tenia una querida, y queriendo ocultarla, porque en aquella época los grandes señores manifestaban sus queridas, y los pequeños las ocultaban, hizo construir «una casita» en el arrabal de San German, en la calle desierta de Blomet, que hoy se llama Plumet, y no lejos del sitio que se llamaba entonces *La lucha de animales*.

Se componia esta casa de un pabellon de un solo piso; tenia dos salas en el bajo, y dos cuartos en el principal, una cocina en aquel, y un gabinete de tocador en éste, y debajo del tejado un granero, precedido todo de un jardin, con una gran verja que daba á la calle. El jardin tenia cerca de media fanega de tierra, y era lo único que los transeuntes podian ver; pero por detrás del pabellon habia un patio pequeño, y en el fondo una habitacion baja, compuesta de dos piezas sobre la cueva, especie de secreto, destinado á ocultar, en caso necesario, un niño y una nodriza. Esta habitacion comunicaba por la espalda por medio de una puerta oculta, y que se abria por un secreto, con un largo corredor ó pasadizo, empedrado, tortuoso, á cielo abierto, costeado de dos altas paredes, que oculto por un arte prodigioso, y como

Digitized by Google

perdido entre los límites de los jardines y de los sembrados, cuyos ángulos y vueltas iba siguiendo, terminaba en otra puerta, tambien secreta, que se abria á medio cuarto de legua de allí, casi en otro barrio, á la estremidad solitaria de la calle de Babilonia.

El señor presidente entraba por allí; de tal modo, que aun los que le hubiesen espiado y seguido, y hubiesen observado que el señor presidente iba todos los dias misteriosamente á alguna parte, no habrian sospechado que ir á la calle de Babilonia, era ir á la calle Blomet. Por medio de hábiles compras de terreno, el ingenioso magistrado habia podido hacer este trabajo de camino secreto en sus posesiones, y por consiguiente, sin obstáculo. Despues habia dividido en pequeños trozos, para jardines y huertas, los terrenos lindantes con el pasadizo, y los propietarios de estos terrenos creian mirar una pared medianera por ambos lados, y no sospechaban ni aun la existencia de aquella vereda, que serpenteaba entre dos paredes por entre sus platabandas y vergeles. Solo los pájaros veian aquella curiosidad, siendo muy probable que las currucas y calandrias del siglo último charlasen mucho á costa del señor presidente.

El pabellon era de piedra, al estilo Mansard; estaba artesonado y amueblado á la Watteau; rocalla por dentro, y peluca por fuera; rodeado de un triple seto de flores; y tenia algo de discreto, de elegante y de solemne, como corresponde á un capricho amoroso de un magistrado.

La casa y el corredor, que han desaparecido ya, existian aun hace una quincena de años. En 1793, un calderero compró la casa para derribarla; pero no habiendo podido pagar el precio, la nacion le declaró en quiebra: de modo, que la casa fue quien le derribó á él. Despues quedó deshabitada, y fue arruinándose lentamente, como todo edificio á que no comunica la vida la presencia del hombre. Habia quedado amueblada con los muebles antiguos, y siempre anunciada en venta ó alquiler, y las diez ó doce personas que pasaban al año por la calle Plumet veian este anuncio en un cartel amarillo é ilegible, colgado de la verja del jardin desde 1810.

A fines de la Restauracion, estos transeuntes pudieron notar que habia desaparecido el escrito, y que estaban abiertos los postigos del primer piso. En efecto, la casa estaba ocupada; las ventanas tenian «cortinillas,» señal de que habia una mujer.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA TIA SANTOS.

Digitized by Google

En el mes de octubre de 1829, un hombre de alguna edad se habia presentado, y habia alquilado la casa tal como estaba, incluyendo la habitacion de atrás y el pasadizo que terminaba en la calle de Babilonia. Habia hecho restaurar las aberturas secretas de las dos puertas de este pasadizo. La casa, como acabamos de decir, tenia casi los mismos muebles antiguos que en tiempo del presidente: el nuevo inquilino habia mandado hacer algunas reparaciones, poniendo aquí y allí lo que faltaba, adoquines en el patio, baldosas en los suelos, escalones en la escalera, hojas en el parque y vidrios en las ventanas, y últimamente se habia instalado allí con una jovencita y una criada vieja, sin ruido alguno, mas bien como el que se desvia, que como el que entra en su casa. Los vecinos no murmuraban nada, por la razon de que no los habia.

Este inquilino tan silencioso era Juan Valjean, y la jóven, Cosette. La criada era una solterona, llamada Santos, á quien Juan Valjean habia sacado del hospital y de la miseria; era vieja, provinciana y tartamuda; tres cualidades que habian determinado á Juan Valjean á tomarla á su servicio. Habia alquilado la casa con el nombre del señor Fauchelevent, rentista. En todo lo que hemos referido anteriormente, el lector habrá tardado menos que Thenardier en conocer á Juan Valjean.

¿Por qué habia abandonado Juan Valjean el convento del pequeño Picpus? ¿Qué habia sucedido?

Nada habia pasado de estraordinario.

El lector recordará que Juan Valjean era feliz en el convento, tan feliz, que su conciencia concluyó por alarmarse. Veia á Cosette todos los dias; sentia nacer y desarrollarse en él poco á poco el sentimiento paternal, cubria con su alma aquella niña, y se decia que era suya, que nadie podia quitársela, y que asi seria siempre; que Cosette se haria monja, viéndose dulcemente solicitada todos los dias, de modo que el convento seria siempre el universo para él y para ella; que él envejeceria allí, y ella creceria, y envejeceria y moriria; y por último, ¡consoladora esperanza! que no seria posible ninguna separacion. Pero al mismo tiempo que pensaba esto, vino á caer en nuevas perplejidades. Preguntóse á sí mismo, si toda aquella felicidad se componia solo de su felicidad, ó tambien de la de otra persona, es decir, de la felicidad de aquella niña de que se apoderaba y á quien confiscaba, él que era un viejo: ¿no era esto un robo?

Digitized by Google

Se decia que esta niña tenia derecho á conocer el mundo antes de renunciar á él; que privarla de antemano y en cierto modo, sin consultarla, de todos los goces, bajo el pretesto de salvarla de todas las pruebas; aprovecharse de su ignorancia y de su aislamiento para hacer germinar en ella una vocacion artificial, seria desnaturalizar una criatura humana, y engañar á Dios. ¿Y quién sabe si Cosette reflexionando algun dia sobre todo esto, y viéndose monja á disgusto no llegaria hasta odiarle? Ultima idea casi egoista y menos noble que las demás, pero que le era insoportable.

Resolvióse, pues, á abandonar el convento.

Se decidió; conoció, aunque con pesar, que era necesario; no tenia objeciones que hacerse. Cinco años de encierro y de desaparicion entre aquellas cuatro paredes habian destruido ó dispersado necesariamente los elementos de temor; podia volver tranquilamente á vivir entre los hombres; habia envejecido, y estaba desconocido. ¿Quién habia de conocerle ahora? Y aun en el peor caso, solo corria peligro por sí mismo, y no tenia derecho para condenar á Cosette al claustro por la razon de que él habia sido condenado á presidio. Por otra parte, ¿qué es el peligro ante el deber? En fin, nada le impedia ser prudente, y tomar sus precauciones.

En cuanto á la educacion de Cosette, estaba casi terminada y completa.

Juan Valjean, despues de decidirse, solo esperó una ocasion, y no tardó esta en presentarse: el tio Fauchelevent murió.

Juan Valjean pidió audiencia á la reverenda priora, y le dijo que habiendo recibido á la muerte de su hermano una modesta herencia que le permitia vivir sin trabajar, pensaba dejar el servicio del convento y llevarse á su nieta; pero que como no era justo que Cosette, no pronunciando el voto hubiese sido educada gratuitamente, suplicaba humildemente á la reverenda priora le permitiese ofrecer á la comunidad una suma de cinco mil francos, como indemnizacion de los cinco años que Cosette habia pasado en el convento.

Asi salió Juan Valjean del convento de la Adoracion perpetua.

Al abandonar aquella casa, llevó en sus brazos, sin querer entregarlo á ningun mozo, el baulito, cuya llave tenia siempre consigo. Aquel baulito traia inquieta á Cosette por el olor embalsamado que despedia.

Digitized by Google

El baulito no se separó nunca de él; siempre le tenia en su cuarto. Era lo primero, y algúna vez lo único, que trasladaba en sus mudanzas. Cosette se reia, y llamaba al baulito el *inseparable*, diciendo: Me da celos.

Juan Valjean no salió al aire libre sin esperimentar una profunda ansiedad.

Descubrió la casa de la calle Plumet y se quedó con ella; además estaba en posesion del nombre de Ultimo Fauchelevent.

Al mismo tiempo alquiló otras dos casas en París, con objeto de atraer la atencion menos que viviendo siempre en el mismo barrio, de poder ausentarse á la menor inquietud que sintiese, y de no encontrarse desprevenido, como la noche en que se escapó tan milagrosamente de Javert. Estas otras dos casas eran dos edificios feos y de pobre aspecto, en dos barrios muy separados uno de otro; uno en la calle del Oeste, y otro en la del Hombre armado.

Iba de cuando en cuando, ya á la calle del Hombre armado, ya á la del Oeste, á pasar un mes ó seis semanas con Cosette, sin llevar á la tia Santos. Le servian los porteros, y pasaba por un rentista de las cercanías que tenia un apeadero en la ciudad. Aquella gran virtud tenia tres casas en París para huir de la policía.

Digitized by Google

II.

JUAN VALJEAN, GUARDIA NACIONAL.

Por lo demás, y hablando en rigor, vivia en la calle Plumet, donde habia arreglado su existencia del modo siguiente:

Cosette con la criada ocupaba el pabellon, tenia la alcoba principal con los entrepaños pintados, el gabinete de las molduras doradas, el salon del presidente, adornado de tapicería y de grandes sillones, y el jardin. Juan Valjean habia mandado poner en el cuarto de Cosette una cama, con pabellon de damasco antiguo de tres colores, y una hermosa alfombra de Persia, antigua tambien, comprada en la calle de Figuier-Saint-Paul, en casa de la tia Gaucher; y para evitar la severidad de estas magníficas antigüedades, habia combinado con esta prendería todos los muebles graciosos y elegantes de las jóvenes, el tocador, la biblioteca, los libros dorados, la papelera, el costurero incrustado de nácar, el neceser sobredorado, y la palangana de porcelana del Japon. Grandes cortinones de damasco de fondo rojo de tres colores, semejantes á los de la cama, colgaban ante las ventanas del primer piso: en el bajo habia colgaduras de tapicería. Todo el invierno la casita de Cosette estaba caldeada de arriba abajo. Juan Valjean habitaba la especie de portería que habia en el fondo del patio, con un colchon en una cama

Digitized by Google

de tijera, una mesa de madera blanca, dos sillas de paja, un jarro de loza, algunos libros en una tabla, y su querida balija en un rincon: allí nunca habia lumbre. Comia con Cosette, y tenia un pan de centeno para él en la mesa. El dia que entró la tia Santos, le dijo:—La señorita es el ama en casa.—¿Y vos, señor? habia replicado la tia Santos estupefacta.—Yo soy mucho mas que el amo, soy su padre.

Cosette en el convento habia aprendido la ciencia doméstica, y arreglaba los gastos, que eran muy modestos. Todos los dias, Juan Valjean llevaba á Cosette á pasear del brazo. La llevaba al Luxemburgo, á la alameda mas solitaria, y los domingos á misa, siempre á Santiago de Haut-Pas, porque estaba muy lejos. Como aquel era un barrio muy pobre, daba muchas limosnas, y los desgraciados le rodeaban en la iglesia, lo que le habia valido el título que Thenardier le habia dado: *Al señor bienhechor de la iglesia de Santiago de Haut-Pas*. Llevaba á Cosette á visitar á los pobres y á los enfermos. En la casa de la calle Plumet no entraba ningun estraño; la tia Santos llevaba las provisiones, y Juan Valjean iba por sí mismo á buscar el agua á una fuente cercana del boulevard. Guardaban la leña y el vino en un espacio medio subterráneo, tapizado de conchas, que estaba cerca de la puerta de la calle de Babilonia, y que habia servido en otro tiempo de gruta al señor presidente, porque en tiempo de las Locuras y de las Casitas, no habia amor sin gruta.

En la puerta escusada de la calle de Babilonia habia una de esas cajas ó buzones que sirven para recoger cartas y periódicos; pero como los tres habitantes del pabellon de la calle Plumet no recibian ni periódicos ni cartas, utilizaban esta caja, guardadora en otro tiempo de amorcillos, y confidente de un golilla petimetre, para las cédulas del cobrador de contribuciones, y las papeletas de guardia; porque el señor Fauchelevent, rentista, era guardia nacional; no habia podido escaparse de las apretadas mallas del censo de 1831. El empadronamiento municipal habia llegado en aquella época hasta el convento del pequeño Picpus, especie de nube impenetrable y santa, de donde Juan Valjean habia salido venerable á los ojos del alcalde de barrio, y por consiguiente digno de hacer guardias.

Juan Valjean se ponia el uniforme y entraba de guardia tres ó cuatro veces al año, y lo hacia con gusto, porque el uniforme era para él un

Digitized by Google

correcto disfraz que le mezclaba con todo el mundo, dejándole solitario. Juan Valjean acababa de cumplir sesenta años, edad de la exencion legal, pero no aparentaba mas de cincuenta; y por otra parte, no tenia deseo alguno de librarse de su sargento mayor, y de burlarse del conde de Lobau: no tenia estado civil; ocultaba su nombre, ocultaba su edad, ocultaba su identidad, lo ocultaba todo; y como hemos dicho, era un guardia nacional de buena voluntad. Toda su ambicion era asemejarse á cualquiera que pagase contribucion. El ideal de este hombre era, en lo interior, ser ángel, y en lo esterior, contribuyente.

Hagamos notar aquí una cosa: cuando salia con Cosette, se vestia como hemos dicho, y parecia un militar retirado. Cuando salia solo, que era comunmente por la noche, iba siempre vestido de una blusa y de un pantalon de obrero, y una gorra que le ocultaba el rostro. ¿Era esto precaucion ó humildad? Ambas cosas á la vez. Cosette estaba acostumbrada ya al aspecto enigmático de su destino, y apenas notaba las rarezas de su padre. En cuanto á la tia Santos, veneraba á Juan Valjean y hallaba bueno todo lo que hacia. Un dia el carnicero, que habia visto á Juan Valjean, le dijo:—Es buena pieza; y ella respondió:—Es un santo.

Ni Juan Valjean, ni Cosette, ni la tia Santos, entraban ó salian mas que por la puerta de la calle de Babilonia; de modo que, á no verlos por la verja del jardin, era difícil adivinar que vivian en la calle Plumet. Esta verja estaba siempre cerrada, y Juan Valjean habia dejado inculto el jardin para que no llamase la atencion.

Pero en esto se engañaba.

Digitized by Google

III.

FOLIIS AC FRONDIBUS.

Aquel jardin, abandonado completamente hacia mas de medio siglo, habia llegado á ser estraordinario y hermoso. Los transeuntes se paraban á contemplarle hace cuarenta años, sin sospechar los secretos que ocultaban sus verdes y frescas espesuras.

Mas de un hombre meditabundo ha tratado varias veces de penetrar indiscretamente con los ojos y con el pensamiento al través de los hierros de aquella antigua verja en forma de cadena, torcida, movediza, sostenida por dos pilares verdosos y enmohecidos, y coronada caprichosamente por un fronton de indescifrables arabescos.

Habia en un rincon un banco de piedra, y una ó dos estatuas cubiertas de moho; algunos encañados, deshechos por el tiempo, se pudrian arrimados á las paredes; no habia ni calles, ni césped; solo abundaba la grama. Puede decirse que habia desaparecido la jardinería, y la habia reemplazado la naturaleza. Abundaba la mala yerba, admirable fortuna de un pobre rincon de tierra. Los alelíes crecian libre y espléndidamente, y nada contrariaba el esfuerzo sagrado de las cosas hácia la vida; nada impedia su venerable desarrollo. Los árboles se habian inclinado hasta las zarzas, y las zarzas habian subido hasta los árboles;

Digitized by Google

la planta habia trepado, la rama se habia encorvado; lo que se arrastra por el suelo buscaba lo que se estiende en el aire; lo que flota en el viento se habia inclinado hácia lo que vive entre el musgo; troncos y ramas, hojas y fibras, tallos y zarzas, sarmientos y espinas se habian mezclado, atravesado, enlazado, confundido; la vegetacion, en un estrecho y profundo abrazo, habia celebrado y realizado, á la vista del Creador satisfecho, y en aquel espacio de trescientos pies cuadrados, el santo misterio de su fraternidad, símbolo de la fraternidad humana. Aquello no era ya un jardin; era una maleza colosal, es decir, una cosa impenetrable como un bosque, poblada como una ciudad, temblorosa como un nido, sombría como una catedral, olorosa como un ramillete, solitaria como una tumba, y viva como la multitud.

En la primavera, aquel enorme matorral, libre dentro de sus cuatro tapias y de la verja, entraba, como todo, en el sordo trabajo de la germinacion universal; temblaba al salir el sol casi como un ser animado que aspira los efluvios del amor cósmico, y que siente la savia de abril subir y bullir en sus venas; y sacudiendo al viento su prodigiosa y verde cabellera, sembraba en la tierra húmeda, en las rotas estatuas, en la desvencijada escalinata del pabellon, y hasta en el empedrado de la calle desierta, las flores en estrellas, el rocío en perlas, la fecundidad, la belleza, la vida, la alegría, los perfumes. A mediodia, mil blancas mariposas se refugiaban allí, y era un espectáculo sublime ver revolotear en copos, y á la sombra, aquella nieve viva del estío. Allí, en las placenteras tinieblas del verdor, una multitud de voces inocentes hablaban dulcemente al alma, y lo que dejaba de decir el gorjeo de los pájaros, lo completaba el zumbido de los insectos. Por la noche, un vapor de meditacion se desprendia del jardin y le rodeaba; un manto de bruma, una tristeza celestial y tranquila le cubrian; el perfume embriagador de las madreselvas y corregüelas salia de todas partes como un veneno esquisito y sutil; oíanse los últimos cantos de los peti-rojos y de las nevatillas durmiéndose bajo las ramas; descubríase la intimidad sagrada del pájaro y el árbol. Por el dia, las alas daban alegría á las hojas, y de noche, las hojas daban proteccion á las alas.

En el invierno, la maleza estaba negra, mojada, erizada, temblorosa, y permitia ver un poco la casa al través de su seco ramaje. En vez de flores en las ramas, y en lugar de rocío en las flores, veíanse los

Digitized by Google

largos hilos de plata de los caracoles sobre el frio y espeso tapiz de las amarillentas hojas; pero siempre, bajo cualquier aspecto, en cualquier estacion, en primavera, en invierno, en verano y en otoño, aquel pequeño cercado respiraba melancolía, contemplacion, soledad, libertad, ausencia del hombre, presencia de Dios, y la antigua verja cerrada, parecia decir: Este jardin es mio.

En vano el empedrado de París se estendia por todo el derredor; en vano se veian á dos pasos los palacios clásicos y espléndidos de la calle de Varennes, y muy cerca la iglesia de los Invalidos, y no lejos de allí la Cámara de los Diputados; en vano la carrozas de la calle de Borgoña y de la calle de Santo Domingo rodaban fastuosamente por las cercanías; en vano los ómnibus amarillos, oscuros, blancos y rojos, se cruzaban en la encrucijada próxima; todo esto no impedia que en la calle Plumet estuviera el desierto; y la muerte de los primeros propietarios, el trascurso de una revolucion, el derrumbamiento de las antiguas fortunas, la ausencia, el olvido, cuarenta años de abandono y de vacío alrededor habian bastado para reproducir en aquel lugar privilegiado los helechos, los gordolobos, la cicuta, las yerbas altas, las grandes plantas rastreras de anchas hojas, y de un color verde pálido, los lagartos, los escarabajos, los insectos bulliciosos y rápidos; para hacer salir de las profundidades de la tierra y reaparecer entre aquellas cuatro paredes cierta grandeza salvaje y feroz; y para que la naturaleza, que desconcierta los mezquinos arreglos del hombre, y que donde puede estenderse se estiende toda entera, lo mismo en la hormiga que en el águila, se desarrollase en un pequeño y feo jardin parisiense con tanta rudeza y magestad como en un bosque vírgen del Nuevo-Mundo.

En efecto: nada hay pequeño, como lo saben todos aquellos en quienes la naturaleza penetra profundamente. Aunque la filosofía no puede de un modo absoluto ni circunscribir la causa, ni limitar el efecto, el pensador cae en un éstasis sin fondo cuando contempla esos varios modos de descomposicion de las fuerzas que convergen todas hácia la unidad. Todo trabaja para todo.

El álgebra se aplica á las nubes; la irradiacion del astro es conveniente á la rosa; y ningun pensador se atreverá á decir que el perfume del espino es inútil á las constelaciones. ¿Quién puede calcular el camino de una molécula? ¿Sabemos acaso si no se crean nuevos mundos

Digitized by Google

por medio de la caida de granos de arena? ¿Quién conoce el movimiento de flujo y reflujo recíproco de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, el eco sonoro de las causas en los precipicios del ser y las avalanchas de la creacion? Un arador es un ser importante; lo pequeño es grande; lo grande es pequeño; todo está en equilibrio en la necesidad: terrible vision para el espíritu. Hay entre los seres y las cosas relaciones de prodigio; en este inagotable conjunto, desde el sol hasta el pulgon, ninguna cosa desprecia á la otra; cada una de ellas tiene necesidad de las demás. La luz no lleva á la region azul los perfumes terrestres sin saber lo que hace; la noche reparte convenientemente la esencia estelar á las flores dormidas. Todas las aves que vuelan tienen en la pata el hilo de lo infinito. La germinacion se vale lo mismo del estallido de un meteoro, que del picotazo de la golondrina para romper el huevo; y dirige á un tiempo el nacimiento de una lombriz y el advenimiento de Sócrates. Donde concluye el telescopio empieza el microscopio. ¿Cuál tiene mayor vista? Escoged. Un poco de moho es una pleyada de flores; una nebulosa es un hormiguero de estrellas: igual es, y mas inaudita todavía, la promiscuidad de las cosas de la inteligencia con los hechos de la sustancia. Los elementos y los principios se mezclan, se combinan, se unen, se multiplican unos por otros, hasta el punto de hacer terminar el mundo material y el mundo moral en la misma luz. El fenómeno está perpetuamente replegado en sí mismo. En las grandes trasformaciones cósmicas, la vida universal va y viene en cantidades desconocidas, arrastrándolo todo en el visible misterio de los efluvios; empleándolo todo; no perdiendo ni el delirio de un sueño; sembrando un gérmen animal aquí; desmenuzando un astro allá; oscilando y serpenteando, haciendo de la luz una fuerza, y del pensamiento un elemento; diseminada é indivisible; disolviéndolo todo, escepto ese punto geométrico que se llama el *yo*; refiriéndolo todo al átomo alma; desarrollándolo todo en Dios; combinando y enlazando desde la mas alta hasta la mas inferior, todas las actividades, en la oscuridad de un mecanismo vertiginoso; relacionando el vuelo de un insecto con el movimiento de la tierra; subordinando ¿quién sabe? aunque no sea mas que por la identidad de la ley, la evolucion del cometa en el firmamento á las vueltas del infusorio en la gota de agua. Máquina hecha de espíritu; engranamiento enorme, cuyo primer motor es el mosquito, y cuya última rueda es el zodiaco.

Digitized by Google

IV.

CAMBIO DE REJA

Parecia que este jardin, creado en otro tiempo para ocultar los misterios del libertinaje, se habia trasformado, haciéndose propio para proteger los misterios de la castidad. Ya no habia ni cunas, ni cenadores cubiertos, ni grutas; habia una magnífica sombra que caia como un velo por todas partes. Pafos se habia convertido en Eden. Cierto remordimiento habia purificado aquel retiro; aquel ramillete ofrecia sus flores al alma; aquel jardin lleno de coquetería, tan comprometido en otro tiempo, habia entrado en la virginidad y en el pudor. Un juez ayudado por un jardinero, un buen hombre que creia ser la continuacion de Lamoignon, y otro buen hombre que creia ser la continuacion de Lenôtre, le habian cercado, cortado, igualado, compuesto y arreglado para la galantería; la naturaleza le habia hecho suyo despues; le habia llenado de sombra, y le habia arreglado para el amor.

Habia tambien en aquella soledad un corazon que estaba preparado. El amor no tenia que hacer mas que manifestarse; tenia allí un templo compuesto de verdor, de yerba, de musgo, de suspiros de avecillas, de suaves tinieblas, de ramas agitadas, y un alma de dulzura, de fe, de candor, de esperanza, de aspiracion y de ilusion.

Digitized by Google

Cosette habia salido del covento aun casi niña; tenia poco mas de catorce años, y estaba «en la edad ingrata:» ya hemos dicho que, fuera de los ojos, parecia mas bien fea que bonita; no tenia, sin embargo, ninguna faccion desgraciada; pero era delgada, sosa, tímida y atrevida á la vez; una niña grande, en fin.

Su educacion estaba terminada; es decir, la habian enseñado religion, y sobre todo, devocion; la «historia» es decir, lo que se llama asi en el convento; la geografía, la gramática, los participios, los reyes de Francia, un poco de música, dibujar una nariz, etc.; pero por lo demás, ignoraba todo; lo cual es un nuevo atractivo, mas tambien un peligro. No debe dejarse el alma de una jóven tan completamente en la oscuridad, porque mas adelante penetran en ella resplandores demasiado repentinos y demasiado vivos, como en una cámara oscura; debe iluminársela suave y discretamente, mas bien con el reflejo de la realidad, que con su luz directa y viva; con una especie de sencillez útil y graciosamente austera, que disipe los temores pueriles, é impida las caidas. Solo el instinto materno, intuicion admirable en que entran los recuerdos de la vírgen y la esperiencia de la mujer, sabe cómo y de qué modo debe ser esta semi-luz. Nada puede reemplazar á este instinto. Para educar el alma de una jóven, todas las monjas del mundo no valen lo que una madre.

Cosette no habia tenido madre; habia tenido muchas madres, en plural.

En cuanto á Juan Valjean, poseia toda la ternura, todos los cuidados posibles; pero no era mas que un viejo que nada sabia.

Ahora bien, en esta obra de la educacion, en este grave asunto de la preparacion de una niña para la vida, ¡cuánto saber se necesita para luchar contra esa gran ignorancia que se llama inocencia!

Nada prepara á una jóven para las pasiones como el convento: el convento dirige el pensamiento hácia lo desconocido. El corazon replegado sobre sí mismo se socava, no pudiendo dilatarse, y se profundiza, no hallando espansion. De aquí provienen las visiones, las suposiciones, las conjeturas, los bosquejos novelescos, el deseo de aventuras, los castillos en el aire, los edificios enteros creados en la oscuridad interior del espíritu, sombrías y secretas moradas, en que las pasiones encuentran pronto donde alojarse luego que les permite entrar la puerta abierta.

Digitized by Google

El convento es una compresion, que para triunfar del corazon humano necesita durar toda la vida.

Cosette, al salir del convento, no podia encontrar nada mas grato ni mas peligroso que la casa de la calle Plumet, que era la continuacion de la soledad con el principio de la libertad; un jardin cerrado, pero una naturaleza vigorosa, rica, voluptuosa y aromática; los mismos sueños que en el convento, pero viendo á los jóvenes; una reja, pero reja que daba á la calle.

Sin embargo, cuando entró en esta casa era aun, como hemos dicho, una niña. Juan Valjean la entregó aquel jardin inculto:—Haz de él lo que quieras, le dijo.—Esto entretenia á Cosette, que ponia en movimiento todas las flores y todas las piedras, buscando «gusarapos;» jugaba mientras llegaba el tiempo de meditar; amaba aquel jardin por los insectos que encontraba bajo sus pies entre la yerba, mientras llegaba el tiempo de amarle por las estrellas que pudiera ver por entre las ramas sobre su cabeza.

Además, amaba á su padre, es decir, á Juan Valjean, con toda su alma, con una sencilla pasion filial, que hacia del buen viejo un compañero deseado y querido. El lector recordará que el señor Magdalena leia mucho; Juan Valjean continuaba haciendo lo mismo; habia llegado á hablar bien; tenia la secreta riqueza, y la elocuencia de una inteligencia humilde y verdadera, que se ha cultivado espontáneamente. No le habia quedado mas aspereza que la justamente precisa para sazonar su bondad; era un genio rudo y un corazon amable. En el Luxemburgo, en sus conversaciones con Cosette, hacia largas esplicaciones de todo, tomadas ya de lo que habia leido, ya de lo que habia padecido. Cuando Cosette le escuchaba, sus miradas erraban vagamente.

Este hombre sencillo llenaba el pensamiento todo entero de Cosette; del mismo modo que aquel jardin inculto bastaba á su vista. Cuando habia perseguido á las mariposas se acercaba á él sofocada, y le decia: —¡Ah, cuánto he corrido! y él la besaba en la frente.

Cosette adoraba al buen hombre, y siempre iba detrás de él; donde estaba Juan Valjean, allí estaba su felicidad. Como Juan Valjean no vivia ni en el pabellon, ni en el jardin, Cosette se encontraba mas á gusto en el patio empedrado, que en el recinto lleno de flores; y en el cuartito amueblado con sillas de paja, mejor que en el gran salon cubierto de

Digitized by Google

alfombras y de sillones de gran respaldo. Juan Valjean le decia algunas veces sonriéndose ante la dicha de verse importunado:—Pero vete á tu cuarto: ¡déjame solo un rato!

Cosette entonces le reñia, dirigiéndole una de esas reprensiones tan tiernas y tan llenas de gracia cuando las dirige una hija á su padre.

—Padre, tengo mucho frio en vuestra habitacion; ¿por qué no poneis aquí una alfombra y una estufa?

—Hija mia: ¡hay tantos que valen mas que yo, y que no tienen ni aun techo para abrigarse!

—Entonces, ¿por qué tengo yo lumbre en mi cuarto, y todo lo que me hace falta?

—Porque tú eres mujer y niña.

—¡Bah! Pues qué, ¿los hombres deben sufrir el frio, y pasarlo mal?

—Algunos hombres.

—Pues bueno; vendré aquí con tanta frecuencia, que os vereis obligado á encender lumbre.

Tambien solia decirle:

—Padre, ¿por qué comeis pan tan malo como ese?

—Porque sí, hija mia.

—Pues bien, si comeis de él, yo tambien comeré.

Y entonces, para que Cosette no comiese pan negro. Juan Valjean comia pan blanco.

Cosette solo recordaba confusamente su infancia. Rezaba por mañana y noche por su madre, á quien no habia conocido. Los Thenardier habian quedado en su memoria como dos figuras repugnantes que se la hubiesen aparecido en sueños; recordaba que habia ido «un dia por la noche» á buscar agua á un bosque, creia que muy lejos de París; le parecia que habia empezado á vivir en un abismo, y que Juan Valjean la habia sacado de él. Cuando pensaba en su infancia, sentia lo mismo que si recordase un tiempo en que no hubiera habido en su derredor mas que cienpies, arañas y serpientes; y cuando meditaba sobre todas estas cosas por la noche, antes de dormirse, como no tenia seguridad de ser hija de Juan Valjean, pensaba que el alma de su madre se habia trasladado al cuerpo de aquel hombre, y habia venido á morar á su lado.

Cuando él se sentaba, ella apoyaba la cabeza en sus blancos cabe-

Digitized by Google

llos, y dejaba caer silenciosamente una lágrima, diciéndose: ¡Tal vez este hombre es mi madre!

Cosette, por mas que esto parezca estraño, en su profunda ignorancia de niña educada en un convento, y siendo, por otra parte, la maternidad una cosa completamente ininteligible para la virginidad, habia concluido por figurarse que habia tenido tan poca madre como fuera posible tener. No sabia ni aun el nombre de esta madre: siempre que preguntaba sobre el particular, Juan Valjean guardaba silencio; y si repetia la pregunta, respondia con una sonrisa: una vez insistió, y la sonrisa concluyó por una lágrima.

Este silencio de Juan Valjean cubria con un espeso velo á Fantina.

¿Era esto prudencia? ¿Era respeto? ¿Era temor de entregar este nombre á otra memoria que no fuese la suya?

Mientras Cosette habia sido niña, Juan Valjean le habia hablado con gusto de su madre; cuando llegó á ser jóven, le fue imposible hablarla de ella. Creyó que no debia atreverse á tanto. ¿Hacia esto por Cosette, ó lo hacia por Fantina? Esperimentaba una especie de horror religioso ante la idea de hacer penetrar aquella sombra en el pensamiento de Cosette, y de introducir entre los dos la tercera persona de la difunta madre: cuanto mas sagrada era para él esta sombra, mas temible le parecia; pensaba en Fantina, y se sentia dominado por el silencio. Veia vagamente en las tinieblas una cosa que se parecia á un dedo sobre una boca. Todo el pudor que habia tenido Fantina, y que durante su vida habia salido de ella violentamente, ¿habia vuelto despues de su muerte á posarse sobre ella, á velar indignado por la paz de aquel cadáver, y á guardar fieramente su tumba? ¿Juan Valjean esperimentaba la presion de este pudor sin saberlo? Nosotros, que creemos en la muerte, no rechazaríamos esta esplicacion misteriosa. De aquí la imposibilidad de pronunciar, aun para Cosette, este nombre: Fantina.

Un dia le dijo Cosette:

—Padre, esta noche he visto á mi madre en sueños. Tenia dos grandes alas: mi madre debe de haber sido en vida casi una santa.

—Por el martirio, respondió Juan Valjean.

Por lo demás, Juan Valjean era feliz.

Cuando Cosette salia con él, se apoyaba en su brazo, orgullosa, feliz en la plenitud del corazon. Juan Valjean, en todas estas muestras

Digitized by Google

de una ternura tan esclusiva y tan satisfecha, sentia un placer delicioso. El pobre hombre temblaba inundado de una alegría angelical; creia que aquello duraria toda la vida; se decia, que verdaderamente no habia padecido bastante para merecer tan brillante porvenir, y daba gracias á Dios en las profundides de su alma por haber permitido que fuese amado de este modo un miserable, por aquel ser inocente.

Digitized by Google

Digitized by Google

¡SI YO FUESE BONITA!

Digitized by Google

V.

LA ROSA DESCUBRE QUE ES UNA MÁQUINA DE GUERRA.

Un dia Cosette se miró, por casualidad, al espejo, y se dijo: ¡calla! pareciéndole que era bonita; lo cual la turbó singularmente. Hasta este momento no habia pensado en su figura. Se veia en el espejo, pero no se miraba. Y además, habia oido decir muchas veces que era fea. Solo Juan Valjean decia con amabilidad: ¡No! ¡no! Sea como fuese, lo cierto es que Cosette se habia creido siempre fea, y habia crecido en esta creencia, con la fácil resignacion de la infancia. Pero ahora, de un golpe su espejo le decia como Juan Valjean: ¡No! En toda la noche pudo dormir. —¡Si yo fuese bonita! pensaba: ¡qué bueno seria que fuese bonita!— Y se acordaba de aquellas de sus compañeras, cuya belleza causaba efecto en el convento, y se decia: ¡Cómo! ¡Seré yo como fulanita!

Al dia siguiente se miró tambien al espejo; pero no por casualidad, y dudó;—¿Dónde tenia yo la cabeza? se dijo: ¡no, soy fea!—Habia dormido mal; tenia los ojos encendidos, y estaba pálida. El dia anterior no habia recibido grande alegría al creer en su belleza; pero entonces sintió gran tristeza al no creer en ella. No se miró mas; y por espacio de mas de quince dias trató de peinarse y vestirse volviendo la espalda al espejo.

Digitized by Google

Por la noche despues de comer solia bordar en el salon ó hacer algun trabajillo de convento, y Juan Valjean leia á su lado. Una vez levantó los ojos de su trabajo, y quedó sorprendida al observar la manera inquieta con que su padre la miraba.

Otra vez, yendo por la calle, le pareció oir á uno, á quien no pudo ver, que decia detrás de ella:—Linda muchacha, pero mal vestida.—¡Bah! pensó ella, no lo dice por mí. Yo soy fea, y voy bien vestida.—Llevaba entonces su sombrero de felpilla, y su vestido de merino.

Un dia, por fin, estaba en el jardin, y oyó á la tia Santos que decia:—Señor, ¿no habeis observado qué guapa se va poniendo la señorita?—Cosette no oyó la respuesta de su padre, y las palabras de la tia Santos le produjeron una conmocion. Dejó el jardin, subió á su cuarto, corrió al espejo, al cual hacia tres meses que no se miraba, y arrojó un grito. Se habia deslumbrado.

Era linda y graciosa; no podia menos de ser del parecer de la tia Santos y del espejo. Su talle se habia formado, su cutis habia blanqueado, y sus cabellos se habian hecho lustrosos; un esplendor desconocido se habia encendido en sus ojos azules. Adquirió completamente la conciencia de su belleza en un minuto, como cuando se enciende una gran luz; los demás lo notaban, la tia Santos lo decia, á ella se habia referido sin duda el transeunte, ya no podia dudar; bajó al jardin creyéndose reina, oyó cantar á los pájaros; era invierno, miró al cielo dorado, al sol en los árboles, á las flores en las matas, conmovida, loca, en una embriaguez inefable.

Juan Valjean, por su parte, esperimentaba una profunda é indefinible opresion de corazon.

Era que en efecto, desde hacia algun tiempo, contemplaba con terror aquella belleza, que se presentaba cada dia mas brillante en la simpática fisonomía de Cosette: aurora de alegría para todos, y lúgubre para él.

Cosette habia sido bella mucho antes de notarlo. Pero desde el primer dia aquella luz inesperada que se elevaba lentamente, y envolvia por grados toda la persona de la jóven, hirió la sombría pupila de Juan Valjean. Conoció que aquello era un cambio en una vida feliz, tan feliz, que no se atrevia á alterarla en nada por temor de perder algo en ella. Aquel hombre, que habia pasado por todas las miserias, que

Digitized by Google

aun estaba sangrando por las heridas que le habia hecho el destino; que habia sido casi malvado, y que habia llegado á ser casi santo; que despues de haber arrastrado la cadena de presidiario, arrastraba ahora la cadena invisible, pero pesada, de la infamia indefinida; aquel hombre á quien la ley no habia perdonado aun, y que podia ser preso á cada instante, y sacado de la oscuridad de su virtud á la luz del oprobio público, aquel hombre lo aceptaba todo, lo disculpaba todo, lo perdonaba todo, lo bendecia todo, tenia benevolencia para todo, y no pedia á la Providencia, á los hombres, á las leyes, á la sociedad, á la naturaleza, al mundo, mas que una cosa; ¡que Cosette le amase!

¡Que Cosette siguiese amándole! ¡Que Dios no impidiese que llegase á él, y permaneciese en él el corazon de aquella niña! Si Cosette le amaba, se creia curado, tranquilo, pacífico, recompensado, coronado. Si Cosette le amaba, era feliz; ya no deseaba mas. Si le hubieran preguntado:—¿Quiéres estar mejor? Habria respondido:—No. Si Dios le hubiera dicho:—¿Quiéres el cielo? Habria respondido:—Perderia en el cambio.

Todo lo que podia modificar aquella situacion, aunque no fuese mas que la superficie, le hacia temblar como el principio de otra cosa desconocida. Nunca habia sabido lo que era la belleza de una mujer; pero por instinto comprendia que era una cosa terrible.

Juan Valjean desde el fondo de su fealdad, de su vejez, de su miseria, de su opresion, miraba asustado aquella belleza que se presentaba cada dia mas triunfante y soberbia á su lado, á su vista, sobre la frente pura y temible de la jóven.

Y se decia: ¡Qué hermosa es! ¿Qué va á ser de mí?

En esto estaba la diferencia entre su ternura y la ternura de una madre; lo que él veia con angustia, lo habria visto una madre con placer.

No tardaron mucho en manifestarse los primeros síntomas.

Desde el dia siguiente á aquel en que Cosette se habia dicho: decididamente soy guapa, puso cuidado en su tocador. Recordó lo que habia dicho el transeunte: bonita, pero mal vestida: soplo de oráculo que habia pasado á su lado, y se habia desvanecido despues de haber dejado en su corazon uno de los dos gérmenes que llenan siempre toda la vida de la mujer: la coquetería. El otro gérmen es el amor.

Digitized by Google

Con la fe en su hermosura se desarrolló en ella el alma de la mujer. Odió el merino y se avergonzó de la felpilla. Su padre no la habia negado nunca nada. En seguida aprendió la ciencia del sombrero, del vestido, de la manteleta, de la bota, de los manguitos, de la tela de moda, del color que mejor sienta; esa ciencia que hace de la mujer parisiense una cosa tan seductora, tan profunda y tan peligrosa. La frase *mujer espirituosa* ha sido inventada para designar la mujer parisiense.

En menos de un mes, la niña Cosette, en aquella Tebaida de la calle de Babilonia, fue una mujer, no solo de las mas bonitas, lo que es algo, sino de las «mas elegantes» de París, lo que es mucho mas.

Hubiera querido encontrar á «su transeunte» para ver lo que diria; y para «darle una leccion.» El hecho es que estaba verdaderamente encantadora, y que distinguia de una mirada un sombrero de Gerard de un sombrero de Herbaut.

Juan Valjean contemplaba estos estragos con ansiedad. Él, que comprendia que nunca podria sino arrastrarse, andar por la tierra todo lo mas, veia que Cosette iba adquiriendo alas.

Por otra parte, al ver el traje de Cosette una mujer hubiera conocido en seguida que no tenia madre.

Hay ciertas sutilezas del decoro, ciertas convenciones especiales, que Cosette no observaba: una madre, por ejemplo, le habria dicho que una jóven soltera no se viste de damasco.

El primer dia que Cosette salió con su vestido y su manteleta de damasco negro, y su sombrero de crespon blanco, se cogió del brazo de Juan Valjean alegre, radiante, sonrosada, orgullosa, esplendente.—Padre, dijo, ¿que os parezco asi? Juan Valjean respondió con una voz semejante á la de un envidioso:—¡Encantadora!—Fueron á paseo, como siempre, y al volver preguntó á Cosette:

—¿No te pondrás ya tu vestido y tu sombrero?

Esto pasaba en el cuarto de Cosette. La jóven se volvió hácia la percha del guarda-ropa donde estaba colgado su hábito de colegiala, y dijo:

—¡Ese disfraz, padre! ¿qué quereis que haga de él? No me pondré mas esos trapos horribles. Con ese casquete en la cabeza parezco una tarasca.

Digitized by Google

Juan Valjean suspiró profundamente.

Desde aquel momento observó que Cosette, que antes queria siempre quedarse, diciendo:—Padre, me divierto mas aquí con vos,—queria á la sazon salir siempre. Y en efecto, ¿de qué sirve tener buena cara y un delicioso traje, si no se han de enseñar?

Observó tambien que Cosette no tenia ya tanta aficion al patio interior: ya le gustaba mas estar en el jardin, y pasearse por delante de la verja. Juan Valjean, disgustado, no ponia los pies en el jardin: permanecia en su patio como un perro.

Cosette, al saber que era hermosa, perdió la gracia de ignorarlo; gracia esquisita, porque la belleza realzada por la sencillez es inefable, y no hay nada mas digno de adoracion que una inocencia deslumbradora que lleva en la mano, sin saberlo, la llave de un paraiso.

Pero lo que perdió en gracia inocente, lo ganó en encanto pensativo y serio. Toda su persona, penetrada por las alegrías de la juventud, de la inocencia y de la belleza, respiraba una espléndida melancolía.

En esta época fue cuando Mario, despues de pasados seis meses, la volvió á ver en el Luxemburgo.

Digitized by Google

VI.

EMPIEZA LA BATALLA.

Cosette estaba en su sombra, lo mismo que Mario en la suya; materiales dispuestos para el incendio. El destino, con su paciencia misteriosa y fatal, aproximaba lentamente uno á otro estos dos seres, ambos desfallecidos y cargados de la tempestuosa electricidad de la pasion; estas dos almas llevaban el amor como dos nubes llevan el rayo, y debian encontrarse y mezclarse en una mirada como las nubes en un relámpago.

Se ha abusado tanto de las miradas en las novelas amorosas, que se ha concluido por darles poca importancia; apenas se atreve hoy un novelista á decir que dos seres se han amado porque se han mirado; y sin embargo, asi es como se ama, y como únicamente se ama. Lo demás no es sino lo demás, y viene despues. Nada es mas real que estas grandes sacudidas, que dos almas se impresionen mutuamente al cambiar esta chispa.

A cierta hora en que Cosette dirigió, sin saberlo, aquella mirada que turbó á Mario, éste no sospechó que dirigió otra mirada, que turbó tambien á Cosette, haciéndole el mismo mal y el mismo bien.

Hacia ya algun tiempo que le veia y le examinaba, como las jóve-

Digitized by Google

nes ven y examinan, mirando á otra parte. Mario encontraba aun fea á Cosette, cuando Cosette encontraba ya hermoso á Mario. Pero como él no hacia caso de ella, este jóven le era muy indiferente.

Y sin embargo no podia menos de decirse que tenia hermosos cabellos, hermosos ojos, hermosos dientes, un seductor timbre de voz cuando le oia hablar con sus compañeros, que andaba mal, si se quiere, pero con una gracia especial, que no le parecia tonto del todo, que toda su persona era noble, afable, sencilla, altiva, y que por fin tenia pobre aspecto, pero buen aspecto.

El dia en que sus ojos se encontraron y se dijeron por fin bruscamente esas primeras cosas oscuras é inefables que balbucea una mirada, Cosette no las comprendió al pronto. Entró pensativa en la casa de la calle del Oeste, en que Juan Valjean, segun su costumbre, habia ido á pasar seis semanas. Al dia siguiente, al despertar, pensó en aquel jóven desconocido, por tanto tiempo indiferente y helado, que parecia ahora poner su atencion en ella, y no creyó ni remotamente que esta atencion le fuese agradable. Tenia mas bien algo de cólera contra aquel hermoso jóven desdeñoso. Movióse en su interior un principio de guerra. Creyó que iba, en fin, á vengarse, y esperimentó por esto una alegría enteramente infantil.

Creyéndose bella, conocia muy bien, aunque de un modo vago, que tenia un arma. Las mujeres juegan con su belleza como los niños con un cuchillo, y se hieren.

Recuérdense las vacilaciones de Mario, sus palpitaciones, sus temores. Se quedaba en su banco y no se aproximaba, lo que enojaba á Cosette. Un dia dijo ésta á Juan Valjean: —Padre, paseemos un poco por este lado. —Viendo que Mario no iba hácia ella, fué ella hácia él. En semejante caso, toda mujer se parece á Mahoma. Y además, cosa estraña, el primer síntoma del verdadero amor en un jóven es la timidez, y en una jóven es el atrevimiento. Esto es asombroso, y sin embargo, nada mas sencillo. Son los dos sexos que tratan de aproximarse, y toman cada uno las cualidades del otro.

Aquel dia la mirada de Cosette volvió loco á Mario, y la mirada de Mario puso temblorosa á Cosette. Mario se fué contento, Cosette inquieta. Desde aquel dia se adoraron.

Lo primero que Cosette esperimentó fue una tristeza confusa y pro-

Digitized by Google

funda: le parecia que desde aquel dia al siguiente su alma se habia vuelto negra: ella misma no la conocia ya.

La blancura del alma de las jóvenes que se compone de frialdad y alegría, se parece á la nieve; se deshace al soplo del amor, que es su ideal.

Cosette no sabia lo que era el amor; nunca habia oido pronunciar esta palabra en el sentido terrestre. En los libros de música profana que entraban en el convento se reemplazaba la palabra *amor* con *tambor* ó *asador*; lo cual daba motivo á enigmas que ejercitaban la imaginacion de las *grandes*, como: *¡Ah, qué grato es el tambor!* ó bien *¡la piedad no es mas que un asador!* Pero Cosette habia salido muy jóven para haber pensado mucho en el «tambor.» No sabia, pues, qué nombre dar á lo que sentia. ¿Se está menos enfermo por ignorar el nombre de la enfermedad?

Amaba con tanta mas pasion cuanto que amaba con ignorancia; no sabia si aquello era bueno ó malo, útil ó peligroso, necesario ó accidental, eterno ó pasajero, permitido ó prohibido: amaba. Se habria asombrado mucho si la hubieran dicho: ¿No dormís? ¡Pues eso está prohibido! ¿No comeis? ¡Pues eso es muy malo! ¿Teneis opresion y latidos de corazon? ¡Pues eso no se hace! ¿Os ruborizais, os poneis pálida cuando un ser vestido de negro aparece al estremo de cierta calle de árboles? ¡Pues eso es abominable! De seguro no lo hubiese comprendido, y habria respondido: ¿Cómo he de tener culpa de una cosa en que no puedo nada, y en que nada sé?

Sucedió que la especie de amor que sentia era precisamente el que mas convenia al estado de su alma. Era una especie de adoracion á distancia, una contemplacion muda, la deificacion de un desconocido; era la aparicion de la adolescencia á la adolescencia, el sueño de las noches convertido en novela, permaneciendo aun sueño, el fantasma deseado, realizado y hecho carne, pero sin nombre aun, sin culpa, sin mancha, ni exigencia, ni defecto; en una palabra, el amante lejano y envuelto en lo ideal, una quimera con forma. Otro cualquier encuentro mas palpable, mas próximo, hubiera asustado en aquella época á Cosette, aun medio sumergida en la bruma espesa del convento. Tenia todos los temores del niño, unidos á todos los miedos de las religiosas. El espíritu del convento, de que se habia penetrado por espacio de cinco

Digitized by Google

años, se evaporaba aun lentamente de toda su persona, y hacia que todo temblase en derredor suyo: en esta situacion, lo que necesitaba no era un amante, no era, ni aun un ser enamorado, sino una vision. Principió á adorar á Mario, como á una cosa bella, luminosa é imposible.

Como la estrema sencillez se da la mano con la estrema coquetería, le dirigia sonrisas francamente.

Todos los dias esperaba con impaciencia la hora de paseo; encontraba á Mario, sentia una felicidad indecible, y creia espresar sinceramente todo su pensamiento con decir á Juan Valjean:—¡Qué delicioso jardin es el Luxemburgo!

Mario y Cosette estaban en la noche uno para otro. No se hablaban, no se saludaban, no se conocian: se veian, y como los astros en el cielo que están separados por millones de leguas, vivian de mirarse.

De este modo iba Cosette haciéndose mujer, y desarrollándose bella y enamorada, con la conciencia de su hermosura y la ignorancia de su amor. Coqueta, sobre todo, por inocencia.

Digitized by Google

VII.

Á TRISTEZA, TRISTEZA Y MEDIA.

Todas las situaciones tienen su instinto. La vieja y eterna madre naturaleza advertia sordamente á Juan Valjean la presencia de Mario; y Juan Valjean temblaba en lo mas oscuro de su pensamiento; no veia nada, no sabia nada, y consideraba, sin embargo, con obstinada atencion las tinieblas en que estaba, como si sintiese por un lado una cosa que se construyera, y por otro una cosa que se derrumbase. Mario, avisado tambien, y lo que es la profunda ley de Dios, por la misma madre naturaleza, hacia todo lo que podia por ocultarse «del padre.» Pero alguna vez sucedia que le veia Juan Valjean. Los ademanes de Mario no eran del todo naturales. Tenia accesos de prudencia miope y de temeridad fria; ya no se acercaba como antes, se sentaba lejos, y permanecia en éstasis; llevaba un libro, y hacia que leia: ¿por qué hacia que leia? Antes iba con su levita vieja, y ahora llevaba todos los dias la levita nueva; no podia asegurarse que no se rizaba el pelo; tenia ojos picarescos, y usaba guantes. En una palabra, Juan Valjean detestaba cordialmente á aquel jóven.

Cosette no dejaba adivinar nada. Sin saber exactamente lo que tenia, conocia que era una cosa que debia ocultar á su padre.

Habia entre el gusto del tocador que habia adquirido Cosette y la

Digitized by Google

costumbre de usar levita nueva de aquel desconocido un paralelismo importuno para Juan Valjean. Esto era una casualidad tal vez, sin duda, seguramente, pero una casualidad amenazadora.

Nunca habia abierto la boca para hablar á Cosette de aquel desconocido. Un dia, sin embargo, no pudo contenerse, y con esa vaga desesperacion que introduce de repente la sonda en su desgracia, le dijo:

—¡Qué aire tan pedante tiene ese jóven!

Cosette el año antes, es decir, cuando era niña indiferente, hubiera respondido:—No, es un jóven simpático. Diez años despues, con el amor de Mario en el corazon, habria respondido:—¡Sí, es un pedante insoportable! ¡Teneis razon!—En el momento de la vida y del estado de corazon en que se encontraba, se limitó á contestar con una calma suprema:

—¡Ese jóven!

Como si le mirase por primera vez en su vida.

—¡Qué estúpido soy! pensó Juan Valjean. Cosette no se habia fijado en él aun; yo soy quien se le enseño.

¡Oh inocencia de los viejos! ¡Oh profundidad de la juventud!

Tambien es una ley de esos frescos años de padecimientos y de cuidado, de esas vivas luchas del primer amor contra los primeros obstáculos, que la jóven no se deje coger en ningun lazo, y el jóven caiga en todos. Juan Valjean habia empezado contra Mario una guerra sorda, que éste, con la sublime estupidez de su pasion y de su edad, no adivinó. Juan Valjean le tendió una porcion de emboscadas; cambió de horas, cambió de banco, olvidó su pañuelo, fué solo al Luxemburgo; Mario cayó de cabeza en todos estos lazos, y á todos estos interrogantes plantados en su camino por Juan Valjean, respondió ingénuamente: Sí. Mientras tanto Cosette seguia encerrada en su aparente indiferencia y en su imperturbable tranquilidad; tanto, que Juan Valjean sacó esta conclusion: ese necio está enamorado locamente de Cosette; pero Cosette ni siquiera sabe que existe.

Mas no por esto era menor la agitacion dolorosa de su corazon. De un instante á otro podia sonar la hora en que Cosette empezase á amar. ¿No empieza todo por la indiferencia?

Solo una vez Cosette cometió una falta, y le asustó.

Se levantó del banco para marcharse, despues de haber estado allí tres horas, y Cosette le dijo:—¡Tan pronto!

Digitized by Google

Juan Valjean no habia interrumpido sus paseos al Luxemburgo, porque no queria hacer nada singular, y porque temia sobre todo que Cosette notase algo; pero en aquellas horas, tan gratas para los dos enamorados, mientras que Cosette enviaba su sonrisa á Mario, embriagado de placer, que permanecia completamente abstraido de todo, y no veia nada en el mundo mas que aquel rostro adorado, Juan Valjean le miraba con ojos chispeantes y terribles; y él, que habia concluido por no creerse capaz de un sentimiento malévolo, tenia momentos, cuando Mario estaba allí, en que creia volverse salvaje y feroz, y sentia que se abrian y levantaban contra aquel jóven las antiguas profundidades de su alma que habian alimentado en otro tiempo tanta cólera. Le parecia que se volvian á formar en su corazon cráteres desconocidos.

¿Cómo estaba allí aquel ser? ¿Qué iba á hacer allí? ¿Iba á espiar, á escudriñar, á examinar, á probar? ¿Venia á preguntar algo? ¿Venia á dar vueltas alrededor de su vida, á dar vueltas alrededor de su felicidad para arrebatársela?

Juan Valjean añadia:—Sí; eso es. ¿Qué viene á buscar? ¿Una aventura? ¿Qué quiere? ¡Un amorío! ¡un amorío! ¡Y yo! ¡Qué! ¡Habré sido primero el hombre mas miserable, y despues el mas desgraciado; habré pasado sesenta años viviendo de rodillas; habré padecido todo lo que se puede padecer; habré envejecido sin haber sido jóven; habré vivido sin familia, sin padres, sin amigos, sin mujer, sin hijos; habré dejado sangre en todas las piedras, en todos los espinos, en todas las esquinas, en todas las paredes; habré sido bueno, aunque hayan sido malos conmigo, y afable aunque hayan sido duros; me habré hecho bueno, á pesar de todo; me habré arrepentido del mal que he hecho, y habré perdonado el que me han causado, y en el momento en que recibo mi recompensa, en el momento que toco el fin, en el momento que tengo lo que quiero, que es bueno, que lo he pagado, lo he ganado, desaparecerá todo, me se irá de las manos, perderé á Cosette, y perderé mi vida, mi alegría, mi alma, porque á un necio le haya gustado venir á vagar por el Luxemburgo!

Entonces sus ojos despedian una claridad lúgubre y estraordinaria. No era ya un hombre que miraba á otro; era un enemigo que miraba á otro enemigo: un perro de presa que miraba á un ladron.

Ya sabe el lector lo demás; Mario continuó siendo insensato. Un dia

Digitized by Google

siguió á Cosette á la calle del Oeste; otro dia habló al portero, y el portero habló á Juan Valjean, diciéndole:

—Señor, ¿qué querrá un jóven curioso que ha preguntado por vos?

Al dia siguiente Juan Valjean dirigió á Mario aquella mirada que al fin notó el jóven. Ocho dias despues Juan Valjean se mudó, prometiéndose no volver á poner los pies, ni en el Luxemburgo, ni en la calle del Oeste; y se volvió á la calle Plumet.

Cosette no se quejó, no dijo nada, no preguntó nada, no trató de saber ningun por qué; estaba ya en el período en que se teme ser descubierto y vendido. Juan Valjean no tenia esperiencia ninguna de estas miserias, únicas agradables, y únicas que no conocia, lo cual fue causa de que no comprendiese la grave significacion del silencio de Cosette. Solamente observó que estaba triste, y se puso sombrío. Por una y otra parte dominaba la inesperiencia.

Un dia hizo una prueba y preguntó á Cosette:

—¿Quieres venir al Luxemburgo?

Un rayo iluminó el pálido rostro de Cosette.

—Sí, contestó.

Fueron: habian pasado tres meses: Mario no iba ya; Mario no estaba allí.

Al dia siguiente, Juan Valjean volvió á decir á Cosette:

—¿Quieres venir al Luxemburgo?

Y respondió triste y dulcemente: No.

Juan Valjean quedó dolorido de esta tristeza, y lastimado de esta dulzura.

—¿Qué pasaba en aquella alma tan jóven todavía, y tan impenetrable ya?

¿Qué trasformacion se estaba verificando en ella? ¿Qué sucedia en el alma de Cosette? Algunas noches, en vez de acostarse Juan Valjean, permanecia sentado cerca de su lecho, con la cabeza entre las manos, y pasaba la noche entera preguntándose: ¿Qué hay en el pensamiento de Cosette? y pensando en las cosas en que ella podia pensar.

¡Oh! En aquellos momentos, ¡qué miradas tan dolorosas volvia hácia el claustro, á aquella cúspide casta, á aquel jardin del convento, lleno de flores ignoradas, y de vírgenes encerradas, en que todos los perfumes y todas las almas subian directamente al cielo! ¡Cómo adoraba aquel Eden cerrado para siempre, de que habia salido voluntariamente,

Digitized by Google

y descendido con tan poca prevision! ¡Cómo se lamentaba de su abnegacion y de su demencia de haber vuelto á Cosette al mundo, pobre héroe del sacrificio, cogido y derribado por su mismo desinterés! ¡Cómo! se decia: ¿Qué he hecho?

Por lo demás, Cosette ignoraba todo esto. Juan Valjean no tenia para ella peor humor, ni mas rudeza: siempre la misma fisonomía serena y buena; sus modales eran mas tiernos y mas paternales que nunca; si algo hubiera podido haber en que se adivinase su falta de alegría, habria sido su mayor mansedumbre.

Cosette por su parte iba decayendo de ánimo. En la ausencia de Mario padecia, como habia gozado en su presencia sin esplicárselo. Cuando Juan Valjean dejó de llevarla á sus paseos habituales, un instinto de mujer murmuró confusamente en el fondo de su corazon que no debia manifestar aficion al Luxemburgo, y que si este paseo le parecia indiferente, su padre la llevaria á él. Pero pasaron los dias, y las semanas, y los meses. Juan Valjean habia aceptado tácitamente el consentimiento tácito de Cosette. Esta lo sintió, pero era ya tarde. El dia que volvió al Luxemburgo Mario habia desaparecido: ¿qué hacer entonces? ¿Volveria á encontrarle? Sintió una opresion en el corazon, que nada podia disminuir, y que se aumentaba cada dia. No supo ya si era invierno ó verano, si habia sol ó lluvia, si los pájaros cantaban, si era la estacion de las dalias ó de las margaritas, si el Luxemburgo era mas bonito que las Tullerías, si la ropa que traia la planchadora estaba bien ó mal almidonada, si la tia Santos habia hecho buena ó mala «compra;» quedó oprimida, absorta, atenta solo á una idea, con la mirada vaga y fija, como cuando se mira en la noche el sitio negro y profundo en que se ha desvanecido una aparicion.

Pero tampoco dejó traslucir nada á Juan Valjean, mas que su palidez: continuó mostrándole su rostro amable.

Aquella palidez era muy bastante para alarmar á Juan Valjean. Algunas veces le preguntaba:

—¿Qué tienes?

Y ella respondia:

—No tengo nada.

Y despues de un rato de silencio, como ella adivinaba tambien su tristeza le decia:

Digitized by Google

—Y vos, padre, ¿teneis algo?

—¿Yo? Nada, contestaba.

Aquellos dos seres, que se habian amado tan esclusivamente, y con tan tierno amor, y que habian vivido por tanto tiempo el uno para el otro, padecian ahora cada uno por su lado, uno á causa de otro; sin culparse mutuamente, y sonriendo.

Digitized by Google

VIII.

LA CADENA.

Juan Valjean era el mas desgraciado de los dos; porque la juventud, aun en medio de sus pesares, tiene cierta claridad propia.

En ciertos momentos, Juan Valjean padecia tanto, que llegaba á ser pueril, pues es propio del dolor hacer aparecer el lado de niño en el hombre. Conocia de un modo inevitable que Cosette se le escapaba de las manos; hubiera querido luchar, retenerla, entusiasmarla con alguna cosa esterior y brillante. Estas ideas pueriles, ya lo hemos dicho, y serviles al mismo tiempo, le dieron por su misma puerilidad una nocion bastante justa de la influencia de los adornos de pasamanería sobre la imaginacion de las jóvenes. Sucedióle una vez, que vió pasar por la calle un general á caballo con uniforme de gala, el conde Coutard, comandante general de París, y envidió á aquel hombre cubierto de dorados; pensó en la felicidad que causaria el ponerse aquel traje, y en que seguramente, si Cosette le viese asi, se deslumbraria; que cuando le diese el brazo y pasase por delante de la verja de las Tullerías le presentarian las armas, y que esto bastaria á Cosette, y le quitaria la idea de mirar á los jóvenes.

Digitized by Google

Un acontecimiento inesperado vino á mezclarse con estas tristes ideas.

En la vida aislada que llevaban, y desde que habian ido á vivir á la calle Plumet, solian algunas veces ir á ver la salida del sol; placer que conviene á los que entran en la vida, y á los que salen de ella.

Pasearse de madrugada para el que ama la soledad, equivale á pasearse de noche con la alegría de la naturaleza; las calles están desiertas, y los pájaros cantan. Cosette, que era pájaro, se despertaba muy temprano. Estas escursiones matinales se preparaban la víspera; él proponia, y ella aceptaba. Arreglábase todo como un complot, salian antes del dia, y todas estas cosas eran otros tantos placeres para Cosette. Estas estravagancias inocentes agradan á la juventud.

El flaco de Juan Valjean era, como hemos dicho, visitar los sitios poco frecuentados, los rincones solitarios, los lugares de olvido. Habia entonces en las cercanías de las barreras de París algunos campos pobres, casi confundidos con la ciudad, donde brotaba en el verano un trigo enano, y que por el otoño, despues de hecha la recoleccion, no tenian aspecto de segados, sino de pelados. Juan Valjean los frecuentaba con predileccion, y Cosette no lo llevaba á mal; porque esto era la soledad para él y la libertad para ella. Allí se convertia en niña, podia correr y jugar, se quitaba el sombrero, le ponia sobre las rodillas de Juan Valjean, y hacia ramilletes: miraba las mariposas sobre las flores, pero no las cogia; la mansedumbre y la ternura nacen con el amor, y la jóven que alimenta una idea temblorosa y frágil, tiene lástima de las alas de la mariposa. Tejia guirnaldas de amapolas, se las ponia en la cabeza, y atravesadas y penetradas del sol, purpúreas hasta la radiacion, daban á aquel fresco semblante rosado una corona de brasas.

Aun despues de haber empezado á dominar la tristeza en sus almas, habian conservado la costumbre de los paseos matutinos.

Una mañana, pues, de octubre, atraidos por la perfecta serenidad del otoño de 1831, habian salido, y estaban al amanecer cerca de la barrera del Maine. No era aun la aurora, era el alba; momento encantador y sombrío: algunas constelaciones esparcidas por el azul pálido y profundo, la tierra toda negra, el cielo todo blanco, las

Digitized by Google

yerbecillas trémulas, en todas partes el misterioso sobrecogimiento del crepúsculo. Una alondra, que parecia mezclarse con las estrellas, cantaba á una altura prodigiosa, y hubiérase dicho que aquel himno de la pequeñez al infinito calmaba la inmensidad. Al Oriente el Val-de-Grace perfilaba en el horizonte, iluminado con una claridad acerada, su oscura masa; el planeta Venus deslumbrante subia por detrás de esta iglesia, y parecia un alma que sale de un edificio tenebroso.

Todo era paz y silencio; en la calzada no habia un alma; á lo lejos se veian confusamente algunos obreros que iban á su trabajo.

Juan Valjean se habia sentado en una estrecha calle de árboles, y sobre unos maderos colocados á la puerta de un carpintero. Tenia el rostro vuelto hácia el camino, y la espalda al Oriente; se olvidaba del sol que iba á salir; estaba sumergido en una de esas absorciones profundas en que se concentra toda el alma, que aprisionan hasta la mirada, y equivalen á cuatro paredes. Hay meditaciones que podrian llamarse verticales, y cuando se ha llegado al fondo se necesita algun tiempo para subir á la superficie. Juan Valjean habia descendido á uno de esos ensueños. Pensaba en Cosette, en su felicidad posible si no se interponia nada entre ambos, en aquella luz con que ella iluminaba su vida, y era la respiracion de su alma. Era casi feliz en aquella meditacion. Cosette, de pie á su lado, miraba cómo iban tomando las nubes el color de rosa.

De repente esclamó Cosette:—Padre, parece que viene algo por allí.—Juan Valjean alzó los ojos.

Cosete tenia razon.

La calzada que conduce á la antigua barrera del Maine es una prolongacion de la calle de Sevres, y está cortada en ángulo recto por el boulevard interior. En el mismo ángulo de la calzada y del boulevard, en el sitio en que se verifica la union de las dos vias, se oia un ruido difícil de esplicar á aquella hora, y se distinguia una especie de grupo confuso. Del boulevard salia una cosa informe, y entraba en la calzada.

Este grupo iba haciéndose mayor, y parecia moverse con órden, y sin embargo era una cosa horrible y que estremecia; parecia un carruaje, pero no se podia distinguir la carga. Habia caballos, ruedas, gritos; chasqueaba el látigo. Poco á poco fueron marcándose los perfi-

Digitized by Google

les, aunque sumergidos aun en las tinieblas. Era un carro, en efecto, que acababa de volver la esquina del boulevard, y que se dirigia á la barrera cerca de la cual estaba Juan Valjean. Otro carro del mismo aspecto seguia al primero; despues un tercero, luego un cuarto, y asi desembocaron sucesivamente hasta siete, de tal modo, que las cabezas de los caballos tocaban siempre la trasera del carro á que seguian. En estas carretas se agitaban algunas sombras; veíanse algunas chispas en el crepúsculo como si brillasen sables desnudos; oíase un sonido férreo como si se movieran cadenas; á medida que aquello avanzaba crecian las voces; era, en fin, una cosa formidable como las que salen de la caverna de los sueños.

Al aproximarse aquel fenómeno tomó forma, y se bosquejó detrás de los árboles con la vaguedad de una aparicion; blanqueó toda aquella masa; el sol, que se elevaba poco á poco, derramaba una luz pálida sobre aquel hormiguero, sepulcral y vivo á un mismo tiempo; las cabezas de las sombras se convirtieron en rostros cadavéricos, y Juan Valjean vió lo siguiente:

Siete carretas marchaban en fila por el camino; las seis primeras tenian una estructura singular; parecian carromatos de toneleros; eran una especie de escaleras de mano puestas sobre dos ruedas, y formando unas varas en su estremidad anterior; cada carromato, ó por mejor decir, cada escalera, iba tirada por cuatro caballos, uno tras otro. Sobre estas escaleras iban estraños racimos de hombres. Con la escasa luz que habia no se les veia, se les adivinaba. Iban veinticuatro en cada carreta, doce á cada lado, recostados unos en otros, de cara á los transeuntes, y las piernas en el aire; asi caminaban aquellos hombres. Tenian á la espalda una cosa que sonaba: era una cadena: al cuello una cosa que brillaba; era una argolla.

Cada uno tenia su argolla, pero la cadena era de todos; de modo que aquellos veinticuatro hombres, cuando tenian que bajar del carro y andar, estaban encadenados por una especie de unidad inexorable, y serpenteaban por el suelo, con la cadena por vértebra, ni mas ni menos que un miriápodo. Delante y detrás de cada carreta iban de pie dos hombres armados de fusiles, teniendo bajo su pie uno de los estremos de la cadena. Las argollas eran cuadradas.

La sétima carreta era un gran furgon con barandilla de estacas,

Digitized by Google

pero sin toldo; tenia cuatro ruedas y seis caballos, y llevaba un ruidoso monton de calderos de hierro, de marmitas de metal, de estufas y de cadenas, y entre ellas algunos hombres atados y echados á lo largo; parecian enfermos.

Aquel furgon descubierto estaba guarnecido de disciplinas viejas, que parecian haber servido para los suplicios antiguos.

Las carretas ocupaban el centro del camino. A ambos lados marchaban, en doble fila, guardias de infame aspecto con tricornios chatos como los soldados del Directorio, sucios, rotos, sórdidos, tapujados con unos uniformes de inválidos, y con pantalones de sepulturero, grises y azules por mitad, casi hechos pedazos, con charreteras encarnadas, correas amarillas, machetes, fusiles y varas, especie de soldados-galopos. Estos esbirros parecian compuestos de la abyeccion del mendigo, y de la autoridadad del verdugo. El que parecia su jefe llevaba en la mano un látigo de postillon. Todos estos pormenores, sombreados por el crepúsculo, se dibujaban cada vez mas claramente á medida que el dia iba creciendo. A la cabeza, y detrás del convoy, iban gendarmes á caballo, graves y con sable en mano.

Era tan largo este tren, que en el momento en que la primera carreta llegaba á la barrera, apenas desembocaba la última en el boulevard.

Una multitud, procedente de no sé dónde, y formada en un momento, como sucede en París, se oprimia y miraba desde ambos lados de la calzada. Oíase en las callejuelas próximas gritos de personas que se llamaban, y el ruido de los zuecos de los hortelanos que corrian para ver el espectáculo.

Los hombres amontonados en las carretas se dejaban bazuquear en silencio. Estaban lívidos con el frio de la mañana. Todos llevaban pantalones de lienzo, y los pies desnudos en zuecos. El resto del traje pertenecia á la moda de la miseria. Sus arreos eran horriblemente hetereogéneos; porque no hay nada mas fúnebre que el arlequin de los harapos. Sombreros sin copa, casquetes embreados, horribles gorros de lana, chaquetas negras agujereadas por los codos; algunos llevaban sombreros de mujer, otros un canastillo; veíanse pechos velludos, y al través de las roturas de los vestidos se distinguian pinturas en la carne: templos del amor, corazones con llamas, Cupidos. Descubríanse

Digitized by Google

tambien herpes y manchas enfermizas. Dos ó tres tenian una cuerda de esparto atada á las traviesas del carro, y suspendida por bajo de ellos como un estribo en que sostenian los pies. Uno tenia en la mano y llevaba á la boca, y mordia, una cosa que parecia una piedra negra; era que iba comiendo pan. No habia allí mas que ojos secos, apagados, ó luminosos con repugnante fulgor. La escolta juraba y maldecia, los encadenados no chistaban; de tiempo en tiempo oíase el ruido de un varazo en las espaldas ó en la cabeza; algunos de aquellos hombres bostezaban; los harapos eran terribles; colgaban los pies; los hombros oscilaban, las cabezas se chocaban, los hierros crujian, las pupilas radiaban ferozmente, los puños se crispaban ó se abrian inertes como la mano de un muerto; detrás del convoy una multitud de chicos reia á carcajadas.

Aquella fila de carretas, fuera lo que quisiese, era lúgubre. Tal vez al dia siguiente, tal vez dentro de una hora podia caer un aguacero, que seria seguido de otro, y despues de otro, y se calarian los vestidos rotos, y aquellos hombres, una vez mojados, no se secarian, y una vez helados, no se calentarian; sus pantalones de lienzo se pegarian á sus huesos con el agua, el agua llenaria sus zapatos, los latigazos no podrian impedir el castañeteo de los dientes, la cadena seguiria uniéndoles por el cuello, sus pies seguirian en el aire; era imposible no temblar viendo á estas criaturas humanas unidas asi, y pasivas bajo las frias nubes de otoño, entregadas á la lluvia, al viento, á todos las furias del aire, como los árboles y las piedras.

Las varas no respetaban á los enfermos, que yacian atados y sin movimiento en la sétima carreta, y que parecian haber sido echados allí como sacos llenos de miseria.

De repente salió el sol, brilló el inmenso rayo del Oriente, y hubiérase dicho que prendia fuego en aquellas cabezas horribles. Desatáronse las lenguas, y estalló un incendio de burlas, de juramentos y de canciones. La luz horizontal, estendiéndose á lo ancho, cortó en dos partes toda la fila, iluminando las cabezas y las espaldas, y dejando los pies y las ruedas en la oscuridad. Los pensamientos aparecieron en los rostros; aquel momento fue espantoso; se vieron demonios visibles con las máscaras caidas; almas feroces, completamente desnudas. Aquella legion iluminada quedó tenebrosa. Algunos mas alegres tenian en la boca

Digitized by Google

cañones de pluma, con los que soplando arrojaban la miseria á la multitud, prefiriendo á las mujeres; la aurora marcaba con la oscuridad de las sombras aquellos tristes perfiles; no habia entre todos aquellos hombres, uno solo que no fuese asqueroso á causa de su miseria; y era aquel un conjunto tan monstruoso, que pudiera decirse que cambiaba la claridad del sol en la luz de un relámpago.

La carreta que abria la marcha habia entonado y salmodiaba á voz en grito con huraña jovialidad un pot-purrí de Desaugiers, célebre entonces, *la Vestal;* los árboles temblaban lúgubremente; en los paseos, algunos ciudadanos escuchaban con rostro de idiota beatitud los atrevidos cantares de aquellos espectros.

En aquel convoy iban mezcladas todas las miserias como en un cáos; allí se veia el ángulo facial de todos los animales, de los viejos, de los adolescentes; cráneos calvos, barbas grises, monstruosidades cínicas, resignaciones esquivas, risas salvajes, actitudes insensatas, viejos con casquetes, especies de cabezas de jóvenes con tirabuzones en las sienes, rostros de muchachas, y por esto mismo horribles, flacos rostros de esqueleto, á los cuales no faltaba mas que la muerte. En la primera carreta iba un negro, que quizá habria sido esclavo, y podria comparar ambas cadenas. El horrible nivel de la bajeza, la deshonra, habia pasado por aquellas frentes; en aquel grado de abatimiento, todos sufrian las últimas trasformaciones en las últimas profundidades; la ignorancia, convertida en imbecilidad, era lo mismo que la inteligencia convertida en desesperacion.

Entre aquellos hombres no habia eleccion posible; todos se presentaban á la vista como lo mas escogido del lodo. Era evidente que el ordenador de aquella procesion inmunda no los habia clasificado. Aquellos seres habian sido atados y apareados confusamente en el desórden alfabético probablemente, y cargados al acaso en las carretas. Sin embargo, los horrores agrupados concluyen por producir una resultante; toda suma de desgraciados da un total; de cada cadena salia un alma comun, y cada carreta tenia su fisonomía. Al lado de la que cantaba habia otra que ahullaba; otra tercera mendigaba; habia una que rechinaba los dientes; otra que amenazaba á los trânseuntes; otra que blasfemaba de Dios; la última callaba como la tumba. Dante hubiera creido ver los siete círculos del infierno en marcha.

Digitized by Google

Marcha siniestra de los condenados hácia los suplicios, no en el formidable y fulgurante carro del Apocalipsis, sino, lo que es mas sombrío, en la carreta de las gemonías.

Uno de los guardias, que llevaba un gancho al estremo de la vara, meneaba de cuando en cuando aquel monton de basura humana. Una vieja que habia entre el vulgo los enseñaba con el dedo á un muchachillo de cinco años, y le decia; ¡Aprende, tunante!

Como iban en creciente los cantos y las blasfemias, el que parecia capitan de la escolta hizo sonar el látigo, y á esta señal, una serie de horribles varazos que parecia una granizada, cayó sobre las siete carretas; muchos dieron un rugido y arrojaron espuma de rabia, lo que redobló la algazara de los pilluelos que habian acudido como nube de moscas sobre aquellas llagas.

La mirada de Juan Valjean se habia vuelto espantosa. Sus ojos no eran sino ese vidrio que reemplaza á la mirada en algunos desgraciados, que parece la inconsciencia de la realidad, y en que brilla la reverberacion del espanto y de la catástrofe. No miraba un espectáculo; padecia una vision. Quiso levantarse, huir, escapar, pero no pudo mover los pies. Muchas veces las cosas que vemos nos cogen y nos sujetan. Permaneció clavado, petrificado, estúpido, preguntándose, al través de una confusa angustia inesplicable, lo que significaba aquella persecucion sepulcral, y de dónde salia aquel pandemonium que le perseguia. De pronto se llevó la mano á la frente, movimiento propio cuando se hace repentinamente memoria; se acordó de que aquel era en efecto el itinerario, que aquella vuelta se daba siempre, para evitar el encuentro posible de las personas reales en el camino de Fontainebleau, y que hacia treinta y cinco años habia pasado él mismo por aquella barrera.

Cosette no estaba menos asustada, aunque lo estaba de distinto modo. No comprendia nada; le faltaba el aliento; no le parecia posible lo que veia, y por fin esclamó:

—¡Padre! ¿qué es eso que llevan esas carretas?

Juan Valjean respondió:

—Presidiarios.

—¿Y á dónde van?

—Al presidio.

En aquel momento sonaron los varazos multiplicados por cien ma-

Digitized by Google

nos; mezcláronse con ellos los sablazos de plano; parecia aquello una rabia de látigos y varas; los presidiarios se encorvaron; de este suplicio resultó una obediencia repugnante, y todos se callaron, despidiéndose miradas de lobos encadenados. Cosette temblaba de pies á cabeza.

—Padre, dijo, ¿son hombres esos?

—Algunas veces, respondió el miserable.

Era, en efecto, la cadena que salia antes de amanecer de Bicetre, y tomaba el camino de Mans para evitar el de Fontainebleau, donde estaba el rey. Este rodeo hacia durar el viaje tres ó cuatro dias mas; pero para evitar á las personas reales la vista del suplicio, bien podia prolongarse.

Juan Valjean volvió á su casa con el corazon oprimido. Estos encuentros son choques, y el recuerdo que dejan parece un desquiciamiento.

Por esto Juan Valjean, al volver con Cosette á la calle de Babilonia, no notó que ésta le hizo otras preguntas sobre lo que acababan de ver; tal vez iba demasiado absorto en su abatimiento para oir sus palabras y para contestarlas. Solo por la noche cuando Cosette se separó de él, para irse á acostar, la oyó que decia á media voz, y como hablando consigo misma:—¡Creo que si encontrase en mi camino á uno de esos hombres, moriria de verle cerca, Dios mio!

Pero afortunadamente la casualidad hizo que al dia siguiente de aquella mañana tan trágica, y con motivo de una solemnidad oficial, hubiese fiestas en París, revista en el Campo de Marte, justas en el Sena, teatros en los Campos Elíseos, fuegos artificiales en la Estrella, é iluminaciones en todas partes. Juan Valjean, violentando su costumbre, llevó á Cosette á estas funciones, á fin de distraerla del recuerdo de la víspera, y de borrar con el alegre tumulto de París aquella cosa abominable que habia pasado por ante sus ojos. La revista con que se solemnizaba la fiesta hacia muy natural la circulacion de uniformes; Juan Valjean se puso el de guardia nacional, con el vago sentimiento interior de un hombre que se oculta. Por lo demás, pareció que habia conseguido el objeto que se proponia en el paseo, Cosette, que miraba como una obligacion el agradar á su padre, y para la cual era nuevo cualquier espectáculo, aceptó la distraccion con la buena gracia, fácil y ligera de la adolescencia, y no hizo ni un gesto desdeñoso ante esa

Digitized by Google

gamella de alegría, que se llama una fiesta pública; de modo, que Juan Valjean pudo creer que habia conseguido borrar todo rastro de la repugnante vision.

Algunos dias despues, una mañana en que hacia hermoso sol, estaban ambos en la escalerilla del jardin, otra infraccion de las reglas que parecia haberse impuesto Juan Valjean, y de la costumbre que Cosette habia adquirido de permanecer en su cuarto: estaba la jóven en peinador, de pie, con ese traje negligente de la mañana que envuelve adorablemente á las jóvenes, y que parece una nube sobre un astro; con la cabeza al sol, sonrosada á causa de haber dormido bien, observada con ternura por su padre conmovido, mientras ella deshojaba una margarita. Cosette ignoraba la seductora leyenda: «te amo, un poco, apasionadamente, etc.» ¿Quién se la habria de haber enseñado? Daba vueltas á aquella flor, instintiva é inocentemente, sin sospechar que deshojar una margarita es deshojar un corazon. Si hubiese una cuarta gracia llamada Melancolía, sonriéndose, Cosette se habria parecido á esta gracia.

Juan Valjean estaba fascinado contemplando aquellos deditos en la flor, olvidándolo todo en la radiacion que despedian. Un petirojo piaba entre las ramas allí cerca: nubes blancas cruzaban el cielo tan alegremente, que parecia que acababan de ser puestas en libertad. Cosette seguia deshojando su flor atentamente; pero en aquel momento seductor volvió de repente la cabeza con la delicada lentitud del cisne, y dijo á Juan Valjean:—Padre, ¿qué es el presidio?

FIN DEL LIBRO TERCERO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO CUARTO.

SOCORROS DE ABAJO,

QUE PUEDEN SER SOCORROS DE ARRIBA.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

HERIDA POR FUERA, CURACION POR DENTRO.

La vida de ambos se iba oscureciendo por grados.

No les quedaba ya mas que una distraccion, que en otro tiempo habia sido su felicidad: llevar pan á los que tenian hambre; vestido á los que tenian frio. En estas visitas á los pobres, en que Cosette acompañaba á su padre con frecuencia, hallaban algun resto de su antigua espansion; y á veces, cuando el dia habia sido bueno, cuando habian socorrido muchas miserias, y reanimado y vuelto el calor á muchos pequeñuelos, Cosette estaba un poco alegre por la noche. En esta época fue cuando hicieron la visita al zaquizamí de Jondrette.

Al dia siguiente de esta visita, Juan Valjean se presentó en el pabellon, tranquilo, como siempre, pero con una ancha herida en el brazo izquierdo, muy inflamada, muy materiosa, que parecia una quemadura, y que esplicó de cualquier manera. Esta herida le tuvo mas de un mes con calentura y sin salir de casa; no quiso ver á ningun médico, y cuando Cosette le instaba, le decia: Llama al médico de los perros.

Cosette le hacia la cura por mañana y tarde de un modo tan celestial, y manifestando tal júbilo por serle útil, que Juan Valjean sentia

Digitized by Google

renacer toda su antigua alegría, y disiparse sus temores y su ansiedad, y contemplaba á Cosette, diciendo: ¡Oh, bendita herida! ¡Oh, bendito mal!

Cosette, viendo enfermo á su padre, habia abandonado el pabellon, y habia vuelto á tomar aficion á la casita y al traspatio. Pasaba casi todo el dia al lado de Juan Valjean, y le leia los libros que queria, casi siempre libros de viajes. Juan Valjean renacia; su felicidad revivia con rayos inefables; el Luxemburgo, el rondador desconocido, la frialdad de Cosette, todas estas nubes de su alma se disipaban. Y concluia por decirse:—Todo es ilusion mia, soy un viejo loco.

Su felicidad era tal, que el horrible encuentro de los Thenardier acaecido en el chiribitil de Jondrette, encuentro tan inesperado, habia pasado por él como un soplo que se desliza. Habia conseguido escapar; su pista estaba perdida, ¿qué le importaba lo demás? Solo pensaba en esto para compadecer á aquellos miserables.

Estaban ya en prision, y por lo tanto imposibilitados de hacer daño, pensaba, pero ¡qué lástima de familia en la desgracia!

En cuanto á la repugnante vision de la barrera del Maine, Cosette no habia vuelto á hablar de ella.

En el convento, sor Santa Mectilde habia enseñado la música á Cosette. Cosette tenia la voz de una avecilla con alma; y algunas noches en el humilde cuarto del herido, cantaba tristes canciones, que agradaban á Juan Valjean.

Llegaba la primavera; el jardin estaba tan admirable en esta estacion, que Juan Valjean dijo á Cosette:—No bajas nunca: quiero que pasees por él.—Como querais, padre, contestó Cosette.

Y por obedecer á su padre volvió á pasear por el jardin, casi siempre sola, porque como hemos dicho, Juan Valjean, que probablemente temia ser visto por la verja, no paseaba casi nunca.

La herida habia sido una diversion.

Cuando Cosette vió que su padre padecia menos, y que se iba curando, y parecia feliz, sintió una alegría que apenas echó de ver; tan dulce y naturalmente se presentaba.

Era el mes de marzo, crecian los dias, desaparecia el invierno, que se lleva siempre consigo alguna parte de nuestra tristeza; vino despues abril, esa aurora del estío, fresca como toda aurora, alegre como

Digitized by Google

la infancia, llorosa alguna vez como un niño recien nacido. La naturaleza en este mes tiene resplandores llenos de atractivo, que pasan del cielo, de las nubes, de los árboles, de las praderas, de las flores al corazon del hombre.

Cosette era muy jóven aun para que esta alegría de abril, semejante á ella, no la penetrase. La noche fue desapareciendo de su espíritu insensiblemente y sin sospecharlo. En la primavera hay claridad en las almas tristes, asi como á mediodía hay claridad en los sótanos. Cosette no estaba ya triste, por mas que no pudiese esplicarlo. Por la mañana, hácia las diez, despues de almorzar, cuando habia conseguido llevar á su padre un cuarto de hora al jardin, y le paseaba al sol por delante de la escalera, sosteniéndole el brazo malo, no conocia que reia á cada instante, y que era feliz.

Juan Valjean satisfecho la veia volverse sonrosada y fresca.

—¡Oh, bendita herida! repetia en su interior.

Estaba agradecido á los Thenardier.

Curada que fue su herida, habia vuelto á sus paseos solitarios y crepusculares.

Seria un error creer que se puede pasear de este modo, solo, por las regiones menos habitadas de París, sin encontrar alguna aventura.

Digitized by Google

II.

DE CÓMO LA TIA PLUTARCO NO ENCONTRABA DIFICULTADES PARA ESPLICAR UN FENÓMENO.

Una noche, el niño Gavroche no habia comido, y recordó que tampoco habia cenado el dia anterior, lo que era ya muy pesado. Tomó, pues, la resolucion de buscar algun medio de cenar. Fuése á dar vueltas mas allá de la Salpetriere, por los sitios desiertos, donde se encuentran las albricias; por donde no hay un alma, suele encontrarse algo; y asi llegó hasta unas casuchas que le parecieron ser el pueblecillo de Austerlitz.

En una de sus anteriores escursiones habia visto allí un viejo jardin, frecuentado por un anciano y una anciana, y que tenia un regular manzano. Al lado del manzano habia una especie de frutera mal cerrada, de donde se podia coger una manzana. Una manzana es una cena; una manzana es la vida. Lo que perdió á Adan podia salvar á Gavroche. El jardin daba á una callejuela solitaria sin empedrar, y costeada de malezas que esperaban se hiciesen casas, y estaba separada de los edificios por un seto.

Gavroche se dirigió hácia el jardin; encontró la callejuela, reconoció el manzano, identificó la frutera, y examinó el seto: un seto no es

Digitized by Google

GAVROCHE.

Digitized by Google

Digitized by Google

mas que un salto. Iba declinando el dia; la callejuela estaba desierta; la hora era magnífica. Gavroche saltó y se detuvo de repente. Se oia hablar en el jardin, y Gavroche se puso á mirar por un hueco del seto.

A dos pasos de él, al pie del seto por el otro lado, precisamente en el punto en que le hubiese hecho caer el salto que meditaba, habia una piedra tendida que servia de banco; en este banco estaba sentado el viejo del jardin, y delante, de pie, la vieja.

La vieja refunfuñaba; Gavroche, que era poco discreto, escuchó.

—¡Señor Mabeuf! decia la vieja.

—¡Mabeuf! pensó Gavroche; me choca ese nombre.

El viejo interpelado no se movia. La vieja repitió:

—¡Señor Mabeuf!

El viejo, sin levantar la vista, respondió:

—¿Qué? tia Plutarco.

—¡Tia Plutarco! pensó Gavroche; otro nombre que me choca.

La tia Plutarco volvió á hablar, y el viejo tuvo que aceptar la conversacion.

—El casero no está contento.

—¿Por qué?

—Se le deben tres plazos.

—Dentro de tres meses se le deberán cuatro.

—Dice que os echará á la calle.

—Y me iré.

—La tendera quiere que se la pague; ya no fia leña. ¿Con qué os calentareis este invierno? No tendremos lumbre.

—Hay sol.

—El carnicero nos niega el crédito, y no quiere dar carne.

—Está bien. Digiero mal la carne; es muy pesada.

—¿Y qué comeremos?

—Pan.

—El panadero quiere que se le dé algo á cuenta, y dice, que si no hay dinero, no hay pan.

—Bueno.

—¿Y qué comeremos?

—Nos quedan las manzanas del manzano.

—Pero, señor, no se puede vivir asi, sin dinero.

Digitized by Google

—¡Y si no lo tengo!

La anciana se fué, y el anciano se quedó solo meditando. Gavroche meditaba por otro lado. Era ya casi de noche.

El primer resultado de la meditacion de Gavroche fue que en vez de escalar el seto, se acurrucó debajo. Las ramas se separaban un poco en la parte baja de la maleza.

—¡Calla! esclamó interiormente, ¡una alcoba! y se agachó. Estaba casi recostado en el banco del señor Mabeuf; oia casi respirar al octogenario.

Y entonces para comer trató de dormir. Sueño de gato, sueño de un solo ojo. Adormeciéndose Gavroche, sin embargo, espiaba.

La blancura del cielo crepuscular emblanquecia la tierra, y la calleja formaba una línea pálida entre dos filas de oscuros arbustos.

De repente, en esta línea blanquecina, aparecieron dos sombras. Una iba delante, y la otra á algunos pasos detrás.

—¡Dos personas! murmuró Gavroche.

La primera sombra parecia de algun viejo encorvado y pensativo, vestido mas que sencillamente, que andaba con lentitud á causa de la edad, y que salia á pasear á la luz de las estrellas.

La segunda era recta, firme, pequeña. Arreglaba su paso al de la primera; pero en la lentitud voluntaria de la marcha se descubria la esbeltez y la agilidad. Aquella sombra tenia algo de huraña y de inquieta, y la figura de lo que entonces se llamaba un elegante; el sombrero era de buena forma, la levita negra, bien hecha, y probablemente de buen paño, y de talle ceñido. Elevaba la cabeza con cierta gracia robusta, y por debajo del sombrero se entreveia en el crepúsculo el pálido perfil de un adolescente. Este perfil tenia una rosa en la boca. Esta segunda sombra era muy conocida de Gavroche: era Montparnase.

En cuanto á la otra, no hubiera podido decir sino que era un viejo.

Gavroche se puso al momento en observacion. Uno de los dos tenia evidentemente proyectos sobre el otro, y Gavroche estaba muy bien situado para ver el resultado. La alcoba se habia convertido en un escondrijo.

Montparnase *de caza*, á aquella hora y en aquel lugar, era una cosa amenazadora. Gavroche sentia que su corazon de pilluelo se conmovia de lástima del viejo.

Digitized by Google

Pero ¿qué hacer? ¿Intervenir? ¿Habia de socorrer una debilidad á otra? Seria solo dar motivo para que se riese Montparnase. Gavroche no dejaba de conocer que para aquel temible bandido de diez y ocho años, el viejo primero, y el niño despues, eran dos bocados.

Mientras que Gavroche deliberaba, tuvo efecto el ataque brusco y repugnante: ataque como el del tigre contra el asno, de la araña contra la mosca. Montparnase de improviso tiró la rosa, saltó sobre el viejo, le agarró del cuello, le acogotó, y se engarabitó sobre él. Gavroche apenas pudo detener un grito. Un momento despues, uno de estos hombres estaba debajo del otro, rendido, jadeante, forcejeando, con una rodilla de mármol sobre el pecho. Solo que no habia sucedido lo que Gavroche esperaba. El que estaba en tierra era Montparnase; el que estaba encima era el viejo. Todo esto pasaba á algunos pasos de Gavroche.

El viejo habia recibido el choque, y le habia devuelto tan terriblemente, que en un abrir y cerrar de ojos, el agresor y la víctima habian cambiado de papel.

—¡Vaya un viejo fuerte! pensó Gavroche.

Y no pudo menos de palmotear; pero fue un aplauso perdido, porque no llegó hasta los combatientes, que estaban absortos y aturdidos, uno por otro, y mezclando su aliento en la lucha.

Quedó todo en silencio. Montparnase cesó de forjear, y Gavroche se dijo: ¡Estará muerto!

El viejo no habia pronunciado una palabra, ni arrojado un grito; se levantó, y Gavroche oyó que decia á Montparnase:

—Levántate.

Montparnase se levantó, sin que el viejo soltase aun; tenia la actitud humillada y furiosa de un lobo robado por un cordero.

Gavroche miraba y escuchaba, haciendo esfuerzos para duplicar sus ojos y sus oidos. Se divertia estraordinariamente.

Pero fue recompensado de su ansiedad de espectador, y pudo coger al vuelo este diálogo, que recibia de la oscuridad cierto sabor trágico. El viejo preguntaba, y Montparnase respondia.

—¿Qué edad tienes?

—Diez y nueve años.

—Eres fuerte y de buena figura: ¿por qué no trabajas?

—Porque me fastidia.

Digitized by Google

—¿Qué eres?

—Paseante en corte.

—Habla con formalidad. ¿Puedo hacer algo por tí? ¿Qué quieres ser?

—Ladron.

Hubo un momento de silencio: el viejo parecia estar profundamente pensativo; seguia inmóvil, y no soltaba á Montparnase.

De cuando en cuando, el jóven ladron, vigoroso y ágil, sentia el estremecimiento de la bestia cogida en una trampa. Daba una sacudida, ensayaba la zancadilla, retorcia sus miembros, trataba de escaparse. El viejo aparentaba no notarlo, y le tenia cogidas las dos muñecas con una sola mano, con la indiferencia soberana de una fuerza absoluta.

La meditacion del viejo duró algun tiempo; despues, mirando fijamente á Montparnase, levantó con suavidad la voz, y le dirigió en aquella sombra en que estaban, una especie de alocucion solemne, de que Gavroche no perdió ni una sílaba.

—Hijo mio: tú entras por pereza en la existencia mas laboriosa. ¡Ah, ¡tú te declaras holgazan! pues prepárate á trabajar. ¿Has visto una máquina terrible? ¿El laminador? Es preciso tener mucho cuidado, porque es una cosa feroz; si te coge el faldon de la levita, te lleva todo el cuerpo. Pues esta máquina es la ociosidad. Detente, porque aun es tiempo, y sálvate. De otra manera todo se acabó; dentro de poco estarás entre las ruedas; y una vez cogido, no esperes nada. ¿Eres perezoso? No descansarás. La mano de hierro del trabajo implacable te ha cogido. Ganar tu vida, tener una tarea, cumplir un deber; ¿no quieres esto? ¿te fastidia ser como los demás? Pues bien, serás distinto. El trabajo es la ley; el que le rechaza fastidiado, le tiene por suplicio: no quieres ser obrero, serás esclavo. El trabajo solo nos deja por un lado para cogernos por otro; no quieres ser su amigo, serás su negro: no has querido tener el honrado cansancio de los hombres, tendrás el sudor de los condenados. Donde los demás canten, tú gruñirás. Verás de lejos trabajar á los demás hombres, y te parecerá que descansan. El labrador, el segador, el marinero, el herrero, te se aparecerán en la luz como los bienaventurados de un paraiso. ¡Qué radiacion vista desde el yunque! Guiar una carreta, atar las mieses, es un placer.

El barco en libertad en el viento, ¡qué alegría! y tú perezoso, ¡cava, arrastra, rueda, anda! Tira de tu cabestro, bestia de carga, en el tiro

Digitized by Google

del infierno, ¡Ah! ¿no hacer nada es tu único objeto? Pues bien, no pasarás una semana, ni un dia, ni una hora sin humillacion. No podrás hacer nada sino con angustia; tus músculos crugirán en todos los minutos: lo que para los demás sea blanda pluma, será dura roca para tí. Las cosas mas sencillas, serán escarpadas para tí: la vida en tu derredor, se convertirá en un monstruo. Ir, venir y respirar, serán para tí trabajos terribles: tu pulmon te hará el mismo efecto que si fuese un peso de cien libras. Ir allá ó acullá te será un problema difícil de resolver. Todo el que quiere salir de su casa, no tiene que hacer mas que empujar la puerta, y ya está fuera. Tú, si quieres salir, tendrás que taladrar una pared. Para salir á la calle cualquiera no tiene que hacer mas que bajar la escalera, pero tú romperás las sábanas, harás con sus tiras una cuerda, pasarás por la ventana, te suspenderás colgado de este hilo sobre un abismo, de noche, en medio de la tempestad, en medio de la lluvia, en medio del huracan, y si la cuerda es corta, solo encontrarás un medio de bajar: tirarte. Tirarte á ciegas, en el precipipio, de una altura cualquiera, abajo, á lo desconocido; ó bien te subirás por un cañon de chimenea, con peligro de quemarte; ó te deslizarás por un conducto de letrina, con peligro de ahogarte. Y no te hablo de los agujeros que tienes que ocultar, de las piedras que tienes que quitar y poner veinte veces al dia, ni de los pedazos de yeso que tienes que ocultar en el jergon. Se encuentra una cerradura; el hombre honrado lleva en el bolsillo una llave hecha por un cerrajero. Tú, si quieres seguir adelante, estás condenado á hacer una obra maestra: cogerás un sueldo, le cortarás en dos láminas, y ¿con qué herramientas? Las tendrás que inventar; eso te corresponde. Despues ahondarás lo interior de estas chapas, cuidando de no tocar á la superficie; harás alrededor la muesca de un tornillo, de modo que se ajusten exactamente una á otra, como una caja y su tapa, y que atornilladas no se sospeche nada. Para los vigilantes, porque estarás vigilado, esto será solo un sueldo; para tí será una caja. ¿Y qué meterás en esa caja? Un pedacito de acero: un muelle de relój, al que habrás hecho dientes, y será una sierra. Con esta sierra, tan larga como un alfiler, y oculta en un sueldo, deberás cortar el pestillo de la cerradura, la barra del cerrojo, el asa del candado, el hierro de la ventana, y el grillo de la pierna: y hecha esta obra prodigiosa, realizados estos mi-

Digitized by Google

lagros de arte, de industria, de habilidad, de paciencia; si se llega á saber que eres tú el autor, ¿cuál será tu recompensa? El calabozo. Este es tu porvenir. La pereza, el placer, ¡qué precipicios! ¡No hacer nada, es tomar un partido muy lúgubre! ¿Lo sabes bien? ¡Vivir ocioso de la sustancia social! ¡Ser inútil, es decir, ser perjudicial! Esto conduce directamente al fondo de la miseria. ¡Desgraciado el que quiere ser parásito! Será la miseria del cuerpo social. ¡Ah! ¡no te gusta trabajar! No tienes mas que un pensamiento: beber bien, comer bien, dormir bien. Pues beberás agua, comerás pan negro, dormirás en una tabla con una cadena rodeada á tus miembros, cuyo frio sentirás por la noche en la carne. Romperás esta cadena, y huirás. Bien; pero te arrastrarás entre las matas, y comerás yerba como los animales del monte. Y volverás á ser preso; y entonces pasarás los años en un profundo patio, cercado de una muralla, buscando á tientas el jarro para beber, mordiendo en un horrible pan negro, que no comerian ni los perros; comiendo habas, que los gusanos han roido antes que tú. Serás una corredera en una cueva. ¡Ah! ¡ten piedad de tí mismo, niño miserable, jóven que mamabas hace diez y siete años, y que aun tendrás madre! Te lo suplico, escúchame. Quieres gastar paño fino, zapatos lustrosos, pelo rizado, usar en la cabeza perfumes, agradar á las jóvenes, ser elegante; pues bien, te cortarán el pelo al rape, te pondrás una chaqueta roja y unos zuecos. Quieres llevar sortijas en los dedos, y tendrás una argolla al cuello; y si miras á una mujer, te darán un palo. ¡Entrarás allí á los veinte años, y saldrás á los cincuenta! Entrarás jóven, sonrosado, fresco, con ojos brillantes, y dientes blancos, y hermosa cabellera, y saldrás cascado, encorvado, lleno de arrugas, sin dientes, horrible, y con el pelo blanco. ¡Ah, pobre niño! te equivocas; la holgazanería te aconseja mal; el trabajo mas rudo es el robo. Créeme, no emprendas la penosa profesion de perezoso; no es cómodo ser ratero. Menos malo es ser hombre honrado. Anda ahora, y piensa en lo que te he dicho. Pero ¿qué querias? Mi bolsa. Aquí la tienes.

Y el viejo, soltando á Montparnase, le puso en la mano su bolsa, que Montparnase tuvo un momento en la mano tomándola á peso; despues de lo cual, con la misma precaucion maquinal que si la hubiese robado, la dejó caer suavemente en el bolsillo de atrás de su levita.

Hecho esto, el viejo volvió la espalda, y siguió su paseo.

Digitized by Google

—¡Zopenco! murmuró Montparnase.

¿Quién era aquel viejo? El lector lo habrá adivinado sin duda.

Montparnase estupefacto miró cómo desaparecia en el crepúsculo; pero esta contemplacion le fue fatal.

Mientras que el viejo se apartaba, Gavroche se aproximaba.

Gavroche, con una mirada de reojo se habia asegurado de que el señor Mabeuf, dormido tal vez, seguia en el banco, y saliendo despues de la maleza, se arrastró en la sombra por detrás de Montparnase que seguia inmóvil. Asi llegó hasta él sin ser visto ni oido, metió suavemente la mano en el bolsillo de atrás de la levita de paño fino, cogió la bolsa, retiró la mano, y volviendo á la rastra, hizo en la oscuridad una evolucion de culebra. Montparnase, que no tenia motivo para estar en guardia, y que estaba meditando quizá por primera vez en su vida, no notó nada. Gavroche, asi que llegó adonde estaba el señor Mabeuf, tiró la bolsa por cima del seto, y huyó á todo correr.

La bolsa cayó á los pies del señor Mabeuf. El ruido le despertó; se inclinó, la cogió, y la abrió sin comprender nada. Era una bolsa con dos divisiones: en la una habia algunos cuartos; en la otra seis napoleones.

El señor Mabeuf, muy asustado, la llevó á su ama.

—Esto viene del cielo, dijo la tia Plutarco.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO QUINTO.

CUYO FIN NO SE PARECE AL PRINCIPIO.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

LA SOLEDAD Y EL CUARTEL COMBINADOS.

El dolor de Cosette, tan punzante y tan vivo aun, cuatro ó cinco meses antes, habia entrado en convalecencia. La naturaleza, la primavera, la juventud, el amor á su padre, la alegría de los pájaros y de las flores infiltraban poco á poco, dia por dia, gota á gota, en aquella alma tan vírgen y tan jóven, una cosa muy semejante al olvido. ¿Era que se apagaba completamente el fuego, ó que se iban formando solamente capas de ceniza? El hecho es, que no sentia ya apenas nada doloroso y abrasador.

Un dia pensó de repente en Mario:—¡Calla! dijo, ya no pienso en él.

En la misma semana se fijó, al pasar por delante de la verja del jardin, en un hermoso oficial de lanceros, con talle de avispa, bonito uniforme, mejillas de niña, sable bajo el brazo, bigotes retorcidos, y chascás charolado; cabellos rubios, ojos azules; cara redonda, vana, insolente y linda: todo lo contrario de Mario. Llevaba un cigarro en la boca.—Cosette pensó que este oficial era del regimiento acuartelado en la calle de Babilonia.

Al dia siguiente le vió pasar otra vez, y notó la hora.

Digitized by Google

Desde aquel momento le vió pasar casi todos los dias. ¿Seria casualidad?

Los camaradas del oficial notaron que habia en aquel jardin «en traje de marcha» y detrás de aquella fea verja una bonita niña que estaba allí casi siempre cuando pasaba el bizarro teniente, que no es desconocido para el lector; pues que se llamaba Teodulo Gillenormand.

—¡Ah! le decian. Hay una jóven que te mira; obsérvalo.

—¿Acaso tengo tiempo, respondió el lancero, de mirar á todas las jóvenes que me miran?

Esto sucedia precisamente en el momento en que Mario descendia á la agonía, y se decia:—¡Si pudiese solamente verla antes de morir! Si se hubiera realizado su deseo, si hubiera visto en aquel momento á Cosette mirando á un lancero, no habria podido pronunciar una palabra; habria muerto de dolor.

—¿Y de quién habria sido la culpa?—De nadie.

Mario tenia uno de esos temperamentos que se sumergen en la tristeza y moran en ella. Cosette, por el contrario, se sumergia, pero volvia á salir.

Cosette además, atravesaba ese momento peligroso, fase fatal del ensueño femenil, abandonado á sí mismo, en que el corazon de una jóven aislada se asemeja á esos sarmientos de la vid que se enganchan por casualidad al chapitel de una columna de mármol, ó al poste de una taberna. Momento rápido y decisivo, crítico para toda huérfana, ya sea pobre ó rica, porque la riqueza no impide una mala eleccion. Se verifican casamientos muy desiguales, porque la verdadera desigualdad del casamiento es la de las almas; y asi como mas de un jóven desconocido, sin nombre, sin familia, sin hacienda, es un chapitel de mármol que sostiene un templo de grandes sentimientos y de grandes ideas, del mismo modo, algun hombre de mundo, satisfecho y opulento, que tiene botas finas y palabras charoladas, si se le mira, no al esterior, sino al interior, es decir, á lo que reserva á la mujer, no es mas que una viga estúpida, oscuramente movida por pasiones violentas, inmundas y embriagadas; el poste de una taberna.

¿Qué tenia Cosette en el alma? Una pasion calmada ó adormecida:

Digitized by Google

amor en el estado flotante; algo que era límpido, brillante; turbio á cierta profundidad; oscuro mas abajo. La imágen del garrido oficial se reflejaba en la superficie. ¿Habia algun recuerdo en el fondo?—Muy en el fondo tal vez; mas Cosette no lo sabia.

Pero sucedió un incidente singular.

Digitized by Google

II.

MIEDOS DE COSETTE.

En la primera quincena de abril hizo un viaje Juan Valjean. Esto sucedia, como sabe el lector, algunas veces, á largos intervalos; y estaba ausente uno ó dos dias á lo mas. ¿Adónde iba? Nadie lo sabia, ni aun Cosette. Solo una vez en uno de sus viajes, le habia acompañado ésta en coche hasta la esquina de un callejon sin salida, en cuya esquina habia leido: *Callejon de la Plancheta.* Allí se habia bajado, y el coche habia llevado á Cosette á la calle de Babilonia. Generalmente Juan Valjean hacia estos viajes cuando faltaba dinero en casa.

Juan Valjean estaba, pues, ausente; al marcharse habia dicho: Volveré dentro de tres dias.

Por la noche, Cosette estaba sola en la sala. Para matar el fastidio habia abierto el piano, y habia empezado á cantar acompañándose ella misma, el coro de Euryanto: *¡Cazadores perdidos en los bosques!* que es quizá lo mas bello de toda la música. Cuando le concluyó se quedó pensativa.

De repente creyó oir que andaban por el jardin.

No podia ser su padre, porque estaba ausente; ni la tia Santos, porque estaba acostada. Eran las diez de la noche.

Digitized by Google

Se dirigió á la ventana de la sala que estaba cerrada, y aplicó el oido.

Le pareció que oia el paso de un hombre que andaba suavemente.

Subió con rapidez al primer piso, á su cuarto, abrió un ventanillo que habia en el postigo y miró al jardin. Habia luna llena, y se veia como si fuese de dia.

No habia nadie.

Abrió la ventana. El jardin estaba absolutamente silencioso; y lo que se veia de la calle, desierto como siempre.

Cosette pensó que se habia engañado; habia creido oir aquel ruido, y todo era un alucinamiento producido por el sombrío y prodigioso coro de Weber, que abre ante el espíritu abismos insondables, que aparecen trémulos á la vista como un bosque vertiginoso, en que se oye el crugido de las ramas muertas bajo el paso inquieto de los cazadores casi envueltos en el crepúsculo.

Y no pensó mas en esto.

Además, Cosette no era por naturaleza muy tímida. Tenia en las venas la sangre de esas gitanas y aventureras que andan con los pies descalzos. Recuérdese que era mas bien alondra que paloma; y tenia un fondo de valor y energía.

Al dia siguiente, mas temprano, á la caida de la noche, se estaba paseando por el jardin; y en medio de los confusos pensamientos en que estaba sumergida, creyó oir claramente un ruido semejante al de la víspera, como de alguna persona que anduviera en la oscuridad bajo los árboles, y no muy lejos de ella; pero se decia, que nada se asemeja tanto á los pasos sobre la yerba, como el roce de dos ramas que se separan, y no hizo caso; además, no veia nada.

Salió de la «maleza;» tenia qué atravesar un espacio alfombrado de menuda yerba para llegar á las gradas de la puerta. La luna que acababa de salir á su espalda, proyectó su sombra delante de ella, y sobre la alfombra cuando salió de la maleza.

Cosette se detuvo aterrorizada.

Al lado de su sombra, la luna proyectaba claramente sobre el césped, otra sombra singularmente espantosa y terrible; una sombra que tenia sombrero redondo.

Parecia la de un hombre que estuviese de pie en la orilla del césped, á pocos pasos detrás de Cosette.

Digitized by Google

Permaneció un minuto sin poder hablar, ni gritar, ni moverse, ni volver la cabeza. Pero al fin, reuniendo todo su valor, se volvió resueltamente.

No habia nadie.

Miró al suelo; la sombra habia desaparecido.

Penetró en la maleza, registró audazmente los rincones, llegó hasta la verja, y no encontró á nadie.

Quedóse helada. ¿Habia sido aquello tambien una alucinacion? ¡Cómo! ¿Dos dias seguidos? Una alucinacion, pase, ¿pero dos? Lo que la inquietaba mas que todo es que la sombra no era seguramente un fantasma, porque los fantasmas no llevan sombrero redondo.

Al dia siguiente volvió Juan Valjean. Cosette le refirió lo que habia creido ver y oir. Esperaba que su padre la tranquilizaria, y que encogiéndose de hombros, le diria: Eres una loquilla.

Juan Valjean se alarmó.

—Quizá no sea nada, dijo.

La dejó con cualquier pretesto y fué al jardin, y Cosette observó que examinaba la verja con mucha atencion.

Por la noche despertó; esta vez estaba segura de oir pasos cerca de la escalinata, por bajo de su ventana, y la abrió. En efecto, en el jardin vió á un hombre con un garrote en la mano. Iba ya á gritar, cuando la luna iluminó el rostro del hombre: era su padre.

Volvió, pues, á acostarse, diciéndose:—¡Qué alarmado está!

Juan Valjean pasó aquella noche y las dos siguientes en el jardin, y Cosette le observó por el ventanillo.

La tercera noche habia luna menguante, y salia mas tarde; seria como la una de la mañana, y Cosette oyó una carcajada y la voz de su padre que la llamaba:

—¡Cosette!

Echóse fuera de la cama, se puso una bata y abrió la ventana.

Su padre estaba en el jardin en el césped.

—Te despierto para tranquilizarte, le dijo. Mira; aquí tienes la sombra del sombrero redondo.

Y le enseñó sobre el césped una sombra que hacia la luna, y que parecia, en efecto, el espectro de un hombre con sombrero redondo.

Digitized by Google

Era un perfil producido por un tubo de chimenea de palastro con chapitel, que subia por cima de un tejado próximo.

Cosette se echó á reir tambien; se borraron todas sus lúgubres suposiciones, y á la mañana siguiente, cuando almorzaba con su padre, se chanceó sobre el siniestro jardin visitado por las sombras de los tubos de chimenea.

Juan Valjean se tranquilizó completamente, y Cosette no se detuvo á examinar si el cañon de chimenea estaba en la misma direccion que la sombra que habia visto ó habia creido ver, y si la luna estaba en el mismo punto del cielo. No se fijó en la singularidad de un cañon de chimenea, que teme ser sorprendido en flagrante delito, y se retira cuando miran su sombra; porque la sombra habia desaparecido cuando Cosette se volvió, y Cosette creia estar segura de ello. La jóven se tranquilizó por completo. La demostracion le pareció evidente, y creyó que era un efecto de imaginacion, lo mismo que los pasos de alguno que anduviese por el jardin por la tarde ó por la noche.

Pero algunos dias despues hubo un nuevo incidente.

Digitized by Google

III.

ENRIQUECIDO CON COMENTARIOS DE LA TIA SANTOS.

En el jardin, y cerca de la verja que daba á la calle, habia un banco de piedra, defendido de las miradas de los curiosos, por un enrejado de cañas, pero hasta el cual podia llegar el brazo de un transeunte al través de la verja y de la enramada.

Una tarde de este mismo mes de abril habia salido Juan Valjean; y Cosette, despues de puesto el sol, se habia sentado en este banco. El viento penetraba entre los árboles; Cosette meditaba; una tristeza sin objeto iba apoderándose poco á poco de ella; esa tristeza invencible que produce la tarde, y que proviene tal vez del misterio de la tumba entreabierta á esa hora.

Fantina estaba quizá en aquella sombra.

Cosette se levantó, dió lentamente una vuelta por el jardin, andando sobre la yerba inundada de rocío, y diciéndose al través del somnambulismo melancólico en que estaba sumergida:—Se deben usar zapatos fuertes para andar por el jardin á esta hora; es fácil constiparse.

Despues volvió al banco.

Digitized by Google

En el momento en que iba á sentarse, observó en el sitio que habia ocupado, una gran piedra que no estaba antes.

Contempló aquella piedra, preguntándose qué significaba. Pero de repente, la idea de que aquella piedra no se habia ido sola al banco, de que alguno la habia puesto allí, de que un brazo habia pasado al través de la verja; esta idea, decimos, se la presentó, y le dió miedo; un miedo verdadero esta vez, porque la piedra estaba allí, y no era posible dudar; no la tocó; huyó sin atreverse á mirar detrás de sí, se refugió en la casa, cerró en seguida con maderas, con barras y con cerrojos la puerta-ventana de la escalinata, y preguntó á la tia Santos;

—¿Ha vuelto mi padre?

—Aun no, señorita.

(Hemos dicho ya, una vez para siempre, que la tia Santos era tartamuda. Permítasenos no indicarlo en todas sus palabras; porque nos repugna la notacion musical de una enfermedad.)

Juan Valjean, como hombre pensativo y paseante nocturno, solia retirarse bastante tarde por la noche.

—Santos, dijo Cosette: ¿tendreis cuidado de cerrar bien por la noche las ventanas que dan al jardin, á lo menos con barras, y poner los candados en los anillos?

—¡Oh! Estad tranquila, señorita.

La tia Santos no dejaba de hacerlo, y Cosette lo sabia muy bien; pero no pudo menos de añadir:

—¡Qué desierto está este sitio!

—Es verdad, dijo la tia Santos. La asesinarian á una sin tener tiempo para decir ¡uf! con eso de no dormir el señor en casa. Pero no temais nada, señorita; cierro las ventanas como si fuesen una fortaleza. ¡Ah! ¡mujeres solas! ¡Esto hace temblar! Figuraos ver que entran hombres en vuestro cuarto por la noche, y os dicen: ¡Cállate! y empiezan á cortaros la cabeza. No es lo mas temible la muerte, porque al fin se muere una, y sabe demasiado que se ha de morir; pero es una cosa horrible sentir que os toca esa gente. ¡Y luego sus puñales! ¡Oh, qué mal deben cortar! ¡Ah, Dios mio!

—¡Callaos! dijo Cosette. Cerradlo bien todo; y atemorizada del melodrama improvisado por la tia Santos, y quizá tambien por el recuerdo de las apariciones de la otra semana, no se atrevió á decirle:—¡Id á

Digitized by Google

ver la piedra que han puesto en el banco! de miedo de volver á abrir la puerta del jardin y que entrasen los «hombres.» Hizo cerrar por todas partes las puertas y las ventanas; hizo que la tia Santos registrase la casa desde la cueva al granero; se encerró en su cuarto, echó los cerrojos, miró debajo de la cama, se acostó y durmió mal. Toda la noche estuvo viendo la piedra, grande como una montaña, y llena de cavernas.

Cuando salió el sol—téngase presente que el sol, cuando sale, tiene la virtud de hacernos reir de todos nuestros terrores nocturnos, y la risa que nos produce es siempre proporcionada al miedo que se ha tenido;—al salir el sol, decimos, se despertó Cosette, pensó en su sueño con espanto, y se dijo:—¿Qué he estado soñando? ¡Lo mismo es esto que los pasos que me parecia haber oido la otra semana en el jardin, de noche! ¡Lo mismo que la sombra del cañon de chimenea! ¿Voy á hacerme ahora cobarde? El sol que entraba por las junturas de los postigos, y coloreaba de púrpura las cortinas de damasco, la tranquilizó de tal manera, que todo se borró de su imaginacion; hasta la piedra.

—No habia piedra ninguna en el banco, como no habia ningun hombre con sombrero en el jardin; he soñado lo de la piedra, como lo demás.

Se vistió, bajó al jardin, corrió al banco, y sintió un sudor frio. La piedra estaba allí.

Pero aquello solo duró un momento: el miedo de noche es curiosidad de dia.

—¡Bah! dijo; veamos lo que es.

Y levantó la piedra, que era bastante grande. Debajo habia un papel que parecia una carta.

Era un sobre blanco: Cosette le cogió, y vió que no tenia ni sobrescrito por un lado, ni oblea por el otro; pero aunque estaba abierto, no estaba vacío. Veíanse papeles dentro.

Cosette le abrió; ya no tenia miedo, ni curiosidad, sino un principio de impaciencia.

Sacó del sobre lo que contenia, que era un cuadernito de papel, de hojas numeradas, en cada una de las cuales habia algunas líneas, que parecieron á Cosette de bonita y elegante letra.

Cosette buscó un nombre, pero no le habia; buscó una firma, tam-

Digitized by Google

poco la habia. ¿A quién iba dirigido aquello? A ella probablemente, pues que una mano habia depositado aquel paquete en su banco. ¿De quién venia aquello?

Una fascinacion irresistible se apoderó de ella; trató de separar los ojos de aquellos papeles que temblaban en su mano, miró al cielo, á la calle, á las acacias llenas de luz, á las palomas que volaban sobre un tejado próximo, y despues su vista cayó rápidamente sobre el manuscrito, y se dijo que debia leer lo que contenia.

Véase lo que leyó.

Digitized by Google

IV.

UN CORAZON BAJO UNA PIEDRA.

La reduccion del universo á un solo ser, la dilatacion de un solo ser hasta Dios; esto es el amor.

El amor es la salutacion de los ángeles á los astros.

¡Qué triste está el alma cuando está triste por el amor!

¡Qué vacío tan inmenso es la ausencia del ser que llena el mundo! ¡Oh! ¡Cuán verdadero es que el ser amado se convierte en Dios! Se comprendería que Dios tuviese celos si el Padre de todo no hubiese hecho evidentemente la creacion para el alma, y el alma para el amor.

Basta una sonrisa vislumbrada por bajo un sombrero de crespon blanco con adornos de lilas, para que el alma entre en el palacio de los sueños.

Dios está detrás de todo; pero todo oculta á Dios. Las cosas son negras, las criaturas son opacas. Amar á un ser, es hacerle trasparente.

Digitized by Google

Ciertos pensamientos son oraciones. Hay momentos en que cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

Los amantes que están separados engañan la ausencia con mil cosas quiméricas, que tienen no obstante su realidad. Se les impide verse, no pueden escribirse, pero tienen una multitud de medios misteriosos de correspondencia. Se envian el canto de los pájaros, el perfume de las flores, la risa de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, los rayos de las estrellas, toda la creacion. ¿Y por qué no? Todas las obras de Dios están hechas para servir al amor.

El amor es bastante poderoso para emplear á la naturaleza entera en sus mensajes.

¡Oh primavera, tú eres una carta que yo la escribo!

El porvenir pertenece mas al corazon que á la inteligencia. El amor es lo único que puede ocupar y llenar la eternidad. El infinito necesita lo inagotable.

El amor es una parte del alma misma: es de la misma naturaleza que ella; como ella, es una chispa divina: como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es una partícula de fuego que está en nosotros, que es inmortal é infinita, á la cual nada puede limitar, ni amortiguar. Se la siente arder hasta en la médula de los huesos, y se la vé brillar hasta en el fondo del cielo.

¡Oh, amor! ¡adoraciones! ¡deleite de dos almas que se comprenden, de dos corazones que se cambian uno por otro, de dos miradas que se penetran! ¡Vendreis á mí! ¿No es verdad, felicidades? ¡Paseos de dos solos en la soledad! ¡Dias benditos y resplandecientes! He soñado alguna vez que de tiempo en tiempo se desprendian algunas horas de la vida de los ángeles, y venian aquí abajo á penetrar el destino de los hombres.

Dios no puede añadir nada á la felicidad de los que se aman mas que la duracion sin fin. Una eternidad de amor, despues de una vida de amor, es un aumento, en efecto; pero acrecentar en su intensidad misma la felicidad inefable que el amor da al alma desde este mundo,

Digitized by Google

es imposible aun á Dios. Dios es la plenitud del cielo; el amor es la plenitud del hombre.

Mirais una estrella por dos motivos, porque es luminosa, y porque es impenetrable; pues á vuestro lado teneis una radiacion mas suave y un misterio mas grande, la mujer.

Todos, sin escepcion, tenemos nuestros seres respirables. Si nos faltan, nos falta el aire, y nos ahogamos. Entonces se muere. ¡Morir! por falta de amor es horrible! ¡La asfixia del alma!

Cuando el amor ha fundido y mezclado dos seres en una unidad angélica y sagrada, estos seres han hallado el secreto de la vida; no son mas que los dos términos de un mismo destino; no son mas que las dos alas de un mismo espíritu. ¡Amad, pues! ¡Eleváos!

El dia en que una mujer que pasa delante de tí desprende luz al andar, estás perdido: amas. Ya no tienes que hacer mas que una cosa: pensar en ella tan fijamente como ella tenga que pensar en tí.

Lo que el amor principia, solo puede ser acabado por Dios.

El amor verdadero se desespera y se encanta por un guante perdido, ó por un pañuelo encontrado, y necesita la eternidad para su desinterés y para sus esperanzas. Se compone á la vez de lo infinitamente grande, y de lo infinitamente pequeño.

Si eres piedra, sé iman; si eres planta, sé sensitiva; si eres hombre, sé amor.

Nada basta al amor. Si se tiene la felicidad, se desea el paraiso; si se tiene el paraiso, se desea el cielo.

¡Oh! tú que amas, todo esto se halla en el amor. Aprende á encontrarlo. El amor tiene lo mismo que el cielo la contemplacion, y además el deleite.

¿Viene aun al Luxemburgo?—No señor.—En esta iglesia oye misa, ¿no es verdad?—No viene ya.—¿Vive todavía en esta casa?—Se ha mudado.—¿A dónde ha ido á vivir?—No lo ha dicho.

Digitized by Google

¡Qué cosa tan sombría es no saber las señas de la casa de su alma.

El amor tiene cosas de niño; las otras pasiones tienen pequeñeces. ¡Despreciemos las pasiones que empequeñecen al hombre! ¡Honremos la que le hace niño!

Me sucede una cosa estraña. ¿Sabeis cuál? Estoy en la noche: hay un ser que al irse se ha llevado el cielo.

¡Oh! Estar echados juntos en la misma tumba con las manos enlazadas, y de tiempo en tiempo en las tinieblas, acariciarnos suavemente un dedo; esto bastaria á mi eternidad.

Los que padeceis porque amais, amad mas aun. Morir de amor, es vivir.

Amad. Una transfiguracion sombría y estrellada se mezcla con este suplicio. Hay éstasis en la agonía.

¡Oh, alegría de las aves! Teneis el canto, porque teneis nido.
El amor es una respiracion celestial del aire del paraiso.

Corazones profundos, ánimos ilustrados, tomad la vida como Dios la ha hecho; la vida es una larga prueba, una preparacion ininteligible para un destino desconocido. Este destino, el verdadero, principia para el hombre en el primer escalon de lo interior de la tumba. Entonces se le aparece algo, y principia á distinguir lo decisivo. Lo definitivo; pensad en esta palabra. Los vivos ven lo infinito; lo definitivo no se deja ver mas que de los muertos. Mientras tanto, amad y padeced, esperad y contemplad. ¡Desgraciado el que no haya amado mas que cuerpos, formas, apariencias! La muerte se lo arrebatará todo. Amad á las almas, y las volvereis á encontrar.

He encontrado en la calle un jóven muy pobre que amaba. Llevaba un sombrero viejo, una levita usada, con los codos rotos: el agua penetraba en sus zapatos, y los astros en su alma.

¡Qué gran cosa es ser amado! ¡Pero mas es aun amar! El corazon

Digitized by Google

se hace heróico á fuerza de pasion. Solo se compone de lo mas puro; solo se apoya en lo mas grande y elevado. En él no puede germinar un pensamiento indigno como no puede germinar una ortiga en un ventisquero.

El alma elevada y serena, inaccesible á las pasiones y á las emociones vulgares, que domina las nubes y las sombras de este mundo, las locuras, las mentiras, los odios, la vanidad, la miseria, habita el azul del cielo, y no siente mas que las conmociones profundas y subterráneas del destino, como las cimas de las montañas sienten los temblores de tierra.

Si no hubiera quien amase, se apagaria el sol.

Digitized by Google

V.

COSETTE DESPUES DE LA CARTA.

Durante esta lectura, Cosette iba cayendo poco á poco en meditacion. En el momento en que levantó los ojos de la última línea del cuaderno, el oficial pasó triunfante por delante de la verja. Cosette le encontró horrible.

Volvió á contemplar el cuaderno. Estaba escrito, pensaba Cosette, con una letra hermosísima; de la misma mano, pero con diversa tinta, ya negra, ya blanquecina, como cuando se echa la tinta en el tintero, y por consiguiente, en distintos dias. Era, pues, aquello, un pensamiento que se habia derramado allí, suspiro á suspiro, irregularmente, sin órden, sin eleccion, sin objeto, á la casualidad. Cosette no habia leido nunca nada semejante. Aquel manuscrito en que veia mas claridad que oscuridad, le causaba el mismo efecto que un santuario entreabierto. Cada una de sus misteriosas líneas resplandecia á sus ojos, y le inundaba el corazon de una luz estraña. La educacion que habia recibido le habia hablado siempre del alma, y nunca del amor; asi como si se hablase de la brasa sin hablar de la llama. Aquel manuscrito de quince páginas la revelaba suave y repentinamente todo el amor, el destino, la vida, la eternidad, el principio y el fin. Era como una mano que se hu-

Digitized by Google

biese abierto y le hubiese arrojado súbitamente un puñado de rayos. Descubria en aquellas líneas una naturaleza apasionada, ardiente, generosa, honrada; una voluntad sagrada, un inmenso dolor, y una esperanza inmensa; un corazon oprimido, y un éxtasis manifestado. ¿Y qué era aquel manuscrito? Una carta. Una carta sin señas, sin nombre, sin fecha, sin firma, apremiante y desinteresada, enigma compuesto de verdades; mensaje de amor escrito para ser llevado por un ángel, y leido por una vírgen; cita dada fuera de la tierra; billete amoroso de un fantasma á una sombra. Era una alma ausente tranquila y oprimida, que parecia dispuesta á refugiarse en la muerte, y que enviaba á otra alma ausente el secreto de su destino, la clave de la vida, el amor. Aquello habia sido escrito con los pies en la tumba y el dedo en el cielo. Aquellas líneas, que habian caido una á una sobre el papel, podrian llamarse gotas del alma.

Pero ¿de quién podian ser aquellas páginas? ¿Quién las habia escrito?

Cosette no dudó ni un minuto. Solo un hombre.

¡Él!

Habíase iluminado su alma; todo habia vuelto á aparecer; esperimentaba una alegría indecible y una angustia profunda.

¡Era él! ¡Él quien la escribia! ¡él que estaba allí! ¡él, que habia pasado el brazo al través de la verja! Mientras que ella le olvidaba, él la habia encontrado. Pero ¿le habia olvidado?—¡No! ¡nunca! Era una locura creerlo por un solo momento: le habia amado y adorado siempre. El fuego se habia cubierto, y habia estado oculto algun tiempo; pero ella le veia: no habia hecho mas que ahondar un poco, y ya brillaba de nuevo y la abrasaba. Aquel cuaderno era como una chispa caida del alma del otro en la suya. Sentia empezar de nuevo el fuego; se penetraba de cada palabra del manuscrito:—¡Ah, sí! decia; ¡cómo conozco todo esto! Es lo que he leido en sus ojos.

Cuando acababa de leerla por tercera vez, el teniente Teodulo volvió por delante de la verja haciendo sonar las espuelas, lo que hizo levantar los ojos á Cosette, que le encontró soso, tonto, necio, presumido, desagradable, impertinente, y muy feo. El oficial creyó que debia dirigirle una sonrisa; pero Cosette se volvió avergonzada é irritada. De buena gana le hubiera tirado algo á la cabeza.

Digitized by Google

Marchóse, pues, entró en la casa, y se encerró en su cuarto para volver á leer el manuscrito, para aprenderle de memoria, y para pensar. Cuando le hubo leido, le besó y le puso en su corsé.

Era cosa hecha: Cosette habia caido en el profundo amor seráfico: acababa de abrirse el abismo Eden.

Cosette pasó todo el dia sumida en una especie de aturdimiento. Apenas pensaba; sus ideas estaban en el estado de un ovillo enredado en su cerebro; no conseguia reflexionar; esperaba al través de estremecimientos alguna cosa vaga. No se atrevia á prometerse nada, y no queria negarse nada; cruzaban por su rostro sombras pálidas, y calofríos por su cuerpo. Le parecia algunos momentos que penetraba en lo quimérico; y se decia: ¿Es esto real? y tentaba el papel querido bajo su vestido, le oprimia contra su corazon, sentia los dobleces en su pecho, y si Juan Valjean la hubiera visto en aquel momento, se habria estremecido ante aquella alegría luminosa y desconocida que brotaba de sus ojos. ¡Oh! sí, pensaba. ¡Es él! ¡Esto es de él para mí!

Y creia que se lo habia llevado una intervencion de los ángeles; una casualidad celestial.

¡Oh transfiguraciones del amor! ¡Oh sueños! Esta casualidad celestial, esta intervencion de los ángeles era la bola de pan lanzada de un ladron á otro ladron; del patio de Carlomagno á la Cueva de los Leones, por cima de los tejados de la Fuerza.

Digitized by Google

VI.

LOS VIEJOS HAN NACIDO PARA SALIR Á PROPÓSITO.

Cuando llegó la noche, salió Juan Valjean, y Cosette se vistió. Se peinó del modo que le sentaba mejor, y se puso un vestido, cuyo cuerpo habia recibido una tijeretada mas, y dejaba ver por esta escotadura el nacimiento del cuello; era, como dicen las jóvenes, «un poco indecente.» No era de ninguna manera indecente; pero era mas bonito que otro. ¡Se vistió de este modo sin saber por qué!

¿Queria salir?—No.

¿Esperaba una visita?—No.

Al anochecer bajó al jardin. La tia Santos estaba ocupada en la cocina, que daba al traspatio.

Empezó á pasear bajo los árboles, separando las ramas de tiempo en tiempo, con la mano, porque las habia muy bajas.

Asi llegó al banco. Allí estaba todavía la piedra.

Se sentó, y puso su blanca mano sobre la piedra, como si quisiese acariciarla y manifestarle agradecimiento.

De pronto sintió esa impresion indefinible que se esperimenta, aun sin ver, cuando se tiene á alguno detrás en pie.

Digitized by Google

Volvió la cabeza y se levantó. Era él.

Tenia la cabeza descubierta; parecia pálido y flaco; apenas se distinguia su traje negro. El crepúsculo blanqueaba su hermosa frente, y cubria sus ojos de tinieblas. Tenia algo propio de la muerte y de la noche bajo un velo de incomparable dulzura. Su rostro estaba iluminado por la claridad del dia que muere, y por el pensamiento de un alma que se va.

Parecia que no era aun fantasma; pero que no era ya hombre.

Su sombrero estaba caido á algunos pasos entre la yerba.

Cosette, próxima á desfallecer, no dió ni un grito. Retrocedió lentamente porque se sentia atraida. Él no se movió. Cosette sentia la mirada de sus ojos, que no podia ver al través de un velo inefable y triste que le rodeaba.

Cosette al retroceder, encontró un árbol, y se apoyó en él; sin este árbol se hubiera caido al suelo.

Entonces oyó su voz, aquella voz que realmente no habia oido nunca, que apenas sobresalia del susurro de las hojas, y que murmuraba:

—Perdonadme; estoy aquí. Tengo el corazon lleno; no podia vivir como estaba, y he venido. ¿Habeis leido lo que he puesto en ese banco? ¿me conoceis? No tengais miedo de mí. ¿Os acordais de aquel dia, hace ya mucho tiempo, en que me mirásteis? Fue en el Luxemburgo, cerca del gladiador. ¿Y del dia que pasásteis cerca de mí? El 16 de junio y el 2 de julio. Va á hacer un año. Desde hace mucho tiempo no os he visto. He preguntado á la alquiladora de las sillas y me ha dicho que ya no os veia. Vivíais en la calle del Oeste en un tercer piso de una casa nueva; ya veis que lo sé. Yo os seguia. ¿Qué tenia que hacer? Despues habeis desaparecido. Creí veros pasar una vez cuando estaba yo leyendo los periódicos bajo los arcos del Odeon, y corrí; pero no, era una jóven que tenia un sombrero como el vuestro. Por la noche vengo aquí. No temais, nadie me ve; vengo á mirar vuestras ventanas de cerca. Ando muy suavemente para que no lo oigais, porque podríais tener miedo. La otra noche estaba detrás de vos, os volvísteis, y huí. Una vez os he oido cantar; fui feliz. ¿Os hace daño que os oiga cantar al través de las persianas? Esto no os hace mal, ¿no es verdad? Ya veis, sois mi ángel; dejadme venir; creo que me voy á morir. ¡Si supiéseis! ¡Os adoro!

Digitized by Google

Perdonadme; os hablo, y no sé lo que os digo; os incomodo tal vez. ¿Os incomodo?

—¡Oh, madre mia! dijo Cosette. Se la doblaron las piernas como si se muriese.

Él la cogió; ella se desmayaba; la tomó en sus brazos, la apretó sin tener conciencia de lo que hacia, y la sostuvo temblando. Estaba como si tuviese la cabeza llena de humo; veia pasar relámpagos ante sus ojos; sus ideas se desvanecian; le parecia que realizaba un acto religioso, y que cometia una profanacion. Por lo demás, no esperimentaba el menor deseo hácia aquella mujer seductora, cuyas formas sentia sobre su pecho. Estaba perdido de amor.

La cogió una mano y se la puso sobre el corazon. Sintió el papel que tenia allí, y balbuceó:—¿Me amais, pues?

Cosette respondió en una voz tan baja, que no era mas que un soplo que apenas se oia:—¡Cállate! ¡Ya lo sabes!

Y ocultó su rostro lleno de rubor en el pecho del jóven orgulloso y embriagado.

Cayó sobre el banco, y ella á su lado. No tenian ya palabras. Las estrellas empezaban á brillar. ¿Cómo fue que sus labios se encontraron? ¿Cómo es que el pájaro canta, que la nieve se funde, que la rosa se abre, que mayo estiende su fragancia, que el alba blanquea detrás de los árboles negros en la cumbre de las colinas?

Un beso; esto fue todo.

Los dos se estremecieron, y se miraron en la sombra con ojos brillantes.

No sentian ni el frio de la noche, ni la frialdad de la piedra, ni la humedad de la tierra, ni la humedad de las hojas; se miraban, y tenian el corazon lleno de pensamientos. Se habian cogido las manos sin saberlo.

Ella no le preguntaba nada; no pensaba ni aun por dónde habia entrado, y cómo habia penetrado en el jardin. ¡La parecia ya tan sencillo que estuviese allí!

De tiempo en tiempo la rodilla de Mario tocaba la rodilla de Cosette, y ambos se estremecian.

Por intervalos, Cosette tartamudeaba una palabra. Su alma temblaba en sus labios como una gota de rocío en una flor.

Digitized by Google

Poco á poco se hablaron. La espansion sucedió al silencio, que es la plenitud. La noche estaba serena y espléndida por cima de sus cabezas. Aquellos dos séres puros, como dos espíritus, se dijeron todo; sus sueños, sus felicidades, sus éxtasis, sus quimeras, sus debilidades; cómo se habian adorado de lejos, cómo se habian deseado, y su desesperacion cuando habian cesado de verse. Se confiaron en una intimidad ideal, que nada podia aumentar, lo que tenian mas oculto y misterioso. Se contaron con una fe cándida en sus ilusiones todo lo que el amor, la juventud y el resto de infancia que tenian les hacia pensar. Aquellos dos corazones se derramarón uno en otro, de modo que al cabo de una hora, él tenia el ama de ella, y ella el alma de él. Se penetraron, se encantaron, se deslumbraron.

Cuando acabaron, cuando se lo dijeron todo, ella reposó su cabeza en el hombro de Mario, y le preguntó:

—¿Cómo os llamais?

—Yo me llamo Mario. ¿Y vos?

—Yo me llamo Cosette.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO SESTO.

EL NIÑO GAVROCHE.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

TRAVESURAS DEL VIENTO.

Desde 1823 mientras que el bodegon de Montfermeil se oscurecia y desaparecia poco á poco, no en el abismo de una bancarrota, sino en la cloaca de las deudas pequeñas, los Thenardier habian tenido otros dos hijos, varones ambos: con estos eran cinco, dos hembras y tres varones; lo cual era mucho.

La Thenardier se habia desembarazado de los dos últimos, cuando eran aun muy pequeños, con una felicidad singular.

Hemos dicho, con razon, desembarazado, porque en aquella mujer no habia mas que un fragmento de naturaleza; fenómeno de que hay mas de un ejemplo. Como la mariscala de Lamothe-Houdaucourt, la Thenardier solo era madre para sus hijas. Allí concluia su maternidad. Su odio al género humano empezaba en sus hijos; por el lado de estos su maldad estaba cortada á pico, y su corazon tenia en este lugar una lúgubre escarpadura. Como se ha visto ya, detestaba al mayor, y odiaba á los otros dos. ¿Por qué? Porque sí. El motivo mas temible, y la respuesta mas incontestable es porque sí.—No necesito una manada de chicos, decia esta madre.

Digitized by Google

Espliquemos cómo los Thenardier habian llegado á librarse de sus dos últimos hijos, y aun á sacar provecho de ellos.

Aquella Magnon, de quien hemos hablado en otro lugar, era la misma que habia conseguido sacar una pension al infeliz Gillenormand para los dos hijos que tenia. Vivia en el muelle de los Celestinos, á la esquina de la antigua calle del Almizclero, que ha hecho lo posible por cambiar en buen olor su mala fama. El lector recordará la gran epidemia de garrotillo que devastó hace treinta años los barrios ribereños del Sena en París, y de que la ciencia se aprovechó para esperimentar en gran escala la eficacia de las insuflaciones de alumbre, tan útilmente reemplazadas hoy por la tintura esterna del yodo. En aquella epidemia la Magnon perdió en un mismo dia sus dos hijos, aun muy pequeños, uno por la mañana y otro por la tarde. Esto fue un gran golpe, porque estos niños eran muy preciosos para su madre; representaban ochenta francos al mes. Estos ochenta francos eran pagados exactamente en nombre del señor Gillenormand, por su contador el señor Barge, portero retirado, calle del Rey de Sicilia. Muertos los niños, la pension quedaba enterrada. La Magnon buscó un recurso. En aquella tenebrosa masonería del mal, de que formaba parte, se sabe todo, se guarda el secreto, y se prestan todos auxilio mutuamente.

La Magnon necesitaba dos hijos; la Thenardier los tenia, y precisamente del mismo sexo, de la misma edad. Esto era un buen arreglo para la una, y una buena colocacion para la otra. Los niños de la Thenardier se convirtieron en niños de la Magnon. Esta se mudó del muelle de los Celestinos á la calle Cloche-Perce. En París, la identidad que liga á un individuo á sí mismo se rompe de una calle á otra.

El estado civil, que no intervenia en nada, no reclamó, y la sustitucion se hizo del modo mas fácil del mundo. Solo la Thenardier exigió, por el préstamo de sus hijos, diez francos al mes, que la Magnon prometió, y aun pagó. No hay que decir que el señor Gillenormand continuó pagando. Cada seis meses iba á ver á los niños, y no notó el cambio.—Señor, le decia la Magnon, ¡cómo se parecen á vos!

Thenardier, que encontraba fáciles todos los disfraces, aprovechó esta ocasion para convertirse en Jondrette. Sus dos hijas y Gavroche, apenas habian tenido tiempo de notar que tenian dos hermanos. En cierto grado de miseria se apodera del alma una especie de indiferencia

Digitized by Google

espectral, y se ve á los seres como larvas. Las personas mas allegadas se presentan como vagas formas de la sombra, que apenas se distinguen del fondo nebuloso de la vida, y se confunden fácilmente en lo invisible.

La noche del dia en que la Thenardier habia hecho entrega de sus dos hijos á la Magnon, con voluntad espresa de renunciar á ellos para siempre, tuvo ó aparentó tener, un escrúpulo; y dijo á su marido:—¡Pero esto es abandonar á esos niños!—Thenardier, magistral y flemático, cauterizó el escrúpulo con esta sentencia:—¡Juan Jacobo Rousseau hizo mas!—La madre pasó entonces del escrúpulo á la inquietud.—¿Y si la policía nos persiguiese? ¿Es permitido esto que hemos hecho, decidme, señor Thenardier?—Thenardier respondió: Todo es permitido. Nadie verá en esto mas que una cosa clara como el agua. Por otra parte, no hay interés alguno en cuidar de hijos que no tienen un cuarto.

La Magnon era una variedad elegante del crímen. Se cuidaba del aseo personal. Dividia su habitacion, amueblada de una manera estraña y miserable, como una astuta ladrona inglesa afrancesada. Esta inglesa, que se habia naturalizado en París, recomendable por sus ricas relaciones, íntimamente ligada á las medallas de la biblioteca y á los diamantes de la señorita Mars, fue despues célebre en los anales del crímen: se llamaba *la señorita Miss*.

Los dos niños, que por decirlo asi, cayeron en suerte á la Magnon no tuvieron de qué quejarse. Recomendados por los ochenta francos, estaban cuidados como todo lo que es esplotado; no estaban mal vestidos, ni mal alimentados; estaban trátados como unos «señoritos;» estaban, por fin, mucho mejor con su falsa madre, que con su madre verdadera. La Magnon se hacia la señora, y no hablaba en caló delante de ellos.

Asi pasaron algunos años. Thenardier auguraba bien. Una dia que la Magnon le llevaba sus diez francos mensuales, le dijo:—Será preciso que «el padre» les dé educacion.

Pero de repente, aquellos dos pobres niños, bastante protegidos hasta allí, aun por la mala suerte, fueron lanzados bruscamente á la vida, y se vieron obligados á empezar á recorrerla.

Una prision en masa de malhechores como la del zaquizamí de Jondrette, que necesariamente habia de complicarse con requisitorias y pri-

Digitized by Google

siones ulteriores, es un verdadero desastre para esa repugnante contra-sociedad oculta, que vive bajo la sociedad pública; una aventura de este género arrastra tras sí toda clase de derrumbamientos en ese mundo sombrío. La catástrofe de los Thenardier produjo la catástrofe de la Magnon.

Un dia, poco tiempo despues que la Magnon hubo dado á Eponina el billete relativo á la calle Plumet, se verificó en la calle Cloche-Perce una repentina visita de la policía; la Magnon fue presa, lo mismo que la señorita Miss, y toda la vecindad, que era sospechosa, tuvo que pasar por los hilos de la justicia.

Los dos niños estaban jugando en aquel momento en un patio, y no vieron nada de esta catástrofe. Cuando volvieron hallaron la puerta cerrada y la casa vacía. Un zapatero de un portal de en frente los llamó, y les dió un papel, que su «madre» habia dejado para ellos. En el papel habia escritas unas señas: Señor Barge, contador, calle del Rey de Sicilia, número 8. El hombre del portal les dijo:—Ya no vivís ahí. Idos. Esa casa está cerca. La primera calle á la derecha. Preguntad el camino con este papel.

Los niños se fueron, llevando el mayor al menor, con el papel que debia guiarlos en la mano. Tenia frio; sus deditos hinchados se cerraban mal y apenas sostenian el papel. Al dar la vuelta de la calle Cloche-Perce, se le llevó una ráfaga de viento, y como caia la noche, no pudo encontrarle.

Pusiéronse, pues, á vagar por las calles.

Digitized by Google

II.

EN QUE SE VERÁ CÓMO GAVROCHE SUPO SACAR PARTIDO DE NAPOLEON EL GRANDE.

La primavera en París suele verse interrumpida por brisas ásperas y agudas que le dejan á uno, no helado, pero sí aterido de frio: estas brisas que entristecen los mas hermosos dias, causan el mismo efecto que esos soplos de aire frio que en un cuarto templado penetran por los huecos de las ventanas ó de las puertas mal cerradas. Parece que la oscura puerta del invierno se ha quedado entreabierta, y deja entrar el viento. En la primavera de 1832, época en que apareció la primera gran epidemia de este siglo en Europa, estas brisas fueron mas incómodas y punzantes que nunca; era que habia una puerta mas glacial aun que la del invierno entreabierta: era la puerta del sepulcro. Sentíase en esta brisa el aliento del cólera.

Bajo el punto de vista meteorológico, estos vientos frios tenian de particular que no escluian una gran tension eléctrica; y estallaron en aquella época frecuentes tempestades, acompañadas de relámpagos y truenos.

Una tarde en que estas brisas soplaban rudamente, de modo que parecia haber vuelto el mes de enero, y los parisienses se habian vuelto

Digitized by Google

á poner los abrigos, Gavroche, temblando alegremente de frio bajo sus harapos, estaba de pie y como en éstasis delante de una peluquería de los alrededores de la calle del Olmo de San Gervasio. Llevaba un pañuelo de lana de mujer, cogido no sabemos dónde, con el cual se habia hecho un tapa-boca; parecia que estaba admirando profundamente una figura de cera escotada y adornada con flores de naranjo, que daba vueltas en el escaparate, mostrando su sonrisa á los transeuntes entre dos quinqués; pero en realidad observaba la tienda para ver si podia «afanar» del escaparate una pastilla de jabon, que ir á vender en seguida por un sueldo á un «peluquero» de las afueras. Muchos dias almorzaba con una de estas pastillas, y llamaba á este trabajo, para el cual tenia talento, «hacer la barba á los barberos.»

Contemplando, pues, la muñeca, y mirando la pastilla, decia entre dientes:—Mártes.—No es mártes.—¿Fue mártes?—Quizá es mártes. —Sí, es mártes.

No se sabe á qué se referia este monólogo. Si por casualidad se referia á la última vez que habia comido, hacia ya tres dias, porque era viernes.

El barbero en su tienda, templada por una buena chimenea, afeitaba á un parroquiano, y dirigia de cuando en cuando una mirada oblícua á este enemigo, á este pilluelo helado y descarado que tenia las dos manos en los bolsillos, pero el espíritu evidentemente fuera del cuerpo.

Mientras que Gavroche examinaba la muñeca, el escaparate y el jabon de Windsor, dos niños, de estatura desigual, vestidos con limpieza, y menores que él, uno como de siete años, y otro de cinco, hicieron girar tímidamente el picaporte, y entraron en la tienda pidiendo algo, una limosna quizá, con un murmullo lastimero, que parecia mas bien un gemido que una súplica. Hablaban ambos á la vez, y sus palabras eran ininteligibles, porque los sollozos ahogaban la voz del menor, y el frio hacia temblar los dientes del mayor. El barbero se volvió con rostro airado, y sin abandonar la navaja, empujando al mayor con la mano izquierda, y al menor con la rodilla, los echó á la calle, y cerró la puerta diciendo:

—¡Venir á enfriarnos para nada!

Los dos niños echaron á andar llorando. A todo esto se habia presentado una nube, y principiaba á llover.

Digitized by Google

Gavrochillo corrió detrás de ellos, los alcanzó, y les dijo:

—¿Qué teneis, chiquillos?

—No sabemos dónde dormir, respondió el mayor.

—¿Y es eso todo? ¡Vaya una gran cosa! ¿Y se llora por eso? ¿Sois unos canarios sin duda?

Y tomando, al través de su superioridad algo chocarrera, un acento de tierna autoridad y de dulce proteccion, añadió:

—Criaturas, venid conmigo.

—Si señor, dijo el mayor.

Y los dos niños le siguieron, lo mismo que hubieran seguido á un arzobispo, y cesaron de llorar.

Gavroche les hizo subir por la calle de San Antonio en direccion de la Bastilla.

El pilluelo, al mismo tiempo que se alejaba, dirigió una mirada indignada y retrospectiva á la peluquería.

—No tiene corazon ese bacalao, murmuró; parece un inglés.

Una mozuela, que vió marchar á los tres en fila con Gavroche á la cabeza, soltó una sonora carcajada. Esta risa era una falta de respeto al grupo.

—Buenos dias, señorita Omnibus, le dijo Gavroche.

Y un instante despues, acordándose del peluquero, añadió:

—Me he engañado: no es un bacalao; es una serpiente. Peluquero, ya buscaré un herrero, y te pondré un cascabel á la cola.

El peluquero le habia hecho agresivo, y apostrofó, saltando un arroyo, á una portera barbuda y digna de encontrar á Fausto en el Brocken, que tenia la escoba en la mano.

—Señora, le dijo: ¿salís con vuestro caballo? Y al mismo tiempo salpicó de lodo las botas barnizadas de un transeunte.

—¡Bribon! esclamó el transeunte furioso.

Gavroche sacó la nariz del tapa-boca.

—¿Se queja el señor?

—¡De tí, dijo el transeunte.

—Se ha cerrado el despacho, y ya no admito reclamaciones.

Mientras tanto seguian subiendo la calle, y descubrió bajo una puerta-cochera á una pobrecita de trece á catorce años, helada, y con un vestidito tan corto que apenas le llegaba á la rodilla. La niña empezaba á ser ya grande para llevar este traje.

Digitized by Google

El desarrollo suele jugar estas malas pasadas, y el vestido se hace corto, precisamente en el momento en que la desnudez se hace indecente.

—¡Pobre niña! dijo Gavroche. No tiene ni aun pantalones. ¡Toma eso siquiera!

Y quitándose el pañuelo de lana que tenia al cuello, le echó sobre los hombros delgados y amoratados de la pobre, convirtiéndose en chal el tapa-boca.

La niña le contempló con asombro, y recibió el chal en silencio. En cierto grado de miseria, el pobre en su estupor no llora ya su mal, ni agradece el bien.

Hecho esto, dijo Gavroche:

—¡Brrr! estremeciéndose mas que San Martin, que se quedó á lo menos con la mitad de la capa.

Despues de este ¡brrr! redobló su fuerza la lluvia. Esos malos cielos castigan las buenas acciones.

—¡Ah! esclamó Gavroche: ¿qué significa esto? Llueve otra vez. Buen Dios, si esto sigue asi, retiro mi abono.

Y siguió su camino.

—Es igual, dijo despues echando una mirada á la pobre que se arrebujaba en el chal, ahí teneis una magnífica manteleta.

Y mirando á la nube, gritó:

—¡Te has fastidiado!

Los dos niños le seguian.

Al pasar por delante de uno de esos estrechos enrejados de alambre que indican una panadería, porque el pan se pone como el oro detrás de rejas de hierro, se volvió Gavroche, y dijo:

—¡Eh! muchachos, ¿habeis comido?

—Señor, respondió el mayor, no hemos comido nada desde esta mañana.

—¿No teneis, pues, ni padre ni madre? preguntó magestuosamente Gavroche.

—Perdonad, señor, tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

—A veces es mejor eso que saberlo, dijo Gavroche, que era todo un pensador.

Digitized by Google

—Ya hace dos horas, continuó el mayor, que estamos andando; hemos buscado algo que comer en los rincones, y no hemos encontrado nada.

—Lo sé, dijo Gavroche. Los perros se lo comen todo.

Y continuó despues de un momento de silencio:

—¡Ah! Hemos perdido á los autores de nuestros dias. No sabemos qué hemos hecho de ellos. Eso no está bien, pilluelos. Es muy tonto eso de perderse como personas de edad. ¡Ah! Sin embargo, es preciso luchar.

Por lo demás, no les hizo ninguna pregunta. ¿Qué cosa mas sencilla que no tener domicilio?

El mayor de los dos niños, entregado ya casi por completo á la pronta indiferencia de la infancia, esclamó:

—Pero esto es muy triste. Mamá nos habia dicho que nos llevaria á comprar romero bendito el domingo de Ramos.

—¡Inocente criatura! respondió Gavroche.

—Mamá, añadió el mayor, es una señora que vive con la señorita Miss.

—Necio, dijo Gavroche.

En esto se habia parado, y andaba hacia algunos minutos tentando y registrando todos los rincones que tenia en sus harapos.

Por fin levantó la cabeza con una espresion no satisfecha, pero en realidad triunfante.

—Calmémonos, monigotillos. Ya tenemos con qué cenar los tres.

Y sacó de un bolsillo un sueldo.

Y sin dejar á los dos niños tiempo para alegrarse, los empujó delante de sí hácia la tienda de un panadero, y puso el sueldo en el mostrador, gritando:

—¡Mozo! Cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el amo en persona, cogió un pan y un cuchillo.

—¡En tres pedazos, mozo! gritó Gavroche, añadiendo con dignidad:

—Porque somos tres.

Y viendo que el panadero, despues de haber examinado á los tres comensales, habia tomado un pan negro, se metió profundamente el

Digitized by Google

dedo en la nariz, con una aspiracion tan imperiosa como si tuviese entre los dedos un polvo de tabaco de Federico el Grande, y dirigió al rostro del panadero este apóstrofe indignado:

—¿Quéseso?

Los lectores que crean ver en esta interpelacion de Gavroche una palabra rusa ó polaca, ó uno de esos gritos salvajes que los yoways y los botocudos se dirigen de una orilla á otra del rio, al través de las soledades, deben saber que no es mas que una frase que dicen todos los dias (los lectores), una frase que quiere decir: ¿qué es eso? El panadero comprendió perfectamente, y respondió:

—¡Qué! Es pan; buen pan de segunda clase.

—Pan de municion, querreis decir, respondió Gavroche, tranquila y friamente desdeñoso. ¡Pan blanco, mozo! Pan jabonado. Yo convido.

El panadero no pudo menos de reirse, y cortando el pan blanco, les miró de una manera compasiva, que chocó á Gavroche.

—¡Ah, galopo! dijo: ¿Nos quereis medir á toesas?

Téngase presente que puestos los tres uno encima de otro, apenas medían una toesa.

El panadero, asi que cortó el pan, guardó el sueldo, y Gavroche dijo á los dos niños:

—Jamad.

Los niños le miraron sorprendidos.

Gavroche se echó á reir.

—¡Calla! es verdad; no entienden aun. ¡Son tan pequeños!

Y añadió:

—Comed.

Y al mismo tiempo dió á cada uno un pedazo de pan.

Y pensando que el mayor, que le parecia mas digno de su conversacion, merecia alguna distincion especial, y debia perder todo temor para satisfacer su apetito, le dijo dándole el mayor pedazo:

—Echa ese cartucho en el fusil.

Habia un pedazo mas pequeño que los otros dos, y se quedó con él.

Los pobres niños estaban hambrientos, y Gavroche lo conoció. Mientras mordian el pan con buenos dientes ocupaban la panadería, cuyo amo, despues que habia cobrado, los contemplaba con enfado.

Digitized by Google

—Volvamos á la calle, dijo Gavroche.

Y tomaron la direccion de la Bastilla.

De tiempo en tiempo, cuando pasaban por delante de las tiendas iluminadas, el niño menor se detenia para mirar la hora en un relój de plomo, que llevaba colgado del cuello en un cordon.

—Es verdaderamente un canario, decia Gavroche

Y despues murmuraba pensativo entre dientes:

—Es igual. Si tuviese yo monigotes, los educaria mejor.

Cuando iban ya acabando el pedazo de pan, llegaban al ángulo de aquella lúgubre calle de las Danzas, en cuyo fondo se descubre el postigo bajo y hostil de la Fuerza.

—¡Calla! ¿Eres tú, Gavroche? dijo uno.

—¡Calla! ¿Y tú, Montparnase? dijo Gavroche.

Era un hombre que acababa de acercarse al pilluelo; era Montparnase disfrazado con anteojos azules, pero no desfigurado para Gavroche.

—¡Diablo! prosiguió Gavroche, llevas una manteleta de color de cataplasma de harina de linaza, y anteojos azules como un médico. Tienes estilo, palabra de hombre de honor.

—Chist, le dijo Montparnase; no hables tan alto.

Y se llevó vivamente á Gavroche fuera de la luz de las tiendas.

Los dos niños les seguian maquinalmente agarrados de la mano.

Cuando estuvieron bajo la oscura archivolta de una puerta-cochera, al abrigo de las miradas y de la lluvia, le preguntó Montparnase.

—¿Sabes á dónde voy?

—A casarte con la viuda (1), contestó Gavroche.

—¡Farsante!

Y Montparnase añadió:

—Voy á buscar á Babet.

—¡Ah! dijo Gavroche; ahora se llama Babet.

Montparnase bajó la voz;

—No ella, sino él.

—¡Ah! Babet.

(1) La horca.

Digitized by Google

—Sí, Babet.

—Yo le creia en chirona.

—Se ha escapado, respondió Montparnase.

Y contó rápidamente al pilluelo que aquella misma mañana Babet habia sido trasladado á la Conserjería, y se habia escapado, tomando la izquierda en vez de tomar la derecha en el «corredor de la instruccion.»

Gavroche admiró esta habilidad.

—¡Qué sacamuelas! dijo.

Montparnase añadió algunos pormenores sobre la evasion de Babet, y concluyó diciendo:

—¡Oh! No es eso todo.

Gavroche, mientras hablaba, habia cogido un baston que Montparnase llevaba en la mano, y habia tirado maquinalmente de la parte superior, sacando la hoja de un puñal.

—¡Ah! dijo envainando otra vez vivamente el puñal, has traido tu gendarme disfrazado de ciudadano.

Montparnase guiñó el ojo.

—¡Caramba! añadió Gavroche, ¿vas á agarrarte con los corchetes?

—No lo sé, respondió Montparnase con indiferencia. Bueno es siempre llevar consigo un alfiler.

Gavroche insistió:

—¿Qué vas á hacer esta noche?

Montparnase tomó de nuevo el tono grave, y dijo mascando las palabras:

—Negocios.—Y cambiando bruscamente de conversacion:

—¡A propósito!

—¿Qué?

—Una aventura que me pasó el otro dia. Figúrate que me encuentro á un hombre; me regala un sermon y la bolsa; meto esta en el bolsillo; un minuto despues meto la mano en el bolsillo, y ya no tenia nada.

—Mas que el sermon, añadió Gavroche.

—¿Pero y tú, dijo Montparnase, á dónde vas ahora?

Gavroche le señaló sus dos protegidos, y dijo:

—Voy á acostar á esos niños.

—¿A dónde?

Digitized by Google

—A mi casa.

—¿Dónde está tu casa?

—En mi casa.

—¿Tienes, pues, casa?

—Sí, tengo casa.

—¿Y dónde vives?

—En el elefante, dijo Gavroche.

Montparnase, aunque de naturaleza poco asustadiza, no pudo contener una esclamacion:

—¡En el elefante!

—¿Y qué? ¡Sí, en el elefante! respondió Gavroche. ¿Quétieso?

Esta es otra palabra de una lengua que nadie escribe, y que todo el mundo habla. Quétieso, significa: ¿Qué tiene eso?

La profunda observacion del pilluelo volvió á Montparnase la calma y el juicio, y le inspiró mejores sentimientos respecto de su habitacion.

—¿De veras? dijo: en el elefante. ¿Y se está bien allí?

—Muy bien, dijo Gavroche. Allí verdaderamente no hay vientos encallejonados como bajo los puentes.

—¿Y cómo entras?

—Entrando.

—¿Hay algun agujero? preguntó Montparnase.

—¡Caramba! Pero no se debe decir. Entre las patas delanteras. Los esbirros no le han visto.

—Y tú escalas. Ya lo comprendo.

—Un cambio de mano, cric, crac, y está concluido: nadie lo vé.

Despues de un momento de silencio, añadió Gavroche:

—Para estos pequeñuelos buscaré una escalera.

Montparnase se echó á reir.

—¿Dónde demonios te has encontrado esos mochuelos?

Gavroche respondió con sencillez:

—Son unos monigotes que me ha regalado un peluquero.

Mientras tanto Montparnase se habia quedado pensativo.

—Me has conocido con facilidad, murmuró.

Sacó del bolsillo dos objetos pequeños, que no eran mas que dos cañones de pluma rodeados de algodon, y se introdujo uno en cada agujero de la nariz. Esto le trasformaba la nariz.

Digitized by Google

—Eso te desfigura, dijo Gavroche. Asi estás menos feo. ¿Por qué no los llevas siempre?

Montparnase era un guapo jóven; pero Gavroche era un burlon.

—Sin reirte, dijo Montparnase, ¿cómo estoy?

Habia variado el timbre de la voz. En un momento, Montparnase estaba desconocido.

—¡Oh! Haznos el polichinela, esclamó Gavroche.

Los dos niños, que no habian oido nada hasta entonces, y que estaban ocupados en meterse los dedos en la nariz, se aproximaron al oir este nombre, y miraron á Montparnase con un principio de alegría y de admiracion.

Desgraciadamente, Montparnase estaba pensativo.

Puso la mano en el hombro de Gavroche, y le dijo recargando estas palabras:

—Escucha lo que te voy á decir, chico: si me encontrase en la plaza con mi dama, mi daga y mi dogo, y me prodigasen, digamos diez sueldos, me dignaria trabajar; pero no todo se puede digerir.

Estas frases estrañas produjeron en el pilluelo un efecto singular. Se volvió con presteza, miró á su alrededor con sus pequeños ojos brillantes, y descubrió á algunos pasos un agente de policía que estaba de espaldas. Gavroche dejó escapar un ¡ah, ya entiendo! que reprimió en seguida, y dijo sacudiendo la mano de Montparnase:

—Pues bien, buenas noches; me voy á mi elefante con mis hijuelos. Si por casualidad alguna noche me necesitas, ven á buscarme. Vivo en el entresuelo; no hay portero: preguntarás por el señor Gavroche.

—Está bien, dijo Montparnase.

Y se separaron, dirigiéndose Montparnase hácia la Grève, y Gavroche hácia la Bastilla. El niño de cinco años arrastrado por su hermano, que era arrastrado por Gavroche, volvió varias veces la cabeza para ver al «polichinela.»

La frase enigmática con que Montparnase habia avisado á Gavroche, la presencia de un agente de policía, no contenia mas secreto que la asonancia *dig* repetida cinco ó seis veces de diverso modo. Esta sílaba *dig* no pronunciada aisladamente, sino mezclada artísticamente con palabras de una frase, quiere decir: *tengamos cuidado, porque no se puede hablar con libertad.*—Habia además en las palabras de Montparnase una

Digitized by Google

belleza literaria que no observó Gavroche; la frase *mi dama, mi daga y mi dogo*, locucion del caló del Temple, que significa *mi mujer, mi puñal y mi perro*, muy usada entre los pitres y colas-rojas del gran siglo en que escribia Molière y pintaba Callot.

Hace veinte años se veia aun en el ángulo Sudeste de la plaza de la Bastilla, cerca del remanso del canal formado en el antiguo foso de la cárcel-ciudadela, un estraño monumento que se ha borrado ya de la memoria de los parisienses, y que merecia haber dejado alguna huella, porque era una idea del «miembro del Instituto, general en jefe del ejército de Egipto.»

Decimos monumento, aunque no era mas que un boceto; pero aun siendo un boceto, era un pensamiento prodigioso, un esqueleto grandioso de una idea de Napoleon, esqueleto al cual dos ó tres golpes de viento sucesivos habian empujado y llevado cada vez muy lejos, que se habia hecho ya histórico, y habia tomado un carácter definitivo, que contrastaba con su aspecto provisional. Era un elefante de cuarenta pies de alto, construido de madera y mampostería; tenia encima su torre que parecia una casa, pintada primitivamente de verde por un pintor de brocha gorda, y despues de negro por el cielo, la lluvia y el tiempo. En aquel ángulo desierto y descubierto de la plaza, la ancha frente del coloso, su trompa, sus colmillos, su torre, su enorme grupa, sus cuatro pies semejantes á otras tantas columnas, dibujaban por la noche en el cielo estrellado un perfil sorprendente y terrible.

No se sabia lo que significaba: era una especie de símbolo de la fuerza popular; era una cosa negra, enigmática é inmensa; era un fantasma poderoso, visible, y de pie, al lado del espectro invisible de la Bastilla.

Muy pocos estranjeros visitaban aquel edificio; ningun transeunte le miraba. Estaba ya ruinoso; en cada estacion, los pedazos de yeso que se le caian de los costados le causaban llagas repugnantes. «Los ediles,» como se decia en el patuá elegante, le habian olvidado desde 1814; y allí estaba en su rincon, triste, enfermo, ruinoso, rodeado de una empalizada podrida, y manchada á cada instante por cocheros y borrachos. Muchas grietas le serpenteaban el vientre; de la cola le salia un madero, y entre sus piernas crecian altas yerbas; y como el nivel de la plaza se elevaba hacia treinta años alrededor por ese movimiento lento y

Digitized by Google

continuo que levanta insensiblemente el piso de las grandes ciudades, estaba en un hoyo, y parecia que la tierra se hundia bajo su peso. Era inmundo, olvidado, repugnante y soberbio; feo á los ojos del ciudadano, melancólico á los ojos del pensador. Tenia algo de la basura que se barre, y algo de la magestad que se va á decapitar.

Como ya hemos dicho, por la noche cambiaba de aspecto. La noche es el verdadero medio de todo lo que es sombra. Cuando caia el crepúsculo, el viejo elefante se transfiguraba; tomaba una figura tranquila y temible en la formidable serenidad de las tinieblas. Como pertenecia á lo pasado, le convenia la noche; la oscuridad sentaba bien á su grandeza.

Este monumento rudo, pesado, áspero, austero, casi deforme, pero seguramente magestuoso, y lleno de una especie de gravedad magnífica y salvaje, ha desaparecido para dejar reinar en paz la especie de chimenea gigantesca, adornada con su cañon que ha reemplazado á la sombría fortaleza de nueve torres, asi como la clase media reemplaza al feudalismo. Es una cosa muy sencilla que una chimenea sea el símbolo de una época, cuyo poder está contenido en una marmita. Esta época pasará; va pasando ya: se principia á comprender que si puede haber fuerza en una caldera, no puede haber poder mas que en un cerebro; en otros términos, que lo que mueve y arrastra el mundo no son las locomotoras, son las ideas. Uncid las locomotoras á las ideas: está bien; pero no tomeis el caballo por el ginete.

En fin, el caso es, volviendo á la plaza de la Bastilla, que el arquitecto del elefante habia hecho con yeso una cosa grande, y el arquitecto del cañon de chimenea ha conseguido hacer con bronce una cosa pequeña.

Este cañon de chimenea, que ha sido bautizado con el nombre sonoro de Columna de Julio, este monumento, hijo de una revolucion abortada, estaba aun rodeado en 1832 de una inmensa camisa de madera, que echamos de menos, y de una vasta empalizada de tablas, que acababa de aislar al elefante.

Hácia este rincon de la plaza, apenas iluminado por el reflejo de un lejano farol, se dirigió el pilluelo con los dos «mamones.»

Permítasenos detenernos aquí un momento, y recordar que estamos en la realidad; que hace veinte años los tribunales correccionales juzgaron por delito de vagancia y de desperfectos en un monumento pú-

Digitized by Google

blico, á un muchacho que habia sido sorprendido durmiendo en el interior mismo del elefante de la Bastilla. Consignado este hecho, sigamos refiriendo.

Al llegar cerca del coloso, Gavroche comprendió el efecto que lo infinitamente grande podia producir en lo infinitamente pequeño, y dijo:

—¡Cominos! no tengais miedo.

Despues entró por un hueco de la empalizada en el recinto que ocupaba el elefante, y ayudó á los pequeñuelos á pasar la brecha. Los dos niños, un poco asustados, seguian á Gavroche sin decir palabra, y se entregaban á aquella pequeña providencia haraposa que les habia dado pan, y les habia prometido un abrigo.

Habia en el suelo una escalera de mano, que servia de dia á los trabajadores de una carpintería próxima. Gavroche la levantó con singular vigor, y la aplicó contra una de las patas delanteras del elefante. Hácia el punto en que terminaba la escalera se distinguia un agujero negro en el vientre del coloso.

Gavroche enseñó la escalera y el agujero á sus huéspedes, y les dijo:

—Subid y entrad.

Los dos niños se miraron aterrorizados.

—¡Teneis miedo, mamones! esclamó Gavroche.

Y añadió:

—Vais á ver.

Se agarró al pie rugoso del elefante, y en un abrir y cerrar de ojos, sin dignarse hacer uso de la escala, llegó á la grieta; entró por ella como una culebra que se desliza por una hendidura, desapareció, y un momento despues, los dos niños vieron aparecer vagamente una forma blanquecina y pálida; era su cabeza que asomaba por el borde del agujero lleno de tinieblas.

—¡Eh! gritó, subid ahora, cominejos. ¡Ya vereis qué bien se está aquí!

—Sube, añadió dirigiéndose al mayor; te daré la mano.

Los niños se encogieron de hombros: el pilluelo les inspiraba miedo y confianza á un tiempo, y además llovia muy fuerte. El mayor se arriesgó; y el menor viendo subir á su hermano, y que se quedaba

Digitized by Google

solo entre las patas de aquel enorme animal, estuvo á punto de llorar; pero no se atrevió.

El mayor subia temblando por los peldaños de la escalera; Gavroche mientras tanto le animaba con las esclamaciones de un maestro de armas á sus discípulos, ó de un carretero á las mulas:

—¡No tengas miedo!

—¡Eso es!

—¡Adelante!

—¡Pon ahí el pie!

—¡Aquí la mano!

—¡Valiente!

Y cuando estuvo á su alcance le cogió repentina y vigorosamente por el brazo, y le atrajo hácia sí.

—¡Ya te has colado! le dijo.

El niño habia pasado el agujero.

—Ahora, dijo Gavroche, espérame. Caballero, tened la bondad de sentaros.

Y saliendo del agujero como habia entrado, se deslizó con la agilidad de un whistiti por la pata del elefante, y cayó de pie sobre la yerba, cogió al pequeñuelo de cinco años por medio del cuerpo, y le plantó en medio de la escalera. Despues empezó á subir detrás de él, gritando al mayor:

—Yo le empujo; cógele tú.

En un instante el niño fue subido, empujado, arrastrado, metido por el agujero sin que tuviese tiempo de ver nada: Gavroche que entró detrás de él, dió una patada á la escalera, que cayó sobre la yerba, dió una palmada, y gritó:

—Ya estamos aquí. ¡Viva el general Lafayette!

Pasada esta esplosion, esclamó:

—¡Párvulos! estais en mi casa.

Gavroche estaba en efecto en su casa.

¡Oh utilidad increible de lo inútil! ¡Caridad de todo lo grande! ¡Bondad de los gigantes! Aquel monumento desmesurado que habia contenido un pensamiento del emperador, se habia convertido en la jaula de un pilluelo. El niño habia sido adoptado y abrigado por el coloso.

Digitized by Google

Los ciudadanos que pasaban los domingos por delante del elefante de la Bastilla decian midiéndole con la vista al nivel de su cabeza y con desprecio:—¿De qué sirve eso?—Pues servia para salvar del frio, de la escarcha, del granizo, de la lluvia, para librar del aire del invierno, para preservar del sueño sobre el lodo que produce la fiebre, y del sueño en la nieve, que produce la muerte, á un pequeño ser sin padre ni madre, sin pan, sin ropa, sin asilo. Servia para refugiar al inocente rechazado por la sociedad. Servia para disminuir una falta pública. Era una cueva abierta para el que encontraba cerradas todas las puertas. Parecia que el viejo mastodonte, miserable invadido por la carcoma y por el olvido, cubierto de verrugas, de putrefaccion y de úlceras, ruinoso, carcomido, abandonado, condenado; especie de mendigo colosal, que pedia en vano la limosna de una mirada compasiva en medio de aquella esplanada, habia tenido piedad de aquel otro mendigo, del pobre pigmeo que andaba sin zapatos en los pies, sin techo sobre la cabeza, soplándose los dedos, vestido de harapos, alimentándose de desperdicios. Véase de qué servia el elefante de la Bastilla. Aquella idea de Napoleon, despreciada por los hombres, habia sido acogida por Dios. Lo que solo hubiera sido ilustre, se habia hecho augusto. El emperador habria necesitado para realizar lo que meditaba el pórfido, el bronce, el hierro, el oro, el mármol: á Dios le bastaba aquel viejo amontonamiento de tablas, vigas y yeso. El emperador habia tenido un pensamiento digno del genio; en aquel elefante titánico, armado, prodigioso, que elevaba su trompa, llevaba su torre, y hacia salir de todas partes en su derredor surtidores alegres y vivificantes, queria formar la encarnacion del pueblo; Dios habia hecho una cosa mas grande: alojaba allí á un niño.

El agujero por donde Gavroche habia entrado era una brecha apenas visible por fuera, porque estaba oculta, como hemos dicho, bajo el vientre del elefante; y era tan estrecha, que solo los gatos ó aquellos niños podrian pasar por ella.

—Principiemos, dijo Gavroche, por decir al portero que no estamos en casa.

Y penetrando en la oscuridad con la seguridad del que conoce su casa, tomó una tabla y tapó el agujero.

Gavroche volvió á la oscuridad. Los niños oyeron el chirrido de la cerilla sumergida en la botella fosfórica. La cerilla química no se

Digitized by Google

conocia aun; la piedra Fumade representaba en aquella época el progreso.

Una claridad súbita les hizo cerrar los ojos; Gavroche acababa de encender una de esas sogas impregnadas de resina que se llaman hachas de viento. El hacha, que despedia mas humo que luz, hacia confusamente visible lo interior del elefante.

Los dos huéspedes de Gavroche miraron en derredor, y esperimentaron algo semejante á lo que esperimentaria el que se viese encerrado en el gran tonel de Heidelberg, ó mas bien lo que debió esperimentar Jonás en el vientre bíblico de la ballena. Un esqueleto gigantesco se les presentaba cercándoles. En lo alto, una gruesa viga oscura, de la cual partian de distancia en distancia macizas viguetas cintradas, figuraba la columna vertebral con las costillas; estalactitas de yeso colgaban como vísceras, y de un lado á otro vastas telas de araña hacian el efecto de polvorosos diafragmas. Veíanse aquí y allí, en los rincones, grandes manchas negruzcas que parecian dotadas de vida, y que se movian rápidamente con movimiento brusco y asustadizo.

Los pedazos caidos del dorso del elefante sobre el vientre habian llenado la concavidad, de modo que se podia andar por ellos como por un entablado.

El menor de los niños se arrimó á su hermano, y dijo á media voz:

—¡Qué oscuro!

Esta esclamacion llamó la atencion de Gavroche. El aspecto petrificado de los dos pequeñuelos hacia necesaria una esplosion.

—¿Qué decís? esclamó. ¿Nos quejamos? ¿Nos hacemos los descontentos? ¿Necesitais acaso las Tullerías? ¿Sereis unos asnos? Decídmelo. Os prevengo que no soy del batallon de los tontos. ¡Qué! ¿Sois por ventura los cominos de la despensa del papa?

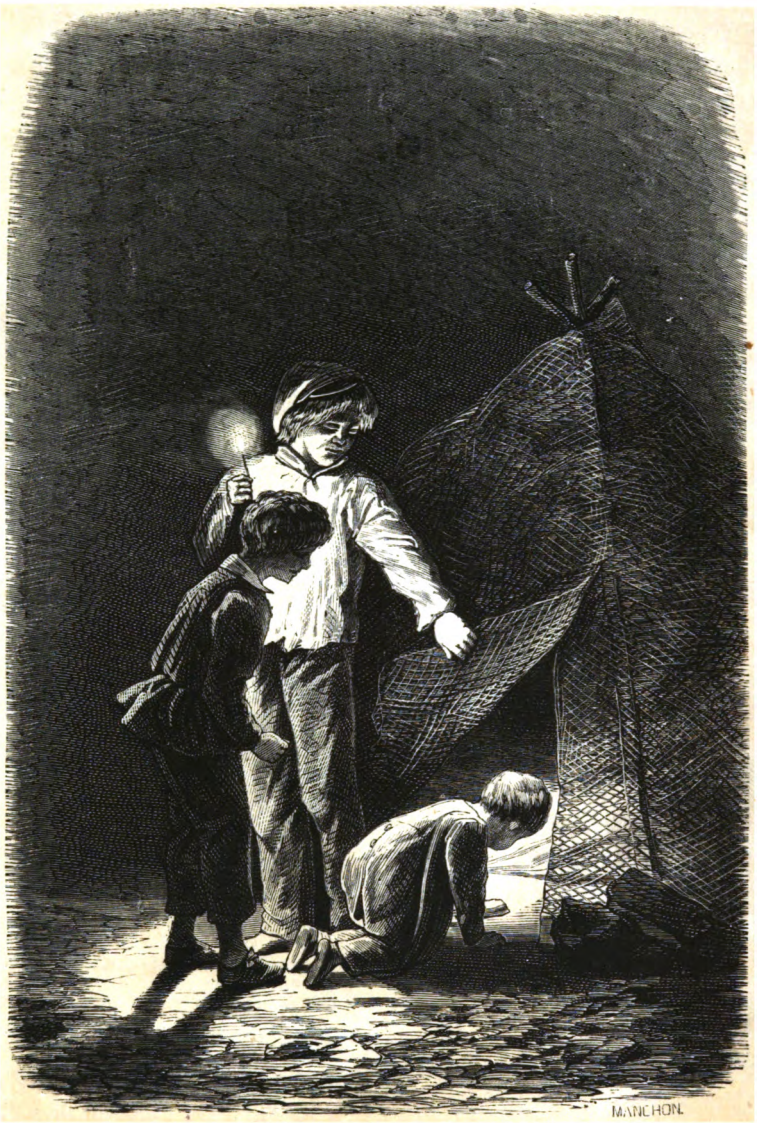
Para el miedo es muy buena alguna aspereza, porque da confianza. Los dos niños se aproximaron á Gavroche.

Gavroche, paternalmente enternecido de esta confianza, pasó de «lo grave á lo dulce,» y dirigiéndose al mas pequeño:

—Bestia, le dijo acentuando la injuria con una sonrisa cariñosa; lo oscuro está en la calle. En la calle llueve, aquí no llueve; en la calle hace frio, aquí no hay un soplo de viento; en la calle hay gente, aquí no hay un alma; en la calle no hay ni luna, aquí hay una luz,

Digitized by Google

Digitized by Google



EL ELEFANTE DE LA BASTILLA.

Digitized by Google

Los dos niños empezaron á mirar aquella habitacion con menos espanto; pero Gavroche no les dejó tiempo para contemplarla.

—Listos, dijo.

Y les empujó hácia lo que podemos llamar el fondo del cuarto.

Allí estaba su cama.

La cama de Gavroche estaba completa. Es decir, tenia un colchon, una manta y una alcoba con cortinas.

El colchon era una estera de paja; la manta un pedazo de lana gris caliente y casi nueva. Ahora, veamos lo que era la alcoba.

Tres rodrigones bastante largos, metidos sólidamente entre el cascote del suelo, es decir, del vientre del elefante, dos delante y uno detrás, estaban reunidos por una cuerda en su vértice, de modo que formaban una pirámide. Esta pirámide sostenia un enrejado de hilo metálico que estaba colocado detrás, y artísticamente aplicado y sostenido por ataduras de alambre, de modo, que rodeaba enteramente los tres rodrigones. Un cordon de gruesas piedras, colocadas alrededor de este enrejado le sujetaba de modo que nada podia pasar por entre él y el suelo. El enrejado no era mas que un pedazo de esos enrejados de cobre con que se cubren las pajareras en los corrales. La cama de Gavroche estaba colocada bajo el enrejado como en una caja. El conjunto parecia la tienda de un esquimal.

El enrejado hacia oficio de cortinas.

Gavroche separó un poco las piedras que sujetaban el enrejado por delante, y se separaron los dos paños que caian uno sobre otro.

—Chiquillos, á cuatro pies, dijo.

É hizo entrar con precaucion á sus huéspedes en la alcoba, entró despues que ellos, arrastrándose, volvió á colocar las piedras, y cerró herméticamente la abertura.

Los tres se echaron sobre la estera.

Aunque eran muy pequeños, ninguno podia estar de pie en la alcoba. Gavroche seguia con la luz en la mano.

—Ahora, dijo, ¡sornad! Voy á suprimir el candelabro.

—Señor, preguntó el mayor de los dos hermanos á Gavroche, enseñándole el enrejado, ¿qué es esto?

—¿Eso? dijo Gavroche gravemente, es para las ratas. ¡Sornad!

Digitized by Google

Pero se creyó obligado á añadir alguna palabra para instruir á aquellos niños, y continuó:

—Estas son cosas del Jardin Botánico. Eso sirve para los animales feroces. Allay (allí hay) un almacen lleno. Nay (no hay) mas que subir una pared, saltar por una ventana, y pasar por una puerta, y se tiene todo lo que se quiere.

Y mientras hablaba arropaba con una punta de la manta al mas pequeño, que murmuraba:

—¡Oh, que bueno es esto! ¡qué caliente!

Gavroche dirigió una mirada de satisfaccion á la manta.

—Tambien es del Jardin Botánico, dijo. Se la he cogido á los monos.

Y enseñando al mayor la estera en que estaba acostado, estera muy espesa y admirablemente trabajada, añadió:

—Esto era de la girafa.

Despues de una pausa, prosiguió:

—Los animales tenian todo esto; y yo se lo he cogido. Por eso no se han enfadado. Les he dicho: Es para el elefante.

Tuvo un momento de silencio, y volvió á decir:

—Se salta la tapia, y se burla uno del gobierno. Eso es.

Los dos niños contemplaban con cierto respeto temeroso y estupefacto á aquel ser intrépido é ingenioso, vagabundo como ellos, aislado como ellos, miserable como ellos, que tenia algo admirable y poderoso, que les parecia sobrenatural, y cuya fisonomía se componia de todos los gestos de un viejo saltimbanqui, mezclados con la mas sencilla y la mas encantadora sonrisa.

—Señor, le dijo tímidamente el mayor, ¿no teneis miedo á los agentes de policía?

Gavroche se limitó á contestar:

—¡Parvulillos! No se dice los agentes de policía, sino los ganchos.

El menor tenia los ojos abiertos, pero no decia nada. Como estaba á la orilla de la estera, y el mayor en medio, Gavroche le arropó con la manta, como lo hubiera hecho una madre, y levantó la estera bajo su cabeza con unos harapos, con objeto de hacerle una almohada. Despues se volvió hácia el mayor:

—¡Eh! ¡Se está muy bien aquí!

Digitized by Google

—¡Ah! sí, respondió el mayor mirando á Gavroche con la espresion de un ángel salvado.

Los dos pobres niños, que estaban muy mojados, empezaban á calentarse.

—¡Ah! continuó Gavroche, ¿por qué llorábais?

Y señalando al pequeño añadió dirigiéndose al mayor:

—Un pipiolo como ese, no digo que no; pero llorar un grande como tú, es una cosa fea; pareces un becerro.

—Caramba, dijo el niño, no teníamos absolutamente casa á donde ir.

—¡Comino! respondió Gavroche, no se dice casa, sino chiscon.

—Y además, teníamos miedo de estar solos así por lá noche.

—No se dice la noche, sino la oscura.

—Gracias, señor, dijo el niño.

Escucha, añadió Gavroche. No debeis incomodaros por nada. Yo tendré cuidado de vosotros. Ya vereis cómo os divertís. Por el verano iremos á los pozos de la nieve con Navet, un camarada mio, nos bañaremos en el estanque, correremos desnudos sobre los trenes delante del puente de Austerlitz. Esto hace rabiar á las lavanderas, que gritan y vocean. ¡Si supiéscis qué malas son! Iremos á ver el hombre esqueleto, que todavía vive, á los Campos Elíseos; es muy blanco ese parroquiano. Despues os llevaré al teatro á ver á Federico Lemaitre. Tengo billetes; conozco á los actores, y aun he representado una vez en una pieza. Eramos todos pipiolos como ese y corríamos bajo una tela que era el mar. Os contrataré en mi teatro. Iremos á ver á los salvajes; no es verdad que sean salvajes. Tienen unos mantos de color de rosa que forman pliegues, y se les ven los codos zurcidos con hilo blanco. Despues iremos á la ópera; entraremos con los romanos. La romanería en la ópera está muy bien dispuesta, pero no iria con ellos por el boulevard. Figúrate que en la ópera hay quien paga veinte sueldos, pero esos son tontos, y se llaman paganos. Además, iremos á ver guillotinar; os enseñaré el verdugo. Vive en la calle del Marais: el señor Sanson. Tiene una estafeta para las cartas á la puerta. ¡Ah! se divierte uno en grande.

En aquel momento cayó una gota de resina en el dedo de Gavroche, y le recordó las realidades de la vida.

—¡Caramba! dijo; se está gastando la mecha. ¡Atencion! No puedo gastar mas de un sueldo al mes en luz. Cuando uno se acuesta es para

Digitized by Google

dormir. No tenemos tiempo para leer las novelas del señor Paul de Kock. Además de que la luz podria pasar por las rendijas de la puerta-cochera, y los ganchos no tendrian que hacer mas que mirar.

—Y además, observó tímidamente el mayor, que era el único que se atrevia á hablar con Gavroche y á contestarle, podria caer una chispa en la paja, y hay que cuidar de no prender fuego á la casa.

—No se dice prender fuego á la casa, dijo Gavroche; se dice achicharrar los trapos ó dar candela.

La lluvia redoblaba; oíase al través del redoble del trueno el turbion que azotaba el lomo del coloso.

—Aquí metido, que llueva, dijo Gavroche. Me divierte ver correr el agua por las patas de la casa. El invierno es un animal: pierde sus mercancías; pierde su trabajo, porque no puede mojarnos, y esto hace gruñir á ese viejo aguador.

Esta alusion al trueno, cuyas consecuencias aceptaba Gavroche en su calidad de filósofo del siglo XIX, fue seguida de un gran relámpago, tan deslumbrador, que entró por las hendiduras del vientre del elefante. Casi al mismo tiempo resonó terriblemente el trueno. Los dos niños dieron un grito, y se levantaron con tal rapidez, que casi separaron el enrejado; pero Gavroche volvió hácia ellos su atrevido rostro, y se aprovechó del trueno para dar una carcajada.

—Calma, niños. No conmovamos el edificio. Ese es un hermoso trueno; sea enhorabuena. Un relámpago no es un coco. ¡Bravo por el trueno! Esto está casi tan bueno como el Ambigú.

Dicho esto, arregló el enrejado, empujó suavemente á los dos niños hácia la cabecera de la cama, apretó sus rodillas para que se estiraran bien, y esclamó:

—Pues que Dios enciende su luz, yo puedo apagar la mia. Niños, es preciso dormir: jóvenes humanos, es muy malo no dormir; porque esto hace que se abra la boca. ¡Envolveos bien en la manta! Voy á apagar. ¿Estais ya?

—Sí, murmuró el mayor, estoy bien. Tengo la cabeza como sobre pluma.

—No se dice la cabeza; se dice la chichí, dijo Gavroche.

Los dos niños se apretaron uno contra otro. Gavroche acabó de arreglarles sobre la estera, les subió la manta hasta las orejas, y des-

Digitized by Google

pues les repitió por la tercera vez la esclamacion en lengua hierática:

—¡Sornad!

Y apagó la luz.

Apenas se quedó á oscuras, un temblor singular empezó á conmover el enrejado que cubria á los tres niños. Era una multitud de rozamientos sordos que producian un sonido metálico, como si garras ó dientes arañasen los hilos de cobre. Este ruido iba acompañado de pequeños, pero agudos gritos.

El niño de cinco años, oyendo este ruido por cima de su cabeza, helado de espanto empujó con el codo á su hermano; pero éste dormia ya, como le habia mandado Gavroche.

Entonces el niño, no pudiendo con el miedo, se atrevió á interpelar á Gavroche, pero en voz muy baja y deteniendo el aliento:

—¡Señor!

—¡Eh! dijo Gavroche, que acababa de cerrar los párpados.

—¿Qué es eso?

—Las ratas, respondió Gavroche.

Y volvió á echar la cabeza en la estera.

Las ratas, en efecto, que pululaban á millares en el esqueleto del elefante, y que eran aquellas manchas negras vivas de que hemos hablado, se habian estado quietas ante la luz mientras habia estado encendida; pero desde el momento en que aquella caverna, que era como su ciudad, habia vuelto á la noche, oliendo lo que el narrador Perrault llama «carne fresca» se habian arrojado sobre la tienda de Gavroche, habian subido hasta el vértice, y mordian las mallas como si tratasen de agujerear aquella armadura de nuevo género.

El niño no podia dormir.

—¡Señor! volvió á decir.

—¡Eh! dijo Gavroche.

—¿Qué son las ratas?

—Son ratones.

Esta esplicacion tranquilizó un poco al niño. Habia visto algunas veces ratones blancos, y no les tenia miedo. Sin embargo, volvió á decir:

—¡Señor!

—¡Qué! respondió Gavroche.

RECIBIDA HASTA EL DIA
Digitized by Google

—¿Por qué no teneis gato?

—He tenido uno, respondió Gavroche; he traido uno, pero me le han comido.

Esta segunda esplicacion deshizo el efecto de la primera, y el niño volvió á temblar, de modo que por cuarta vez empezó el diálogo entre él y Gavroche.

—¡Señor!

—¡Qué!

—¿Quién fue el comido?

—El gato.

—¿Y quién comió al gato?

—Las ratas.

—¿Los ratones?

—Sí, las ratas.

El niño, consternado al tener noticia de estos ratones que se comian á los gatos, prosiguió:

—¡Señor! ¿nos comerán á nosotros esos ratones?

—¡Vaya! dijo Gavroche.

El terror del niño llegaba á su colmo.

Pero Gavroche añadió:

—¡No tengas miedo! No pueden entrar. Además, estoy yo aquí. Toma, coge mi mano. Cállate y duerme.

Gavroche al mismo tiempo cogió la mano del pequeño por cima de su hermano. El niño apretó esta mano y se tranquilizó. El valor y la fuerza tienen comunicaciones misteriosas.

Volvió el silencio; el ruido de las voces habia ahuyentado y asustado á las ratas; y aunque poco despues volvieron á roer el enrejado, los tres niños, sumergidos en el sueño, no oyeron nada.

Pasáronse las horas de la noche. La sombra cubria la inmensa plaza de la Bastilla; un viento de invierno, mezclado con la lluvia, soplaba con fuertes ráfagas; las patrullas registraban las puertas, las calles de árboles, los cercados, los rincones oscuros, y buscaban á los vagabundos nocturnos, y pasaban por delante del elefante: el monstruo de pie, inmóvil, con los ojos abiertos en las tinieblas para meditar como satisfecho de su buena accion, protegia contra el cielo y los hombres á los tres pobres niños dormidos.

Digitized by Google

Para comprender lo que sigue es preciso recordar, que en aquella época el cuerpo de guardia de la Bastilla estaba situado al otro estremo de la plaza, y que lo que pasaba cerca del elefante no podia ser visto ni oido por el centinela.

Hácia el fin de la hora que precede inmediatamente al alba, salió un hombre corriendo, de la calle de San Antonio atravesó la plaza, dió la vuelta á la cerca de la columna de Julio, y se deslizó por la empalizada hasta colocarse bajo el vientre del elefante. Si una luz cualquiera hubiera iluminado á aquel hombre, se habria adivinado que habia pasado la noche bajo la lluvia, al ver lo calado que estaba.

Cuando llegó bajo el elefante, dió un grito estraño que no pertenece á ninguna lengua humana, y que solo podria reproducir un papagayo. Repitió dos veces este grito, que solo podemos representar ortográficamente asi:

—¡Quiquiriquiu!

Al segundo grito, una voz clara, alegre y jóven, respondió desde el vientre del elefante:

—¡Sí!

Casi inmediatamente la tabla que cerraba el agujero se separó y dió paso á un niño que bajó por la pata del elefante, y fué á caer cerca del hombre.

Era Gavroche.

El hombre era Montparnase.

En cuanto á este grito quiquiriquiu, era sin duda lo que el niño habia querido decir con *Preguntarás por el señor Gavroche.*

Al oirle, se habia despertado sobresaltado; se habia arrastrado fuera de su «alcoba,» separado un poco el enrejado, que habia vuelto á cerrar cuidadosamente; despues habia abierto la trampa y descendido.

El hombre y el niño se reconocieron silenciosamente en la oscuridad. Montparnase se limitó á decir:

—Te necesitamos. Ven á dar un golpe de mano.

El pilluelo no se informó mas.

—Aquí me tienes, dijo.

Y ambos se dirigieron hácia la calle de San Antonio, de donde habia salido Montparnase, serpenteando rápidamente al través de la larga

Digitized by Google

fila de carretas de los hortelanos que bajan al mercado á esta hora.

Los hortelanos acurrucados en sus carros entre las verduras y las legumbres, medio dormidos, envueltos hasta los ojos en sus mantas á causa de la lluvia que les azotaba, ni aun vieron á estos estraños transeuntes.

Digitized by Google

III.

LAS PERIPECIAS DE LA EVASION.

Veamos ahora lo que habia pasado aquella misma noche en la Fuerza.

Habíase concertado una evasion entre Babet, Brujon, Tragamar y Thenardier, aunque Thenardier estaba incomunicado. Babet habia dirigido el negocio, como se ha visto por las palabras de Montparnase á Gavroche. Montparnase debia ayudarles desde fuera.

Brujon, como habia pasado un mes en el cuarto de correccion, habia tenido tiempo de tejer una cuerda, y madurar un plan. En otros tiempos, estos lugares severos en que la disciplina de la prision entrega al criminal á sí mismo, se componian de cuatro paredes de piedra, de un techo de piedra, de un suelo de losas de piedra, de una cama de campaña, de un tragaluz enrejado y de una puerta forrada de hierro, y se llamaban *calabozos*. Hoy, el calabozo se considera como una cosa demasiado horrible, y se compone de una puerta de hierro, de un tragaluz enrejado, de una cama de campaña, de un suelo de losas de piedra, de un techo de piedra, de cuatro paredes de piedra, y se llama el *cuarto de correccion*. Al mediodía se ve en él un poco. El inconveniente de estos cuartos, que, como se ve, no son calabozos, es dejar pensar á los seres á quienes se deberia hacer trabajar.

Digitized by Google

Brujon, pues, habia meditado, y habia salido del cuarto de correccion con una cuerda. Como se le creia muy peligroso en el patio de Carlomagno, se le trasladó al edificio nuevo, y lo primero que encontró allí fue á Tragamar, y lo segundo un clavo; á Tragamar, es decir, el crímen; un clavo, esto es, la libertad.

Brujon, cuyo carácter debemos pintar completamente ahora, era, bajo la apariencia de una complexion delicada, y de una laxitud profunda, un criminal inteligente, y un ladron que tenia la mirada agradable, y la sonrisa atroz. Su mirada era el resultado de su voluntad, y su sonrisa el resultado de su naturaleza. Sus primeros estudios en el *arte* se habian dirigido á los tejados; habia introducido grandes progresos en la industria de los ladrones de plomos que levantan los emplomados, y abren las gateras por el procedimiento llamado entre ellos *de doble grasa*.

Lo que en aquel momento hacia mas favorable una tentativa de evasion, era que los plomeros repasaban y componian parte del empizarrado de la cárcel. El patio de San Bernardo no estaba enteramente aislado del patio de Carlomagno y del patio de San Luis. Habia por la parte mas alta andamios y escalas, ó en otros términos, puentes y escaleras del lado de la libertad.

El edificio nuevo, que estaba lo mas agrietado y lo mas decrépito que puede imaginarse, era el punto mas débil de la cárcel. Las paredes estaban tan roidas por el salitre, que habia sido necesario cubrir con un entablado las bóvedas de los dormitorios, porque solian desprenderse de ellos piedras que caian sobre los presos en la cama. A pesar de esta decrepitud, se cometia la falta de tener en el Edificio nuevo á los acusados mas peligrosos; de encerrar allí las «causas graves,» como se dice en el lenguaje carcelario.

El Edificio nuevo tenia cuatro dormitorios superpuestos, y una mole encima, que se llamaba Buenos-Aires. Un ancho tubo de chimenea, que probablemente habia sido de alguna cocina de los duques de la Fuerza, partia del piso bajo, atravesaba los cuatro pisos, cortaba en dos partes todos los dormitorios, figurando una especie de pilar aplanado, que pasaba al otro lado del techo.

Tragamar y Brujon estaban en el mismo dormitorio, y por precaucion habian sido encerrados en el piso bajo. La casualidad hacia que

Digitized by Google

la cabecera de sus camas estuviese apoyada en el tubo de chimenea.

Thenardier estaba precisamente sobre su cabeza en la mole llamada Buenos-Aires.

El transeunte que se detiene en la calle Culture-Sainte-Catherine, mas allá del cuartel de los Bomberos, delante de la puerta-cochera de la casa de Baños, descubre un patio lleno de flores y de arbustos en cajas, en cuyo fondo se eleva entre dos alas una pequeña rotonda blanca, adornada con postiguillos verdes; el sueño bucólico de Rousseau.

No hace aun diez años, por cima de esta rotonda se levantaba una tapia negra, enorme, horrible, desnuda, á la cual estaba unida. Aquella era la pared del camino de ronda de la Fuerza.

Aquel muro detrás de la rotonda, era Milton visto por detrás de Berquin.

Por mas alto que fuese este muro, aun le escedia un tejado mas negro aun, y situado por detrás. Era el tejado del Edificio nuevo. Descubríanse en él cuatro buhardillas con reja, que eran las ventanas de Buenos-Aires. Una chimenea atravesaba el tejado: era la chimenea que pasaba por los dormitorios.

Buenos-Aires, aquella gran buhardilla del Edificio nuevo, era una especie de panera abuhardillada, cerrada con triples rejas, y puertas forradas de palastro y cubiertas de clavos desmesurados.

Cuando se entraba en ella por la parte del Norte, quedaban á la izquierda las cuatro buhardillas, y á la derecha, haciendo frente, cuatro espacios cuadrados, bastante grandes, separados por estrechos corredores de mampostería hasta cierta altura, y desde allí hasta el techo de barras de hierro.

Thenardier estaba incomunicado en uno de estos calabozos desde la noche del 3 de febrero. No hemos podido saber por qué medios habia adquirido y tenido oculta una botella de ese vino inventado, segun se dice, por Desrues, que tiene un narcótico, y que la secta de los Adormecedores ha hecho tan célebre.

Hay en muchas cárceles empleados traidores, medio carceleros y medio ladrones, que auxilian en las evasiones, que venden á la policía una servidumbre infiel, y sisan la comida á los presos.

En aquella misma noche, pues, en que Gavrochillo habia recogido á los dos niños perdidos, Brujon y Tragamar, que sabian que Babet,

Digitized by Google

escapado por la mañana, les esperaba en la calle con Montparnase, se levantaron silenciosamente, y empezaron á agujerear con el clavo encontrado por Brujon el tubo de chimenea que estaba tocando á su cama. Los yesones que se desprendian caian sobre la cama, de modo que no producian ruido alguno.

El turbion y el trueno conmovian las puertas sobre sus goznes, y producian en la cárcel un estrépito horrible y útil. Algunos presos que se despertaron, aparentaron volverse á dormir, y dejaron trabajar á Tragamares y á Brujon.

Brujon era diestro, y Tragamar vigoroso; asi es, que antes que el menor ruido llegase al vigilante acostado en la celda enrejada que daba al dormitorio, estaban ya atravesada la pared, escalada la chimenea, forzada la reja que cerraba el orificio superior del cañon, y en el tejado los temibles bandidos. La lluvia y el viento redoblaban; el tejado estaba resbaladizo.

—Que buena rachi (1) para una chalada (2), dijo Brujon.

Un abismo de seis pies de ancho y ochenta de profundidad les separaba de la pared de ronda. En el fondo de aquel abismo veian relucir en la oscuridad el fusil de un centinela. Ataron por un lado á los pedazos de las barras de la chimenea que acababan de retorcer la cuerda que Brujon habia hilado en su calabozo, echaron el otro estremo por cima del muro de ronda, atravesaron de un salto el abismo, se balancearon en el caballete del muro, le saltaron, se deslizaron uno despues de otro por la cuerda hasta un tejadillo que llegaba á la casa de Baños, tiraron hácia sí la cuerda, saltaron al patio de la casa de Baños, le atravesaron, empujaron el postiguillo del portero, á cuyo lado pendia el cordon, tiraron de éste, abrieron la puerta-cochera, y se encontraron en la calle.

No hacia mas que tres cuartos de hora que se habian puesto de pie sobre sus camas, en las tinieblas, con el clavo en la mano y el proyecto en la mente.

Algunos momentos despues se unieron á Babet y á Montparnase que vagaban por los alrededores.

(1) Noche.
(2) Huida.

Digitized by Google

Al tirar de la cuerda, la habian roto, y habia quedado un pedazo atado á la chimenea en el tejado. No habian tenido mas contratiempo que haberse despellejado enteramente las manos.

Thenardier estaba prevenido aquella noche, sin que se pudiese saber de qué manera habia recibido aviso, y no dormia.

Hácia la una de la mañana, en medio de la profunda oscuridad de la noche, vió pasar dos sombras por el tejado, por entre la lluvia y el viento, y por delante del tragaluz que daba frente á su calabozo. Una de estas sombras se detuvo en el tragaluz el tiempo suficiente para dirigir una mirada: era Brujon. Thenardier le conoció, y comprendió lo bastante.

Thenardier, señalado como peligroso, y detenido como acusado de una emboscada nocturna á mano armada, estaba vigilado por un centinela de vista, que era relevado cada dos horas, y se paseaba con el fusil cargado por delante de su calabozo. Buenos-Aires estaba iluminado por una lámpara. El preso tenia unos grillos de cincuenta libras de peso. Todos los dias á las cuatro de la tarde un carcelero escoltado de dos perros de presa—porque esto se hacia aun en aquella época,—entraba en su calabozo, ponia cerca de su cama un pan negro de dos libras, un cántaro de agua y una escudilla de un caldo bastante claro en que nadaban algunas habas, reconocia los grillos, y golpeaba las rejas. Aquel hombre volvia dos veces por la noche con sus perros.

Thenardier habia conseguido que le permitieran conservar una escarpia de hierro que usaba para clavar el pan en una hendidura de la pared, con objeto, decia, de «preservarle de los ratones.» Como estaba vigilado, no se habia encontrado ningun inconveniente en dejarle esta escarpia. Sin embargo, luego se recordó que el carcelero habia dicho:—Mas valdria dejarle una escarpia de madera.

A las dos de la mañana fueron á relevar al centinela, que era un soldado viejo, y fue reemplazado por un quinto. Algunos momentos despues, el carcelero con sus perros hizo su visita, y se retiró sin notar nada, escepto la mucha juventud y el «aire de paisano» del «pistolo.» Dos horas despues, á las cuatro, cuando iban á relevar al quinto, le encontraron dormido, y tirado en el suelo como un madero cerca del calabozo. En cuanto á Thenardier, ya no estaba allí. Los grillos estaban rotos en el suelo. Habia un agujero en el techo, y otro mas arriba

Digitized by Google

en el tejado. De la cama habia sido arrancada una tabla, que habia desaparecido. Cogióse tambien en el calabozo una botella medio vacía, que contenia el resto del vino narcotizado con que habia sido dormido el centinela. La bayoneta de éste habia desaparecido tambien.

Cuando se descubrió todo esto, se creyó que Thenardier estaria ya fuera de alcance. Pero en realidad, si no estaba ya en el Edificio nuevo, se veia aun en gran peligro.

Thenardier, al llegar al tejado del Edificio nuevo, habia encontrado el resto de la cuerda de Brujon que colgaba de la reja de la cubierta superior de la chimenea; pero aquel cabo roto era muy corto, y no habia podido pasar por cima del camino de ronda, como habian pasado Brujon y Tragamar.

Cuando se vuelve la calle de Ballets á la calle del Rey de Sicilia, se descubre casi de repente á la derecha una gran rinconada. Habia allí en el siglo último una casa, de que no queda mas que la pared maestra, verdadera tapia de un caseron que se eleva hasta la altura de un tercer piso por entre los edificios antiguos. Distínguese esta ruina por dos grandes ventanas cuadradas, que aun se ven; la de en medio, que está hácia la derecha está atravesada por una viga podrida, sujeta por otro madero. Al través de estas ventanas se distinguia antes una alta y lúgubre pared, que era un trozo de la muralla del camino de ronda de la Fuerza. El hueco que la casa demolida ha dejado en la calle, está ocupado en su mitad por una empalizada de tablas podridas, apuntaladas por cinco guarda-cantones de piedra. En aquel recinto se oculta una pequeña barraca apoyada en la pared ruinosa. La empalizada tiene una puerta que hace algunos años estaba cerrada solo con picaporte.

A la cima de esta pared era á donde habia conseguido llegar Thenardier á las tres de la mañana.

¿Cómo habia llegado allí? Nunca se ha sabido, ni se ha podido esplicar. Los relámpagos debian haberle auxiliado y molestado al mismo tiempo. ¿Se habia servido de las escalas y andamios de los pizarreros para pasar de un tejado á otro, de un cercado á otro, de una manzana á otra, de los edificios del patio del Carlomagno á los del patio de San Luis, de aquí al muro de Ronda, y de aquí al caseron de la calle del Rey de Sicilia? En este trayecto habia soluciones de continuidad que le hacian al parecer imposible. ¿Habia usado la tabla de una cama como un puen-

Digitized by Google

te desde el tejado de Buenos-Aires hasta la tapia del camino de ronda, y se habia arrastrado como una culebra alrededor de la cárcel hasta el caseron? La tapia del camino de ronda de la Fuerza formaba una línea dentada y desigual, subia y bajaba, descendia hácia el cuartel de Bomberos, y se elevaba hácia la casa de Baños, estaba cortada por varios edificios, y no tenia la misma altura por el hôtel Lamoignon que por la calle Pavée; por todas partes presentaba líneas verticales y ángulos rectos; además los centinelas habrian visto en este caso el sombrío perfil del fugitivo; y aun asi, el camino recorrido por Thenardier queda casi inesplicable. La fuga era, pues, imposible de ambas maneras. Thenardier, ilumnado por esa terrible sed de libertad, que trasforma los precipicios en fosos, la rejas de hierro en enrejados de mimbres, la debilidad en fuerza, un gotoso en un gamo, la estupidez en instinto, el instinto en inteligencia, y la inteligencia en genio; Thenardier, decimos, ¿habia inventado é improvisado un tercer medio? Nunca se ha sabido.

No siempre es posible esplicarse las maravillas de una evasion. El hombre que se escapa, lo repetimos, está inspirado; hay algo de las estrellas y del relámpago en el misterioso fulgor de la fuga: el esfuerzo hácia la libertad no es menos sorprendente que el vuelo hácia lo sublime; y se dice de un ladron escapado: ¿Cómo ha escalado esta pared? Lo mismo que se dice de Corneille: ¿Quién le ha inspirado tal escena?

Sea como fuere, Thenardier, goteando sudor, mojado por la lluvia, rotos los vestidos, destrozadas las manos, sangrientos los codos, desolladas las rodillas, habia llegado á lo que los niños en su lenguaje figurado llaman *el corte* de la pared ruinosa, y allí, faltándole la fuerza, se habia echado á lo largo. La altura vertical de un tercer piso le separaba del empedrado de la calle.

La cuerda que tenia era muy corta.

Allí esperaba pálido, rendido, perdida toda esperanza, cubierto aun por la oscuridad de la noche, pero diciéndose que iba á venir el dia; aterrorizado ante la idea de oir dentro de algunos instantes las cuatro en el relój próximo de San Pablo, hora en que irian á relevar el centinela, le encontrarian dormido y verian el techo agujereado; mirando con estupor á una profundidad terrible á la luz de los faroles, el suelo moja-

Digitized by Google

do y negro, aquel suelo deseado y terrible, que era la muerte y la libertad.

Se preguntaba si sus tres cómplices de evasion habrian salido bien, si le habrian esperado, y si vendrian á su auxilio. Escuchaba: escepto una patrulla, nadie habia pasado por la calle desde que estaba allí. Casi todos los hortelanos de Montreuil, de Charonne, de Vincennes y de Bercy que iban al mercado, bajaban por la calle de San Antonio.

Dieron las cuatro: Thenardier tembló. Pocos instantes despues, aquel rumor confuso que sigue á una evasion descubierta, estalló en la cárcel. El ruido de puertas que se abren y se cierran, el chirrido de las rejas sobre sus goznes, el tumulto del cuerpo de guardia, las roncas voces de los carceleros, el choque de las culatas de los fusiles en los patios, llegaban hasta él. Algunas luces subian y bajaban á las ventanas enrejadas de los dormitorios; una antorcha corria por el último piso del Edificio nuevo, los bomberos del cuartel próximo habian sido llamados. Sus cascos, iluminados en medio de la lluvia por las antorchas, iban y venian por los tejados. Al mismo tiempo, Thenardier veia del lado de la Bastilla una claridad pálida, que blanqueaba lúgubremente la parte baja del cielo.

Estaba, pues, en lo alto de una pared de diez pulgadas de anchura, sufriendo echado la lluvia, con dos abismos á derecha é izquierda, sin poder moverse, presa del vértigo de una caida posible, y del horror de una prision segura; su pensamiento, como el badajo de una campana, iba de una de estas ideas á la otra:—Muerto, si caigo; preso si me quedo.

En esta angustia, vió de pronto en la calle que estaba aun oscura, á un hombre que se deslizaba á lo largo de la pared, y que venia del lado de la calle Pavée, detenerse en la rinconada, encima de la cual estaba Thenardier como suspendido. A aquel hombre se unió otro que marchaba con la misma precaucion, despues llegó un tercero, y despues un cuarto. Cuando aquellos hombres estuvieron reunidos, uno de ellos levantó el picaporte de la puerta de la empalizada, y entraron los cuatro en el recinto en que estaba la barraca. Se encontraban precisamente debajo de Thenardier.

Aquellos hombres habian escogido evidentemente aquel rincon para hablar, sin ser vistos de los transeuntes, ni del centinela que guarda el

Digitized by Google

postigo de la Fuerza á algunos pasos de allí. Pero digamos que el centinela, huyendo de la lluvia, se habia metido en la garita. Thenardier, no pudiendo distinguir sus rostros, prestó oido á sus palabras con la atencion desesperada de un miserable que se siente perdido.

Entonces vió pasar por delante de sus ojos una cosa semejante á la esperanza: aquellos hombres hablaban en caló.

El primero decia en voz baja, pero muy claramente:

—Nagémonos. ¿Qué querelamos *icigo* (1)?

El segundo respondió:

—Bisela hasta apagar el benguistano; los ganchos avillarán, y allí hay un jundo aplacerado á la coba, diquela nae esgabarren mangue *icicaille* (2).

Estas dos palabras *icigo* é *icicaille*, que pertenecen la primera al caló de las barreras, y la segunda al caló del Temple, fueron dos rayos de luz para Thenardier. En la primera conoció á Brujon, que era vago de las barreras, y en la segunda á Babet, que entre sus varias profesiones, era prendero en el Temple.

El antiguo caló del gran siglo no se habla ya en el Temple, y Babet era el único que le hablaba en toda su pureza. Sin esta palabra, Thenardier no le hubiera conocido, porque habia desfigurado completamente la voz.

Mientras tanto el tercero tomaba parte en la conversacion.

—Nada nos apremia; esperemos un poco. ¿Quién nos dice que no necesita de nosotros?

En este lenguaje, que era el francés ordinario, Thenardier conoció á Montparnase, que ponia su elegancia en comprender todos los géneros de caló, y no hablar ninguno.

En cuanto al cuarto, callaba; pero sus anchas espaldas le denunciaban. Thenardier no dudó un momento: era Tragamar.

Brujon replicó casi impetuosamente, pero siempre en voz baja:

—¿Qué sinas garlando? O julai n'asti najarse. Na chanela mistós de chanelería. Quebrar á talarosa, y riquelar as sabanas somia querelar

(1) Vámonos ¿Qué hacemos aquí?

(2) Llueve hasta apagar el infierno; los polizontes vendrán, y allí hay un soldado de centinela: mira no nos prendan aquí.

Digitized by Google

yeque guindala, querelar chirroes andré as bundales, querelar papeles calabeosos, maestras, quebrar ciseles, luanar á guindala d'abri; sonajarse; vadearse: somia ocono ha á sinelar baró choré. O batu na terelará astis querelarlo. Na chanela traginar (1).

Babet añadió, hablando siempre en al caló clásico en que hablaban Poulailler y Cartucho, y que es el caló atrevido, nuevo y brillante que hablaba Brujon, lo que la lengua de Racine es á la lengua de Andrés Chenier:

—O julai amangue sina trincao. ¡Ha á sinelar baró choré! y sina ó yeque chavelo. Sinara jonjabado por yeque chinel, pur na por yeque chaviro vadeado de baro batu. Montparnase, ¿junelas ocolas gritadas? ¿Diquelas ocolas urdiflelas andré ó estaripel? Ocono sina sos tirela esgabarrao. ¡Bah! Sinará apenao á tullosa. Menda na terelo dal; na sio mandrial; acana chanelamos lo sos sina; na astimos pirrel por o julai, y sinaremos esgabarraos. Na niquelas, andivela sat mangue a piyar de peñascaró (2).

—No se debe dejar á los amigos en el peligro, murmuró Montparnase.

—Penelo sos sina trincao. A ocana ó julai n'acombra yeque pasmanró. Na sina astio querelar chi. Nagémonos. Penchabelo sos sinao esgabarrao por yeque chinel (3).

Montparnase solo hacia resistencia débilmente. El hecho es que aquellos cuatro hombres, con esa fidelidad que tienen los bandidos para no abandonarse nunca mutuamente, habian estado rondando toda la noche alrededor de la Fuerza, á pesar del peligro, con la esperanza de ver salir por algun tejado á Thenardier.

(1) ¿Qué estás hablando? El posadero no ha podido escaparse. No sabe bien el arte. Romper la ropa, y rasgar las sábanas para hacer una cuerda, hacer agujeros en las puertas, hacer falsos papeles y llaves falsas, romper los grillos, atar la cuerda por fuera, ocultarse, disfrazarse: para esto hay que ser muy largo. El viejo no habrá podido hacerlo. No sabe trabajar.

(2) Tu posadero está cogido. ¡Es preciso ser muy largo! y él es un aprendiz. Le habrá engañado algun alguacil, ó tal vez un borrego que se habrá hecho su compadre. Montparnase, ¿oyes esos gritos? ¿ves esas luces en la cárcel? Eso es que está ya preso. ¡Bah! Será condenado á cadena. Yo no tengo miedo; no soy cobarde; ya sabemos lo que es; no podemos hacer nada por él, y seremos cogidos. No te incomodes; anda, ven con nosotros á beber aguardiente.

(3) Os digo que está cogido. A estas horas el posadero no vale un ochavo. No podemos hacer nada. Vámonos. Me figuro que me están cogiendo los corchetes.

Digitized by Google

Pero la noche, que era para ellos muy hermosa, era un turbion que tenia todas las calles desiertas; el frio que los entumecia, sus vestidos mojados, su calzado roto, el ruido inquieto que habia estallado en la cárcel, las horas que habian pasado, las patrullas que habian visto, la esperanza que iban perdiendo, el miedo que se iba apoderando de ellos; todo esto les impulsaba á retirarse. El mismo Montparnase, que era un poco yerno de Thenardier, cedia ya. Un momento mas, y se hubieran ido. Thenardier estaba anhelante sobre la tapia como los náufragos de la *Medusa* en la balsa, viendo pasar el buque, y desaparecer en el horizonte.

No se atrevia á llamarlos; un grito que se oyese podia perderlo todo: se le ocurrió una idea desesperada; un relámpago. Sacó del bolsillo el cabo de la cuerda que Brujon habia dejado en la chimenea del Edificio nuevo, y le tiró á la cerca de la empalizada.

La cuerda cayó á los pies de los ladrones.

—¡Una viuda! dijo Babet (1).

—Mi guindala, gritó Brujon (2).

—Ahí está el posadero, dijo Montparnase.

Levantaron la vista. Thenardier sacó un poco la cabeza.

—¡Pronto! dijo Montparnase: ¿tienes el otro pedazo de cuerda, Brujon?

—Sí.

—Ata los dos cabos, le echaremos la cuerda; la sujetará á la pared, y tendrá la suficiente para bajár.

—Thenardier se arriesgó á hablar.

—Estoy transido.

—Te calentarás.

—No puedo moverme.

—Te deslizarás, y nosotros te recibiremos.

—Tengo las manos hinchadas.

—Ata solamente la cuerda á la pared,

—¡No podré!

—Es preciso que uno de nosotros suba, dijo Montparnase.

(1) Una cuerda.
(2) Mi cuerda.

Digitized by Google

—Tres pisos, dijo Brujon.

Un viejo conducto de yeso que habia servido para una chimenea que se encendia en otro tiempo en la barraca, subia por la pared hasta el sitio en que estaba Thenardier. Este conducto, todo lleno de grietas y agujereado, se ha arruinado despues; pero todavía se ven sus restos. Era muy estrecho.

—Por ahí podria subirse, dijo Montparnase.

—¿Por ese tubo? esclamó Babet; es imposible que suba un manú (1); solo podria hacerlo un chaval.

—Solo un chaval, repitió Brujon.

—¿Y dónde encontrarle? preguntó Tragamar.

—Esperad, dijo Montparnase. Yo le tengo.

Entreabrió suavemente la puerta de la empalizada, se aseguró de que no pasaba nadie por la calle, salió con precaucion, cerró la puerta tras de sí, y partió corriendo hácia la Bastilla.

Pasaron siete ú ocho minutos, que fueron ocho mil siglos para Thenardier; Babet, Brujon y Tragamar no despegaban los labios. Abrióse por fin la puerta, y entró Montparnase sofocado conduciendo á Gavroche. La lluvia tenia todavía la calle desierta.

Gavroche entró en el recinto, y miró aquellas figuras de bandidos con aire tranquilo. El agua le chorreaba por los cabellos. Tragamar le dirigió la palabra:

—Chaval, ¿sinas manú? (2).

Gavroche se encogió de hombros, y respondió:

—Un chaval sasta mande sina un manú, y manuces sasta sangue sinan chavales (3).

—Baró parla el chaval, dijo Babet (4).

—El chavoró é París no es gilí, añadió Brujon (5).

—¿Qué quereis que haga? dijo Gavroche.

Montparnase respondió:

—Subir por ese conducto.

(1) Hombre.
(2) Chiquillo, ¿eres hombre?
(3) Un chiquillo como yo es un hombre, y hombres como vosotros son chiquillos.
(4) ¡Bien habla el chiquillo!
(5) El hijo de París no es tonto.

Digitized by Google

Digitized by Google

.,. .Y ATO SOLIDAMENTE LA CUERDA.

Digitized by Google

—Con esta viuda, dijo Babet.

—Y luar la guindala, continuó Brujon.

—A lo alto de la pared, volvió á decir Babet.

—Al través de la ventana, añadió Brujon.

—¿Y despues? preguntó Gavroche.

—Nada mas, dijo Tragamar.

El pilluelo examinó la cuerda, la chimenea, la pared, las ventanas, é hizo ese inesplicable y desdeñoso ruido con los labios, que significa:

—¿Y qué vale eso?

—Allá arriba hay un hombre, á quien salvarás.

—¿Quieres? preguntó Brujon.

—¡Chaval! respondió el muchacho, como si le pareciese estraordinaria la pregunta, y se quitó los zapatos.

Tragamar cogió á Gavroche de un brazo, le puso en el tejado de la barraca, cuyas tablas carcomidas se doblaban bajo el peso del niño, y le dió la cuerda que Brujon habia atado durante la ausencia de Montparnase.

El pilluelo se dirigió al tubo, en el cual era fácil penetrar por una ancha abertura que tenia cerca del tejado. En el momento en que iba á subir, Thenardier, que veia aproximarse la salvacion, se inclinó hácia fuera; la primera claridad del dia blanqueaba su frente inundada de sudor, sus pómulos lívidos, su nariz afilada y salvaje, y su barba gris erizada; Gavroche le conoció:

—¡Calla! dijo, ¡es mi padre!—¡Bah no importa!

Y cogiendo la cuerda con los dientes, principió resueltamente la subida.

Llegó á lo alto del paredon, se montó en él como en un caballo, y ató sólidamente la cuerda á la viga superior de la ventana.

Un momento despues, Thenardier estaba en la calle.

Asi que puso los pies en el suelo, asi que se vió fuera de peligro, no se sintió cansado, ni transido, ni tembloroso: las cosas terribles por que habia pasado se desvanecieron como el humo; toda su estraña y feroz inteligencia se despertó, y se encontró de pie y libre, dispuesto á marchar adelante. Véase, pues, cuáles fueron las primeras palabras de aquel hombre.

Digitized by Google

—Y ahora, ¿qué vamos á comer?

Es inútil esplicar el significado de esta horrible frase, horriblemente clara, que quiere decir á la vez: matar, asesinar, robar. *Comer*, es decir, *devorar*.

—Chivarémonos bien, dijo Brujon. Acabemos en tres palabras, y nos separaremos en seguida.

Habia un negocio de buena cara en la calle de Plumet; una calle desierta, una casa aislada, una verja podrida que da á un jardin, mujeres solas.

—¡Y bien! ¿Por qué no? preguntó Thenardier.

—Tu dugida (1) Eponina ha ido á verlo, respondió Babet.

—Y ha dado un bizcocho á la Magnon, añadió Tragamar. No hay nada que maquilar allí.

—La dugida no es gilí, dijo Thenardier. Sin embargo, bueno será verlo.

—Sí, sí, dijo Brujon, lo veremos.

Mientras tanto, ninguno de estos hombres se acordaba de Gavroche, que durante este coloquio se habia sentado en uno de los guarda-cantones de la empalizada; esperó algunos instantes, quizá á que su padre se volviese hácia él; despues se puso los zapatos, y dijo:

—¿Tengo mas que hacer? Ya os saqué del apuro. Me voy. Tengo que ir á cuidar de mis párvulos.

Y se fué.

Los cinco hombres salieron uno tras otro de la empalizada.

Cuando Gavroche hubo desaparecido por la esquina de la calle de Ballets, Babet se llevó á Thenardier aparte:

—¿Te has fijado en ese chavalillo? le preguntó.

—¿Qué chavalillo?

—El que ha escalado la pared y te ha llevado la cuerda.

—No mucho.

—Pues bien, no sé, pero me parece que es tu chaboró.

—¡Bah! dijo Thenardier: ¿lo crees tú?

(1) Hija.

FIN DEL LIBRO SESTO.

Digitized by Google

LIBRO SÉTIMO.

EL CALÓ. (1)

(1) La esplicacion que el autor hace del caló en este libro se refiere al caló francés esclusivamente; por esta razon algunas veces no pueden aplicarse al caló español las interpretaciones y el orígen que el autor atribuye á ciertas palabras.

Sin embargo, como este lenguaje es en esencia el mismo en todos los pueblos, y procede de un mismo tronco, la mayor parte de sus palabras conservan idéntica significacion, habiéndose modificado solamente en las terminaciones y en la estructura que ha dado á sus variaciones gramaticales el carácter de la lengua nacional.

Por estas razones, en los diálogos traducimos completamente en caló español el caló francés; pero en la esplicacion del orígen y raices de algunas palabras, nos vemos obligados á dejarlas en francés, porque esta esplicacion no seria aplicable al español.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

ORÍGEN.

Pigritia es una palabra terrible.

Engendra un mundo: el *piger*, ó sea el robo; y un infierno, el *pigror*, ó sea el hambre.

Es decir, que la pereza es una madre.

Tiene un hijo, el robo; y una hija, el hambre.

¿En dónde estamos en este momento? En el caló.

¿Y qué es el caló? Es todo á la vez; nacion é idioma; es el robo bajo dos especies: pueblo y lengua.

Cuando hace treinta y cuatro años el narrador de esta grave y sombría historia introducia en un libro, escrito con el mismo objeto que este (1), un ladron hablando caló, se suscitó un asombro y un clamor.—¡Qué! ¡Cómo! ¡El caló! ¡El caló es horrible! Es la lengua de la chusma, del presidio, de las cárceles, de todo lo mas abominable de la sociedad, etc., etc.

Nunca hemos comprendido este género de objeciones.

(1) *El último dia de un reo de muerte.*

Digitized by Google

Despues, dos grandes novelistas, de los cuales uno es un profundo observador del corazon humano, y el otro un intrépido amigo del pueblo, Balzac y Eugenio Sue, han hecho hablar á los bandidos en su lengua natural, como lo habia hecho en 1828 el autor del *Ultimo dia de un reo de muerte*, y se han suscitado las mismas reclamaciones. Se ha repetido:—¿Qué quieren los escritores con esa repugnante jerga? ¡El caló es horrible! ¡El caló hace estremecer!

¿Quién lo niega? Sin duda.

Cuando se trata de sondar una llaga, un abismo ó una sociedad, ¿desde cuándo es una falta descender demasiado, ir al fondo? Muchas veces hemos pensado que esto era un acto de valor, y por lo menos una accion inocente y útil, digna de la atencion simpática que merece el deber aceptado y cumplido. ¿Por qué no se ha de esplorarlo todo, y no se ha de estudiar? ¿por qué se ha de detener uno en el camino? El detenerse corresponde á la sonda, no al que sondea.

Ciertamente que ir á buscar en la última capa del órden social, allí donde concluye la tierra y empieza el fango; registrar en aquellas aguas espesas; perseguir, coger y arrojar palpitante á la superficie este idioma abyecto que gotea lodo sacado á la luz, este vocabulario pustuloso, en que cada palabra parece un anillo inmundo de un monstruo del cieno y de las tinieblas, no es ni una empresa cómoda, ni seductora.

Nada es mas lúgubre que contemplar asi desnudo á la luz del pensamiento el hormiguero terrible del caló. En efecto: parece que es una especie de horrible fiera hecha para vivir en la noche, y que se ve arrancada de su cloaca. Se cree ver una horrible maleza viva y erizada que tiembla, se mueve, se agita, pide volver á la sombra, amenaza y mira. Tal palabra parece una garra; tal otra un ojo apagado y sangriento; tal frase parece moverse como la tenaza de una langosta. Todas viven con esa vida repugnante de las cosas que están organizadas en la desorganizacion.

Pero ¿desde cuándo el horror escluye el estudio? ¿Desde cuándo la enfermedad rechaza al médico? ¿Qué se diria de un naturalista que se negase á estudiar la víbora, el murciélago, el escorpion, el cien-pies, la tarántula, y que los rechazase á las tinieblas, diciendo: ¡Oh, qué fealdad! El pensador que se alejase del caló se pareceria á un cirujano que se apartase de una úlcera ó de una verruga: seria un filólogo dudando

Digitized by Google

examinar un hecho de la lengua; un filósofo dudando analizar un hecho de la humanidad. Porque, y es preciso decirlo á los que lo ignoran, el caló es al mismo tiempo un fenómeno literario y un resultado social. ¿Qué es el caló propiamente dicho? El caló es la lengua de la miseria.

Aquí podria interrumpirnos alguno; puede generalizarse el hecho, lo cual muchas veces es un medio de atenuarlo; puede decírsenos que todos los oficios, todas las profesiones, y casi podria añadirse, todos los accidentes de la gerarquía social, y todas las formas de la inteligencia, tienen su caló especial: el comerciante, que dice: *Montpellier disponible; Marsella, buena calidad*: el agente de cambio, que dice: *cargo, prima, á la par*; el jugador, que dice: *tercio y todo, fallo á espadas*; el ugier de las islas normandas, que dice: *el feudatario deteniéndose en su fundo no puede reclamar el fruto de este fundo durante el embargo hereditario de los inmuebles del renunciador*; el zarzuelista, que dice: *han hecho bailar al oso* (1); el cómico, que dice: *tengo un caballo blanco*; el filósofo, que dice: *triplicidad fenomenal*; el cazador, que dice: *la res está encamada;* el frenólogo, que dice: *amatividad, combatividad, secretividad;* el soldado de infantería, que dice: *mi tambor;* el soldado de caballería, que dice: *á media rienda;* el maestro de esgrima, que dice: *tercera, cuarta, á fondo*, el impresor, que dice: *atanasia*; todos, impresor, maestro de esgrima, soldado de caballería ó de infantería, músico, frenólogo, cazador, filósofo, cómico, zarzuelista, portero, jugador, agente de cambio y comerciante, todos hablan en caló.

El pintor, que dice: *el ambiente del cuadro;* el escribano, que dice: *he dejado el crímen;* el peluquero, que dice: *á media melena;* el zapatero, que dice: *tapas*, hablan caló. En rigor, y si se quiere, absolutamente todos esos modos de decir la derecha y la izquierda; el marinero *á babor* y *á estribor;* el maquinista, *lado del patio y lado del jardin;* el perrero, *lado de la Epístola* y *lado del Evangelio*, son caló. Hay caló de monas, como hay caló de sabidillas. El palacio de Rambouillet, es decir, la aristocracia y el lujo, confinaba con la Córte de los milagros; es decir, con la pobreza y el vicio. Hay caló de duquesas, como demuestra la siguiente frase, escrita en un billete amoroso por una gran señora de la Restauracion: «Hallereis en esas chismerías una porcion de

(1) Han silbado la comedia.

Digitized by Google

«razones para que yo me libertice.» Las cifras diplomáticas son caló. La Chancillería romana, diciendo 26 por Roma, *grkztntgzyal* por *envio*, y *abfœustgruogrkzu tu* XI por duque de Módena, habla caló. Los médicos de la edad media, que por decir, zanahoria, rábano y nabo, decian: *opoponach*, *pergrosohinum*, *reptitalmus*, *dracatholicum angelorum*, *postmegorum*, hablaban caló. El fabricante de azúcar, que dice: *moscabada*, *terciada*, *bastarda*, *comun*, *tostada*, *clarificada*, este honrado industrial, habla caló. Una escuela de crítica que decia hace veinte años: «La mitad de Shakspeare es un juego de palabras y retruécanos,» hablaba caló. El poeta y el artista que con profundo sentido calificaron al señor de Montmorency de «un ciudadano» si no hubiese sido muy entendido en versos y estatuas, hablaron en caló. El académico clásico que llama á las flores, *Flora;* á los frutos *Pomona;* á la mar, *Neptuno;* al amor, *los fuegos;* á la belleza, *los atractivos;* á un caballo, *un corcel;* á la escarapela blanca ó tricolor, *la rosa de Belona;* al sombrero de tres picos, *el triángulo de Marte;* ese académico clásico habla caló. El álgebra, la médicina, la botánica tienen su caló. El lenguaje que se emplea á bordo, ese admirable lenguaje de la mar, tan completo y tan pintoresco, que han hablado Juan Bart, Duquesne, Suffren y Duperré, que se mezcla con el silbido de las cuerdas, con el ruido de la bocina, con el choque de las hachas de abordaje, con el vaivén, con el viento, con la ráfaga, con el cañon, es un caló heróico y brillante, que es al terrible caló de la miseria, lo que el leon al chacal.

Sin duda. Pero, dígase lo que se quiera, este modo de comprender el caló tiene una estension que no admitirá todo el mundo. En cuanto á nosotros, conservamos á esta palabra su antigua acepcion precisa, circunscrita y determinada, y limitamos el caló al caló. El caló verdadero, el caló por escelencia, si es que estas dos palabras pueden reunirse, el caló inmemorial, no es, lo repetimos, mas que la lengua fea, inquieta, socarrona, traidora, venenosa, cruel, tortuosa, vil, profunda, fatal de la miseria.

Hay en el estremo del envilecimiento y del infortunio una última miseria que se rebela, y que se decide á entrar en lucha contra el conjunto de los hechos felices y de los derechos reinantes; lucha horrible, que, ora astuta, ora violenta, feroz y malsana á la vez, ataca el órden social á alfilerazos por medio del vicio, y á estocadas por medio del crí-

Digitized by Google

men. Para las necesidades de esta lucha, la miseria ha inventado una lengua de combate, que es el caló.

Hacer sobrenadar y conservar sobre el olvido, sobre el abismo, aunque no sea mas que un fragmento de una lengua cualquiera que ha hablado el hombre, y que de otro modo se perderia; es decir, uno de los elementos, buenos ó malos de que se compone ó que complica la civilizacion, es aumentar los datos de observacion social; es auxiliará la misma civilizacion. Este servicio le ha hecho Plauto, queriéndolo ó no, haciendo hablar el fenicio á dos soldados cartagineses; este servicio le ha hecho Moliere, haciendo hablar el levantino y toda clase de patuá á muchos de sus personajes.

Aquí vuelven á suscitarse las objeciones; el fenicio ¡magnífico! el levantino ¡bueno! el patuá ¡pase! son lenguas que han pertenecido á naciones ó á provincias; pero el caló, ¿para qué quereis conservar el caló? ¿para qué hacer «sobrenadar» el caló?

A esto solo responderemos una cosa. Ciertamente; la lengua que ha hablado una nacion ó una provincia es digna de interés; pero es mas digna aun de atencion y de estudio la lengua que ha hablado la miseria.

La lengua que ha hablado en Francia, por ejemplo, por mas de cuatro siglos, no solamente una miseria, sino la miseria, toda la miseria humana posible.

Y además, insistimos en ello: estudiar las enfermedades y las deformidades sociales, y designarlas para curarlas, no es una necesidad en que se permite la eleccion. El historiador de las costumbres y de las ideas no tiene una mision menos austera que el historiador de los sucesos. Este tiene en la superficie de la civilizacion las luchas de las coronas, los nacimientos de los príncipes, los casamientos de los reyes, las batallas, las asambleas, los grandes hombres públicos, las revoluciones á la luz del dia, todo lo esterior; el otro historiador tiene el fondo, el pueblo que trabaja, que padece y que espera, la mujer oprimida, el niño que agoniza, las guerras sordas de hombre á hombre, las ferocidades oscuras, las preocupaciones, las alarmas fingidas, los efectos indirectos y subterráneos de las leyes, las evoluciones secretas de las almas, los estremecimientos indistintos de la multitud, los pobres que mueren de hambre, los que andan con los pies desnudos, los desheredados, los

Digitized by Google

huérfanos, los desgraciados y los infames; todas esas larvas que andan vagando en la oscuridad. Le es necesario descender con el corazon lleno de caridad y de severidad á un mismo tiempo, como un hermano y como un juez, hasta esas casamatas impenetrables, en que se arrastran confundidos los heridos y los que hieren; los que lloran y los que maldicen; los que ayunan y los que devoran, los que sufren el mal y los que le cometen. Estos historiadores de los corazones y de las almas, ¿tienen acaso deberes menos importantes que los historiadores de los hechos esteriores? ¿Se cree que Dante tiene que decir menos que Maquiavelo? ¿Acaso lo inferior de la civilizacion, solo porque es mas sombrío y mas profundo, es menos importante que lo superior? ¿Se conoce bien la montaña cuando no se conoce la caverna?

Pero consignemos aquí, antes de ir mas adelante, que á pesar de las palabras anteriores, no puede inferirse que haya entre las dos clases de historiadores una diferencia, una barrera que no existe en nuestra mente. Nadie puede ser buen historiador de la vida patente, visible, alumbrada, pública de los pueblos, si no es al mismo tiempo, y en cierta magnitud, historiador de su vida profunda y oculta; y nadie es buen historiador de lo interior, si no sabe ser, siempre que sea necesario, historiador de lo esterior.

La historia de las costumbres y de las ideas penetra la historia de los sucesos, y recíprocamente. Son dos órdenes de hechos diferentes que se corresponden, que se encadenan siempre, y se engendran mútuamente con frecuencia. Todas las líneas que la Providencia traza en la superficie de una nacion, tienen sus paralelas sombrías, pero claras, en el fondo, y todas las convulsiones del fondo producen levantamientos en la superficie. Como la verdadera historia se introduce en todo, el verdadero historiador tiene que introducirse en todo.

El hombre no es un círculo de un solo centro; es una elipse de dos focos; uno, le constituyen los hechos; otro, las ideas.

El caló no es mas que un disfraz con que se cubre la lengua cuando va á hacer algo malo. Se reviste de palabras con máscara, y de metáforas con harapos.

Y asi se hace horrible.

Cuesta trabajo conocerla. ¿Es la lengua francesa esa gran lengua humana? Ahí está dispuesta á entrar en escena, y á dar la réplica

Digitized by Google

al crímen; propia para todos los empleos del repertorio del mal. No progresa, cojea; cojea con la muleta de la Córte de los milagros; muleta que se metamorfosea en una maza; se llama truhanería; todos los espectros que son sus camareros la han estropeado; se arrastra y se levanta, lo cual constituye el doble movimiento del reptil. Es propia para todos los papeles; la ha hecho ambigua el falsario, verde-gris el envenenador; está carbonizada por el hollin del incendiario; el asesino le presta el color rojo.

Cuando se escucha del lado de las personas honradas á la puerta de la sociedad, se sorprende el diálogo de los que están fuera. Se oyen las preguntas y las respuestas. Se percibe, sin comprenderlo, un murmullo repugnante que suena casi como la voz humana, pero que se aproxima mas al ahullido que á la palabra. Es el caló. Las palabras son deformes, y están impregnadas de una especie de bestialidad fantástica. Parece que se oye hablar á hidras.

Este lenguaje es lo ininteligible en lo tenebroso; rechina, y cuchichea, y completa el crepúsculo con el enigma. La noche mora en la desgracia, pero es aun mas tenebrosa en el crímen. Estas dos negras sombras amalgamadas componen el caló. Oscuridad en la atmósfera, oscuridad en las acciones, oscuridad en las palabras. Espantosa lengua reptil, que va, viene, salta, se arrastra, babea y se mueve monstruosamente en esa inmensa bruma oscura, compuesta de lluvia, de noche, de hambre, de vicio, de mentira, de injusticia, de desnudez, de asfixia y de invierno; mediodia de los miserables.

¡Compadezcamos á los castigados! ¡Ah! ¿Qué somos nosotros mismos? ¿Qué soy yo que os hablo en este momento? ¿Qué sois vosotros que me escuchais? ¿De dónde venimos¿ ¿Estamos seguros de no haber hecho nada antes de haber nacido? La tierra no deja de tener semejanza con un presidio. ¿Quién sabe si el hombre no es mas que un sentenciado de la Justicia Divina?

Mirad la vida de cerca, y vereis que es tal, que en toda ella se encuentra el castigo.

¿Sois lo que se llama un ser feliz?—Estais triste todos los dias. Cada dia tiene su disgusto y su pequeño cuidado. Ayer temblábais por una salud que os es querida, hoy temeis por la vuestra; mañana tendreis una inquietud por el dinero; pasado mañana os inquietará la dia-

Digitized by Google

triba de un calumniador; el otro la desgracia de un amigo; despues el tiempo que hace; despues cualquier cosa que se rompa ó se pierda; despues un placer que la conciencia ó la columna vertebral os echan en cara; otra vez la marcha de los negocios públicos. Y esto sin contar las penas del corazon, y asi sucesivamente. Apenas se disipa una nube, se forma otra; apenas hay un dia de sol y de alegría entre ciento. Y sin embargo, sois del pequeño número que goza de la felicidad. En cuanto á los demás hombres, la eterna noche se cierne sobre ellos.

Los ánimos reflexivos usan muy poco esta alocucion: los felices y los desgraciados. En este mundo, vestíbulo de otro evidentemente, no hay seres felices.

La verdadera division humana es esta: los luminosos y los tenebrosos.

Disminuir el número de los tenebrosos, aumentar el de los luminosos; tal es el grande objeto. Por esto gritamos: ¡Enseñanza! ¡Ciencia! Aprender á leer es encender el fuego; toda sílaba deletreada brilla.

Pero el que dice luz, no dice necesariamente goces. Tambien se padece en la luz, porque el esceso quema. La llama es enemiga de las alas. Arder sin cesar de volar es el prodigio del genio.

Cuando sepais y ameis, padecereis aun. El dia nace con lágrimas. Los luminosos lloran, aunque no sea mas que por los tenebrosos.

Digitized by Google

II.

RAICES.

El caló es la lengua de los tenebrosos.

El pensamiento se conmueve en sus mas sombrías profundidades: la filosofía social se sumerge en las meditaciones mas dolorosas en presencia de este enigmático dialecto, á un mismo tiempo humillado y rebelde.

Allí es donde se encuentra el castigo visible. Cada sílaba tiene una significacion marcada.

Las palabras de la lengua vulgar se presentan en el caló como contraidas y retorcidas por el hierro enrojecido del verdugo; y algunas parece que están humeando aun. Tal frase produce el mismo efecto que la marca de la flor de lis de un ladron, á quien se desnuda de repente. La idea se opone siempre á dejarse espresar por esos sustantivos perseguidos por la justicia. La metáfora es algunas veces tan descarada, que se conoce que ha estado en la argolla.

Por lo demás, y á pesar de todo esto, y aun á causa de todo esto, esa jerga estraña tiene de derecho su habitacion en el gran estante imparcial, en que hay un sitio para el ochavo oxidado como para la medalla de oro, y que se llama literatura. El caló, quiérase ó no se quiera,

Digitized by Google

tiene su síntaxis y su poesía: es una lengua; y si en la deformidad de ciertos vocablos se conoce que ha sido mascullada por Mandrin, en el esplendor de ciertas metonimias se descubre que la ha hablado Villon.

El siguiente verso, tan esquisito y tan célebre

¿Dó están las nieves de antaño? (1).

es un verso de caló. Antaño—*ante annum*—es una palabra del caló de Túnez, que significaba el *año pasado*, y por estension *en otro tiempo*. Hace treinta y cinco años aun podia leerse, en la época de la salida de la gran cadena de 1827, en uno de los calabozos de Bicetre, esta máxima grabada con un clavo en la pared por un rey de Túnez, condenado á galeras: *O challi d'antaño chalaban «siempre» por a bar de Coesres*. Lo que quiere decir: «Los reyes de otro tiempo iban siempre á hacerse consagrar.» Para aquel rey, la consagracion era el presidio.

La palabra *decarede*, que significa la partida de un carruaje pesado al galope, se atribuye á Villon, y es digna de él. Esta palabra, que echa fuego por las cuatro patas, resume en una onomatopeya magistral el admirable verso de Lafontaine:

Tiraban de un *coche* seis fuertes caballos.

Bajo el punto de vista puramente literario, pocos estudios serán mas curiosos y mas fecundos que el del caló. Es una lengua dentro de la lengua comun; una especie de escrescencia enfermiza; un ingerto malsano que ha producido una vegetacion; una parásita que tiene sus raices en el viejo tronco-galo, y cuyo siniestro follaje se arrastra por un lado de la lengua. Esto es lo que podria llamarse el primer aspecto,

(1) Nosotros creemos que el caló viene del gitano, y que el gitano es una lengua antiquísima, hablada, como la misma palabra lo espresa, por el pueblo egipcio; la cual en las emigraciones de la raza que la conserva, se ha ido modificando con arreglo al genio y á la estructura del idioma hablado en cada pais adonde se han estendido los gitanos. De estos la han tomado todos los miserables.

El autor, sin embargo, no parece que la considera de esta manera, y asi le da algunas raices estrañas. Antaño, por ejemplo, nunca ha sido palabra gitana, y todavía en español castizo se pronuncia y se sabe lo que es. Lo mismo podemos decir de otras palabras, ya españolas, ya de diversas lenguas que el autor cita.

Digitized by Google

el aspecto vulgar del caló. Mas para los que estudian la lengua como deben estudiarla, es decir, como los geólogos estudian la tierra, el caló se presenta como un verdadero aluvion. Segun que se ahonda mas ó menos, se encuentra en el caló por bajo del antiguo francés popular, el provenzal, el español, el italiano, el levantino, esa lengua de los puertos del Mediterráneo, el inglés y el aleman, el romance en sus tres variedades, el romance francés, el romance italiano, el romance romano, el latin, y, en fin, el vasco y el celta. Formacion estraña y oscura (1). Edificio subterráneo construido en comun por todos los miserables. Cada raza maldita ha formado una capa, cada padecimiento ha dejado caer una piedra, cada corazon ha dado un guijarro. Una multitud de almas criminales, bajas ó irritadas que han atravesado la vida, y han ido á desvanecerse en la eternidad, están allí casi completas, y en cierto modo visibles, aun bajo la forma de una palabra monstruosa.

¿Se quieren voces españolas? El antiguo caló gótico las tiene en abundancia. Ahí están *boffete*, que viene de bofeton; *vantana*, despues *vanterna*, que viene de ventana; *gat*, que viene de *gato; acite*, que viene de *aceite*. ¿Se quieren voces italianas? *Spade*, que viene de *spada*; *carvel*, barco, que viene de *caravella*. ¿Se quieren inglesas? *Bichot*, obispo, que viene de *bishop; raille*, espía, que viene de *rascal*, *rascalion*, pillo; *pilche*, estuche, que viene de *pilcher*, vaina. ¿Se quieren alemanas? *Caleur*, mozo, de *keller; hers*, amo, de *herzog*, duque. ¿Se quieren latinas? *Frangir*, romper, de *frangere; affurer*, robar, de *fur; cadene*, cadena, de *catena*. Hay una palabra que reaparece en todas las lenguas del continente con una especie de poder y autoridad misteriosa, la palabra *magnus*. Escocia ha sacado de ella *mac*, con que designa el jefe del Clan, Mac-Faralane, Mac-Callummore, el gran Farlane, el gran Callummore (2); el caló ha sacado *meck*, y despues *meg*, es decir, Dios. ¿Se quieren voces vascongadas? *Gahisto*, el diablo, que viene de *gaiztoa*, malo; *sorgabon*, buenas noches, que viene de *gabon*, buenas noches. ¿Se quieren celtas? *Blavin*, pañuelo, que viene de *blavet*, agua que corre; *menesse*, mujer (en mal sentido), que viene de *meinec*, lleno de piedras; *barant*, arroyo, de *baranton*, fuente; *goffeur*, cerrajero, de *gof*,

(1) Esta misma observacion corrobora lo que hemos dicho en la nota anterior.
(2) Obsérvese que *mac* en Celta, significa hijo.

Digitized by Google

herrero; *guedouze*, muerte, de *quenu-du*, blanco negro. ¿Se quiere, en fin, la historia? El caló llama á los escudos *malteses*, en recuerdo de la moneda que corria en las galeras de Malta.

Además de los orígenes filológicos que acababamos de indicar, el caló tiene otras raices mas naturales aun, y que salen, por decirlo asi, del mismo espíritu del hombre.

En primer lugar, hay que notar la creacion directa de las palabras, que constituye el misterio de las lenguas. Pintar con palabras que tienen figura, aunque no se sepa cómo ni por qué, es el fondo primitivo de toda lengua humana; es lo que podria llamarse el granito de su construccion. El caló abunda en palabras de este género, palabras inmediatas, hechas de una pieza, no se sabe cómo ni por qué, sin etimología, sin analogía, sin derivados; palabras solitarias, bárbaras, repugnantes algunas veces, que tienen una singular fuerza de espresion, y que viven. El verdugo, el *taule;* el bosque, el *sabrí*; el miedo, la fuga, *taf;* el lacayo, el *carbin;* el general, el prefecto, el ministro, *pharos;* el diablo, el *rabouin*. Nada es mas estraño que estas palabras que disfrazan y presentan la idea. Algunas, como el *rabouin*, son al mismo tiempo grotescas y terribles, y producen el efecto de un gesto ciclópeo.

En segundo lugar, viene la metáfora; porque lo mas propio de una lengua que quiere decirlo todo y ocultarlo todo, es la abundancia de figuras. La metáfora es un enigma en que se refugian el ladron que medita un golpe y el preso que combina una evasion. No hay ningun idioma mas metafórico que el caló.—*Trincar por el tronco*, agarrar por el cuello; la *nube*, la capa; *hacinar á uno*, juzgarle; un *raton*, un ladron de pan; *dardear*, *picar*, llover, figura antigua y asombrosa, que lleva su fecha en sí misma, y asimila las largas líneas oblícuas de la lluvia á las picas espesas é inclinadas de los lanzquenetes, y que contiene en una sola palabra la metonimia popular; *llueven chuzos*. Algunas veces, á medida que el caló pasa de la primera época á la segunda, las palabras pasan del estado salvaje y primitivo al sentido metafórico.

El diablo cesa de ser el *rabouin*, y se convierte en el *panadero*, el que anda en el horno. Esta significacion es mas ingeniosa, pero menos grande; es una cosa, como Racine despues de Corneille; como Eurípides despues de Esquilo.

Ciertas frases del caló que corresponden á las dos épocas, y tienen

Digitized by Google

á la vez el carácter bárbaro y metafórico, parecen un efecto fantasmagórico. *Los murcios van á chorar queles á la luna* (1). Esto pasa por la mente como un grupo de espectros: no se sabe lo que se ve.

En tercer lugar, tenemos la modificacion. El caló vive de la lengua, y la usa á su capricho; la emplea al acaso, y se limita muchas veces, cuando tiene necesidad, á desnaturalizarla sumaria y gravemente. A veces con las palabras usuales asi trasformadas, y complicadas con palabras de caló puro, compone locuciones pintorescas, en que se descubre la mezcla de los dos elementos precedentes, la creacion directa y la metáfora:

Del estaripen me sacan
A caballito en un quel,
Por toda la polvorosa
Zurrándome el barandel.

El forio, es un *jili;* la foria, es *garlicha*, y la dugida *juncal;* el ciudadano es tonto, la ciudadana es astuta, la hija es bonita.—Muchas veces, con objeto de hacer perder la pista á los que escuchen, el caló se limita á añadir indistintamente á todas las palabras de la lengua una especie de cola innoble, una terminacion ó una anteposicion en *cuti* ó en *di*. Por ejemplo: *¿Tite, tipatiretice, tibien, tiestecuti, guitisatidoti?* ¿Te parece bueno este guisado? frase dirigida por Cartucho á un carcelero para saber si le convenia la cantidad ofrecida por la evasion. Mas recientemente se ha añadido la terminacion en *mar*.

El caló, siendo el lenguaje de la corrupcion, se corrompe muy pronto: además, como trata siempre de ocultarse, asi que se ve comprendido, se trasforma. Al contrario de que sucede en toda vegetacion, en el caló, el rayo de luz mata lo que toca. Asi, el caló va descomponiéndose y recomponiéndose sin cesar; trabajo rápido y oscuro que no se detiene nunca. El caló camina mas en diez años, que la lengua en diez siglos.

Asi, el *larton* (2) se convierte en *lartif;* el *gail* (3) en *gaye;* la *fer-*

(1) Los ladrones van á robar burros por la noche.
(2) Pan.
(3) Caballo.

Digitized by Google

tanche (1) en *fertille*; el *momignard* en el *momacque;* los *fiques* (2) en *fruques;* la *chique* (3) en *egregeoir;* el *colabre* (4) en *colas*. El diablo es primero *gahisto*, despues el *rabouin*, despues el *panadero;* el sacerdote es el *ratichon*, despues el *jabali;* el puñal es el *veintidos*, despues el *surin*, despues el *lingre*; los polizontes son *railles*, despues *roussins*, despues *rousses*, despues *comerciantes de lazos*, despues *coqueurs*, despues *cognes;* el verdugo es el *taule*, despues *Carlitos*, despues el *buchi*, despues el *cojuelo*. En el siglo XVII, reñir es *darse para tabaco;* en el XIX es *darse de mojadas*. Veinte locuciones distintas han pasado entre estos dos estremos. Cartucho hablaria en griego para Lacenaire. Todas las palabras de esta lengua están perpetuamente en fuga como los hombres que las pronuncian.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, y á causa de este mismo movimiento, reaparece el antiguo caló y se hace nuevo. Tiene sus capitales donde se conserva. El Temple conservaba el caló del siglo XVII; Bicetre, cuando era cárcel, conservaba el caló de Túnez; allí se oia la antigua terminacion en *anche* de los antiguos tunecinos. *Bebeanches tú*, bebes tú; *creyanches*, cree. Pero no por esto es menos ley el movimiento perpetuo.

Si el filósofo, para observarla, llega á fijar por un momento esta lengua, que se evapora sin cesar, cae en dolorosas y útiles meditaciones. Ningun estudio es mas eficaz y mas fecundo en enseñanzas. No hay una metáfora, ni una etimología del caló que no contenga una leccion. Entre esos hombres *golpear* quiere decir *hender;* la astucia es su fuerza.

Para ellos, la idea del hombre no se separa de la idea de la sombra. La noche se dice la *sorgue*, el hombre el *orgue* (5). El hombre es un derivado de la noche.

Se han acostumbrado á considerar la sociedad como una atmósfera que les mata, como una fuerza fatal; y hablan de su libertad como hablarian de su salud. Un hombre preso es un *enfermo;* un hombre condenado es un *muerto*.

(1) Paja.
(2) Vestidos.
(3) Iglesia.
(4) Cuello.
(5) Esto en el caló francés. En el español la noche es la *rachi*, el hombre *manú*.

Digitized by Google

Lo mas terrible para el encarcelado en las cuatro paredes de piedra que le sepultan, es una especie de castidad glacial; al calabozo le llama *el casto*. En ese lugar fúnebre, la vida esterior se presenta siempre bajo el mas grato aspecto; el preso tiene grillos en los pies. ¿Creeis acaso que piensa en que se anda con los pies? No: piensa en que se baila con los pies: asi en el momento en que consigue limar los grillos, su primera idea es que puede bailar, y llama á la lima *la bailadora*.—Un *nombre* es un *centro*, profunda asimilacion.—El bandido tiene dos cabezas; la una que razona sus acciones, y le guia toda su vida; la otra, que tiene sobre sus hombros el dia de su muerte: llama á la cabeza que le aconseja el crímen, *la sorbona*, y á la cabeza que expía, *el troncho*. —Cuando un hombre no tiene mas que harapos sobre el cuerpo, y vicios en el corazon; cuando ha llegado á esa doble degradacion material y moral que caracteriza en sus dos acepciones la palabra *miserable*, es lo mas propio para el crímen; es como un cuchillo bien afilado; tiene dos filos, su miseria y su maldad; asi el caló no dice un «miserable;» dice un «choré».—¿Qué es el presidio? Un brasero de condenacion, un infierno. El forzado se llama un *sarmiento*.—En fin, ¿qué nombre dan los malhechores á la cárcel? El *colegio*.

Todo un sistema penitenciario puede salir de esta palabra.

¿Se quiere saber de dónde han salido la mayor parte de las canciones del presidio, esos refranes, llamados en el vocabulario especial las *lirlonfas?* Pues oid:

Habia en el Chatelet de París un subterráneo muy grande, que estaba ocho pies mas bajo que el nivel del Sena. No tenia, ni ventanas, ni respiraderos; la única abertura era la puerta. Los hombres podian entrar allí, el aire no. Esta cueva tenia por techo una bóveda de piedra, y por suelo diez pulgadas de fango. Habia sido enlosada; pero el enlosado se habia podrido y abierto con el agua rezumada. A ocho pies por cima del suelo, una larga y gruesa viga atravesaba el subterráneo de parte á parte; y de esta viga caian, de distancia en distancia, cadenas de tres pies de longitud, en cuyo estremo habia una argolla. En aquella cueva se encerraba á los condenados á galeras, hasta que salian para Tolon.

Se les llevaba hasta ponerlos debajo de la viga, donde á cada uno esperaba una cadena oscilando en las tinieblas. Las cadenas, es decir, los

Digitized by Google

brazos colgando, y las argollas, es decir las manos abiertas, cogian á aquellos miserables por el cuello. Se remachaba el hierro, y se los dejaba allí. La cadena era demasiado corta, y no podian echarse; permanecian inmóviles en la cueva, en aquella oscuridad, bajo aquella viga, casi colgados, haciendo esfuerzos inauditos para alcanzar el pan ó el cántaro, con la bóveda sobre la cabeza y el lodo hasta media pierna; corriendo sus escrementos por sus muslos, rendidos de fatiga, doblándose por las caderas y por las rodillas, agarrándose con las manos á la cadena para descansar, sin poder dormir mas que de pie, despertándose á cada instante porque les ahogaba la argolla: algunos no volvian á despertar. Para comer, subian con el talon á lo largo de la pierna hasta la mano el pan que se les arrojaba en el lodo. ¿Y cuánto tiempo estaban asi? Un mes, dos meses, seis meses; uno estuvo un año. Aquello era la antecámara de las galeras; y se entraba allí por haber robado una liebre al rey (1). ¿Y qué hacian en aquel sepúlcro-infierno? Lo que se puede hacer en un sepúlcro, agonizaban; y lo que se puede hacer en un infierno, cantaban; porque cuando ya no queda esperanza, queda aun el canto.

En las aguas de Malta, cuando una galera se aproximaba, oíase el canto antes que los remos. El pobre cazador furtivo Survincent, que habia estado en el subterráneo del Chatelet, decia: *Las rimas me han sostenido*. Inutilidad de la poesía. ¿Para qué sirve la rima? En aquel subterráneo nacieron casi todas las canciones del caló. Del calabozo del gran Chatelet de París salió el melancólico mote de la galera de Montgomery: *Timalumisen timalumison*. La mayor parte de estas canciones son lúgubres; algunas son alegres; una es tierna:

Aquí ves el teatro
Del dios vendado.

Por mas que se haga, nunca se podrá borrar del corazon del hombre el amor.

En ese mundo de acciones sombrías se guarda el secreto. El secreto es de todos; el secreto para esos miserables es la unidad que sirve de base á la union. Romperle, es arrancar á cada miembro de esta co-

(1) Afortunadamente estos horrores nunca se han visto en España.

Digitized by Google

munidad terrible alguna cosa de sí mismo. Denunciar en el enérgico lenguaje del caló es: *Comer el pedazo*. Como si el denunciador se llevase un poco de la sustancia de todos, y se alimentase con un trozo de carne de cada uno.

¿Qué es recibir un bofeton? La metáfora responde: *Es ver las estrellas*. Aquí interviene el caló; y dice: candelillas, *humazo*; y el lenguaje usual francés da al bofeton (soufflet) por sinónimo *humazo* (camouflet). Asi por una especie de penetracion de abajo á arriba, la metáfora, esa trayectoria incalculable, hace subir al caló desde la caverna á la academia. Poulaillier, diciendo· *Enciendo mi candela* (camouflet), hace escribir á Voltaire: *Law leviel la Beaumelle merece cien bofetones* (camouflets).

Las investigaciones sobre el caló traen un descubrimiento á cada paso. El estudio profundo de este estraño idioma nos lleva al misterioso punto de interseccion de la sociedad regular con la sociedad maldita.

El ladron tiene tambien su carne de cañon, la materia robable, vosotros, yo, cualquiera que pasa; el *pantre*, (*pan*, todo el mundo).

El caló es el verbo hecho presidiario.

Y realmente asusta que el principio pensante del hombre pueda ser llevado tan abajo, y arrastrado y oprimido allí por las oscuras tiranías de la fatalidad; que pueda estar sujeto por desconocidos vínculos en ese precipicio.

¡Oh pobre pensamiento de los miserables!

¡Ah! ¿No acudirá nadie al socorro del alma humana que yace en esa sombra? ¿Será su destino esperar en ella para siempre el espíritu, el libertador, el inmenso ginete de los pegasos y de los hipógrifos, el soldado de color de aurora, que desciende del azul entre dos alas, el radiante caballero del porvenir? ¿Llamará siempre en vano á su auxilio la lanza de luz del ideal? ¿Está condenada á oir llegar espantosamente en el espesor del abismo al Mal, y á entrever cada vez mas cerca, bajo las aguas repugnantes, esa cabeza de dragon, esa boca arrojando espuma, esa ondulacion serpenteante de garras, de hinchazones y de anillos? ¿Será preciso que viva allí sin un resplandor, sin esperanza, entregada á esa aproximacion formidable y vagamente sentida del monstruo, temblorosa, con el cabello suelto, retorciéndose los brazos, encadenada para siempre á la roca de la noche, sombría Andrómeda, pálida y desnuda en las tinieblas?

Digitized by Google

III.

CALÓ QUE LLORA Y CALÓ QUE RIE.

Como hemos dicho, el caló completo, el caló de hace cuatrocientos años, como el caló de hoy, está penetrado de ese tenebroso espíritu simbólico, que da á todas las palabras, ya un aspecto dolorido, ya un aire amenazador. Se descubre en ellas la antigua y terrible tristeza de los truhanes de la Córte de los Milagros, que jugaban á las cartas con naipes especiales, de los cuales se han conservado algunos. El ocho de bastos, por ejemplo, representaba un gran árbol con ocho grandes hojas de trébol, especie de personificacion fantástica del bosque. Al pie del árbol se veia una hoguera, en que tres liebres asaban á un cazador en el asador, y detrás, en otra hoguera, una marmita humeante, de donde salia la cabeza de un perro.

Nada mas lúgubre que estas represalias en pintura, y en una baraja, en presencia de las hogueras que quemaban á los contrabandistas, y de la caldera en que se cocian los monederos falsos. Las diversas formas que tomaba el pensamiento en el reino del caló, hasta la cancion, hasta la burla, hasta la amenaza, tenian este carácter impotente y humillado.

Todas las canciones, cuya música se ha conservado alguna vez,

Digitized by Google

eran humildes y lastimeras. El *pigre* se llamaba *pobre pigre*, y siempre es la liebre que se oculta; el raton que se escapa, el pájaro que huye. Apenas reclama; se limita á suspirar; uno de sus gemidos ha llegado hasta nosotros:—*Mande na jabillo sasta Debel, ó batu de manuces, asti traelar á desqueres chaboros y junelar desqueres bariches bi traelarse* (1).

El miserable, siempre que tiene tiempo de pensar, se hace pequeño ante la ley, y despreciable ante la sociedad: se echa boca abajo, suplica, se vuelve hácia la piedad; se conoce que sabe sus faltas.

Hácia mediados del último siglo se verificó un cambio. Las canciones de la cárcel, los ritornelos de los ladrones tomaron, por decirlo asi, un gesto insolente y jovial. El quejumbroso *maluré* fue reemplazado por *larifla*. En el siglo XVIII vuelve á encontrarse en casi todas las canciones de las galeras y de los presidios, une alegría diabólica y enigmática. Se oye este estribillo estridente que parece iluminado por una luz fosfórica, y arrojado en un bosque por un fuego fátuo, tocando el pífano:

Mirlababi surlababo
Mirliton ribonirbete
Surlababi mirlababo
Mirliton riboribo.

Esto se cantaba mientras se degollaba á un hombre en una cueva ó en un escondrijo del bosque.

Síntoma grave. En el siglo XVIII, la antigua melancolía de esas tristes clases se disipa: se echan á reir: se burlan del gran *Debel* y del gran *benguistano*. Desde el tiempo de Luis XV le llaman el rey de Francia «el marqués de París.» Ya están casi alegres. Una especie de ligera luz sale de estos miserables como si la conciencia no les pesase nada. Esas lastimeras tribus de la sombra no tienen ya solamente la audacia desesperada de las acciones, sino tambien la osadía negligente del ingenio. Indicio de que pierden el sentimiento de su criminalidad, y de que encuentran hasta entre los pensadores y los utopistas un apoyo, que desconocen ellos mismos: indicio de que el robo y el pillaje principian á infiltrarse hasta en las doctrinas y en los sofismas; de manera, que pierden

(1) Yo no comprendo cómo Dios, el padre de los hombres, puede atormentar á sus hijos, y oir sus gemidos, sin atormentarse á sí mismo.

Digitized by Google

algo de su fealdad, prestando una gran parte de ella á los sofismas y á las doctrinas: indicio, en fin, si no se distrae esta corriente, de que se aproxima una esplosion prodigiosa.

Detengámonos aquí un momento. ¿A quién acusamos? ¿Al siglo XVIII? ¿A su filosofía? No, ciertamente. La obra del siglo XVIII es sana y buena. Los enciclopedistas con Diderot á la cabeza; los fisiócratas con Turgot á la cabeza; los filósofos con Voltaire á la cabeza; los utopistas con Rousseau á la cabeza, son las cuatro legiones sagradas, á las cuales se debe el inmenso paso dado por la humanidad hácia la luz. Son las cuatro vanguardias del género humano, dirigiéndose á los cuatro puntos cardinales del progreso. Diderot á lo bello, Turgot á lo útil, Voltaire hácia lo verdadero, Rousseau hácia lo justo.

Pero al lado y por bajo de los filósofos estaban los sofistas, vegetacion venenosa mezclada con el progreso saludable, cicuta en un bosque vírgen. Mientras que el verdugo quemaba en el átrio del palacio de Justicia los grandes libros libertadores del siglo, escritores, hoy olvidados, publicaban, con privilegio del rey, ciertos escritos estrañamente desorganizadores, ávidamente leidos por los miserables. Algunas de estas publicaciones, patrocinadas, cosa singular, por un príncipe, se encuentran en la *Biblioteca secreta*. Estos hechos profundos, pero ignorados, no eran conocidos en la superficie. Algunas veces, la oscuridad de un hecho constituye su peligro: es oscuro, porque es subterráneo. De todos los escritores, el que quizá ahondó en las masas la galería mas insalubre, fue Restif de la Bretonne.

Este trabajo, comun á toda Europa, hizo mas estragos en Alemania que en ninguna otra parte. En Alemania, durante cierto período, resumido por Schiller en su famoso drama *Los Bandidos*, el robo y el pillaje se erigian en protesta contra la propiedad y el trabajo; se asimilaban ciertas ideas elementales, especiosas y falsas, justas en apariencia, absurdas en realidad; se envolvian en estas ideas, desaparecian en ellas en cierto modo: tomaban un nombre abstracto, y pasaban al estado de teoría; y de esta manera circulaban entre la multitud laboriosa, paciente y honrada, sin noticia de los mismos químicos imprudentes que habian preparado la mistura; sin saberlo las masas que la aceptaban. Siempre que se verifica un hecho de este género es muy grave. El padecimiento engendra la cólera, y mientras que las clases pros-

Digitized by Google

peran, se ciegan ó se adormecen, lo cual es siempre cerrar los ojos, el odio de las clases desgraciadas enciende su antorcha á la luz de algun ánimo tétrico ó contrahecho, que sueña en un rincon, y con ella se pone á examinar la sociedad. ¡El exámen del odio! ¡Cosa terrible!

De aquí provienen, si la desgracia de los tiempos lo quiere, esas terribles conmociones que antes se llamaban *jacquerías*, á cuyo lado las agitaciones puramente políticas son juegos de niño, que no son ya la lucha del oprimido contra el opresor, sino la rebelion del malestar contra el bienestar. Todo se derrumba entonces.

Las *jacquerías* son temblores del pueblo.

Este peligro, inminente quizá en Europa á fines del siglo XVIII, fue el que vino á detener la revolucion francesa, ese acto inmenso de probidad.

La revolucion francesa, que no es mas que lo ideal armado de la espada, se levantó, y con el mismo movimiento brusco, cerró la puerta del mal, y abrió la puerta del bien.

Desprendió la cuestion de todo lo que la oscurecia, promulgó la verdad, espulsó el miasma, sanificó el siglo, y coronó al pueblo.

Puede decirse de ella que ha creado al hombre por segunda vez, dándole una segunda alma: el derecho.

El siglo XIX hereda y beneficia su obra; y hoy la catástrofe social que hemos indicado hace poco, es simplemente imposible. Denunciarla, es ceguedad; temerla, necedad. La revolucion es la vacuna de la *jacquería*.

Gracias á la revolucion, las condiciones sociales han cambiado. Las enfermedades feudales y monárquicas no están ya en nuestra sangre; ya no hay nada de la edad media en nuestra constitucion. No estamos ya en aquellos tiempos en que horribles palpitaciones interiores hacian una irrupcion, en que se oia bajo los pies el oscuro rumor de un ruido sordo, en que aparecian en la superficie de la civilizacion ciertos levantamientos de galerías secretas; en que el suelo se abria; en que se abrian las bóvedas de las cavernas, y se veian salir de repente de la tierra cabezas monstruosas.

El sentido revolucionario es un sentido moral.

El sentimiento del derecho desarrollado, desarrolla el sentimiento del deber. La ley de todos es la libertad, que concluye donde em-

Digitized by Google

pieza la libertad de otro, segun la admirable definicion de Robespierre.

Desde 1789, el pueblo entero se dilata en el individuo realzado; no hay ningun pobre, que teniendo su derecho, no tenga su rayo de luz; el hambriento siente dentro de sí mismo la honradez de Francia; la dignidad del ciudadano es una armadura interior; el que es libre, es escrupuloso; el que vota, reina. De aquí proviene la incorruptibilidad; de aquí el aborto de esas ambiciones funestas; de aquí el que los ojos se bajen heróicamente ante las tentaciones.

El saneamiento revolucionario es tal, que en un dia de libertad, en un 14 de julio, en un 10 de agosto, no hay populacho. El primer grito de la multitud iluminada y engrandecida es: ¡pena de muerte al ladron! El progreso es honrado; lo ideal y lo absoluto no encubren nada. ¿Quién escoltó en 1848 los furgones que llevaban las riquezas de las Tullerías? Los traperos del arrabal de San Antonio. El harapo hizo la guardia ante el tesoro: la virtud hizo resplandecientes á estos haraposos. En aquellos furgones estaba, en cajas apenas cerradas ó entreabiertas, entre cien estuches brillantes, la antigua corona de Francia, toda de diamantes, terminada por el carbunclo de la monarquía, es decir, por el regente, que vale treinta millones de francos. Con los pies descalzos guardaban aquella corona.

Acabóse, pues, la *jacquería*. Lo siento por los hábiles. Con ella se va el temor que ha causado su último efecto, y que no podrá ya ser empleado en política; se ha roto el resorte del espectro rojo: todo el mundo lo sabe: el espantajo no espanta ya; los pájaros se toman familiaridades con el maniquí; los gorriones se posan en él; los ciudadanos se rien de él.

Digitized by Google

IV.

LOS DOS DEBERES: VELAR Y ESPERAR.

Siendo esto asi, ¿se ha disipado todo peligro social? No. No hay ya *jacquería*; la sociedad puede estar tranquila por este lado; no se le subirá ya la sangre á la cabeza; pero medite en el modo con que respira. La apoplegía no es de temer, pero sí la tísis. La tísis social se llama miseria.

Lo mismo se muere minado que aplastado.

No nos cansaremos de repetirlo: pensar ante todo en la multitud desheredada y dolorida, consolarla, darle aire y luz, amarla, ensanchar magníficamente su horizonte, prodigarle la educacion bajo todas sus formas, ofrecerle el ejemplo del trabajo, nunca el de la ociosidad, aminorar el peso de la carga individual, aumentando la nocion del fin universal, limitar la pobreza sin limitar la riqueza, crear vastos campos de actividad pública y popular, tener como Briareo cien manos que tender por todas partes á los débiles y á los oprimidos, emplear el poder colectivo en ese gran deber de abrir talleres á todos los brazos, escuelas á todas las aptitudes, y laboratorios á todas las inteligencias; aumentar el salario, disminuir el trabajo equilibrar el deber y el haber, es decir, proporcionar el goce al esfuerzo, y la saciedad á la

Digitized by Google

necesidad; en una palabra, hacer despedir al aparato social mas claridad y mas bienestar en provecho de los que padecen y de los que ignoran; esta es, que las almas simpáticas no lo olviden, la primera de las obligaciones fraternales; esta es, que los corazones egoistas lo sepan, la primera de las necesidades políticas.

Y sin embargo, todo esto no es mas que un principio. La verdadera cuestion es esta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

No insistimos mas, porque no es este el lugar de hacerlo.

Si la naturaleza se llama Providencia, la sociedad debe llamarse Prevision.

El crecimiento intelectual y moral no es menos indispensable que el mejoramiento material. La ciencia es un viático, el pensamiento es de primera necesidad; la verdad es un alimento como el trigo. Una razon sin ciencia y sin prudencia, se enflaquece. Compadezcamos lo mismo que á los estómagos, á los ánimos que no comen. Si hay algo mas doloroso que un cuerpo agonizante por falta de alimento, es un alma que muere de hambre de luz.

El progreso tiende á la solucion del problema. Llegará un dia en que todo el mundo se asombre. El género humano, subiendo siempre, conseguirá que las capas mas profundas salgan naturalmente de la zona de desgracia. La desaparicion de la miseria se hará por una simple elevacion de nivel.

Nadie puede dudar de esta gran solucion.

Es verdad que lo pasado tiene mucha vida aun á la hora en que escribimos. Revive; y este rejuvenecimiento de un cadáver es una cosa sorprendente. Anda y se acerca; parece triunfante: es un muerto conquistador; llega con su legion, las supersticiones; con su espada, el despotismo; con su bandera, la ignorancia; en poco tiempo ha ganado diez batallas, avanza, amenaza, se rie, y está á nuestras puertas. En cuanto á nosotros, no por eso desesperamos: vendamos el terreno donde está acampado Annibal.

Nosotros, los que creemos, ¿qué podemos temer?

No hay retroceso en las ideas, como no le hay en los rios.

Pero reflexionen los que no quieren el porvenir: diciendo no al progreso, no es el porvenir lo que condenan, sino á sí mismos. Se crean

Digitized by Google

una enfermedad sombría; se inoculan el mal de lo pasado. No hay mas que una manera de negarse á ser Mañana: morir.

Pero nosotros no queremos ninguna muerte: la del cuerpo lo mas tarde posible; la del alma, nunca.

Sí: el enigma dirá su palabra; la esfinge hablará; el problema se resolverá. Sí; el pueblo, bosquejado por el siglo XVIII, será perfeccionado por el siglo XIX. El que lo niegue, será un idiota. La perfeccion futura, el estado próximo del bienestar universal es un fenómeno divinamente fatal.

Los hechos humanos están regidos por inmensos empujes simultáneos que los llevan á todos, y en un tiempo dado, al estado lógico; es decir, al equilibrio y á la equidad. Una fuerza terrena y celestial resulta de la humanidad, y la gobierna; esta fuerza hace milagros; los desenlaces maravillosos no le son mas difíciles que las peripecias estraordinarias. Auxiliada por la ciencia que viene del hombre, y por el suceso, que viene de otra parte, se asusta poco de esas contradicciones en el enunciado de los problemas, que parecen imposibilidades al vulgo. No es menos hábil para sacar una solucion de la afinidad de ideas, que una enseñanza de la afinidad de hechos; y todo se puede esperar de ese misterioso poder del progreso, que el mejor dia pone al Oriente frente al Occidente en el fondo de un sepulcro, y hace hablar á los imanes con Bonaparte en lo interior de la gran pirámide.

Mientras tanto, no nos paremos, no vacilemos, no nos detengamos en la grandiosa marcha de las inteligencias. La filosofía social es esencialmente la ciencia de la paz: tiene por objeto, y debe tener por resultado, disolver la cólera en el estudio del antagonismo; examina, escudriña, analiza, y despues recompone; procede por via de reduccion, separando siempre el odio.

Que una sociedad desaparezca ante el viento que se desencadena sobre los hombres, lo hemos visto mas de una vez; la historia está llena de naufragios de pueblos y de imperios: costumbres, leyes, religiones, todo desaparece el dia menos pensado ante el huracan desconocido que pasa y lo arrastra.

Las civilizaciones de la India, de Caldea, de Persia, de Asiria, de Egipto, han desaparecido una tras otra. ¿Por qué? Lo ignoramos. ¿Cuáles fueron las causas de esos desastres? No lo sabemos. ¿Habrian

Digitized by Google

podido salvarse esas sociedades? ¿Fue suya la culpa? ¿Han alimentado algun vicio fatal que las ha perdido? ¿En qué cantidad entra el suicidio en esas muertes terribles de una nacion y de una raza? Estas cuestiones no tienen respuesta.

La sombra cubre las civilizaciones condenadas. Hacian agua, pues que se han ido á fondo: no tenemos mas que decir. Y miramos con cierta especie de asombro, en el fondo de ese mar que se llama pasado, detrás de esas olas colosales que se llaman siglos, zozobrar esos inmensos buques Babilonia, Nínive, Tarsis, Tebas, Roma, bajo el soplo espantoso que sale de todas las bocas de tinieblas.

Pero estas tinieblas se quedan allí; aquí tenemos luz. Ignoramos los males de las civilizaciones antiguas; pero conocemos las enfermedades de la nuestra: en todas partes tenemos sobre ella el derecho de la luz; contemplamos sus bellezas, y ponemos al descubierto sus deformidades. Donde tiene un dolor, le sondeamos; y consignado el padecimiento, el estudio de la causa nos lleva al descubrimiento del remedio. Nuestra civilizacion, obra de veinte siglos, es á un tiempo un monstruo y un prodigio; y vale bien la pena de que la salvemos. Y será salva. Consolarla, es ya mucho; iluminarla, es algo mas. Todos los trabajos de la filosofía social moderna deben dirigirse hácia este punto. El pensador moderno tiene un gran deber: auscultar la civilizacion.

Lo repetimos: esta auscultacion es un estímulo; y con esta insistencia en el estímulo queremos concluir estas páginas, entreacto austero de un drama doloroso. Bajo la mortalidad social se descubre la inmortalidad humana. Porque el globo tenga aquí y allí esas heridas que se llaman cráteres, y esas herpes llamadas solfataras; porque haya un volcan que se abra y arroje su pus, el globo no muere. Los males del pueblo no matan al hombre.

Y sin embargo, el que estudia la clínica social tiembla á cada momento. Los mas fuertes, como los mas sensibles, como los mas lógicos, tienen sus horas de desfallecimiento.

¿Llegará el porvenir? Parece que casi es posible hacer esta pregunta cuando se descubren tantas sombras terribles, tan oscuras faces entre los egoistas y los miserables: en los egoistas, las preocupaciones, las tinieblas de una educacion rica, el apetito aumentado por la embriaguez, un aturdimiento de prosperidad que asombra, el temor

Digitized by Google

de padecer, que en algunos llega hasta la aversion hácia los que padecen, una satisfaccion implacable, el yo tan hinchado que cierra las puertas del alma: en los miserables, la ambicion, la envidia, el odio, que proviene de ver gozar á los demás, las profundas sacudidas de la fiera humana hácia la saciedad del apetito, corazones llenos de bruma, la tristeza, la fatalidad, la necesidad, la ignorancia simple é impura.

¿Debemos continuar elevando los ojos al cielo? ¿El punto luminoso que en él se distingue es de los que se apagan? Es muy terrible ver asi lo ideal perdido en las profundidades, pequeño, aislado, imperceptible, brillante, pero rodeado de todas esas grandes amenazas negras, monstruosamente amontonadas en su derredor. Sin embargo, no hay mas peligro que el que corre una estrella en boca de una nube.

FIN DEL LIBRO SETIMO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO OCTAVO.

EL ENCANTO Y LA DESOLACION.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

PLENA LUZ.

El lector habrá comprendido que Eponina, habiendo conocido al través de la verja al inquilino de la calle Plumet, adonde la habia enviado la Magnon, habia empezado por separar á los bandidos de la calle Plumet, y luego habia llevado allí á Mario, y que despues de muchos dias de éstasis ante aquella verja, Mario, llevado por esa fuerza que arrastra el hierro hácia el iman, y al amante hácia las piedras de que está hecha la casa de su amor, habia concluido por entrar en el jardin de Cosette, como Romeo, en el jardin de Julieta. Pero le habia sido mas fácil que á Romeo, porque éste tuvo que escalar una pared, y Mario no tuvo que hacer mas que forzar un poco una de las barras de la verja decrépita que vacilaba en su alveolo carcomido como los dientes de los viejos. Mario era delgado, y pasó fácilmente.

Como nunca habia nadie en la calle, y Mario solo entraba en el jardin de noche, no corria peligro de ser visto.

A partir de aquella hora bendita y santa en que un beso unió dos almas, Mario seguia yendo todas las noches. Si en aquel momento de su vida, Cosette hubiera caido en el amor de un hombre poco escrupuloso y libertino, habria estado perdida; porque hay naturalezas genero-

Digitized by Google

sas que se entregan completamente, y Cosette era una de ellas. Una de las magnanimidades de la mujer es ceder. El amor en esa altura en que es absoluto, se complica con una especie de celestial ceguedad del pudor. ¡Pero cuántos peligros correis, almas nobles! Muchas veces dais el corazon, y nosotros tomamos el cuerpo; y os queda el corazon y le mirais en la sombra temblando. El amor no tiene término medio: ó pierde ó salva. El destino humano está encerrado en este dilema. Ninguna fatalidad establece este dilema tan inexorablemente como el amor. El amor es la vida, si no es la muerte: es cuna, pero tumba tambien. El mismo sentimiento dice sí y no en el corazon humano. De todas las cosas que Dios creó, el corazon es la que despide mas luz, pero tambien mas sombra.

Dios quiso que el amor que Cosette encontrase fuese uno de esos que salvan.

Mientras duró el mes de mayo de 1832, hubo todas las noches en aquel pobre jardin silvestre, bajo el follaje cada dia mas embalsamado y mas espeso, dos seres respirando castidad é inocencia, sumergidos en las felicidades celestes, mas cercanos á los arcángeles que á los hombres, puros, castos, embriagados, esplendentes, que brillaban el uno para el otro en las tinieblas. Parecíale á Cosette que Mario tenia una corona, y á Mario que Cosette tenia un nimbo. Se tocaban, se miraban, se cogian las manos, se apretaban uno contra otro, pero habia una distancia que no atravesaban; y no era que la respetasen, sino que la ignoraban.

Mario tenia una barrera, la pureza de Cosette: Cosette tenia un apoyo, la lealtad de Mario. El primer beso habia sido el último. Mario despues no habia hecho mas que tocar con sus labios la mano, ó el vestido, ó un bucle de los cabellos de Cosette. Cossete era para él un perfume y no una mujer: la respiraba. Ella no le negaba nada, el no pedia nada; ella era feliz, él estaba satisfecho. Vivian en ese feliz estado que se podria llamar el deslumbramiento de una alma por una alma. Era aquello el inefable primer abrazo de dos virginidades en lo ideal. Dos cisnes encontrándose en el campo de la pureza.

En aquella hora del amor en que el deleite se calla absolutamente bajo el poder del éstasis, Mario, el puro y seráfico Mario, hubiese sido mas bien capaz de subir á una casa de prostitucion, que de levantar la

Digitized by Google

punta del vestido de Cosette. Una vez, á la luz de la luna, Cosette se bajó á coger algo del suelo, se entreabrió su corpiño y dejó descubierto el nacimiento del cuello. Mario volvió los ojos.

—¿Qué pasaba entre aquellos dos séres?

—Nada; se adoraban.

Por la noche, cuando estaban allí, el jardin parecia un lugar vivo y sagrado. Todas las flores se abrian en su derredor y les enviaban perfumes, y ellos abrian sus almas, y las derramaban sobre las flores. La vegetacion ardiente y vigorosa temblaba llena de sávia y de alegría en torno de aquellos dos inocentes, y ellos se decian palabras de amor, que hacian estremecerse á los árboles.

—¿Y qué palabras eran estas? Soplos nada mas. Estos soplos bastaban para turbar y conmover toda aquella naturaleza. Poder mágico, que apenas se podria comprender si se leyesen en un libro esas conversaciones nacidas para ser arrastradas y disipadas como el humo por el viento bajo las hojas. Quitad á esos murmullos de dos amantes esa melodía que sale del alma, y que los acompaña como una lira, y lo que queda no es mas que una sombra. Y decis: ¡Qué! ¡No es mas que eso! Sí, niñeces, repeticiones, risas por nada, inutilidades, tontunas, todo lo mas sublime y mas profundo. Las únicas cosas que merecen ser dichas y ser escuchadas.

El hombre que no ha dicho y no ha escuchado nunca estas tonterías, estas pequeñeces, es un imbécil y un mal hombre,

Cosette decia á Mario:

—¿Sabes?...

(A todo esto, y al través de esta celeste virginidad, y sin que fuese posible ni á uno ni á otro decir cómo se trataban de tú.)

—¿Sabes? Me llamo Eufrasia.

—¿Eufrasia? No, te llamas Cosette.

—¡Oh! Cosette es un nombre muy feo que me pusieron cuando era niña. Pero mi verdadero nombre es Eufrasia. ¿No te gusta ese nombre?

—Sí... Pero Cosette no es feo.

—¿Te gusta mas que Eufrasia?

—Pero... Sí.

—Entonces tambien á mí me gusta mas. Es verdad, es muy bonito Cosette. Llámame Cosette.

Digitized by Google

Y la sonrisa con que acompañaba estas palabras hacia de este diálogo un idilio digno de un bosque que estuviera en el cielo.

Otras veces ella le miraba fijamente, y esclamaba:

—Caballero, sois muy lindo, muy guapo, teneis talento, no sois tonto del todo, sois mas sabio que yo; pero os desafío con esta palabra: ¡te amo!

Y Mario, en medio de un placer celestial, cria oir una estrofa cantada por una estrella.

O bien ella le daba un golpecito porque tosia, y le decia.

—No tosais, caballero. No quiero que nadie tosa en mi casa sin mi permiso. Es muy feo eso de toser, é inquietarme. Quiero que estés bueno, porque si estuvieras malo, seria yo muy desgraciada. ¿Qué quieres que hiciera?

Y esto era una cosa divina.

Una vez Mario dijo á Cosette:

—Figúrate que una vez crei que te llamabas Ursula.

Y esto les hizo reir toda la noche.

Otra vez en medio de una de estas conversaciones esclamó Mario.

—¡Oh! un dia en el Luxemburgo tuve deseos de acabar de estropear á un inválido!

Pero se detuvo, y no fue mas allá. Hubiera tenido que hablar á Cosette de la liga, y esto era un imposible. Habia entre ellos una especie de barrera desconocida, la carne, ante la cual retrocedia con cierto temor sagrado aquel amor inocente.

Mario se figuraba que esto era vivir con Cosette, y que ya no habia mas en el mundo: ir todas las noches á la calle Plumet, separar el complaciente hierro de la verja del presidente, sentarse junto á ella en aquel banco, mirar al través de los árboles la brillantez del principio de la noche, poner en contacto el pliegue de la rodilla de su pantalon con la falda de Cosette, acariciarle la uña del dedo pulgar, aspirar uno despues del otro el perfume de la misma flor, por siempre indefinidamente.

Pero mientras tanto, las nubes pasaban sobre sus cabezas. Siempre que sopla el viento arrastra mas sueños del hombre que nubes del cielo.

Aquel casto amor, casi esquivo, no rechazaba absolutamente la galantería. «Hacer cumplimientos» á quien se ama, es el primer modo de

Digitized by Google

hacer caricias, es un ensayo de audacia. El cumplimiento es como un beso al través del velo. El deleite envuelve en él su gérmen, ocultándose. Los requiebros de Mario, saturados de quimeras, eran, por decirlo asi, celestes. Los pájaros cuando vuelan por allí arriba al lado de los ángeles, deben de oir estas palabras; en ellas se mezclaba la vida, la humanidad, toda la cantidad de positivismo de que Mario era capaz. Eran lo que se diria en la gruta, el preludio de lo que se diria en la alcoba, una efusion lírica, la estrofa y el soneto mezclados, las caballerescas hiperboles del arrullo; todos los refinamientos de la adoracion colocados en un ramillete y exhalando un sutil perfume celestial, un inefable murmullo de corazon á corazon:

—¡Oh! murmuraba Mario, ¡qué hermosa eres! No me atrevo á mirarte. Por eso te contemplo. Eres una gracia. No sé lo que tengo. El bajo de tu vestido, cuando asomas la punta del pié, me trastorna. ¡Qué resplandor desprendes cuando se entreabre tu pensamiento! Siempre hablas con razon. En algunos momentos me parece que eres un sueño. Habla, te escucho, te admiro. ¡Oh! ¡qué raro y encantador es todo esto! Estoy verdaderamente loco. Sois adorable, señorita. Estudio tus pies con el microscopio, y tu alma con el telescopio.

Y Cosette respondia:

—Te amo un poquito mas por el tiempo que ha pasado desde esta mañana.

Preguntas y respuestas iban como podian en este diálogo, cayendo siempre de acuerdo sobre el amor, como los figurines de sauco sobre el muelle.

Cosette era la sencillez, la ingenuidad, la trasparencia, la blancura, el candor, la luz. Podia decirse de Cosette que era clara. Causaba á quien la veia una sensacion como el abril y la aurora: descubríase el rocío en sus ojos. Cosette era la condensacion de luz de la aurora en forma de mujer.

Era una cosa muy sencilla que Mario, adorándola, la admirase. Pero la verdad es que aquella colegiala, tierna flor del convento hablaba con una profunda penetracion esquisita; y decia á cada momento toda clase de palabras verdaderas y delicadas. Su charla era conversacion: no se engañaba en ningun asunto, y veia siempre lo justo. La mujer siente y habla con el tierno instinto del corazon, que es infalible. Nadie

Digitized by Google

puede decir cosas tiernas y profundas á la vez como una mujer. La dulzura y la profundidad constituyen la mujer, esto es, el cielo.

En esta plena felicidad les asomaban á cada instante lágrimas á los ojos. Un insectillo aplastado, una pluma caida de un nido, una rama de un arbol rota, los estremecia; y su éstasis, dulcemente impregnado de melancolía, parecia que solo pedia una lágrima. El síntoma mas grande del amor es un estremecimiento casi insoportable algunas veces.

Y despues de esto—porque tales contradicciones son el juego de los relámpagos amorosos—se reian espontáneamente y con gran libertad, y tan familiarmente, que parecian algunas veces dos niños. Sin embargo, aun ignorándolo aquellos corazones que rebosaban castidad, allí estaba la naturaleza inolvidable. Allí estaba con su objeto brutal y sublime, y cualquiera que sea la inocencia de las almas, se siente en la conversacion íntima mas púdica la adorable y misteriosa nube que separa dos amantes de dos amigos.

Se idolatraban.

Lo permanente y lo inmutable subsisten. Los amantes se aman, se sonrien, se rien, se hacen cariñitos con los labios, entrelazan los dedos de las manos, se tutean, y todo esto no se opone á la eternidad. Dos amantes se ocultan por la noche en el crepúsculo, en lo invisible, como los pájaros, como las rosas; se fascinan uno á otro en la sombra con sus corazones que ponen en sus ojos; murmuran, cuchichean, y mientras tanto, el grandioso movimiento de los astros se realiza en lo infinito.

Digitized by Google

II.

EL ATURDIMIENTO DE LA FELICIDAD COMPLETA.

Existian vagamente asombrados de su felicidad. No habian notado que el cólera diezmaba á París en aquel mes. Se habian hecho todas las confianzas posibles; pero no habian pasado mas allá de sus nombres.

Mario habia dicho á Cosette que era huérfano, que se llamaba Mario Pontmercy, que era abogado, que vivia de escribir para los libreros, que su difunto padre era coronel y habia sido un héroe, y que estaba reñido con su abuelo, que era rico. Le habia indicado tambien que era baron; pero esto no habia causado efecto alguno á Cosette. ¿Mario baron? No lo comprendia: no sabia lo que queria decir esta palabra. Mario era Mario.

Ella por su parte le habia dicho que se habia educado en el convento del pequeño Picpus, que su madre habia muerto como la de él, que su padre se llamaba el señor Fauchelevent, que era muy bueno, que daba muchas limosnas, que era, á pesar de esto, un pobre, y que se privaba de todo, no privándole á ella de nada.

Y cosa estraña en la especie de sinfonía en que Mario vivia desde que veia á Cosette; lo pasado, aun lo mas reciente, se habia hecho para

Digitized by Google

él tan confuso y lejano, que lo que Cosette le contaba, le satisfacia plenamente. No pensó siquiera en hablarle de la aventura nocturna del caseron, de los Thenardier, de la quemadura, y de la estraña actitud y singular huida de su padre. Mario habia olvidado al momento todo esto; no sabia por la noche ni lo que habia hecho por la mañana, ni dónde habia almorzado, ni quién le habia hablado; tenia en el oido una música que le ensordecia para cualquier otro pensamiento: solo existia en las horas en que veia á Cosette. Y entonces, como estaba en el cielo, era natural que olvidase la tierra. Ambos llevaban con languidez el peso indefinible de los deleites inmateriales. Asi viven esos somnámbulos que se llaman enamorados.

¡Ah! ¿Quién no ha pasado por estas cosas? ¿Por qué llega una hora en que se sale de ese cielo? ¿Por qué continúa la vida despues?

El amor casi reemplaza al pensamiento: es un completo olvido de todo lo demás. No pidais, pues, lógica á la pasion. No hay encadenamiento lógico absoluto en el corazon humano, lo mismo que no hay ninguna figura geométrica perfecta en la mecánica celeste.

Para Cosette y Mario no existia nada mas que Mario y Cosette. El universo en su derredor estaba como caido en un abismo. Vivian en un minuto de oro. No tenian nada delante ni detrás; Mario apenas pensaba en que Cosette tenia padre; en su cerebro habia una cosa semejante á un deslumbramiento que todo lo borra. ¿De qué hablaban aquellos amantes? Ya lo hemos dicho: de las flores, de las golondrinas, del sol poniente, de la salida de la luna, de todas las cosas importantes; se lo decian todo, escepto todo, esto es, el todo de los enamorados, que es la nada. Pero el padre, las realidades, el chiribitil, los bandidos, aquella aventura, ¿qué les importaba? ¿Estaban seguros de que habia existido aquel sueño? Eran dos, se adoraban, no habia mas que esto; todo lo demás no existia. Es probable que este desvanecimiento del infierno detrás de nosotros sea inherente á la llegada al paraiso. ¿Acaso se han visto los demonios? ¿Los ha habido? ¿Se ha tenido miedo? ¿Se ha padecido? Ya no se sabe; todo esto lo cubre una nube rosada.

Asi vivian, pues, aquellos dos seres, en una gran altura, con toda la inverosimilitud que puede haber en la naturaleza; ni en el nadir, ni en el zenit, entre el hombre y el serafin; por cima del fango, y por debajo del éter, en la nube; apenas se descubria que eran de carne y

Digitized by Google

hueso; eran alma y éstasis desde los pies á la cabeza; demasiado sublimes para andar por la tierra; pero aun con bastante humanidad para desaparecer en el azul, en suspension, como átomos que esperan el precipitado; en apariencia fuera del destino; ignorando la miseria del ayer, hoy y mañana; maravillados, pasmados, flotantes; aligerados por momentos para la desaparicion en el infinito; casi dispuestos á dar el vuelo eterno.

Dormian despiertos en aquel arrullo. ¡Oh letargo espléndido de lo real borrado por lo ideal!

Algunas veces, aunque Cosette era tan bella, cerraba los ojos delante de ella; porque cerrados los ojos es como mejor se ve el alma.

Mario y Cosette no se preguntaban á dónde irian á parar. Se miraban como en un encuentro. Es una pretension del hombre el querer que el amor le lleve á alguna parte.

Digitized by Google

III.

PRINCIPIO DE SOMBRA.

Juan Valjean por su parte no sospechaba nada.

Cosette, un poco menos soñadora que Mario, estaba alegre, y esto bastaba á Juan Valjean para ser feliz. Los pensamientos de Cosette, sus tiernas ilusiones, la imágen de Mario que llenaba su alma, no perjudicaban en nada á la pureza incomparable de su hermosa frente, casta y risueña. Se encontraba en la edad en que la vírgen lleva el amor como el ángel la azucena. Juan Valjean estaba, pues, tranquilo.

Además, cuando dos amantes se entienden, todo va bien, y cualquier tercero que pudiera turbar su amor, está en una perfecta ceguedad á causa de unas cuantas precauciones, siempre las mismas para todos los enamorados. Asi, Cosette nunca hacia objecciones á Juan Valjean. ¿Queria pasear? Sí, padre mio. ¿Queria quedarse? Muy bien. ¿Queria pasar la noche al lado de Cosette? Ella lo celebraba.

Como Juan Valjean se retiraba siempre á las diez de la noche, estas noches no iba Mario al jardin hasta despues de esta hora, cuando oia desde la calle que Cosette abria la puerta-ventana de la escalinata. No hay que decir que por el dia no parecia Mario por allí. Juan Valjean no se acordaba ya ni de que existia tal hombre. Solo una vez, una ma-

Digitized by Google

ñana le dijo á Cosette:—¡Calla! ¡Cómo tienes la espalda de yeso!—La noche anterior, Mario, en un momento de trasporte, habia oprimido á Cosette contra la pared.

La vieja Santos, que se acostaba muy temprano, no pensaba mas que en dormir despues de concluido su trabajo, é ignoraba todo como Juan Valjean.

Mario no ponia nunca los pies en la casa. Cuando estaba con Cosette se ocultaba en una rinconada cerca de la escalinata para que no le viesen ni oyesen desde la calle. Allí se sentaban, contentándose muchas veces con apretarse las manos veinte veces por minuto, mirando las ramas de los árboles. En aquellos momentos, aunque hubiera caido un rayo á treinta pasos de ellos, no lo habrian notado: de tal modo absorbia cada uno el profundo pensamiento del otro.

¡Pureza límpida! ¡Horas diáfanas, casi todas iguales! Esta clase de amor es una coleccion de hojas de azucena y de plumas de paloma.

Todo lo ancho del jardin los separaba de la calle. Cada vez que Mario entraba y salia, ajustaba cuidadosamente la barra de la verja, de modo que no se notaba nada.

Se iba habitualmente á media noche, y se dirigia á casa de Courfeyrac. Este decia á Bahorel:

—¿Lo creerás? Mario se retira ahora á la una de la mañana.

Bahorel respondia:

—¿Y qué quieres? Los seminaristas son siempre un petardo.

Algunas veces, Courfeyrac cruzaba los brazos, y poniéndose serio, decia á Mario:

—¡Andais perdido, jóven!

Courfeyrac, hombre práctico, no veia con buenos ojos este reflejo de un paraiso invisible en Mario: conocia muy poco las pasiones inéditas, se impacientaba, y hacia frecuentes reflexiones á Mario para que volviese á lo real. Una mañana le dirigió esta pregunta:

—Querido, creo que vives en la Luna, reino del Delirio, provincia de la Ilusion, capital Bola de Jabon. Vamos, sé buen muchacho. ¿Quién es ella?

Pero no habia medio de «hacer hablar» á Mario. Antes le hubieran arrancado las uñas que una de las tres sílabas sagradas que componian este nombre inefable: *Cosette*. El amor verdadero es luminoso como la

Digitized by Google

aurora, y silencioso como una tumba. Courfeyrac solo habia notado en Mario que tenia una taciturnidad esplendente.

En aquel alegre mes de mayo, Mario y Cosette descubrieron inmensas felicidades:

Reñir y llamarse de vos, solo para llamarse despues de tú con mas placer;

Hablar largamente y con los mas minuciosos detalles de personas que no les importaban nada absolutamente: nueva prueba de que en esa ópera seductora que se llama el amor, el libreto no es casi nada;

Para Mario, oir á Cosette hablar de trapos;

Para Cosette, oir á Mario hablar de política;

Oir con las rodillas juntas el ruido de los coches que pasaban por la calle de Babilonia;

Contemplar el mismo planeta en el cielo, ó el mismo gusano de luz en la tierra;

Callarse á un tiempo; placer mayor aun que el de hablar;

Etc., etc.

Sin embargo, se aproximaban algunas complicaciones.

Una noche que Mario iba á la cita por el boulevard de los Inválidos, con la cabeza inclinada, como habitualmente, al volver la esquina de la calle Plumet, oyó decir á su lado:

—Buenas noches, señor Mario.

Levantó la cabeza, y conoció á Eponina.

Esto le causó una impresion estraña.

Ni una sola vez habia pensado en aquella muchacha desde el dia en que le habia llevado á la calle Plumet; no la habia vuelto á ver, y se habia borrado por completo de su memoria. Tenia motivos para estarla agradecido, y le debia su felicidad presente; sin embargo, le incomodó encontrarla.

Es un error creer que la pasion es pura cuando es feliz, y que conduce al hombre á un estado de perfeccion; le conduce simplemente, como hemos dicho, al estado de olvido. En esta situacion, el hombre se olvida de ser malo, pero se olvida tambien de ser bueno. El agradecimiento, el deber, los recuerdos esenciales é importunos desaparecen. En cualquier otro tiempo, Mario habria sido una cosa muy distinta para

Digitized by Google

Eponina. Absorbido por Cosette, ni aun se habia esplicado claramente que aquella Eponina se llamaba Eponina Thenardier; que llevaba un nombre escrito en el testamento de su padre, el mismo nombre por que se hubiera sacrificado generosamente algunos meses antes. Presentamos á Mario tal como era: hasta el nombre de su padre desaparecia en algun modo bajo el esplendor de su amor. Respondió, pues, con algun embarazo:

—¡Ah! ¿Sois Eponina?

—¿Por qué me hablais de vos? ¿Os he hecho algo?

—No, respondió él.

Es cierto que nada tenia contra ella: todo lo contrario. Pero conocia que no podia hacer otra cosa: llamando de tú á Cosette, debia tratar de vos á Eponina.

Como Mario se calló, le dijo Eponina:

—Decid, pues...

Y se detuvo. Parecia que faltaban palabras á aquella criatura que habia sido tan despreocupada y tan atrevida. Trató de sonreirse y no pudo.

—¿Y qué?... volvió á decir.

Despues se calló, y bajó los ojos.

—Buenas noches, señor Mario, dijo despues de repente, y se fué.

Digitized by Google

IV.

CAB ROULE EN INGLÉS, Y TAMBORÚ EN CALÓ.

El dia siguiente, que era el 3 de junio de 1832, fecha que debemos consignar á causa de los sucesos graves que estaban suspendidos sobre el horizonte de París en el estado de nubes cargadas; Mario, al caer la noche, seguia el mismo camino que la víspera, con los mismos pensamientos placenteros en el corazon, cuando vió entre los árboles del boulevard á Eponina que se dirigia hácia él. Dos dias seguidos de encuentro era demasiado. Se volvió rápidamente, salió del boulevard, cambió de camino, y se fué á la calle Plumet por la calle de Monsieur.

Eponina le siguió hasta la calle Plumet, lo que no habia hecho nunca hasta entonces, pues se habia contentado con verle al pasar por el boulevard, sin tratar de encontrarle. Solo la víspera le habia hablado.

Eponina le siguió, pues, sin que él lo supiese, le vió separar el hierro de la verja, y entrar en el jardin.

—¡Calla! dijo, ¡entra en la casa!

Se acercó á la verja, tentó los hierros uno despues de otro, y encontró fácilmente el que Mario habia separado.

Entonces murmuró á media voz con lúgubre acento:

—¡Nada de eso, Lisette!

Se sentó en el estribo de la verja, y al lado del hierro como si le

Digitized by Google

estuviese guardando. Aquel punto era precisamente el estremo de la verja que tocaba á la casa próxima, y se formaba allí un ángulo oscuro en que se ocultó completamente Eponina.

Asi permaneció mas de una hora sin moverse y sin respirar, entregada á sus ideas.

Hácia las diez de la noche, una de las dos ó tres personas que pasaban por la calle Plumet, un viejo que se habia retardado y pasaba muy de prisa por aquel sitio desierto y de mala fama, costeando la verja, al llegar al ángulo que esta formaba con el jardin, oyó una voz sorda y amenazadora, que decia:

—¡No me admiro de que venga todas las noches!

El transeunte miró alrededor, no vió á nadie, no se atrevió á mirar á aquel rincon oscuro, tuvo un gran miedo, y redobló el paso.

Aquel transeunte hizo bien en marcharse corriendo, porque pocos momentos despues, seis hombres que iban separados y á corta distancia unos de otros á lo largo de la pared, y que habrian podido confundirse con una patrulla de policía, entraron en la calle Plumet.

El primero que llegó á la verja del jardin se detuvo y esperó á los demás: un segundo despues estaban todos reunidos.

Aquellos hombres se pusieron á hablar en voz baja.

—Aquí es, dijo uno de ellos.

—¿Hay algun tamború (1) en el jardin? dijo otro.

—No lo sé. Pero en todo caso he acabelado (2) una bolita que le haremos jamelar (3).

—¿Has traido la pasta para romper la clariosa (4).

—Sí.

—La verja es vieja, dijo el quinto, que tenia voz de ventrílocuo.

—Tanto mejor, dijo el segundo que habia hablado. Asi no goleará (5) bajo la sorda (6), y no costará tanto ciselarla (7).

(1) Perro.
(2) Traido.
(3) Comer.
(4) Ventana. Para romper los vidrios usan los ladrones una pasta que se estiende sobre el vidrio, y retiene los pedazos, evitando el ruido.
(5) Chillará.
(6) Lima.
(7) Romperla.

Digitized by Google

El sesto, que no habia habierto aun la boca, se puso á examinar la verja, como habia hecho Eponina una hora antes, empuñando sucesivamente cada barra, y moviéndolas con precaucion. Asi llegó al hierro que Mario solia quitar. Cuando iba á cogerle, una mano que salió bruscamente de la sombra, le agarró el brazo; al mismo tiempo se sintió rechazado por medio del pecho, y oyó una voz que le decia sin gritar:

—Hay un tamború.

Y vió una jóven pálida delante de él.

El hombre sintió esa conmocion que produce siempre lo inesperado. Quedóse horriblemente estupefacto; no hay nada mas horrible que las fieras inquietas; su aspecto atemorizado es temible. Retrocedió, y murmuró:

—¿Quién es esa pícara?

—Vuestra hija.

En efecto, era Eponina que hablaba á Thenardier.

A la aparicion de Eponina, los otros cinco, es decir, Suena-dinero, Traga-mares, Babet, Montparnase y Brujon, se habian acercado sin ruido, sin precipitacion, sin decir una palabra, con la siniestra lentitud propia de estos hombres nocturnos.

Se les veian algunos repugnantes útiles en la mano. Traga-mares tenia una de esas pinzas cortas, que los vagos llaman tenaza.

—¡Ah! ¿qué haces ahí? ¿qué nos quieres? ¿estás loca? esclamó Thenardier, gritando todo lo que se puede gritar en voz baja: ¿quieres acaso impedirnos trabajar?

Eponina se echó á reir, y saltó á su cuello:

—Estoy aquí, padrecito mio, porque estoy aquí. ¿No me es permitido sentarme sobre la piedras ahora? Vos sois el que no debeis estar aquí. ¿Qué venís á hacer si esto es un bizcocho? (1). Ya se lo dije á la Magnon. No hay nada que hacer aquí. Pero abrazadme, mi querido padre. ¡Cuánto tiempo hace que no os he visto! ¡Estais ya fuera! ¡Estais libre!

Thenardier trató de librarse de los brazos de Eponina, y murmuró:

—Está bien: Tú me has abrazado ya: Sí, estoy fuera: No estoy dentro. Ahora vete.

(1) Cosa imposible.

Digitized by Google

Pero Eponina no dejaba de hacerle caricias.

—Padre mio, ¿qué habeis hecho? Debeis tener mucho ingenio cuando habeis salido de allí. ¡Contádmelo! ¿Y mi madre? ¿Dónde está mi madre? Dadme noticias de mi mamá.

Thenardier respondió:

—Está buena; no sé; déjame; te digo que te vayas.

—No quiero irme ahora, dijo Eponina con un mimo de niño enfadado; me despedís, cuando hace cuatro meses que no os he visto, y cuando apenas he tenido tiempo de abrazaros.

Y volvió á echar los brazos al cuello de su padre.

—¡Ah! ¡Vaya! ¡Qué tonta! dijo Babet.

—Despachemos, dijo Traga-mares, que pueden pasar los corchetes.

La voz del ventrílocuo midió estos versos:

Ya no hay nadie que diga
Papa ni mama.

Eponina se volvió hácia los cinco bandidos.

—¡Calla! el señor Brujon.—Buenos dias, señor Babet.—Buenos dias, señor Suena-dinero.—¿No me conoceis ya, señor Traga-mares?—¿Cómo estais, Montparnase?

—Sí, se acuerdan de tí, dijo Thenardier. Pero buenos dias, buenas noches, y largo. Déjanos tranquilos.

—Esta es la hora de los lobos y no de las gallinas, dijo Montparnase.

—Ya ves que tenemos que maquilar (1) aquí.

Eponina le cogió la mano á Montparnase.

—¡Ten cuidado! dijo éste; te vas á cortar: tengo un churi (2) abierto.

—Mi querido Montparnase, respondió Eponina dulcemente, es preciso tener confianza en las personas. Yo soy tal vez la hija de mi padre. Señor Babet, señor Traga-mares, yo me he encargado de dar luz á este negocio.

Es de notar que Eponina no hablaba en caló. Desde que conocia á Mario, se le habia hecho imposible esta horrible lengua.

(1) Trabajar.
(2) Navaja.

Digitized by Google

Apretó con su pequeña mano, huesosa y débil como la de un esqueleto, los gruesos dedos de Traga-mares, y continuó:

—Ya sabeis que no soy tonta. Casi siempre me creeis; os he prestado servicios algunas veces. Pues bien: me he informado, y os espondreis inútilmente. Ya veis. Os juro que no hay nada que hacer en esta casa.

—Solo hay mujeres, dijo Traga-mares.

—No. Los inquilinos se han mudado.

—Las luces no se han mudado, dijo Babet.

Y enseñó á Eponina al través de la copa de los árboles una luz que se paseaba por la buhardilla del pabellon. Era la tia Santos que habia velado para poner la ropa blanca á secar.

Eponina tentó un último recurso:

—Pues bien; dijo: esta gente es muy pobre; solo tienen una barraca donde no hay un sueldo.

—¡Vete al diablo! dijo Thenardier. Cuando hayamos registrado la casa, y puesto la cueva arriba y el granero abajo, ya te diremos lo que hay dentro, y si son calés, luas ó duqueles (1).

Y la empujó para entrar.

—Mi buen amigo, Montparnase, dijo Epopina, os lo ruego, vos que sois buen muchacho, no entreis.

—Ten cuidado, que te vas á cortar dijo Montparnase.

Thenardier añadió con su acento decisivo:

—Lárgate, mujer, y deja que los hombres hagan sus negocios.

Eponina soltó la mano de Montparnase, que habia vuelto á coger, y dijo:

—¿Os empeñais, pues, en entrar en esta casa?

—Algo hay de eso, dijo el ventrílocuo burlándose.

Entonces ella se recostó en la verja, hizo frente á los seis bandidos armados hasta los dientes, y que parecian en la noche unos demonios, y dijo con voz firme y baja:

—Pues bien: yo no quiero.

Ellos se detuvieron estupefactos. El ventrílocuo acabó su risa. Ella continuó:

(1) Cuartos, pesetas ó doblones.

Digitized by Google

—Amigos, escuchadme bien. Ya es otra cosa. Ahora hablo yo. Si entrais en el jardin, si tocais á esta verja, gritó llamo á las puertas, despierto á los vecinos, y hago que os prendan á los seis, llamando á los agentes de policía.

—Y lo haria, dijo Thenardier en voz baja á Brujon y al ventrílocuo.

Ella meneó la cabeza, y añadió:

—¡Empezando por mi padre!

Thenardier se apróximó:

—No tan cerca buen hombre dijo Eponina.

El retrocedió, murmurando entre dientres: Pero ¿qué es lo que tiene? y añadió:

—¡Perra!

Y se echó á reir de una manera horrible.

—Seré lo que querais, pero no entrareis. No soy hija de perro, porque soy hija de lobo. Sois seis; ¿y eso qué me importa? Sois hombres; pues yo soy mujer. No me dais miedo; marchaos. Os digo que no entrais en esta casa porque no quiero. Si os acercais, ladro; ya os he dicho que soy el perro. No os temo. Seguid vuestro camino. ¡Me estais fastidiando! Idos donde querais, pero no vengais aquí: ¡os lo prohibo! Vosotros á puñaladas y yo á zapatazos: es un partido igual. Avanzad, pues.

Y dió un paso hácia los bandidos: estaba espantosa, y se echó á reir.

—¡Caramba! que no tengo miedo. Por el verano tendré hambre, por el invierno tendré frio. ¡Serán brutos estos hombres al creer que inspiran miedo á una mujer! ¿De qué? ¡Miedo! ¡Ah! Sí. ¡Vaya! ¡Porque teneis ladronas de queridas que se esconden debajo de la cama cuando ahuecais la voz! ¡Por eso! ¡Yo no tengo miedo de nada!

Y mirando fijamente á Thenardier, añadió:

—¡Ni aun de vos, padre!

Despues prosiguió, paseando sobre los bandidos sus sangrientos ojos de espectro:

—¡Qué me importa á mí que me recojan mañana del suelo de la calle Plumet, asesinada á puñaladas por mi padre, ó que me encuentre dentro de un año en las redes de Saint-Cloud, ó en la isla de los Cisnes, en medio de viejos tapones de corcho podridos, y de perros ahogados!

Digitized by Google

Le fue preciso detenerse; la acometió una tos seca; su aliento salia como un estertor de su débil y estrecho pecho.

Despues prosiguió:

—No tengo que hacer mas que gritar y vienen, y atrás. Sois seis; yo soy todo el mundo.

Thenardier hizo un movimiento para aproximarse.

—¡Acercáos! dijo ella.

Thenardier se detuvo, y le dijo con dulzura:

—Pues bien: no, no me acercaré; pero no hables tan alto. Hija, ¿quieres que no trabajemos? Tenemos que ganarnos la vida. ¿No tienes amistad á tu padre?

—No me engañeis, dijo Eponina.

—Pero es preciso que vivamos, que comamos...

—¡Reventad!

Y diciendo esto se sentó en el estribo de la verja cantando:

Mi brazo fornido,
Mi pierna bien hecha,
Y el tiempo perdido.

Se puso el codo en la rodilla y la barba en la mano, y principió á menear el pie con indiferencia. Su vestido roto dejaba ver sus delgados hombros. Un farol próximo iluminaba su actitud y su perfil; no podia haber cosa mas resuelta y mas sorprendente.

Los seis bandidos admirados y disgustados de verse detenidos por una muchacha, se retiraron á la sombra, y celebraron una especie de consejo con movimientos de hombro, humillados y furiosos.

Ella mientras tanto les miraba con aire pacífico y esquivo.

—Algo la pasa, dijo Babet. Una razon. ¿Estará enamorada del perro? Es una lástima que lo dejemos. Dos mujeres, un viejo que vive en un traspatio, cortinas buenas en las ventanas: El viejo debe ser un judío: Creo que era buen negocio.

—Pues bien, entrad vosotros, dijo Montparnase. Haced el negocio. Yo me quedaré con la muchacha, y si chista...

É hizo relucir á la luz del farol la navaja que tenia abierta en la manga.

Thenardier no decia una palabra, y parecia dispuesto á todo.

Digitized by Google

Brujon, que tenia algo de oráculo, y que, como ya hemos dicho, era el inventor del golpe, no habia hablado aun. Parecia pensativo, pasaba por no retroceder ante nada, y se sabia que habia robado, solo por una bravata, un cuerpo de guardia de la policía. Además, hacia versos y canciones, lo que le daba una gran autoridad.

Babet le preguntó:

—¿Y tú, no dices nada, Brujon?

Brujon permaneció un instante silencioso, despues movió la cabeza de varias maneras, y se decidió á hablar.

—Veamos: he encontrado esta mañana dos gorriones dándose picotazos; esta noche me encuentro con una mujer que riñe. Todo esto es mal presagio. Vámonos.

Y se fueron.

Al marcharse, Montparnase murmuró:

—Si hubiesen querido, yo la hubiera dado el golpe de gracia.

Babet respondió:

—Yo no, porque no zurro á las señoras.

Al fin de la calle se detuvieron, y cambiaron entre sí en voz sorda este diálogo enigmático:

—¿A dónde iremos á dormir esta noche?

—Bajo París.

—¿Llevas la llave de la verja, Thenardier?

—¡Vaya!

Eponina, que no separaba de ellos la vista, los vió tomar el camino por donde habian venido. Despues se levantó y se arrastró detrás de ellos arrimada á las paredes y á las casas: asi los siguió hasta el boulevard. Allí se separaron; y vió á aquellos seis hombres perderse en la oscuridad, como si se fundieran en ella.

Digitized by Google

V.

COSAS DE LA NOCHE.

Despues que se marcharon los bandidos, la calle Plumet volvió á su tranquilo aspecto nocturno.

Lo que acababa de pasar en aquella calle no hubiera asombrado á nadie en un bosque. El arbolado, los sotos, los brezos, las ramas fuertemente cruzadas, las yerbas altas existen de una manera sombría; el hormigueo salvaje descubre allí las súbitas apariciones de lo visible, lo que está por debajo del hombre distingue al través de la bruma lo que está por cima del hombre, y las cosas ignoradas de nosotros los vivos, se confunden en la noche. La naturaleza erizada y salvaje se asusta con la aproximacion de ciertas cosas en que se cree descubrir lo sobrenatural. Las fuerzas de la sombra se conocen y tienen entre sí misteriosos equilibrios. Los dientes y las garras temen lo que es incaptible. La bestialidad sedienta de sangre, los voraces apetitos hambrientos en busca de la presa, los instintos armados de uñas y de mandíbulas, que tienen el vientre por principio y por fin, miran y olfatean con inquietud el impasible perfil del espectro vagando bajo un sudario, de pie, envuelto en su tembloroso vestido, que les parece vivir con una vida muerta y terrible. Estas brutalidades, que no son mas que materia, tienen confusa-

Digitized by Google

mente la inmensa oscuridad condesada en un ser desconocido. Una figura negra que les impide el paso, detiene á una bestia feroz. Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta á lo que sale del antro; lo feroz tiene miedo de lo siniestro; los lobos retroceden ante el encuentro de una boca.

Digitized by Google

VI.

MARIO DESCIENDE Á LA REALIDAD, HASTA EL PUNTO DE DAR LAS SEÑAS DE SU CASA Á COSETTE.

Mientras que aquella perra con figura humana montaba la guardia en la verja, y los seis bandidos retrocedian ante una muchacha, Mario estaba al lado de Cosette.

El cielo no habia estado nunca tan estrellado y tan hermoso, ni los árboles tan temblorosos, ni las yerbas tan embalsamadas; nunca los pájaros se habian dormido entre las hojas con mas suave arrullo; nunca todas las armonías de la serenidad universal habian correspondido mejor á las músicas interiores del amor; nunca Mario habia estado tan conmovido, tan feliz, tan estasiado. Pero habia encontrado triste á Cosette. Cosette habia llorado; tenia los ojos encarnados.

Aquella era la primera nube en tan admirable sueño.

Las primeras palabras de Mario fueron:

—¿Qué tienes?

Ella respondió:

—¡Ya verás!

Despues se sentó en el banco cerca de la escalinata, y mientras que él se sentaba á su lado tembloroso, continuó:

Digitized by Google

—Mi padre me ha dicho esta mañana que estuviese dispuesta, porque tenia negocios, que tal vez nos harian partir.

Mario se estremeció desde los pies á la cabeza.

Al fin de la vida, morir es partir ; pero al principio, partir es morir.

Desde hace seis semanas, Mario poco á poco, lentamente, por grados, iba tomando cada dia posesion de Cosette; posesion enteramente ideal, pero profunda. Como hemos dicho ya, en el primer amor se toma el alma antes que el cuerpo; despues se toma el cuerpo antes que el alma, y aun algunas veces no se toma el alma del todo. Los Faublas y los Prudhomme añaden: porque no existe; pero el sarcasmo es por fortuna una blasfemia. Mario, pues, poseia á Cosette como poseen los espíritus; pero la envolvia con toda su alma, y la poseia con una increible conviccion. Poseia su sonrisa, su aliento, su perfume ; la radiacion profunda de sus ojos azules, la suavidad de su cutis cuando le tocaba la mano, la encantadora señal que tenia al cuello, todos sus pensamientos. Se habian prometido no dormir nunca sin soñar cada uno con el otro, y se habian cumplido la palabra. Poseia, pues, todos los sueños de Cosette. La miraba sin cesar; movia algunas veces con su aliento los cabellos cortos que Cosette tenia en la nuca, y se decia, que no habia ni uno solo de aquellos cabellos que no perteneciese á Mario. Contemplaba y adoraba todo lo que ella se ponia, el lazo de cintas, sus guantes, sus manguitos, sus botitas, como objetos sagrados que eran suyos. Pensaba que era el dueño de aquellos bonitos peines de concha que se ponia en la cabeza, y aun se decia, por un sordo y confuso murmullo del deleite que aparecia, que no habia ni un solo hilo de su vestido, ni un punto de sus medias, ni un pliegue de su corsé, que no fuese suyo. Al lado de Cosette se sentia cerca de su bien, cerca de su felicidad, cerca de su déspota y de su esclava.

Parecia que habian mezclado sus almas de tal modo, que si hubiesen querido volver á tomar cada uno la suya, les habria sido imposible conocerlas.—Esta es la mia.—No, es la mia.—Te aseguro que te engañas.—Ese soy yo.—Lo que tomas por tuyo es mio.—Mario era algo de lo que formaba parte de Cosette; Cosette era algo de lo que formaba parte de Mario. Mario sentia que Cosette vivia en él: tener á Cosette, poseerla, no era para él distinto de respirar.

En medio de esta fé, de esta embriaguez, de esta posesion virgi-

Digitized by Google

nal, inaudita y absoluta, de esta soberanía, cayeron estas palabras: «Vamos á partir.» La brusca voz de la realidad le gritó: ¡Cosette no es tuya!

Mario se despertó. Desde hacia seis semanas vivia, como hemos dicho, fuera de la vida: esta palabra ¡partir! le hizo entrar en ella dolorosamente.

No halló una palabra que responder: Cosette sintió solamente que su mano estaba helada, y le dijo á su vez:

—¿Qué tienes?

El respondió tan bajo, que apenas lo oyó Coeette:

—No comprendo lo que has dicho.

Y ella añadió:

—Esta mañana, mi padre me ha dicho que tenga prontas todas mis cosas, y esté dispuesta para partir; que prepare mi ropa para guardarla en una maleta; que se veia obligado á hacer un viaje; que teníamos que partir; que necesitábamos una maleta grande para mí, y una pequeña para él, y que lo preparase todo en una semana, porque iríamos tal vez á Inglaterra.

—¡Pero eso es monstruoso! esclamó Mario.

Y ciertamente, en aquel momento en el ánimo de Mario ningun abuso de poder, ninguna violencia, ninguna abominacion del mas atroz tirano, ninguna accion de Busiris, de Tiberio ó de Enrique VIII habria igualado en ferocidad á esta: El señor Fauchelevent lleva á su hija á Inglaterra porque tiene allí negocios.

Preguntó, pues, con voz débil:

—¿Y cuándo marchais?

—No me ha dicho cuando.

—¿Y cuándo volverás?

—No me ha dicho cuando.

Mario se levantó, y dijo friamente:—Cosette, ¿ireis?

Cosette volvió hácia él sus hermosos ojos llenos de angustia, y respondió con acento estraviado:

—¿A dónde?

—A Inglaterra. ¿Ireis?

—¿Por qué me hablas de vos?

—Os pregunto si ireis.

Digitized by Google

MARIO Y COSETTE.

Digitized by Google

Digitized by Google

—¿Qué quereis que haga? dijo juntando las manos.

—¿Es decir que ireis?

—¡Si va mi padre!

—¿Ireis, pues?

Cosette cogió la mano á Mario, y la oprimió sin responder:

—Está bien, dijo Mario. Entonces yo me iré á otra parte.

Cosette sintió, mas bien que comprendió el significado de esta frase; se puso pálida, de modo que su rostro apareció blanco en la oscuridad, y balbuceó:

—¿Qué quieres decir?

Mario la miró: despues alzó lentamente los ojos hácia el cielo, y respondió:—Nada.

Cuando bajó los párpados, vió que Cosette se sonreia mirándole. La sonrisa de la mujer amada tiene una claridad que disipa las tinieblas.

—¡Qué tontos somos! Mario me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—¡Parte, si partimos los dos! Te diré dónde. Ven á buscarme donde esté.

Mario era entonces un hombre completamente despierto. Habia vuelto á la realidad, y dijo á Cosette:

—¡Partir con vosotros! ¿Estás loca? Es preciso para eso dinero, y yo no le tengo. ¡Ir á Inglaterra! Ahora debo mas de diez luises á Courfeyrac, un amigo á quien tú no conoces. Tengo un sombrero viejo que no vale tres francos, una levita sin botones por delante, mi camisa está toda rota, llevo los codos por fuera, mis botas se calan; hace seis semanas que no pienso en nada, y no te lo he dicho. Cosette, soy un miserable. Tú no me ves mas que por la noche, y me das tu amor; ¡si me vieras de dia me darias limosna! ¡Ir á Inglaterra! ¡Y no tengo con que pagar el pasaporte!

Y se recostó contra un árbol que habia allí, de pie, con los dos brazos por cima de la cabeza, con la frente en la corteza, sin sentir ni la aspereza que le arañaba la frente, ni la fiebre que le golpeaba las sienes, inmóvil, y próximo á caer al suelo como la estatua de la Desesperacion.

Asi permaneció un largo rato. En esos abismos se podria permanecer

Digitized by Google

una eternidad: por fin se volvió, y oyó detrás de sí un ruido ahogado y triste.

Era Cosette que estaba sollozando.

Lloraba desde hacia dos horas que Mario meditaba.

Mario se acercó á ella, cayó de rodillas prosternándose lentamente, cogió la punta del pie que salia por debajo del vestido, y le besó.

Ella le dejó hacer todo en silencio.

Hay momentos en que la mujer acepta como una diosa sombría y resignada la religion del amor.

—No llores, dijo Mario.

Y ella murmuró:

—¡Qué he de hacer, si voy á marcharme y no puedes venir!

Y él respondió:—¿Me amas?

Cosette le contestó sollozando esta frase del paraiso que nunca es tan seductora como al través de las lágrimas.

—Te adoro.

Mario continuó con una voz que era una caricia:

—No llores; hazlo por mí.

—¿Me amas tú? dijo ella.

Mario la cogió la mano.

—Cosette: nunca he dado mi palabra de honor á nadie; porque mi palabra de honor me causa miedo; conozco que al darla, mi padre está á mi lado. Pues bien: te doy mi palabra de honor mas sagrada, de que si te vas me moriré.

Habia en el acento con que pronunció estas palabras una melancolía tan solemne y tan tranquila, que Cosette tembló. Sintió ese frio que produce al pasar una cosa sombría y verdadera: la impresion la hizo cesar de llorar.

—Ahora escucha, dijo; no me esperes mañana.

—¿Por qué?

—Ni me esperes hasta pasado mañana.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Ya lo verás.

—¡Un dia sin verte! Eso es imposible.

—Sacrifiquemos un dia para tener tal vez toda la vida.

Digitized by Google

Y Mario añadió á media voz, y aparte:

—Es un hombre que no cambia nunca sus hábitos, y no recibe á nadie mas que por la noche.

—¿De quién hablas? preguntó Cosette.

—¡Yo! No he dicho nada.

—¿Qué esperas, pues?

—Espérame hasta pasado mañana.

—¿Lo quieres?

—Sí, Cosette.

Cosette entonces le cogió la cabeza entre sus manos, alzándose sobre la punta de los pies para igualar su estatura, tratando de ver en sus ojos la esperanza.

Mario continuó:

—Creo que conviene que sepas las señas de mi casa, por lo que pueda suceder; vivo en la casa de ese amigo, llamadó Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16.

Metió la mano en el bolsillo, sacó un cortaplumas, y con la hoja escribió en el yeso de la pared:

Calle de la Verrerie.—16.

Cosette entre tanto habia vuelto á contemplar sus ojos.

—Dime lo que piensas, Mario; tienes una idea. Dímela. ¡Oh! ¡dímela para que pase buena noche!

—Mi pensamiento es este: Es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

—¿Y qué haré yo hasta entonces? dijo Cosette. ¡Tú estás libre, vas y vienes! ¡Qué felices sois los hombres! ¡Yo me quedo sola! ¡Oh! ¡Que triste voy á estar! ¿Qué vas á hacer tú mañana por la noche? dímelo.

—Voy á hacer una tentativa.

—En ese caso, rogaré á Dios, y pensaré en tí hasta entonces para que la consigas. No te pregunto mas porque no lo quieres. Eres mi dueño. Pasaré la noche mañana cantando el coro de *Euryanto*, que tanto te gusta, y que viniste á oir una noche debajo de mi ventana. Pero pasado mañana, ¿vendrás temprano? Te espareré esa noche á las nueve en punto; te lo advierto. ¡Dios mio! ¡Qué triste es esto de que los dias sean tan largos! Lo oyes. Al dar las nueve estaré en el jardin.

—Y yo tambien.

Digitized by Google

Y sin decirse nada, movidos por el mismo pensamiento, arrastrados por esas corrientes eléctricas que ponen á dos almas en comunicacion continua, embriagados ambos de deleite hasta en su dolor, cayeron uno en brazos del otro, sin notar que sus labios estaban juntos, mientras que sus ojos, llenos de éstasis y de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando salió Mario, la calle estaba desierta. En aquel momento Eponina seguia á los bandidos hasta el boulevard.

Mientras que Mario meditaba con la cabeza apoyada en el árbol, se le habia ocurrido una idea; una idea, ¡ah! que él mismo tenia por insensata é imposible. Habia tomado un partido violento.

Digitized by Google

VII.

DOS CORAZONES, UNO VIEJO Y OTRO JÓVEN, FRENTE Á FRENTE.

El señor Gillenormand tenia entonces noventa y un años cumplidos. Seguia viviendo con la señorita Gillenormand en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en su propia y vieja casa. Era, como recordará el lector, uno de esos viejos rancios que esperan la muerte á pie firme, que cargan con los años sin doblegarse, y que no se encorvan, ni aun con los pesares.

Sin embargo, desde hacia algun tiempo su hija decia: Mi padre va decayendo. Ya no abofeteaba á las criadas; ya no golpeaba con el baston y con acompañamiento de voces la puerta de la escalera cuando Basco tardaba en abrirle. La revolucion de julio apenas le habia exasperado por espacio de seis meses. Habia visto casi con tranquilidad en el *Monitor* esta reunion de palabras: El señor Humblot-Conté, par de Francia. El hecho es que el viejo estaba abatido. No se doblegaba, no se rendia, porque esto era imposible, asi en su naturaleza física como en la moral; pero se sentia desfallecer interiormente.

Hacia cuatro años que esperaba á Mario á pie firme, esta es la frase, con la conviccion de que aquel pequeño picaron estraviado llamaria al-

Digitized by Google

gun dia á la puerta; pero llegaba, en algunos momentos tristes, á decirse, que por poco que Mario tardase en venir... Y no era la muerte lo que temia, sino la idea de que no veria mas á su nieto. No volver á ver á Mario era un triste y nuevo temor que no se le habia presentado nunca hasta ahora; esta idea que empezaba á aparecer en su cerebro, le dejaba helado.

La ausencia, como sucede siempre en los sentimientos naturales y verdaderos, solo habia conseguido aumentar su cariño de abuelo hácia el hijo ingrato que se habia marchado con tanta indiferencia. En las noches de invierno, cuando el termómetro marca diez grados bajo cero, es cuando mas se piensa en el sol. El señor Gillenormand era, ó se creia por lo menos, incapaz de dar un paso hácia su nieto;—antes moriré,—decia. No encontraba en sus hechos ninguna culpa; pero solo pensaba en Mario con profundo enternecimiento, y con la muda desesperacion de un viejo que anda en las tinieblas.

Principiaba á perder los dientes, lo que aumentaba su tristeza.

El señor Gillenormand, sin declarárselo á sí mismo, porque esta declaracion le hubiera enfurecido y avergonzado, no habia amado á ninguna querida tanto como á Mario.

Habia mandado colocar en su cuarto, cerca de la cabecera de la cama, como la primera cosa que quisiera ver al despertar, un antiguo retrato de su otra hija, la que habia muerto, la señora Pontmercy, retrato hecho cuando tenia diez y ocho años.

Contemplaba sin cesar este retrato, y un dia dijo mirándole:

—Ahora encuentro que se le parece.

—¿A mi hermana? dijo la señorita Gillenormand. Sí, se parece.

El viejo añadió,

—Y á él tambien.

Otra vez, estando sentado con las rodillas juntas y los ojos casi cerrados, en una actitud de abatimiento, su hija se atrevió á decirle:

—Padre, ¿seguís tan enfadado con él?

Y se detuvo, no atreviéndose á ir mas allá.

—¿Con quién? preguntó.

—Con ese pobre Mario.

El señor Gillenormand levantó su vieja cabeza, puso su delgado y

Digitized by Google

arrugado puño sobre la mesa, y gritó con el acento mas vibrante y mas irritado:

—¡Pobre Mario, decís! Ese señor es un pillo, un mal pícaro, un vanidoso ingrato, sin corazon, sin alma; un orgulloso, un malvado.

Y se volvió para que su hija no viese una lágrima que tenia en los ojos.

Tres dias despues rompió un silencio que duraba cuatro horas, para decir á su hija de repente:

—Habia tenido el honor de rogar á la señorita Gillenormand que no me hablase nunca de él.

La tia Gillenormand renunció á toda tentativa, y formó este diagnóstico profundo:—Mi padre no ha querido nunca á mi hermana despues de su calaverada. Es claro que detesta á Mario.

«Despues de su calaverada» significaba despues de haberse casado con el coronel.

Por lo demás, como puede haberse conocido, la señorita Gillenormand habia visto defraudada su tentativa de sustituir su favorito el ofical de lanceros á Mario. El sustituto Teodulo no habia cuajado; el señor Gillenormand no habia aceptado el *quid pro quo*, porque el vacío del corazon no se acomoda á un alma cualquier. Teodulo por su parte, aunque deseando la herencia, repugnaba la servidumbre de agradar. El viejo fastidiaba al lancero, y el lancero chocaba al viejo. El teniente Teodulo era alegre sin duda, pero charlatan; frívolo, pero vulgar; buen vividor, pero de mala sociedad; tenia queridas, es verdad, y hablaba mucho de ellas, tambien es verdad; pero hablaba mal. Todas sus cualidades tenian un defecto.

El señor Gillenormad cometia un esceso oyéndole hablar contra los «buenos partidos» que vivian alrededor de su cuartel en la calle de Babilonia. Además, el teniente Gillenormand venia alguna vez de uniforme con la escarapela tricolor.

Todo esto le hacia imposible; y el señor Gillenormand habia concluido por decir á su hija:—Ya estoy cansado de Teodulo. Me gustan poco los guerreros en tiempo de paz. Recíbele tú si quieres; no sé si preferir los acuchilladores á los que andan arrastrando el sable. El crujido de las espadas en la batalla es menos miserable que el ruido que hace la vaina en el suelo. Además, gallardearse como un mata-siete, y

Digitized by Google

apretarse el talle como una chiquilla, gastar corse debajo de la coraza, es ser dos veces ridículo. El que es hombre verdaderamente está á igual distancia de la fanfarronada y de la puerilidad. Ni Fierabras, ni tierno corazon. Guárdate, tú Teodulo.

Su hija le contestó: Sin embargo, es nieto vuestro;—pero se descubrió que el señor Gillenormand, que era abuelo hasta la punta de los dedos, no era enteramente buen tio.

En realidad, como tenia ingenio y comparaba, Teodulo solo habia servido para hacerle sentir mas la falta de Mario.

Una noche, la del 4 de junio, lo cual no impedia que el señor Gillenormand tuviera una buena lumbre en la chimenea, habia despedido á su hija, que cosia en el cuarto próximo. Estaba solo en su cuarto de pinturas pastoriles, con los pies en los morrillos, medio rodeado por su ancho biombo de coromandel de nueve hojas, recostado en la mesa, sobre la cual habia dos bugías con pantalla verde, sumergido en su sillon de tapicería, con un libro en la mano, pero sin leerle. Estaba vestido, segun su moda, *de increible*, y parecia un antiguo retrato de Garat.

Si hubiera salido con este traje á la calle, le hubieran seguido los muchachos; pero su hija, cuando salia, le cubria con una gran bata episcopal. En su casa, escepto para levantarse y acostarse, no usaban nunca bata:—*Eso le hace á uno parecer viejo*, decia.

El señor Gillenormand pensaba en Mario amorosa y amargamente; y como sucede ordinariamente, dominaba la amargura. Su ternura dolorida concluia por convertirse en indignacion. Se encontraba en esa situacion en que se trata de tomar un partido, y en aceptar lo que mortifica. Estaba ya dispuesto á decirse que no habia razon para que Mario volviese, que si hubiera debido volver lo habria hecho ya, y que por consiguiente era preciso renunciar á verle. Trataba de familiarizarse con la idea de que todo habia concluido, y que moriria sin ver á «aquel caballero.»

Pero toda su naturaleza se rebelaba; y su vieja paternidad no podia consentirlo.—¡Qué! decia: ¡No vendrá! y esta era su muletilla. Su cabeza calva habia caido sobre su pecho, y fijaba vagamente en la ceniza de la chimenea una mirada triste é irritada.

Cuando estaba en lo mas profundo de esta tristeza, su antiguo criado Basco entró y preguntó:

Digitized by Google

—Señor, ¿podeis recibir al señor Mario?

El viejo se incorporó pálido y semejante á un cadáver que se levanta á consecuncia de una sacudida galvánica.

Toda su sangre habia refluido á su corazon y murmuró:

—¿Qué señor Mario?

—No sé, respondió Basco, intimado y desconcertado por el aspecto de su amo. Nicolasita es la que acaba de decirme: ahí está un jóven, que dice es el señor Mario.

El señor Gillenormand balbuceó en voz baja:

—Que entre.

Y permaneció en la misma actitud, con la cabeza temblorosa y la vista fija en la puerta. Abrióse ésta, y entró un jóven: era Mario.

Mario se detuvo á la puerta como esperando que le dijesen que entrase.

Su traje, casi miserable, apenas se veia en la oscuridad que producia la pantalla. Solo se distinguia su rostro tranquilo y grave, pero estrañamente triste.

El señor Gillenormand, como sobrecogido de estupor y de alegría, permaneció algunos momentos sin ver mas que una claridad, como cuando se está delante de una aparicion. Estaba próximo á desfallecer; veia á Mario como al través de un deslumbramiento. Era él; era Mario.

En fin, ¡despues de cuatro años! Se apoderó de él, por decirlo asi, de repente, con un solo golpe de vista. Le encontró hermoso, noble, distinguido, hombre hecho, en actitud conveniente, con aire simpático. Tuvo deseo de abrir los brazos, de llamarle, de precipitarse; oprimióse su corazon de alegría; le ahogaban y se desbordaban de su pecho palabras afectuosas. Toda esta ternura se abrió paso y llegó á sus labios, y por el contraste que constituia su naturaleza, salió de ellos la dureza, y dijo bruscamente:

—¿Qué venís á hacer aquí?

Mario respondió con embarazo:

—Señor...

El señor Gillenormand hubiera querido que Mario se arrojase en sus brazos, y quedó descontento de Mario y de sí mismo. Conoció que habia sido brusco, y que Mario estaba frio; y era para él una insoportable é irritante ansiedad sentirse tan tierno y tan conmovido en lo interior,

Digitized by Google

y ser tan duro esteriormente. Volvió á su amargura, é interrumpió á Mario con aspereza:

—Pero entonces, ¿á qué venís?

Este *entonces* significaba: *Si no venís á abrazarme ¿á qué venís?*

Mario miró á su abuelo, que con su palidez parecia un busto de mármol.

—Señor...

El viejo dijo con voz severa:

—¿Venís á pedirme perdon? ¿Habeis reconocido vuestra falta?

Creia con esto poner á Mario en camino para que el «niño» le pidiese perdon. Mario tembló; le exigia que se opusiese á su padre; bajó los ojos, y respondió:

—No señor.

—Y entonces, esclamó impetuosamente el viejo con un dolor agudo y lleno de cólera, ¿qué me quereis?

Mario juntó las manos, dió un paso, y dijo con voz débil y temblorosa:

—Señor, tened compasion de mí.

Estas palabras conmovieron al señor Gillenormand; un momento antes le hubieran enternecido, pero ya era tarde. El abuelo se levantó y apoyó las dos manos en el baston; tenia los labios pálidos, la cabeza vacilante; pero su alta estatura dominaba á Mario, que estaba inclinado.

—¡Compasion de vos! señorito. ¡Un adolescente que pide compasion á un anciano de noventa y un años! Vos entrais en la vida, y yo salgo de ella; vos vais al teatro, á los bailes, al café, al billar, teneis talento, agradais á las mujeres, sois un buen mozo, y yo escupo en medio del verano en la lumbre; sois rico con las únicas riquezas que existen, y yo tengo todas las pobrezas de la vejez, la debilidad, el aislamiento. Teneis treinta y dos dientes, un buen estómago, la vista clara, fuerza, apetito, salud, alegría, un bosque de cabellos negros, y yo no tengo ni aun cabellos blancos. He perdido los dientes, y voy perdiendo las piernas y la memoria; hay tres calles cuyos nombres confundo siempre, la calle Charlot, la calle de Chaume y la calle de Saint-Claude: asi me veo. Vos teneis delante un porvenir lleno de luz, yo empiezo á no ver ni gota, tanto voy avanzando en la noche; vos estais enamorado,

Digitized by Google

eso no hay que decirlo, ¡á mí no me ama nadie en el mundo! ¡Y venís á pedirme compasion! Caramba, Moliere ha olvidado esta escena. Si es asi como litigais en el tribunal los abogados, os felicito cordialmente. Sois unos pícaros.

Y el octogenario añadió con voz airada y grave:

—Pero vamos, ¿qué es lo que me quereis?

—Señor, dijo Mario, sé que mi presencia os enoja; pero vengo solamente á pediros una cosa; despues me iré en seguida.

—¡Sois un necio! dijo el anciano. ¿Quién os dice que os vayais?

Estas palabras eran la traduccion de este tierno pensamiento que tenia en el corazon:—*¡Pero pídeme perdon! ¡Ven á mis brazos!* El señor Gillenormand conocia que Mario iba á abandonarle dentro de algunos instantes, que su mal recibimiento le entibiaba, que su dureza le rechazaba; se decia todo esto, y se aumentaba su dolor; pero como este se cambiaba en cólera, iba aumentándose su cólera.

Hubiera querido que Mario le comprendiese, y Mario no le comprendia, lo que le ponia furioso, y continuó:

—¡Cómo! ¿Me habeis faltado, á mí, á vuestro abuelo; habeis abandonado mi casa para iros no sé dónde; habeis angustiado á vuestra pobre tia; habeis querido, porque eso se adivina, y es mas cómodo, llevar la vida de jóven, hacer el currutaco, volver á casa á cualquier hora, divertiros; no habeis dado señal de vida; habeis contraido deudas sin decirme que las pague; habreis roto vidrios y os habreis hecho camorrista, y al cabo de cuatro años venís á mi casa, y no teneis que decirme mas que eso?

Este modo violento de empujar al jóven hácia la ternura, solo produjo el silencio de Mario. El señor Gillenormand cruzó los brazos, movimiento que era en él particularmente imperioso, y apostrofó á Mario amargamente:

—Concluyamos. ¿Venís á pedirme algo? Decidlo. ¿Qué quereis? ¿Qué es? Hablad.

—Señor, dijo Mario con la mirada de un hombre que conoce que va á caer en un precipicio; vengo á pediros permiso para casarme.

El señor Gillenormand tocó la campanilla; y Basco abrió la puerta.

—Decid á mi hija que venga.

Un segundo despues se abrió la puerta, y la señorita Gillenormand

Digitized by Google

no entró, pero se dejó ver. Mario estaba de pie, mudo, con los brazos caidos, con el aspecto de un culpable.

El señor Gillenormand iba y venia en todas direcciones por el cuarto. Se volvió hácia su hija, y le dijo:

—Nada: es el señor Mario: dadle los buenos dias: el señorito se quiere casar. Eso es todo: Idos.

La voz breve y ronca del viejo anunciaba una gran plenitud de ira. La tia miró á Mario con aire estraviado; apenas aparentó conocerle; no hizo un gesto, ni pronunció una sílaba, y desapareció ante la voz de su padre, mas pronto que una paja ante el huracan.

Mientras tanto, el señor Gillenormand se habia recostado en la chimenea.

—¡Casaros! ¡A los veintiun años! ¡Lo habeis arreglado asi! ¡No teneis que hacer mas que pedirme permiso! Una formalidad. Sentaos, caballero. Habeis pasado por una revolucion desde que no he tenido el honor de veros, y han vencido en vos los jacobinos. Debeis estar muy contento. ¿No sois republicano desde que sois baron? ¿Podeis conciliar eso? La república es una salsa de la baronía. ¿Teneis acaso la condecoracion de julio? ¿Habeis tenido alguna parte en la toma del Louvre? Hay aquí cerca, en la calle de San Antonio, en frente de la calle de Nonaindieres, una bala incrustada en la pared en el tercer piso de una casa con esta inscripcion: 28 de julio de 1830. Id á verlo: produce buen efecto. ¡Ah! ¡vuestros amigos hacen cosas muy lindas! Y á propósito: ¿no van á hacer una fuente en lugar del monumento del duque de Berry? ¿Con que quereis casaros? ¿Con quién? ¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto, con quién?

Y se detuvo; pero antes de que Mario tuviese tiempo de responder, añadió con violencia:

—¡Ah! ¿tendreis una posicion? ¿Una fortuna hecha? ¿Cuánto ganais en vuestro oficio de abogado?

—Nada, dijo Mario con una especie de firmeza y de resolucion casi feroz.

—¿Nada? ¿No teneis para vivir mas que las mil doscientas libras que os envio?

Mario no respondió. El señor Gillenormand continuó:

—Entonces ya comprendo. ¿Es rica la jóven?

Digitized by Google

—Como yo.

—¡Qué! ¿No tiene dote?

—No.

—¿Y esperanzas?

—Creo que no.

—¡Enteramente desnuda! ¿Y qué es su padre?

—No lo sé.

—¿Y cómo se llama?

—La señorita Fauchelevent.

—¿Fauche qué?

—Fauchelevent.

—Pst, dijo el viejo.

—¡Señor! esclamó Mario.

El señor Gillenormand le interrumpió con el tono de un hombre que se habla á sí mismo.

—Eso es, veintiun años, sin posicion, mil doscientas libras al año, y la señora baronesa de Pontmercy irá á comprar dos cuartos de peregil á la plaza.

—¡Señor! dijo Mario con la angustia de la última esperanza que se desvanece; os suplico en nombre del cielo, con las manos juntas, me pongo á vuestros pies: ¡permitidme que me case!

El viejo dió una carcajada estridente y lúgubre, al través de la cual tosía y hablaba:

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Os habeis dicho: ¡pardiez! ¡Voy á buscar á ese viejo pelucon, á ese absurdo bodoque! ¡Qué lastima que no tenga yo veinticinco años! ¡Cómo le pasaria una respetuosa papeleta! ¡Cómo me gobernaria sin él! Pero es lo mismo, le diré:—Viejo gallina, eres muy dichoso en verme; tengo ganas de casarme, quiero casarme con la señorita Fulana, hija del señor Fulano; yo no tengo zapatos, y ella no tiene camisa; pero quiero echar á un lado mi carrera, mi porvenir, mi juventud, mi vida; deseo hacer una escursion por la miseria, con una mujer al cuello; este es mi pensamiento; ¡y es preciso que consientas! Y el viejo fósil consentirá en ello. Anda, hijo mio, como tú quieras, átate, cásate con tu Pousselevent, con tu Coupelevent.—¡Nunca, caballero, nunca!

—Padre mio...

Digitized by Google

—Nunca.

Mario perdió toda esperanza al oir el acento con que fue pronunciado este «nunca.»

Atravesó el cuarto lentamente con la cabeza inclinada, temblando, y mas semejante al que se muere que al que se va.

El señor Gillenormand le siguió con la vista, y en el momento en que se cerraba la puerta, y en que Mario iba á desaparecer, dió cuatro pasos con esa viveza senil de los viejos impetuosos y coléricos, cogió á Mario por el cuello, le volvió á la habitacion, le arrojó en un sillon, y le dijo:—¡Cuéntame eso!

Solo estas palabras *padre mio* que se habian escapado á Mario habian causado esta revolucion.

Mario le miró asustado. El móvil semblante del señor Gillenormand no espresaba mas que una ruda é inefable buena fe. El abuelo se habia convertido en el padre.

—Vamos á ver, habla; cuéntame tus amores; dímelo en secreto; dímelo todo: ¡caramba! ¡qué tontos son los jóvenes!

—¡Padre mio! volvió á decir Mario.

Todo el rostro del anciano se iluminó con un indecible resplandor.

—Sí, eso es; ¡llámame padre y verás!

Habia en estas frases algo tan bueno, tan dulce, tan franco, tan paternal, que Mario pasó repentinamente de la desanimacion á la esperanza, y quedó como aturdido y confuso. Estaba sentado cerca de la mesa; la luz de las bugías hacia muy visible la miseria de su traje, que el señor Gillenormand examinaba con asombro.

—Y bien, padre mio, dijo Mario...

—¡Ah! dijo el señor Gillenormand, no tienes ni un ochavo. Estás vestido como un ladron.

Y abriendo un cajon, sacó una bolsa que puso sobre la mesa.

—Toma, ahí tienes cien luises; cómprate un sombrero.

—Padre mio, continuó Mario, mi buen padre, ¡si supiéseis! La amo. No podeis figuraros. La primera vez que la ví fue en el Luxemburgo, á donde ella iba á pasear: al principio no fijé la atencion, pero despues, yo no sé cómo me he enamorado. ¡Oh! ¡qué desgraciado me ha hecho esto! Pero en fin, ahora la veo todos los dias en su casa; su padre no lo sabe. Figuraos que van á partir; nos vemos en el jar-

Digitized by Google

din por la noche; su padre quiere irse á Inglaterra, y yo me he dicho: voy á ver á mi abuelo y á contárselo. Me volveré loco, me moriré, caeré enfermo, me arrojaré al agua. Es preciso que me case, porque si no me volveré loco. Esta es la verdad; creo que no he olvidado nada. Vive en un jardin en que hay una verja, en la calle Plumet, cerca de los Inválidos.

El señor Gillenormand se habia sentado alegremente al lado de Mario. Al mismo tiempo que le escuchaba y saboreaba el sonido de su voz, saboreaba tambien un polvo de tabaco. Al oir «calle Plumet» detuvo la aspiracion, y dejó caer el tabaco sobre sus rodilla.

—¡Calle Plumet! ¡calle Plumet! dices.—Veamos.—¿No hay por allí un cuartel?—Sí, eso es. Tu primo Teodulo me ha hablado ya: el lancero, el oficial.—Una jovencita, mi buen amigo, una jovencita.—¡Vaya, sí, calle Plumet! La que se llamaba antes calle Blomet. Ahora me acuerdo: he oido hablar de esa verja de la calle Plumet: en un jardin; una Pamela: no tienes mal gusto: es muy aseadita. Aquí, entre nosotros; yo creo que ese tonto de lancero le ha hecho la córte; no sé hasta dónde habrá llegado; pero, en fin, eso no es nada; además de que no hay que creerle, porque es vanidoso. Mario, me parece muy bien que un jóven como tú esté enamorado, porque eso es propio de tu edad, y mejor quiero que seas enamorado que jacobino; mejor quiero verte enamorado de unas faldas ¡caramba! de veinte faldas, que del señor Robespierre. En cuanto á mí, en materia de *sans-culottes*, no me gustan mas que las mujeres. Las muchachas bonitas son las muchachas bonitas ¡qué diablo! y á esto no puede hacerse objeccion ninguna. ¡Con que la niña te recibe á escondidas del papá!: eso está muy puesto en el órden. A mí me han pasado historias de ese género, y mas de una. ¿Y sabes lo que se hace? No se toma la cosa con ferocidad; no se precipita uno en lo trágico, no se concluye por un casamiento, y por ir á casa del alcalde á verle con su faja; es preciso ser un muchacho de genio; es preciso tener sentido comun. Tropezad, mortales, pero no os caseis. Cuando llega un caso como este, se busca al abuelo, que es un buen hombre en el fondo, y que tiene siempre algunos cartuchos de luises en un cajon, y se le dice: abuelo, esto me pasa. Y el abuelo dice: es muy natural. Es preciso que la juventud se divierta, y que la vejez se arrugue. Yo he sido jóven,

Digitized by Google

y tú serás viejo. Anda, hijo mio, que ya dirás esto mismo á tus nietos. Aquí tienes doscientas pistolas. Diviértete. ¡Caramba! ¡nada mejor! Asi debe llevarse este negocio. No se casa uno: pero ¿eso qué impide?... ¿Me comprendes?

Mario petrificado y sin poder pronunciar una palabra, hizo con la cabeza un movimiento negativo.

El buen viejo se echó á reir, guiñó el ojo, le dió un golpecito en la rodilla, le miró entre ambos ojos con aire misterioso, y le dijo alzando amistosamente los hombros:

—¡Tonto! ¡tómala por querida!

Mario se puso pálido. No habia comprendido nada de todo lo que acababa de decir su abuelo. Aquella confusion de calle Blomet, de Pamela, de cuartel, de lancero, habia pasado por delante de Mario como una cosa fantasmagórica. Nada de aquello podia referirse á Cosette que era una azucena. El viejo divagaba sin duda; pero todo habia concluido en una palabra que Mario habia comprendido, y que era una injuria mortal á Cosette. La frase: *tómala por querida* habia entrado en su corazon como una espada.

Se levantó, cogió el sombrero que estaba en el suelo, y se dirigió hácia la puerta con paso firme y seguro. Allí se volvió, se inclinó profundamente ante su abuelo, levantó despues la cabeza, y dijo:

—Hace cinco años insultásteis á mi padre; hoy habeis insultado á mi mujer. No os pido nada. Adios.

El señor Gillenormand estupefacto abrió la boca, estendió los brazos, y trató de levantarse; pero antes de que hubiera podido pronunciar una palabra, se habia cerrado la puerta, y Mario habia desaparecido.

El anciano permaneció algunos momentos inmóvil, como si hubiera caido un rayo á sus pies, sin poder hablar ni respirar, como si una mano vigorosa le apretase la garganta.

Por fin se levantó del sillon, corrió hácia la puerta con toda la velocidad con que se puede correr á los noventa y un años, la abrió y gritó:

—¡Socorro! ¡socorro!

Acudió su hija, y luego las criadas, y les dijo con angustioso aliento.

Digitized by Google

—¡Corre detrás de él! ¡Cógele! ¿Qué le he hecho yo? ¡Está loco! ¡Se va! ¡Ay, Dios mio! ¡Ahora ya no volverá!

Se dirigió á la ventana que daba á la calle, la abrió con sus viejas manos arrugadas, se inclinó sacando medio cuerpo fuera, mientras que Basco y Nicolasita le tenian por detrás, y gritó:

—¡Mario! ¡Mario! ¡Mario! ¡Mario!

Pero Mario ya no podia oirle, porque en aquel momento volvia la esquina de la calle de San Luis.

El octogenario llevó dos ó tres veces las manos á las sienes con espresion de angustia, retrocedió temblando, y se recostó en un sillon sin pulso, sin voz, sin lágrimas, meneando la cabeza, y agitando los labios con aire estúpido, sin tener en los ojos y el corazon mas que una cosa triste y profunda como la noche.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO NOVENO.

¿Á DÓNDE VAN?

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

JUAN VALJEAN.

Aquel mismo dia, hácia las cuatro de la tarde, Juan Valjean estaba sentado solo en uno de los declives mas solitarios del Campo de Marte.

Ya fuese por prudencia, ó por ese deseo de recogimiento que sigue á los cambios insensibles de costumbres que se introducen poco á poco en todas las existencias, ahora salia poco con Cosette.

Tenia su traje de obrero y un pantalon gris; la ancha visera de su gorra le ocultaba el rostro. Estaba tranquilo, y era feliz respecto de Cosette; porque se habia disipado lo que le habia asustado algun tiempo; pero hacia una semana ó dos le perseguia una ansiedad de otra naturaleza. Un dia, paseándose por el boulevard, habia visto á Thenardier, y gracias á su disfraz, éste no le habia conocido; pero desde entonces, Juan Valjean le habia vuelto á ver varias veces, y habia adquirido la certeza de que rondaba su barrio. Esto bastaba para determinarle á tomar una gran resolucion.

Estando allí Thenardier, estaban todos los peligros á un tiempo. Además, París no se hallaba tranquilo: las agitaciones políticas ofrecian el inconveniente para todo el que tuviera que ocultar algo en su vida, que la policía andaba inquieta y recelosa, y que buscando la pista de un

Digitized by Google

hombre como Pepin ó Morey, podia muy bien encontrarse con un hombre como Juan Valjean. Se habia, pues, decidido á abandonar á París, y aun á Francia, é ir á Inglaterra, y habia prevenido á Cosette, porque queria partir antes de ocho dias.

Se habia sentado, pues, en la cuestecita del Campo de Marte, dando vuelta en su cerebro á toda clase de pensamientos, Thenardier, la policía, el viaje, y la dificultad de hacerse con un pasaporte.

Todas estas cosas le inquietaban igualmente.

Además, un hecho inesplicable que acababa de sorprenderle, y que le tenia aun impresionado, aumentaba su inquietud. Aquel dia por la mañana se habia levantado temprano, y paseándose por el jardin antes que Cosette hubiese abierto su ventana, habia descubierto este letrero grabado en la pared, probablemente con un clavo:

Calle de la Verriere, 16.

La escritura era muy reciente, porque las letras estaban aun blancas en la antigua argamasa ennegrecida; y porque una mata de ortigas que habia al pie de la pared estaba cubierta de polvo de yeso. Aquello habia sido escrito probablemente por la noche. Pero, ¿qué era? ¿Unas señas? ¿Una señal para otros? ¿Un aviso para él?—En todo caso era evidente que habia sido violado el jardin, y que habia penetrado en él algun desconocido. Entonces recordó los incomprensibles incidentes que habia alarmado ya á la casa, meditó sobre aquel letrero, y se guardó muy bien de hablar de él á Cosette por miedo de asustarla.

En medio de estos pensamientos se fijó en una sombra que el sol proyectaba, sin duda de alguno que acababa de detenerse en lo alto de la cuestecita por detrás de él. Iba á volverse, cuando cayó sobre sus rodillas un papel doblado en cuatro dobleces, como si una mano le hubiera dejado caer sobre su cabeza. Cogió el papel, le desdobló, y leyó esta palabra escrita en gruesos caracteres con lápiz: MUDAOS.

Juan Valjean se levantó vivamente, pero no habia nadie en la cuesta. Miró por todas partes, y descubrió un ser mas grande que un niño y mas pequeño que un hombre, vestido con blusa gris y pantalon de pana de color de polvo, que saltaba el parapeto, y desaparecia en el foso del Campo de Marte.

Juan Valjean se volvió en seguida á su casa pensativo.

Digitized by Google

II.

MARIO.

Mario habia salido trastornado de casa del señor Gillenormand. Habia entrado en ella con poca esperanza, y salia con inmensa desesperacion.

Por lo demás, y los que han observado el corazon humano lo comprenderán, el lancero, el oficial, el necio, el primo Teodulo, no habia dejado sombra alguna en su espíritu, ni la mas pequeña nube. El poeta dramático podria esperar algunas complicaciones de esta revelacion hecha á quema-ropa al nieto por el abuelo; pero lo que con esto ganaria el drama, lo perderia la verdad. Mario estaba en esa edad en que no se cree nada malo; despues viene la edad en que se cree todo. Las sospechas no son mas que arrugas, y la primera juventud no las tiene. Lo que anonada á Otelo, pasa sencillamente por Cándido. ¡Sospechar de Cosette! Antes hubiera cometido Mario mil crímenes. Púsose á pasear por las calles, recurso de todos los que padecen, y no pensó en nada de que pudiese acordarse. A las dos de la mañana entró en casa de Courfeyrac, y se echó vestido en su colchon. Habia salido ya el sol cuando se durmió, con ese horrible sueño pesado que deja ir y venir las ideas en el cerebro. Cuando se despertó, vió á Courfeyrac, Enjolras, Feuilly

Digitized by Google

y Combeferre, de pie, con el sombrero puesto, preparados para salir, y muy afanosos.

Courfeyrac le dijo:

—¿Vienes al entierro del general Lamarque?

Le pareció que Courfeyrac hablaba en chino.

Salió de casa algunos momentos despues que ellos: se metió en el bolsillo los dos cachorrillos que Javert le habia entregado para la aventura de 3 de febrero, y que se habian quedado en su poder. Los cachorrillos estaban aun cargados. Seria difícil decir qué oscuro pensamiento tenia en su cabeza al llevarlos.

Todo el dia estuvo vagando sin saber por dónde iba: estaba lloviendo á intervalos, pero no lo notaba: compró para comer un bollo de un sueldo en un puesto de pan, le guardó en el bolsillo, y no volvió á acordarse de él. Parece tambien que se bañó en el Sena, sin tener conciencia de lo que hacia. Hay momentos en que se tiene un horno bajo el cráneo, y Mario estaba en uno de esos momentos. Ya no esperaba nada, ni temia nada; habia dado este paso desde la víspera. Esperaba la noche con impaciencia febril; no tenia mas que una idea clara:—que á las nueve veria á Cosette. Esta última felicidad era todo su porvenir; despues solo le quedaba la sombra. Por intervalos, paseando por los boulevares mas desiertos, le parecia oir en París ruidos estraños, y saliendo de su meditacion, decia:—¿Es que pelean?

Al caer la noche, á las nueve en punto, como habia prometido á Cosette, estaba en la calle Plumet. Cuando se acercó á la verja todo lo olvidó. Hacia cuarenta y ocho horas que no habia visto á Cosette; iba á verla, y todas las demás ideas se borraron, y solo sintió una profunda alegría. Esos minutos en que se vive un siglo tienen una cosa soberana y admirable; en el momento en que pasan, llenan por completo el corazon.

Mario abrió la verja y se precipitó en el jardin. Cosette no estaba en el sitio en que le esperaba siempre. Atravesó la espesura y llegó á la rinconada cerca de la escalinata.—Me espera allí, se dijo.—Cosette no estaba.

Alzó la vista, y vió que los postigos de la ventana estaban cerrados. Dió la vuelta al jardin y vió que estaba desierto. Entonces volvió á la casa, y perdido de amor, loco, asustado, exasperado de dolor y de

Digitized by Google

inquietud, como un amo que entra en su casa á mala hora, llamó á la ventana. Llamó y volvió á llamar, espuesto á ver abrirse la ventana, y asomar por ella la sombría cabeza del padre, y oir que le preguntaba: —¿Qué quereis? —Esto no era nada al lado de lo que sospechaba. Cuando hubo golpeado la ventana, gritó y llamó á Cosette.—¡Cosette! gritó, ¡Cosette! repitió imperiosamente. Pero no le respondieron. Todo habia concluido. No habia nadie en el jardin, nadie en la casa.

Mario fijó sus ojos desesperados en aquella casa lúgubre, tan negra, tan silenciosa, y mas vacía que una tumba, y miró despues el banco de piedra en que habia pasado horas tan felices al lado de Cosette. Entonces se sentó en la escalinata con el corazon lleno de dolor y de resolucion, bendijo su amor en el fondo de su pensamiento, y se dijo que, puesto que Cosette se habia marchado, no tenia que hacer mas que morir.

De repente oyó una voz que parecia salir de la calle, y que gritaba al través de los árboles:

—¡Señor Mario!

Se levantó.

—¿Quién es? dijo.

—Señor Mario, ¿estais ahí?

—Sí.

—Señor Mario, añadió la voz, vuestros amigos os esperan en la barricado de la calle de Chanvrerie.

Esta voz no le era enteramente desconocida. Se parecia á la voz tomada y ruda de Eponina.—Mario corrió á la verja, separó el hierro móvil, pasó la cabeza, y vió una figura, que le pareció un jóven, desaparecer corriendo en la oscuridad.

Digitized by Google

III.

EL SEÑOR MABEUF.

La bolsa de Juan Valjean habia sido inútil, al señor Mabeuf, porque éste, en su venerable austeridad infantil, no habia aceptado el regalo de los astros: no habia admitido que una estrella pudiese convertirse en luises de oro; y no habia pódido adivinar que lo que caia del cielo viniera de Gavroche.

Habia llevado la bolsa al comisario de policía del barrio, como objeto perdido, puesto por el que le habia hallado á disposicion del què lo reclamase. La bolsa, en efecto, se perdió. No hay que decir que nadie la reclamó, sin que disfrutase este socorro el señor Mabeuf.

Por lo demás, el señor Mabeuf continuaba viniendo á menos.

Los ensayos sobre el índigo no habian dado mejor resultado en el Jardin Botánico que en su jardin de Austerlitz. El año anterior debia el salario á su ama, y ahora debia, como hemos visto, el alquiler de la casa. El Monte de Piedad, despues de cumplidos trece meses, habia vendido las planchas de su *Flora*, y algun calderero habria hecho de ellas cacerolas. Perdidas, pues, sus planchas, y no pudiendo completar los ejemplares descabalados de su *Flora*, que poseia aun, habia cedido á bajo precio á un librero chalan, planchas y testo como desperfectos.

Digitized by Google

Nada le quedó de la obra de toda su vida. Empezó á conocer el dinero de sus ejemplares.

Cuando vió que este miserable recurso se agotaba, renunció á su jardin, y le dejó sin cultivo. Antes, mucho tiempo antes habia renunciado á los dos huevos y al pedazo de carne que comia de tiempo en tiempo. Solo se alimentaba con pan y patatas: habia vendido sus últimos muebles; despues todo lo que tenia doble en materia de ropa de cama, vestidos y mantas; despues sus herbarios y sus estampas; pero aun conservaba los libros mas preciosos, entre los cuales habia algunos muy raros, como *Los cuadros históricos de la Biblia*, edicion de 1560. *La concordancia de las Biblias*, de Pedro de Besse; *Las Margaritas de la Margarita*, de Juan de la Haye con una dedicatoria á la reina de Navarra; el libro del *Cargo y dignidad de embajador*, por el señor de Villiers Hotman; un *Florilegium Rabbinicum* de 1644; un *Tibulo* de 1567 con esta espléndida inscripcion: *Veneditiis, in ædibus manutianis*; y en fin, un *Diógenes Laercio*, impreso en Lyon en 1644, en que se hallaban las famosas variantes del manuscrito 411 del siglo XIII del Vaticano, y las de los dos manuscritos de Venecia, 393 y 394, tan fructuosamente consultados por Enrique Estienne, y todos los pasajes en dialecto dórico, que no se encuentran mas que en el célebre manuscrito del siglo XII de la biblioteca de Nápoles.

El señor Mabeuf no encendia nunca lumbre en su cuarto, y se acostaba con el dia para no encender luz. Parecia que no tenia vecinos, porque evitaban su encuentro cuando salia; él lo habia notado. La miseria de un niño conmueve á una madre; la miseria de un jóven conmueve á una jóven; pero la miseria de un viejo no conmueve á nadie, y es de todas las desgracias la mas fria. Pero el señor Mabeuf no habia perdido enteramente su serenidad de niño: sus ojos despedian aun luz cuando se fijaban en sus libros, y se sonreia cuando contemplaba el Diógenes Laercio, que era un ejemplar único. Su armario con cristales era lo único que habia conservado además de lo indispensable.

Un dia le dijo la tia Plutarco:

—No tengo con qué traer comida.

Lo que ella llamaba comida era un pan y cuatro ó cinco patatas.

—Fiado, dijo el señor Mabeuf.

—Ya sabeis que me lo niegan.

Digitized by Google

El señor Mabeuf abrió su biblioteca, miró mucho tiempo todos sus libros, uno despues de otro, como un padre obligado á diezmar á sus hijos los miraria antes de escoger, despues cogió uno de repente, se le puso debajo del brazo, y salió. A las dos horas volvió sin nada debajo del brazo, puso treinta sueldos sobre la mesa, y dijo:

—Traereis que comer.

Desde aquel momento la tia Plutarco vió cubrirse el cándido semblante del señor Mabeuf con un velo sombrío, que no desapareció nunca.

El dia siguiente, el otro, todos los demás fue preciso hacer lo mismo. El señor Mabeuf salia con un libro, y volvia con una moneda de plata.

Como los libreros chalanes le veian obligado á vender, le compraban por veinte sueldos los libros porque habia dado veinte francos, alguna vez á ellos mismos. Asi concluyó toda su biblioteca tomo á tomo. En algunos momentos se decia:—Sin embargo, tengo ochenta años,—como si tuviese alguna esperanza de llegar antes al fin de sus dias que al fin de sus libros. Su tristeza iba en aumento; pero una vez tuvo una alegría. Salió con un Roberto Estiene que vendió en treinta y cinco sueldos en el muelle Malaquais, y volvió con un Alde que habia comprado por cuarenta sueldos en la calle de Grés.—Debo cinco sueldos, dijo muy alegre, á la tia Plutarco.—Aquel dia no comieron.

Era de la sociedad de Horticultura, donde se sabia su pobreza. El presidente de esta sociedad vino á verle, le prometió hablar de él al ministro de Agricultura y Comercio, y lo hizo.—¿Cómo! esclamó el ministro. ¡Ya lo creo! ¡Un docto anciano! ¡Un botánico! ¡Un hombre inofensivo! ¡Es preciso hacer algo por él! Al dia siguiente el señor Mabeuf recibió una invitacion para comer con el ministro. Enseñó la carta temblando de alegría á la tia Plutarco.

—¡Nos hemos salvado! dijo.

El dia fijado fué á casa del ministro. Notó que su corbata rosada, su frac grande y cuadrado, y sus zapatos embetunados asombraban á los porteros. Nadie le habló, ni aun el ministro. Hácia las diez de la noche, como estaba todavía esperando una palabra, oyó á la mujer del ministro, hermosa señora descotada, á quien no se habia atrevido á acercarse, que preguntaba:—¿Quién es ese caballero anciano?—Se volvió á su casa,

Digitized by Google

á pie, á media noche, con una fuerte lluvia. Habia vendido un Elzebir para pagar el coche al ir.

Tenia la costumbre de leer todas las noches, antes acostarse, algunas páginas de su Diógenes Laercio; sabia bastante griego para encontrar un placer en las particularidades del testo que poseia: ya no tenia mas goces.

Pasáronse algunas semanas; pero de pronto la tia Plutarco cayó enferma. Hay una cosa mas triste que no tener para comprar pan en la tahona; y es no tener para comprar medicinas en la botica: una noche, el médico recetó una pocion muy cara. Además, agravándose la enferma, necesitaba una persona que la cuidara. El señor Mabeuf abrió la biblioteca, y ya no tenia nada: habia vendido hasta el último volúmen; no le quedaba mas que el Diógenes Laercio.

Se puso el ejemplar único bajo el brazo y salió: era el 4 de junio de 1832. Fué á la puerta de Santiago, á casa del sucesor de Royol, y volvió con cien francos. Puso la pila de napoleones sobre la mesa de noche de la antigua criada, y se volvió á su cuarto sin decir una palabra.

Al dia siguiente desde que amaneció, se sentó en el guarda-canton que habia en el jardin, y pudo vérsele por cima del seto toda la mañana inmóvil, con la cabeza inclinada, y la vista vagamente fija en sus platabandas marchitas. Llovia á intervalos, pero el viejo no lo notaba.

A medio dia estalló en París un ruido estraordinario; pareçia que se oian tiros de fusil y clamores populares.

El señor Mabeuf levantó la cabeza. Vió pasar á un jardinero, y le preguntó:

—¿Qué es eso?

El jardinero respondió, con su azadon al hombro y con el acento mas tranquilo:

—Un motin.

—¡Cómo! ¡Un motin!

—Sí, están combatiendo.

—¿Y por qué?

—¡Diablo! dijo el jardinero.

Digitized by Google

—¿Hácia qué lado? preguntó el señor Mabeuf.

—Hácia el Arsenal.

El señor Mabeuf volvió á entrar en su casa, buscó maquinalmente un libro para llevarle debajo del brazo, no le encontró, y dijo:

—¡Ah, es verdad! Y salió con aire estraviado.

FIN DEL LIBRO NOVENO.

Digitized by Google

LIBRO DÉCIMO.

EL 5 DE JUNIO DE 1832.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

LA SUPERFICIE DE LA CUESTION.

¿De qué se compone un motin?—De todo y de nada. De una electricidad que se desarrolla poco á poco, de una llama que se forma súbitamente, de una fuerza vaga, de un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que hablan, cerebros que piensan, almas que padecen, pasiones que arden, miserias que se lamentan y las arrastra.

¿A dónde?

Al acaso. Al través del Estado, al través de las leyes, al través de la prosperidad y de la insolencia de los demás.

La conviccion irritada, el entusiasmo frustrado, la indignacion conmovida, el instinto de guerra comprimido, el valor de la juventud exaltado, la ceguedad generosa, la curiosidad, el placer de la variacion, la sed de lo inesperado, el sentimiento que hace esperimentar placer al leer el cartel de un nuevo espectáculo, y al oir en el teatro el silbato del maquinista; los odios vagos, los rencores, las contrariedades, la vanidad que cree que ha fracasado el destino; el malestar, los pensamientos profundos, las ambiciones rodeadas de abismos; todo el que espera de un derrumbamiento una salida; y en fin, en lo mas bajo la turba, ese lodo que se convierte en fuego tales son los elementos del motin.

Digitized by Google

Lo mas grande y lo mas ínfimo; los seres que vagan fuera de todo, esperando una ocasion, gitanos, gente sin profesion, vagabundos de las encrucijadas, los que duermen por la noche en un desierto de casas, sin mas techo que las frias nubes del cielo, los que piden cada dia su pan al acaso y no al trabajo, los desconocidos de la miseria y de la nada, los brazos desnudos, los pies descalzos, pertenecen al motin.

Todo el que tiene en el alma una rebelion secreta contra un hecho cualquiera del Estado, de la vida ó de la suerte, tiene afinidad con el motin, y desde que se presenta empieza á temblar y á sentirse conmovido por el torbellino.

El motin es una especie de tromba de la atmósfera social, que se forma de repente en ciertas condiciones de temperatura, y que en sus remolinos sube, corre, truena, arranca, corta, rompe, demuele, desarraiga, arrastrando consigo los ánimos grandes y los pequeños, el hombre fuerte y el débil, el tronco del árbol y la arista de paja.

¡Desgraciado aquel á quien arrastra, lo mismo que aquel con quien choca! Los estrella uno contra otro.

Comunica á los que coge un poder estraordinario. Lleva al primero que encuentra con la fuerza de los sucesos, y hace de todo proyectiles; convierte un canto en una bala, y un arenero en un general.

Si se ha de creer á ciertos oráculos de la política recelosa, bajo el punto de vista del poder, un motin es una cosa deseable. Para ellos, es un axioma que el motin afirma á los gobiernos si no los destruye; porque pone á prueba el ejército, concentra á los ciudadanos, estira los músculos de la policía, y pone de manifiesto la fuerza del esqueleto social. Es un ejercicio gimnástico, casi higiénico. El poder se siente mejor despues de un motin, como el hombre despues de una friccion.

El motin hace treinta años se consideraba además bajo otros puntos de vista.

Hay para todo una teoría que se llama á sí misma «del sentido comun.» Filinto contra Alcestes; mediacion ofrecida entre lo verdadero y lo falso; esplicacion, admonicion, atenuacion un poco altiva, que porque tiene cierta mezcla de culpa y de escusa, se cree la sabiduría, y no es mas que la pedantería. Toda una escuela política, llamada del justo medio, ha salido de aquí. Entre el agua fria y el agua caliente, hay el partido del agua tibia. Esta escuela, con su falsa profundidad

Digitized by Google

enteramente superficial, que diseca los efectos sin remontarse á las causas, censura desde lo alto de una semi-ciencia las agitaciones de la plaza pública.

Segun esta escuela, «los motines que complicaron la revolucion de 1830, quitaron á este gran acontecimiento una parte de su pureza. La revolucion de julio habia sido un hermoso huracan popular, seguido inmediatamente de la calma; pero los motines volvieron á nublar el cielo; hicieron que degenerase en querella esta revolucion, tan notable al principio por su unanimidad. En la revolucion de julio, como en todo progreso que se realiza por una sacudida, habia habido fracturas secretas; el motin las hizo sensibles, y pudo decirse: ¡Ah! esto está roto. Despues de la revolucion de julio, solo se sentia la libertad; despues de los motines se conoció la catástrofe.

Todo motin cierra las tiendas, hace bajar los fondos, asusta á la Bolsa, suspende el comercio, detiene los negocios, precipita las quiebras; se retira el dinero, las fortunas privadas están inquietas, el crédito público perdido, la industria desconcertada, los capitales retroceden, el trabajo menos pagado, en todas partes reina el miedo, la reaccion en todas las ciudades. De aquí salen los precipicios. Se ha calculado que el primer dia de motin cuesta á Francia veinte millones, el segundo cuarenta, el tercero sesenta. Un motin de tres dias cuesta ciento veinte millones; es decir, que no teniendo en cuenta mas que este resultado económico, equivale á un desastre, á un naufragio ó á una batalla perdida que destruyese una escuadra de sesenta navíos de línea.

Sin duda los motines tienen sus bellezas históricas; la guerra de las calles no es menos grandiosa, ni menos patética que la guerra del campo; en la una está el alma de los bosques, y en la otra el corazon de las ciudades; la una tiene á Juan Chonan, y la otra á Juana. Los motines despiden llamas rojizas, pero espléndidas, y todos los rasgos mas originales del carácter parisiense, la generosidad, el desinterés, la alegría tempestuosa, los estudiantes probando que la bravura es parte de la inteligencia, la guardia nacional inquebrantable, los vivacs de los tenderos, las fortalezas de los pilluelos, el desprecio de la muerte en los transeuntes. Las escuelas y los regimientos se encuentran. Bien considerado todo, entre los combatientes no hay mas que una diferencia de edad; son la misma raza, los mismos hombres estóicos que mueren á los vein-

Digitized by Google

te años por sus ideas, y á los cuarenta por su familia. El ejército siempre triste en las guerras civiles, opone la prudencia á la audacia. Los motines, al mismo tiempo que manifiestan la intrepidez popular, educan en el valor al ciudadano.

Pero ¿todo esto vale la sangre que se ha derramado? Y añádase á la sangre vertida el porvenir oscuro, el progreso comprometido, la inquietud, aun entre los mejores, los liberales honrados desesperando ya, el absolutismo estranjero viendo con placer estas heridas hechas á la revolucion por sí misma, los vencidos de 1830 triunfando y diciendo: ¡Ya lo habíamos dicho! Añádase á esto, que París tal vez puede engrandecerse con un motin, pero que Francia se empequeñece; y por último, pues todo debe decirse, los asesinatos que deshonran con frecuencia la victoria del órden feroz sobre la libertad loca. En suma, los motines han sido funestos.»

Asi habla esa casi sabiduría con que la clase de los pequeños propietarios egoistas, que es un casi pueblo, se contenta gustosa.

En cuanto á nosotros, rechazamos esa palabra tan estensa, y por consiguiente tan cómoda, los motines. Entre un movimiento popular y otro movimiento popular, hacemos una distincion. No nos preguntamos si un motin cuesta tanto como una batalla. ¿Y por qué como una batalla? Aquí se presenta la cuestion de la guerra. ¿Acaso la guerra es un azote menos sensible que la calamidad de un motin? Además, ¿son calamidades todos los motines? ¿Y qué aunque el 14 de julio costase ciento veinte millones? La instalacion de Felipe V en España costó á Francia dos mil millones; pues por igual precio, preferimos el 14 de julio.

Por otra parte, negamos esas cifras que parecen razones, y no son mas que palabras. Dado un motin, le examinamos en sí mismo. En todo lo que dice la objecion doctrinaria espuesta mas arriba, solo se trata del efecto; nosotros buscamos la causa.

Vamos á esplicarnos.

Digitized by Google

II.

EL FONDO DE LA CUESTION.

Hay motines y hay insurrecciones: son dos clases de cólera; una equivocada, otra con derecho. En los Estados democrátcos, unicos que están fundados sobre la justicia, sucede algunas veces que una fraccion es usurpadora; entonces todo se levanta, y la necesaria revindicacion de su derecho puede llegar hasta tomar las armas. En todas las cuestiones que llegan á la soberanía colectiva, la guerra del todo contra la fraccion es la insurreccion; el ataque de la fraccion contra el todo es motin, segun que las Tullerías estén habitadas por el rey ó por la Convencion, son justa ó injustamente atacadas. El mismo cañon asestado contra la multitud no tiene razon el 10 de agosto, y la tiene el 14 de vendimiario.

La apariencia es, pues, semejante; el fondo diferente; los suizos defienden lo falso, Bonaparte lo verdadero. Lo que el sufragio universal ha hecho en su libertad y en su soberanía, no puede ser deshecho por las calles.

Lo mismo sucede en las cosas de pura civilizacion; el instinto de las masas, ayer previsor, puede estar mañana turbado. La misma ira es legítima contra Terray y absurda contra Turgot. La destruccion de má-

Digitized by Google

quinas, el pillaje de los almacenes, la ruptura de los rails, la demolicion de los docks, los falsos caminos de la multitud, el desafío de la justicia del pueblo al progreso, Ramus asesinado por los escolares, Rousseau espulsado de Suiza á pedradas, son motines. Israel contra Moisés, Atenas contra Focion, Roma contra Escipion, son motines; París contra la Bastilla, es la insurreccion. Los soldados contra Alejandro, los marineros contra Cristóbal Colon, es la misma rebelion: rebelion impía. ¿Y por qué? Porque Alejandro hace por Asia con la espada, lo que Cristóbal Colon por América con la brújula; Alejandro como Colon descubre un mundo. Estos dones de un mundo á la civilizacion son tales aumentos de luz, que toda resistencia es criminal.

Algunas veces el pueblo se miente fidelidad á sí mismo, y la multitud hace traicion al pueblo. ¿Hay, por ejemplo, nada mas estraño que esa larga y sangrienta protesta de los falsos Saulniers, legítima rebelion crónica, que en el momento decisivo, en el dia de la salvacion, en la hora de la victoria popular se alza con el trono, se hace vendeana, y de insurreccion en contra, se vuelve motin en favor? ¡Obra sombría de la ignorancia! El falso Saulniers huye del poder real, y con un resto de cuerda al cuello, enarbola la escarapela blanca. Grita ¡mueran las gabelas! y prepara el ¡viva el rey! Asesinos en la noche de San Bartolomé, degolladores de setiembre, verdugos de Aviñon, asesinos de Coligny, asesinos de la señora de Lamballé, asesinos de Brune, Miqueletes, Verdets, Cadenettes, compañeros de Jehú, caballeros de Brassard; ese es el motin. La Vendée es un gran motin católico.

El rumor del derecho en movimiento se conoce, y no sale siempre del temblor de las masas turbulentas; hay furores locos, como hay campanas rajadas; no suena el somaten siempre á bronce. El estremecimiento de la pasion y de la ignorancia es distinto de la sacudida del progreso. Levantaos, sí, pero para engrandeceros: decidme hácia qué lado vais: solo hay insurreccion hácia adelante. Cualquier otro levantamiento es malo: todo paso violento hácia atrás, es un motin; el retroceso es una via de hecho contra el género humano. La insurreccion es el acceso del furor de la verdad: los adoquines que mueve la insurreccion despiden la chispa del derecho.

Esos adoquines solo dejan su lado al motin. Danton contra Luis XVI, es la insurreccion. Hebert contra Danton, es el motin.

Digitized by Google

De aquí proviene que si la insurreccion, en estos casos dados, puede ser, como ha dicho Lafayette, el mas santo de los deberes, el motin puede ser el mas fatal de los atentados.

Hay tambien alguna diferencia en la intensidad del calórico; la insurreccion suele ser un volcan; el motin es con frecuencia fuego de paja.

La rebelion, segun hemos dicho, parte algunas veces del poder. Polignac es un amotinador; Camilo Desmouliens es un gobernante.

Muchas veces, insurreccion es resurreccion.

Siendo un hecho absolutamente moderno la solucion de todo por el sufragio universal, y siendo toda la historia anterior á este hecho, desde hace cuatro mil años, la violacion del derecho y el padecimiento de los pueblos, cada época de la historia trae consigo la protesta que le es posible. En tiempo de los Césares no habia insurreccion, pero habia un Juvenal.

El *facit indignatio* reemplaza á los Gracos.

En tiempo de los Césares hay un desterrado de Siena; hay tambien un autor de los *Anales*.

Y no hablamos del gran desterrado de Patmos que tambien condena el mundo real en una protesta en nombre del mundo ideal; hace de la vision una sátira enorme, y arroja sobre Roma-Nínive, sobre Roma-Babilonia, sobre Roma-Sodoma, la resplandeciente reverberacion del Apocalipsis.

Juan sobre su roca es el esfinge sobre su pedestal; no es posible comprenderle; es un judío, es el pueblo hebreo; pero el hombre que escribe los *Anales* es un latino, ó mejor dicho un romano.

Como los Nerones reinan de una manera oscura; deben ser pintados del mismo modo. El trabajo del buril solo seria pálido; es preciso verter en los blancos una prosa concentrada y mordiente.

Los déspotas entran para algo en la mente de los pensadores: palabra encadenada, palabra terrible. El escritor duplica y triplica su estilo cuando un señor impone silencio al pueblo. De este silencio nace cierta plenitud misteriosa que se filtra y se solidifica duramente en el pensamiento. La compresion en la historia produce la concision en el historiador. La solidez granítica de alguna prosa célebre no es mas que una condensacion hecha por el tirano.

Digitized by Google

La tiranía obliga al escritor á contracciones de diámetro, que son acrecentamientos de fuerza. El período ciceroniano, apenas suficiente para Verres, se embotaria en tiempo de Calígula. Cuanto menor sea la estension de la frase, mayor es la intensidad del golpe. Tácito piensa con inmensa fuerza.

La honradez de un gran corazon condensada en justicia y en verdad, fulmina.

Digamos de paso, que es muy notable el que Tácito no sea superior, históricamente hablando, á César: á aquel están resarvados los Tiberios.

César y Tácito son dos fenómenos sucesivos, cuyo encuentro parece misteriosamente evitado por el que al sacar los siglos á la escena, arregla las entradas y las salidas. César es grande; Tácito es grande; Dios dirige estas dos grandezas para que no choquen una contra otra. El justiciero, hiriendo á César, podia herir demasiado y ser injusto, lo que Dios no quiere. Las grandes guerras de Africa y de España, los piratas de Cilicia destruidos, la civilizacion introducida en la Galia, en Bretaña, en Germania; toda esta gloria cubre el Rubicon. Hay en esto una especie de delicadeza de la justicia divina, dudando en dejar caer sobre el usurpador ilustre, el ilustre historiador formidable, haciendo á César gracia de Tiberio, y concediendo circunstancias atenuantes al genio.

Cierto que el despotismo es siempre despotismo, aun bajo el déspota del genio. Hay corrupcion bajo los tiranos ilustres; pero la pérdida moral es mas repugnante aun bajo los tiranos infames. En esos reinados, nada vela la vergüenza, y los hacedores de ejemplos, Tácito como Juvenal, abofetean mas útilmente, en presencia del género humano, á esa ignominia sin réplica.

Roma despide peores miasmas en tiempo de Vitelio que en tiempo de Sila. Con Claudio y Doniciano hay una deformidad de bajeza correspondiente á la fealdad del tirano; la miseria de los esclavos es un producto directo del déspota; de esas conciencias encogidas se exhala un miasma en que se refleja el amo; los poderes públicos son inmundos; los corazones pequeños, las conciencias planas, las almas son repugnantes como una chinche; asi sucede con Caracalla asi con Cómodo, asi con Heliogábalo; mientras que del senado romano en tiempo de César, no sale mas que el olor del estiércol propio de los nidos de águila.

Digitized by Google

De aquí proviene la aparicion, tardía solo en apariencia, de los Tácitos y Juvenales: el demostrador solo aparece en la hora de la evidencia.

Pero Juvenal y Tácito, lo mismo que Isaias en los tiempos bíblicos, lo mismo que Dante en la edad media, son el hombre; el motin y la insurreccion son la multitud, que tan pronto tiene razon, como no la tiene.

En la generalidad de los casos, el motin sale de un hecho material; la insurreccion es siempre un fenómeno moral. El motin es Masaniello; la insurreccion es Espartaco. La insurreccion confina con la inteligencia; el motin con el estómago. Gaster se irrita; pero Gaster no siempre tiene razon. En las cuestiones de hambre, el motin, Busancais por ejemplo, tiene un punto de partida verdadero, patético y justo. Y sin embargo, es un motin. ¿Por qué? Porque teniendo razon en el fondo, no la tiene en la forma. Terrible, aun teniendo derecho, violento, aunque fuerte, hiere al acaso; marcha como el elefante ciego, rompiéndolo todo; deja detrás de sí cadáveres de ancianos, de mujeres y de niños; vierte sin saber por qué la sangre de los seres inofensivos é inocentes. Alimentar al pueblo, es un buen fin; pero matarle es un mal medio.

Todas las protestas armadas, aun las mas legítimas, aun el 10 de agosto, aun el 14 de julio, principian por la misma agitacion. Antes que el derecho se desprenda, hay tumulto y espuma. Al principio, la insurreccion es motin, lo mismo que el rio es torrente, y ordinariamente llega á este Océano: revolucion. Algunas veces, sin embargo, viniendo de esas altas montañas que dominan el horizonte moral, la justicia, la prudencia, la razon, el derecho, formada de la mas pura nieve de lo ideal, despues de una larga caida de roca en roca, despues de haber reflejado el cielo en su trasparencia, y de haber crecido con cien afluentes en el majestuoso camino del triunfo, la insurreccion se pierde de repente en alguna hondura popular, como el Rhin en un pantano.

Todo esto se refiere á lo pasado; en lo porvenir será otra cosa. El sufragio universal tiene de admirable, que disuelve el motin en su principio, y dando el voto á la insurreccion, le quita las armas. La desaparicion de las guerras, de la guerra de las calles, como de la guerra de las fronteras, es el progreso inevitable. La paz, cualquier cosa que sea hoy, es mañana.

Por lo demás, insurreccion, motin, diferencia entre una y otra, todo

Digitized by Google

esto apenas existe para el ciudadano. Para él, todo es sedicion, rebelion pura y simple, rebelion del perro contra el amo; especie de mordedura que venga la cadena y la covacha; ladrido, hasta el dia en que la cabeza del perro, que va creciendo, se bosqueja vagamente en la sombra como una cabeza de leon.

Entonces el ciudadano grita: ¡Viva el pueblo!

Dada esta esplicacion; ¿qué es para la historia el movimiento de Julio de 1832? ¿Es un motin ó una insurreccion?

Es una insurreccion.

Podrá sucedernos, al traer á la escena este acontecimiento terrible, que llamamos alguna vez motin, pero solo para calificar los hechos de la superficie; haciendo siempre la distincion necesaria entre la forma ó motin, y el fondo ó insurreccion.

Este movimiento de 1832, tuvo en su rápida esplosion, y en su lúgubre estincion, tal magnitud, que aun aquellos que no ven en él mas que un motin, hablan de él con respeto. Para estos es como un resíduo de 1830. Las imaginaciones conmovidas, dicen, no se calman en un dia; una revolucion no se corta á pico; tiene siempre necesariamente algunas ondulaciones antes de volver al estado de paz, lo mismo que una montaña antes de desaparecer en la llanura. No hay Alpes sin Jura, ni Pirineos sin Asturias.

Esta crisis patética de la historia contemporánea, que la memoria de los parisienses llama la *época de los motines*, es seguramente una hora característica entre las mas tempestuosas de este siglo.

Digamos aun dos palabras antes de entrar en la narracion.

Los hechos que vamos á referir pertenecen á esa realidad dramática y viva que el historiador desprecia muchas veces por falta de tiempo y de espacio. En ella, sin embargo, insistimos; en ella está la vida, la palpitacion, el temblor humano. Los pormenores, segun hemos dicho ya, son, por decirlo asi, el follaje de los grandes sucesos, y se pierden en la lontananza de la historia.

La época llamada de los motines abunda en estos hechos pequeños. Los procesos judiciales, por otras razones que la historia no nos han revelado todo; tal vez no lo han profundizado tampoco. Nosotros vamos á dar á luz, entre particularidades conocidas y publicadas, cosas que no se han sabido, hechos sobre los cuales ha pasado el olvido de unos, y

Digitized by Google

la muerte de otros. La mayor parte de los actores de estas escenas gigantescas han desaparecido; al dia siguiente se callaban; pero podemos decir de lo que contamos: lo hemos visto. Cambiaremos algunos nombres, porque la historia refiere y no denuncia; pero pintaremos cosas verdaderas.

En este libro no manifestaremos mas que un lado y un episodio, seguramente el menos conocido, las jornadas de los dias 5 y 6 de junio de 1832; pero lo haremos de modo que el lector entrevea, bajo el sombrío velo que vamos á levantar, la figura real de esa terrible aventura del pueblo.

Digitized by Google

III.

UN ENTIERRO: OCASION DE RENACER.

En la primavera de 1832, aunque hacia tres meses que el cólera tenia helados los espíritus, y habia echado sobre la agitacion una lúgubre tranquilidad, París estaba hacia tiempo dispuesto para una conmocion. Como hemos dicho ya, la gran ciudad parece un cañon; cuando está cargado, basta que caiga una chispa para que salga el tiro. En junio de 1832 la chispa fue la muerte del general Lamarque.

Lamarque era un hombre de fama y de accion. Habia tenido sucesivamente las dos clases de valor necesarias en las dos épocas: el valor de los campos de batalla, y el valor de la tribuna. Era tan elocuente como bravo; su palabra parecia una espada. Como Foy, su antecesor, despues de haber mantenido á gran altura el mando militar, mantuvo á gran altura la libertad.

Se sentaba entre la izquierda y la estrema izquierda; era querido del pueblo, porque aceptaba el porvenir, y querido de la multitud, porque habia servido bien al emperador. Era con el conde Gerard uno de los mariscales *in petto* de Napoleon.

Los traidores de 1815 le miraban como una ofensa personal. Odiaba á Wellington con un odio directo que agradaba á la multitud, y hacia

Digitized by Google

diez y siete años que guardaba magestuosamente la tristeza de Waterlóo, atento apenas á los sucesos intermedios. En su agonía, en su última hora, habia apretado contra su pecho una espada que le habian dedicado los oficiales de los Cien Dias. Napoleon murió pronunciando la palabra *ejército*; Lamarque pronunciando la palabra *patria*.

Su muerte prevista, era considerada por el pueblo como una pérdida, y por el gobierno como una ocasion. Aquella muerte fue un duelo: duelo que, como todo lo que es amargo, puede cambiarse en una revuelta. Esto fue lo que sucedió.

La víspera y la mañana del 5 de junio, dia fijado para el entierro del general Lamarque, el arrabal de San Antonio, por el cual debia pasar el entierro, tomó un aspecto temible. Aquella tumultuosa red de calles se llenó de rumores. Armábanse todos como podian. Los carpinteros llevaban las tablas de sus establecimientos «para echar abajo las puertas.» Uno de ellos se habia hecho un puñal de unos ganchos de zapatero, rompiendo el gancho y aguzando la espiga. Otro, en la fiebre de «atacar,» dormia vestido hacia tres dias. Un carpintero, llamado Lombier, encontró á un compañero que le preguntó: —¿A dónde vas?—Pst. No tengo armas.—Pues ¿y entónces?—Me voy á mi taller á coger un compás.—¿Para qué?—No lo sé, decia Lombier.

Otro, llamado Jacqueline, hombre de recursos, se acercaba á los obreros que pasaban, y les decia:—¡Ven!—Les pagaba un cuartillo de vino, y añadia:

—¿Tienes trabajo?—No.—Pues vé á casa de Filspierre, entre la barrera Montreuil y la barrera Charonne, y hallarás trabajo.—En casa de Filspierre encontraban armas y cartuchos. Ciertos jefes conocidos *corrian la posta*, es decir, iban de una á otra parte para reunir á la gente. En casa de Barthelemy, cerca de la barrera del Trono, en casa de Capel, en el Petit-Chapeau, los bebedores se acercaban con aire sombrío, y se los oia decir:—*¿Dónde tienes tu pistola?—Debajo de la blusa.—¿Y tú?—Debajo de la camisa.*

En la calle Traversiere, delante del taller Roland, y en la plaza de la Casa-Quemada, frente al taller del instrumentista Bernier, cuchicheaban algunos grupos. Distinguíase entre ellos un tal Mavot, que nunca estaba una semana en un taller, pues los maestros le despedian «porque

Digitized by Google

tenian disputas con él todos los dias.» Mavot fue muerto al dia siguiente en la barricada de la calle Menilmontant.

Pretot, que debia morir tambien en la lucha, seguia á Mavot, y á esta pregunta ¿qué quieres? le respondia: —*La insurreccion.* Algunos obreros, reunidos en la esquina de la calle de Bercy, esperaban á un tal Lemarin, agente revolucionario del arrabal de San Marcelo. Las órdenes se cambiaban casi públicamente.

El 5 de junio, pues, con un dia en que se mezclaban la lluvia y el sol, el entierro del general Lamarque atravesó las calles de París con la pompa militar oficial, aumentada un poco con las precauciones. Dos batallones con los tambores enlutados y los fusiles á la funerala, diez mil guardias nacionales con el sable al lado, las baterías de artillería y de la guardia nacional escoltaban el féretro. El carro fúnebre era llevado por jóvenes. Los oficiales de inválidos le seguian inmediatamente, llevando ramos de laurel. Despues venia una multitud innumerable, agitada, estraña, los seccionarios de los Amigos del Pueblo, la Escuela de Derecho, la de Medicina, los proscritos de todas las naciones, banderas españolas, italianas, alemanas, polacas, tricolores horizontales, toda clase de enseñas, niños agitando ramas verdes, picapedreros y carpinteros, impresores que se distinguian por sus gorros de papel, marchando de dos en dos, de tres en tres, dando gritos, agitando palos casi todos, algunos sables, sin órden, y á pesar de esto, con un solo pensamiento, semejantes ya á una confusion, ya á una columna.

Algunos pelotones habian elegido un jefe; un hombre armado con un par de pistolas, perfectamente visible, parecia pasar revista á otros, cuyas filas se abrian para dejarle paso. En los paseos de los boulevares, en las ramas de los árboles, en los balcones, en las ventanas, en los tejados, hormigueaban cabezas, hombres, mujeres y niños, con la ansiedad en los ojos. Pasaba una multitud armada; otra multitud asustada miraba.

El gobierno por su parte observaba; observaba con la mano en el pomo de la espada. Podian verse dispuestos á marchar cartucheras llenas, fusiles y carabinas cargados; en la plaza de Luis XV, cuatro escuadrones de carabineros, montados y con los clarines á la cabeza; en el barrio Latino y en el Jardin Botánico, la guardia municipal, escalonada de calle en calle; en el Mercado de los vinos, un escuadron de dra-

Digitized by Google

gones; en la plaza de Grève una mitad del 12.° ligero, y la otra mitad en la Bastilla; el 6.° de dragones en los Celestinos; y la artillería llenando la plaza del Louvre. El resto de las tropas estaba retenida en los cuarteles, sin contar los regimientos de los alrededores de París. El poder inquieto tenia suspendidos sobre la multitud amenazadora veinticuatro mil soldados en la ciudad y treinta mil en las afueras.

En el acompañamiento circulaban diversos rumores. Se hablaba de intenciones legitimistas; se hablaba del duque de Reichstadt, á quien Dios señalaba para la muerte en el momento mismo en que la multitud le designaba para el imperio. Una persona desconocida anunciaba que á una hora fijada contra-maestres ganados, abririan al pueblo las puertas de una fábrica de armas. En todas las frentes descubiertas de la multitud de espectadores dominaba un entusiasmo mezclado con abatimiento. Veíanse tambien aquí y allá en aquella multitud, presa de tantas emociones violentas, pero nobles, verdaderos rostros de malhechores, y bocas innobles que decian:—¡Robemos! Hay ciertas agitaciones que remueven el fondo de los pantanos, y que hacen subir á la superficie del agua nubes de cieno. Fenómeno á que no es estraña la policía «bien montada.»

El acompañamiento fué con una lentitud febril desde la casa mortuoria por los boulevares hasta la Bastilla. Llovia de tiempo en tiempo; pero la lluvia no incomodaba á aquella multitud. En el tránsito habian ocurrido varios incidentes: el ataud habia sido paseado alrededor de la columna Vendôme; habia sido apedreado el duque de Fitz-James que estaba en un balcon con el sombrero puesto; el gallo de los galos habia sido arrancado de una bandera popular, y arrastrado por el lodo; un agente de policía habia sido herido de un sablazo en la Puerta de San Martin; un oficial del 12.° ligero decia en alta voz: Soy republicano; la escuela politécnica habia dado despues de su consigna forzada, los gritos: ¡Viva la escuela politécnica! ¡viva la república! Todos estos hechos marcaron el paso del fúnebre convoy. En la Bastilla, las grandes filas de curiosos que descendian del arrabal de San Antonio se unieron con el acompañamiento, y principió á levantarse cierto murmullo terrible.

Oyóse á un hombre que decia á otro:

—¿Ves bien á aquel de la perilla roja? Pues ese dirá cuándo hemos

Digitized by Google

de tirar.—Parece que aquella misma perilla roja se encontró despues haciendo lo mismo en otro motin: en el de Quenisset.

El féretro pasó la Bastilla, siguió por el canal, atravesó el puente pequeño y llegó á la esplanada del puente de Austerlitz. Allí se detuvo. En aquel momento, la multitud vista á vuelo de pájaro, ofrecia el aspecto de un cometa, cuya cabeza estuviese en la esplanada, y cuya cola desarrollada por el muelle Bourdon, cubriera la Bastilla, y se prolongara por el boulevard hasta la puerta de San Martin. Trazóse un círculo alrededor del carro fúnebre; el acompañamiento guardó silencio: Lafayette habló y se despidió de Lamarque. Fue aquel un instante tierno y augusto; todas las cabezas se descubrieron; todos los corazones palpitaron.

De pronto se presentó en medio del grupo un hombre á caballo vestido de negro, con una bandera roja, y segun otros, con una pica terminada por el gorro frigio. Lafayette volvió la cabeza. Excelmans abandonó el convoy.

Aquella bandera roja levantó una tempestad y desapareció. Uno de esos terribles rumores que parecen una marejada de la multitud, corrió desde el boulevard de Bourdon hasta el puente de Austerlitz; oyéronse gritos prodigiosos:

—*¡Lamarque al panteon!*—*¡Lafayette al Hotel de Ville!*—Al oir estas esclamaciones, algunos jóvenes arrastraron el carro fúnebre de Lamarque por el puente de Austerlitz, y á Lafayette en un coche por el muelle Morland.

En la multitud que rodeaba y aclamaba á Lafayette, se distinguia y era señalado un aleman, llamado Ludwig Snyder, que murió centenario, que habia hecho la guerra de 1776, y habia peleado en Trenton á las órdenes de Washington, y en Brandywine á las de Lafayette.

Mientras tanto, por la orilla izquierda, la caballería municipal se ponia en movimiento, y venia á ocupar el puente; por la orilla derecha los dragones salian de los Celestinos, y se desplegaban á lo largo del muelle Morland. El grupo que llevaba á Lafayette los vió repentinamente en la esquina del muelle, y gritó: ¡Los dragones! ¡los dragones!

Los dragones avanzaban al paso, en silencio, con las pistolas en las pistoleras, los sables envainados, las carabinas en el mosqueton, con un aire sombrío de espera.

Digitized by Google

A doscientos pasos del puente hicieron alto. El coche en que iba Lafayette llegó hasta ellos; abrieron sus filas, le dejaron pasar, y volvieron á cerrarse. En aquel momento se tocaban los dragones y la multitud: las mujeres huyeron con terror.

¿Qué pasó en aquel momento fatal? Nadie podrá decirlo. Aquel fue el momento tenebroso en que se chocan dos nubes. Unos dicen que en el lado del Arsenal se oyó una trompeta que tocaba ataque; otros que un muchacho dió una puñalada á un dragon. El hecho es que se oyeron tres tiros; el primero mató al jefe del escuadron Cholet, el segundo á una vieja sorda que estaba cerrando una ventana en la calle de Contrescarpe, y el tercero quemó la charretera de un oficial. Una mujer gritó: ¡Se empieza muy pronto! y de repente se vió por el lado opuesto al muelle Morland un escuadron de dragones, que se habia quedado en el cuartel, desembocar al galope, con el sable desnudo, por la calle Bassampierre y el boulevard Bourdon, y barrer todo lo que se les ponia delante.

Todo concluye entonces; desencadénase la tempestad, llueven las piedras, estalla el fuego; unos se precipitan por los ribazos y pasan el estrecho brazo del Sena, hoy cegado; las canteras de la isla Souviers, vasta ciudadela natural, se erizan de combatientes, se arrancan las estacas, se disparan pistoletazos, se bosqueja una barricada; los jóvenes rechazados pasan el puente de Austerlitz con el féretro á paso de carga, y atacan á la guardia municipal; acuden los carabineros, los dragones acuchillan, la multitud se dispersa en todas direcciones, un rumor de guerra sale de los cuatro estremos de París. Se grita ¡á las armas! corren, tropiezan, huyen, resisten. La cólera trasmite el motin, como el viento trasmite las llamas.

Digitized by Google

IV.

EL FERVOR DE OTRO TIEMPO.

No hay nada mas estraordinario que las primeras agitaciones de un motin. Todo estalla en todas partes á un tiempo. ¿Estaba esto prevenido? Sí. ¿Estaba preparado? No. ¿De dónde sale todo esto? Del empedrado. ¿De dónde cae todo esto? De las nubes. La insurreccion tiene aquí el carácter de un complot; allí el de una improvisacion.

El primero que llega se apodera de la corriente de la multitud y la lleva donde quiere. Principio lleno de espanto con que se mezcla una alegría formidable. Empieza por los clamores, se cierran las tiendas, desaparecen los escaparates de los almacenes; despues se oyen algunos tiros aislados, huye la gente, se oyen los culatazos en las puertas-cocheras; las criadas rien en los patios de las casas, y dicen:—*¡Va á haber jarana!*

No habia pasado un cuarto de hora cuando en veinte puntos de París pasaba lo que vamos á referir.

En la calle de Santa Cruz de la Bretonerie, una veintena de jóvenes, de barba y cabellos largos, entraban en una taberna, y salian un momento despues, llevando una bandera tricolor horizontal, cubierta de un crespon; á la cabeza iban tres hombres armados, uno con un sable, otro con fusil, y el tercero con una pica.

Digitized by Google

En la calle de Nonaindieres, un hombre bien vestido, barrigudo, con voz sonora, calvo, frente elevada, barba negra, y uno de esos bigotes rebeldes que no pueden bajarse, ofrecia públicamente cartuchos á los transeuntes.

En la calle de San Pedro de Montmartre, algunos hombres con los brazos desnudos paseaban una bandera negra, en que se leia con letras blancas: *República ó muerte.*

En la calle de Jeuneurs, en la del Cuadrante, en la de Montorgueil, en la de Mandar se presentaban grupos agitando banderas, en que se leia, en letras de oro, la palabra *seccion* con un número. Una de estas banderas era roja y azul, con una imperceptible faja blanca.

En el boulevard de San Martin se saqueaba una fábrica de armas, y otras tres tiendas de armeros, la primera en la calle Beaubourg, la segunda en la calle Michel-le-Conte, y la otra en la calle del Temple. En algunos minutos, las mil manos de la multitud se apoderaban de doscientas treinta escopetas, casi todas de dos cañones, de sesenta y cuatro sables, y ochenta y tres pistolas. Para armarse mas pronto, uno cogia el fusil y otro la bayoneta.

En frente del muelle de la Grève, algunos jóvenes armados de mosquetes se instalaban en casa de las mujeres para tirar. Uno tenia un mosquete de rueda. Llamaban, entraban y se ponian á hacer cartuchos. Una de estas mujeres ha dicho:—*No sabia lo que eran cartuchos; mi marido me lo ha dicho.*

Un grupo entraba en una tienda de curiosidades de la calle de Vieilles-Haudriettes, y allí se armaban de yataganes y armas turcas.

El cadáver de un albañil, muerto de un tiro, yacia en la calle de la Perla.

Además, en la orilla izquierda, en la derecha, en los muelles, en los boulevares, en el barrio Latino, en el cuartel de los Mercados, hombres jadeantes, obreros, estudiantes, seccionarios, leian proclamas, y gritaban:—¡A las armas! Rompian los faroles, desenganchaban los coches, desempedraban las calles, echaban abajo las puertas de las casas, desarraigaban los árboles, registraban las cuevas, rodaban los toneles, amontonaban las piedras, los adoquines, los muebles, las tablas; hacian barricadas.

Obligaban á los ciudadanos á ayudarles: entraban en casa de las

Digitized by Google

mujeres, y les hacian entregar el sable y el fusil de sus maridos ausentes, y escribian con tiza en la puerta: *Están entregadas las armas.* Algunos firmaban con «sus nombres» recibos de fusil y de sable, y decian: *Enviad por ellos mañana á la alcaldía.* Desarmaban en la calle á los centinelas aislados; los guardias nacionales se dirigian á su punto de reunion. Se arrancaban las charreteras á los oficiales.

En la calle del Cementerio de San Nicolás, un oficial de la guardia nacional, perseguido por un grupo armado de palos y estoques, se refugió con gran dificultad en una casa, de donde no pudo salir hasta la noche y disfrazado.

En el barrio de Santiago, los estudiantes salian á grupos de sus casas, y subian por la calle de San Jacinto al café del Progreso, ó bajaban al café de los Siete Billares, calle de los Maturinos. Allí, delante de las puertas, algunos jóvenes subidos en guarda-cantones distribuian armas.

Se saqueó la carpintería de la calle Trasnonain para hacer barricadas. En un solo punto hacian ya resistencia los paisanos, en la esquina de las calles de San Avroye y Simon-le-Franc, donde destruian ellos mismos la barricada. En un solo punto se replegaban los insurgentes. Abandonaban una barricada principiada en la calle del Temple, despues de haber hecho fuego contra un destacamento de la guardia nacional, y huian por la calle de la Corderie. El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas de pistola. Los guardias nacionales desgarraron la bandera, y llevaron los pedazos en la punta de las bayonetas.

Todo lo que referimos aquí lenta y sucesivamente se verificaba á un tiempo en todos los puntos de la ciudad, en medio de un inmenso tumulto, como una multitud de relámpagos en un solo trueno.

En menos de una hora salieron de tierra veintisiete barricadas solamente en el barrio del Mercado. En el centro estaba aquella famosa casa número 50, que fue la fortaleza donde se resistió Juana y sus ciento seis compañeros, y que flanqueada por un lado por la barricada de San Merry, y por el otro por una barricada en la calle Maubuée, dominaba tres calles, la de Arcis, la de San Martin y la de Aubry-le-Boucher, á que daba frente.

Dos barricadas en ángulo recto se dirigian, la una por la calle

Digitized by Google

Montorgueil, por la Grande Truanderie, y la otra por la calle Geoffroy-Angevin por la calle de San Avroye.

Sin contar innumerables barricadas en otros veinte barrios de París, en las Huertas, en las montañas de Santa Genoveva, una en la calle de Menilmontant, donde se veia una puerta-cochera arrancada de cuajo; otra cerca del puentecillo del Hotel-Dieu, construida con una diligencia desenganchada y tumbada á trescientos pasos de la prefectura de policía.

En la barricada de la calle de Menetriers, un hombre bien vestido distribuia dinero á los trabajadores. En la de la calle Grenetat se presentó un ginete, y entregó al que parecia jefe de barricada un papel que parecia un cartucho de dinero.—*Toma*, le dijo, *para pagar los gastos, el vino, etc.* Un jóven rubio, sin corbata, iba de una barricada á otra comunicando órdenes. Otro, con sable en mano, y una gorra azul de polizonte, ponia centinelas.

En lo interior mas allá de las barricadas, las tabernas y las porterías estaban convertidas en cuerpos de guardia. Por lo demás, el motin estaba dirigido segun la mas ingeniosa táctica militar: Las calles estrechas, desiguales, torcidas, llenas de ángunos y recodos, habian sido elegidas con acierto; y los alrededores de los Mercados en particular, laberinto de calles mas embrollado que un bosque. La sociedad de Amigos del Pueblo, se decia, que habia tomado la direccion de la insurreccion en el barrio de Saint-Avoy. A un hombre que habia muerto en la calle de Ponceau, y que habia sido registrado, se le habia encontrado un plano de París.

La direccion del motin, en realidad, pertenecia á una especie de impetuosidad desconocida que reinaba en la atmósfera. La insurreccion habia construido las barricadas con una mano, y con la otra se habia apoderado de todos los cuerpos de guardia. En menos de tres horas, como un reguero de pólvora que se inflama, los insurgentes habian invadido y ocupado en la orilla derecha del Sena, el Arsenal, la Alcaldía de la Plaza Real, todas las Huertas, la fábrica de armas de Popincourt, la Galiota, el Chateau-d'Eau, todas las calles próximas al Mercado; en la orilla izquierda, el cuartel de Veteranos, Santa Pelagia, la plaza Maubert, el polvorin de los Dos Molinos, y todas las barreras.

Digitized by Google

A las cinco de la tarde se habian apoderado de la Bastilla, de la Lingerie, de Blanc-Monteaux; sus balas llegaban á la plaza de las Victorias, y amenazaban el Banco, el cuartel de los Padres mínimos y la casa de Postas. La tercera parte de París estaba ocupaba por los amotinados.

La lucha se habia empeñado gigantescamente en todos los puntos; y habia resultado de los desarmamentos, de las visitas domiciliarias, de las tiendas de armeros saqueadas, que la lucha que habia empezado á pedradas, continuaba á tiros.

Hácia las seis de la tarde, el pasaje de Saimson se convirtió en campo de batalla. Los amotinados ocupaban un estremo y la tropa el otro; se fusilaban desde una verja á otra. Un observador, el autor de este libro, que habia ido á ver el volcan de cerca, se encontró entre dos fuegos dentro del pasaje, sin tener, para guarecerse de las balas, mas que el hueco de las medias columnas que separan las tiendas; y estuvo en esta peligrosa situacion mas de media hora.

Mientras tanto, el tambor tocaba llamada, los guardias nacionales se vestian y armaban apresuradamente, las legiones salian de las alcaldías, y los regimientos de los cuarteles. En frente del pasaje del Ancora, un tambor recibia una puñalada. En la calle del Cisne, otro era asaltado por un grupo de jóvenes que le rompian la caja y le quitaban el sable. Otro yacía muerto en la calle del Granero de San Lázaro. En la de Michel-le-Comte caian muertos tres oficiales uno despues de otro. Muchos guardias municipales, heridos en la calle de los Lombardos, retrocedian.

Delante de la Cour-Batave, un destacamento de guardias nacionales encontraba una bandera roja con esta inscripcion: *Revolucion republicana, número* 127. ¿Era aquella una revolucion en efecto?

El motin habia hecho del centro de París una especie de ciudadela inestriable, tortuosa, colosal.

Allí estaba el foco; allí estaba evidentemente la cuestion. Lo demás eran solo escaramuzas, y la prueba de que todo habia de decidirse allí, era que aun no habia empezado la lucha.

En algunos regimientos, los soldados estaban dudosos, lo cual aumentaba la oscuridad terrible de la crisis. Recordaban la ovacion popular que habia recibido en julio de 1830 la neutralidad del regimien-

Digitized by Google

to 53 de línea. Dos hombres intrépidos, probados en las grandes guerras, el mariscal Lobau y el general Bugeaud, mandaban las tropas. Bugeaud á las órdenes de Lobau. Gruesas patrullas, compuestas de batallones de línea, rodeados completamente por compañías enteras de guardias nacionales, y precedidas de un comisario de policía con banda iban reconociendo las calles sublevadas.

Los insurgentes, por su parte, ponian vigías en las esquinas de las encrucijadas, y enviaban audazmente patrullas fuera de las barricadas. Observábanse por ambos lados. El gobierno con un ejército en la mano, dudaba; iba á llegar la noche, y se empezaba á oir el toque de rebato en Saint-Merry. El ministro de la Guerra, que era el mariscal Soult, el que habia estado en Austerlitz, miraba el motin con aire sombrío.

Aquellos viejos marinos, acostumbrados á las maniobras correctas, sin mas recurso ni mas guia que la táctica, que es la brújula de las batallas, estaban desorientados en presencia de esa inmensa espuma, que se llama cólera pública. El viento de las revoluciones no es manejable.

Los guardias nacionales de las cercanías acudian apresuradamente y en desórden. Un batallon del 12.° regimiento ligero venia á paso de carga de San Dionisio; el 14.° de línea llegaba de Courbevoie; las baterías de la Escuela militar habian tomado posicion en el Carrousel; la artillería bajaba de Vincennes.

En las Tullerías reinaba la soledad. Luis Felipe estaba muy sereno.

Digitized by Google

V.

ORIGINALIDAD DE PARÍS.

Desde hacia dos años, segun hemos dicho, París habia visto mas de una insurreccion. Fuera de los barrios sublevados, nada es mas estrañamente tranquilo que la fisonomía de París en un motin.

París se acostumbra muy pronto á todo—un motin no es mas que un motin,—y París tiene tantos negocios, que no se ocupa de cosa tan pequeña. Solo estas ciudades colosales pueden dar tales espectáculos; solo estos inmensos centros de poblacion pueden contener en su recinto á un mismo tiempo la guerra civil y una estraña tranquilidad.

Por costumbre, cuando empieza la insurreccion, cuando se oye el tambor, el toque de llamada, la generala, el tendero se limita á decir:

—Parece que hay jarana en la calle de San Martin.

O:

—En el arrabal de San Antonio.

Y algunas veces añade con indiferencia:

Digitized by Google

—Por ahí, en alguna parte.

Despues, cuando se oye el estrépito horrible y lúgubre de la fusilería y de las descargas por pelotones, el tendero dice:

—¡Se va recrudeciendo! ¡Calla! ¡Se va calentando la cosa!

Un momento despues, si se aproxima el motin, cierra apresuradamente su tienda, y se pone en seguida el uniforme; es decir, pone en seguridad sus mercancías, y en peligro su persona.

Mientras se fusila en una encrucijada, en un pasaje, en un callejon; mientras se toman y se pierden barricadas, y corre la sangre, y la metralla acribilla las fachadas de las casas, y las balas matan á los vecinos en sus alcobas, y los cadáveres se amontonan en las calles, se oye el choque de dos bolas de un billar á algunos pasos.

Los teatros abren sus puertas, y representan *vaudevilles;* los curiosos hablan y rien á dos pasos de esas calles en que reina la guerra; los coches hacen sus viajes; los vecinos se van á comer de campo; y algunas veces esto sucede en el mismo barrio en que está empeñada la lucha. En 1831 se detuvo una descarga para dejar pasar una boda.

Cuando la insurreccion del 12 de mayo de 1839, en la calle de San Martin, un viejo achacoso, que llevaba un carreton con un trapo tricolor y lleno de garrafas de un líquido cualquiera, iba y venia de una barricada á la tropa, y de la tropa á la barricada, ofreciendo imparcialmente—refrescos—á la anarquía y al gobierno.

No hay nada mas estraño; pero esto es un carácter propio de los motines de París, que no se encuentra en ninguna otra capital; porque para esto son necesarias dos cosas: la grandeza y la alegría de París; es necesario que sea la ciudad de Voltaire y de Napoleon.

Esta vez, sin embargo, en la alarma de 5 de junio de 1832, la gran ciudad sintió algo que era quizá mas fuerte que ella. Tuvo miedo. Vióse en todas partes, en los barrios mas lejanos, y mas indiferentes, que las puertas y las ventanas estaban cerradas en pleno dia. Los valientes se armaron, los cobardes se escondieron. El transeunte indiferente ú ocupado desapareció: muchas calles estaban desiertas como á las cuatro de la mañana. Referíanse en todas partes hechos alarmantes, noticias fatales.—Que *ellos* se habian apoderado del Banco;—que solo en el claustro de San Merry habia seiscientos retirados y parapetados en la iglesia;—

Digitized by Google

que la tropa de línea no inspiraba confianza;—que Armand Carrel habia ido á ver al mariscal Clausel, y que este habia dicho:—«Contad primero con un regimiento;»—que Lafayette estaba enfermo, pero que sin embargo habia dicho:—«Soy vuestro: os seguiré á todas partes mientras haya sitio para una silla;»—que era preciso estar apercibidos, porque á la noche habria gente que saquearia las casas aisladas en los estremos de París (en esto se descubria la imaginacion de la policía, esa Ana Ratcliffe que se mezcla en el gobierno;)—que se habia establecido una batería en la calle Aubry-le-Boucher;—que Lobau y Bugeaud estaban de acuerdo, y que á media noche ó al rayar el dia lo mas tarde, marcharian á un tiempo cuatro columnas contra el centro del motin, la primera desde la Bastilla, la segunda desde la Puerta de San Martin, la tercera desde la plaza de la Greve, y la cuarta desde el Mercado;—que quizá tambien las tropas evacuarian á París, y se retirarian al campo de Marzo;—que no se sabia lo que sucederia, pero que seria una cosa grave.—Discurrian mucho sobre las vacilaciones del mariscal Soult.—¿Por qué no atacaba en seguida?—Era evidente que estaba muy pensativo: el viejo leon parecia olfatear en aquella sombra un monstruo desconocido.

Llegó la noche; los teatros no se abrieron; las patrullas circulaban con aire irritado; se registraba á los transeuntes; se detenia á los sospechosos. A las ocho habia mas de ochocientas personas presas; la Prefectura estaba llena, la Conserjería atestada, la Fuerza atestada. En la Conserjería en particular, el gran subterráneo, que se llama la calle de París, estaba cubierto de sacos de paja, sobre los cuales yacia un monton de prisioneros á quienes arengaba con valor el hombre de Lyon, Lagrange. Aquella paja movida por los presos hacia el efecto de un aguacero. En otras partes los presos estaban al aire en los patios unos sobre otros. En todas partes reinaba la ansiedad y el temor del dia de mañana.

Se fortificaban en las casas; las mujeres y las madres estaban inquietas; no se oia mas que esto:—«¡Ah, Dios mio! ¡Aun no ha vuelto!» Solo muy á lo lejos se oia rodar algun coche. Se oian al pasar por las puertas rumores, gritos, tumultos, ruidos sordos y confusos, palabras sueltas:—«Esa es la caballería:» ó «Son los furgones que galopan;» los clarines, los tambores, la fusilería, y sobre todo el toque á rebato

Digitized by Google

de Saint-Merry. Oiase el cañon. Los hombres salian por detrás de una esquina, y desaparecian gritando :—«¡Meteos en casa!» Y todos se apresuraban á echar los cerrojos á las puertas. Algunos preguntaban:—«¿En qué concluirá esto?» Por momentos, á medida que la noche iba cayendo, París parecia colorarse mas lúgubremente con el formidable fulgor del motin.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO UNDECIMO.

EL ATOMO FRATERNIZA CON EL HURACAN.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

ALGUNAS ACLARACIONES SOBRE LOS ORÍGENES DE LA POESÍA DE GAVROCHE.—INFLUENCIA DE UN ACADÉMICO EN ESTA POESÍA.

En el momento en que la insurreccion, saliendo del choque del pueblo y de la tropa en frente del Arsenal, produjo un movimiento de retroceso en la multitud que seguia el carro fúnebre, y en que toda la longitud de los boulevares pesaba, por decirlo asi, sobre la cabeza del convoy, hubo un terrible reflujo. La columna se deshizo, las filas se rompieron, todos echaron á correr, partieron, huyeron, unos dando los gritos del ataque, otros con la palidez de la fuga. El gran gentío que cubria los boulevares se dividió en un abrir y cerrar de ojos, se desbordó á derecha é izquierda, y se derramó en torrentes por doscientas calles á un tiempo con la impetuosidad de una esclusa abierta.

En aquel momento, un muchacho haraposo que bajaba por la calle Menilmontant, llevando en la mano una rama de ébano en flor, que acababa de coger en las alturas de Belleville, descubrió en el escaparate de una prendería una vieja pistola de arzon. Tiró su florida rama al suelo, y dijo:

—Señora Fulana, os compro esa máquina.

Y echó á correr con la pistola.

Digitized by Google

Dos minutos despues una ola de paisanos asustados que huia por la calle Amelot y por la calle Basse encontró al muchacho que blandia su pistola, y cantaba:

Nada se ve de noche
Y se anda á troche moche:
De dia se ve claro
Y el tropezar es raro.

Era Gavroche que iba á la guerra.

En el boulevard descubrió que la pistola no tenia perrillo.

¿De quién eran esos versos pareados que le servian para marcar el paso, y todas las demás canciones que cantaba cuando era ocasion? Lo ignoramos. ¡Quién sabe si serian suyas!

Gavroche, por otra parte, estaba al córriente de todos los cantares populares, y mezclaba con ellos su murmullo. Duende y galopin, hacia un pot-pourri de las voces de la naturaleza y de las voces de París. Combinaba el repertorio de los pájaros con el repertorio de los talleres; conocia á los aprendices, tribu contigua á la suya, y habia sido, á lo que parece, aprendiz de impresor tres meses: habia hecho un dia una comision para el señor Baour-Lormian, de la Academia. Gavroche era un pilluelo literato.

Por lo demás, no sospechaba que en aquella mala noche lluviosa en que habia ofrecido hospitalidad en su elefante á los dos niños, habia representado el papel de la Providencia con sus dos hermanos. La noche habia sido, primero para sus hermanos, y la madrugada para su padre. Al dejar la calle de Ballets al amanecer, habia vuelto apresuradamente al elefante, habia sacado artísticamente á los dos niños, habia partido con ellos un almuerzo cualquiera que habia inventado, y despues se habia ido confiándolos á la calle, á esa buena madre, que casi le habia criado á él. Al separarse de ellos les habia dado una cita para la noche en el mismo sitio, y se habia despedido con este discurso:—«Rompo una »caña, ó de otro modo, me escurro, ó como se dice en la córte, desfilo. »Pipiolos, si no encontrais al papá y á la mamá, volved aquí á la no»che. Os daré de cenar, y os acostaré.»

Los dos niños, recogidos por algun agente de policía y llevados al depósito, ó robados por algun saltimbanquis, ó perdidos simplemente en el inmenso laberinto de calles de París, no volvieron. El bajo fondo

Digitized by Google

del mundo social en la actualidad abunda en estas huellas perdidas. Gavroche no habia vuelto á verlos. Habíanse pasado ya diez ú once semanas desde aquella noche, y mas de una vez se habia acordado de aquellos pobres niños, y rascándose la cabeza habia dicho:—¿Dónde diablos estarán esos chicos?

A todo esto habia llegado con su pistola en la mano á la calle de Pont-aux-Choux. Observó que no habia en toda la calle mas que una tienda abierta; y, cosa digna de reflexion, una tienda de bollos. Era, pues, una ocasion providencial de comer un pastelillo de manzanas antes de entrar en lo desconocido.

Gavroche se detuvo, se tentó los costados, registró los bolsillos, los volvió, no encontró nada, ni siquiera un sueldo, y empezó á gritar:—¡Socorro!

Es muy duro eso de carecer del bocado supremo.

Gavroche no por esto se detuvo en su camino.

Dos minutos despues estaba en la calle de San Luis. Al atravesar la del Parque-Real sintió la necesidad de desquitarse del pastelillo de manzanas imposible, y gozó el inmenso placer de romper en pleno dia los carteles de los espectáculos.

Un poco mas allá, viendo pasar un grupo de personas bien puestas que le parecieron propietarios, alzó los ojos, y escupió esta bocanada de bilis filosófica:

—¡Esos rentistas, qué gordos están! ¡Cómo gozan con las buenas comidas! ¡Preguntadles qué hacen de su dinero! No lo saben. ¡Se lo comen! ¡Y qué! ¡Todo se lo lleva el vientre!

Digitized by Google

II.

BRUJAS ANTES, Y PORTERAS HOY.

La agitacion producida por una pistola sin perrillo que se lleva en la mano á mediodía, es una funcion pública tal, que Gavroche sentia crecer su verbosidad á cada paso. Iba gritando entre algunos trozos de la Marsellesa que cantaba:

—Todo va bien. Me duele mucho la pierna izquierda; me he curado el reuma, estoy contento, ciudadanos. Los paisanos no tienen que hacer; voy á echarles unos versos subsersivos. Vengo del boulevard, amigos mios, y se va calentando la cosa, ya cuece un poco, ya hier-ve. Ya es tiempo de espumar el puchero. ¡Adelante los hombres! ¡Que la sangre impura inunde los surcos! Yo doy mi vida por la patria, y ya no volveré á ver á mi concubina, no, no, todo acabó: me es igual. ¡Viva la alegría! Luchemos. ¡Caramba! Estoy ya cansado de despotismo.

En aquel momento, el caballo de un guardia nacional de lanceros que pasaba á su lado cayó al suelo. Gavroche puso su pistola en tierra, levantó al hombre, y despues ayudó á levantar al caballo. En seguida cogió la pistola, y continuó su camino.

En la calle de Thorigny todo era paz y silencio. Esta apatía, propia de las Huertas, formaba contraste con el inmenso rumor que la rodeaba.

Digitized by Google

En una puerta estaban hablando cuatro comadres. La Escocia tiene tercetos de Brujas, pero París tiene cuartetos de comadres, y el «tú serás rey» seria tan lúgubre dicho á Bonaparte en la encrucijada Baudoyer, como á Macbeth en la selva de Armuyr: seria, sobre poco mas ó menos, el mismo granizdo.

Las comadres de la calle Thorigny solo se cuidaban de sus asuntos. Eran tres porteras y una trapera con su cesto y su gancho.

De pie como estaban, parecian las cuatro esquinas de la vejez, que son; la caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza.

La trapera era humilde. En ese mundo al aire libre, la trapera saluda, y la portera protege. Esto depende de la basura, segun quieren las porteras, aprovechable ó inútil, segun la fantasía del que hace el monton. Hasta en la escoba puede haber bondad.

Esta trapera era un cesto agradecido, y se sonreia, ¡con qué sonrisa! hablando con las tres porteras. Decian cosas como estas:

—¡Ah! ¡vuestro gato sigue siendo tan malo!

—¡Dios mios! ya sabeis que los gatos son naturalmente enemigos de los perros; y los perros son los que se quejan.

—Y el mundo tambien.

—Y sin embargo, las pulgas de los gatos no se pasan á las personas.

—Y además, los perros son peligrosos. Me acuerdo de un año en que habia tantos perros, que lo pusieron en los periódicos. Era cuando habia en las Tullerías unos borregos grandes que tiraban del cochecito del rey de Roma. ¿Os acordais del rey de Roma?

—Yo queria mas al duque de Burdeos.

—Pues yo he conocido al Luis XVII, y le prefiero.

—Lo que está caro es la carne, señá Patagona.

—¡Oh! no me hableis de eso; es una cosa horrible la carnecería. Un horror horrible.

En esto intervino la trapera:

—Señoras, dijo, el comercio está paralizado. Los montones de basura están ya rebuscados. No se tira nada; todo se come.

—Hay otros mas pobres que vos, Vrgauleme.

—Sí, es verdad, respondia la trapera con deferencia: yo tengo una profesion.

Digitized by Google

Hubo una pausa, y la trapera cediendo á esa necesidad de hablar que reside en la misma naturaleza del hombre, añadió:

—Al volver á mi casa por la mañana arreglo la cesta, hago mi lecion (eleccion queria decir), y formo unos montonos en mi cuarto. Pongo los trapos en un canastillo, los tronchos en el barreño, los pedazos de hierro en mi baul, los de lana en mi cómoda, los papeles viejos en el rincon de la ventana, lo que se puede comer en una cazuela, los pedazos de vidrio en mi chimenea, los zapatos detrás de la puerta, y los huesos debajo de la cama.

Gavroche, que se habia parado detrás, estaba escuchando.

—Viejas, dijo, ¿qué teneis que hablar de política?

El pilluelo recibió por contestacion una andanada de un sofion cuádruple.

—¡Vaya un malvado!

—¿Qué lleva en la mano? ¡Una pistola!

—¡Mirad qué maldito pícaro!

—Esos no están tranquilos mientras no derriban la autoridad.

Gavroche despreciándolas, se limitó por toda represalia á levantar la punta de la nariz con el dedo pulgar, abriendo enteramente la mano.

La trapera gritó:

—¡Anda, bribon descalzo!

La que respondia al nombre de señá Patagona dió una palmada, escandalizada.

—Va á haber desgracias; es seguro. El galopin de al lado, que tiene perilla, sale todos los dias del brazo con una jóven que lleva gorro de color de rosa, y hoy le he visto pasar dando el brazo á un fusil. La señá Bacheux dice, que la semana pasada hubo una revolucion en... en... en... ¿De dónde viene el becerro? En Pontoise. ¡Y ahora veis á ese horrible tunante con su pistola! Parece que los Celestinos están llenos de cañones. ¿Qué quereis que haga el gobierno con esos tunos, que no saben qué inventar para revolver el mundo, cuando empezaba á estar un poco tranquilo, despues de todas las desgracias que ha habido, señor Dios? Yo que me acuerdo de aquella pobre reina, á quien ví pasar en una carreta. Y todo eso, por supuesto, va á ser causa de que se suba el rapé. ¡Es una infamia! Iré á verte guillotinar, galopin.

Digitized by Google

—Te se cae el moco, mi buena vieja, dijo Gavroche. Límpiate ese promontorio. Y pasó adelante.

Cuando estaba ya en la calle Pavée se acordó de la trapera, y empezó este soliloquio:

—Haces mal en insultar á los revolucionarios, tia Estercolera, porque esta pistola te protege; sirve para que tengas en el cesto buenas cosas que comer.

De repente oyó un ruido detrás de sí: era la portera Patagona que le habia seguido, y que desde lejos le enseñaba el puño, gritando:

—¡Eres un bastardo!

—¡Bah! dijo Gavroche; me rio de eso á carcajada.

Poco despues pasó por delante del hotel Lamoignon, é hizo este llamamiento:

—¡En marcha para la batalla!

En aquel momento le sobrecogió un acceso de melancolía; miró la pistola con cierto aire de reconvencion que parecia destinado á enternecerla, y dijo:

—Yo salgo y corro; pero tú no corres, ni de tí sale el tiro.

Despues se dirigió hácia el Olmo de San Gervasio.

Digitized by Google

III.

JUSTA INDIGNACION DE UN PELUQUERO.

El digno peluquero que habia echado de su casa á los dos niños, á quienes Gavroche habia abierto el vientre paternal del elefante, estaba en este momento en su tienda afeitando á un viejo soldado de la legion de honor que habia servido en tiempo del Imperio. Estaban en conversacion: el peluquero habia hablado naturalmente al soldado del motin, despues del general Lamarque, y de Lamarque habian pasado á hablar del emperador; de lo cual resultó una conversacion de barbero y soldado, que Prudhomme, si hubiera estado presente habria enriquecido con arabescos, y habria titulado: *Diálogo de la navaja y el sable.*

—Caballero, decia el barbero, ¿cómo montaba el emperador á caballo?

—Mal. No sabia caer; asi es que no cayó nunca.

—¿Tenia buenos caballos? ¿Deberia tener buenos caballos?

—El dia en que me dió la cruz, me fijé en su cabalgadura. Era una yegua corredora, blanca enteramente, con las orejas muy apartadas, la silla profunda, la cabeza delgada, con una estrella negra, el cuello muy largo, las rodillas fuertemente articuladas, las costillas sa-

Digitized by Google

lientes, el lomo oblicuo, la grupa poderosa. Un poco mas de quince palmos de alta.

—Hermoso caballo, dijo el peluquero.

—Era de S. M.

El peluquero conoció que despues de estas palabras era conveniente un poco de silencio; se calló, y dijo despues:

—El emperador no fue herido mas que una vez. ¿No es verdad?

El veterano respondió con el acento tranquilo y soberano del hombre que lo ha visto:

—En el talon en Ratisbona. Nunca le ví mejor puesto que aquel dia; estaba reluciente como un sueldo.

—Y vos, señor veterano, ¿habeis sido herido muchas veces?

—¿Yo? dijo el soldado, ¡ah! ¡No es cosa! Recibí en Marengo dos sablazos en la nuca; en Austerlitz una bala en el brazo derecho; en Jena otra en la cadera izquierda; en Friedland un bayonetazo—aquí;—en el Moskowa siete ú ocho lanzazos, no importa dónde; en Lutzen un tiro de obús que me rompió un dedo... ¡Ah! y en Waterlóo un balazo de cañon en el muslo. Nada mas.

—¡Qué hermoso es eso, esclamó el peluquero con acento pindárico, eso de morir en el campo de batalla! Yo, palabra de honor, antes que morir en mi cama de enfermedad, lentamente, un poco cada dia, con drogas, cataplasmas, geringas y medicinas, quisiera recibir en el vientre una bala de cañon.

—No teneis mal gusto, dijo el soldado.

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando resonó en la tienda un horrible estrépito: habia sido roto violentamente un vidrio del escaparate.

El peluquero se puso lívido.

—¡Ah, Dios mio! esclamó; ¡ahí está una!

—¿El qué?

—Una bala de cañon.

—Héla aquí, dijo el soldado.

Y recogió una cosa que rodaba por el suelo: era una piedra.

El peluquero corrió hácia el vidrio roto, y vió á Gavroche que corria á escape hácia el mercado de San Juan. Al pasar por delante de la peluquería, Gavroche, que llevaba en la memoria á los dos niños, no pudo

Digitized by Google

resistir al deseo de darle los buenos dias, y le tiró una piedra á los vidrios.

—¡Pero veis!... dijo el peluquero, que de pálido habia pasado á azul, ese hace mal, solo por hacer mal. ¿Qué le hecho yo á ese pilluelo?

Digitized by Google

IV.

EL NIÑO SE ADMIRA DEL VIEJO.

Mientras tanto Gavroche en el mercado de San Juan, cuyo cuerpo de guardia habia sido desarmado ya, acababa de hacer su incorporacion á un grupo guiado por Enjolras, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly. Todos iban casi armados. Bahorel y Juan Prouvaire les habia encontrado y aumentaban el grupo. Enjolras llevaba una escopeta de caza de dos cañones; Combeferre un fusil de guardia nacional con el número de la legion, y en la cintura dos pistolas, que se le veian bajo su levita desabotonada; Juan Provaire un viejo mosqueton de caballería, y Bahorel una carabina. Courfeyrac blandia un estoque. Feuilly con un sable desnudo marchaba delante gritando: ¡Viva Polonia!

Venian del muelle Morlaod, sin corbata y sin sombrero, agitados, mojados por la lluvia, y con el fuego en los ojos. Gavroche se acercó á á ellos tranquilo.

—¿A dónde vamos?

—Ven, dijo Courfeyrac.

Detrás de Feuilly iba, ó por mejor decir, saltaba Bahorel, como un pez en las aguas del motin. Tenia su chaleco rojo, y palabras, de esas

Digitized by Google

que lo destruyen todo. Su chaleco trastornó á un transeunte, que gritó asustado:

—¡Ya están ahí los rojos!

—¡El rojo, los rojos! replicó Bahorel. ¡Pícaro miedo! ciudadano. En cuanto á mí no tiemblo ante una amapola; el sombrero rojo no me inspira temor alguno. Ciudadanos, creedme, dejemos el miedo á lo rojo á los animales cornudos.

Bahorel vió entonces á una ventana un jóven pálido con barba negra que los estaba viendo pasar, probablemente un amigo del A B C, y le gritó:

—Pronto, cartuchos *para bellum.*

—¡Bello hombre! es verdad, dijo Gavroche, que ya comprendia el latin (1).

Un acompañamiento tumultuoso les seguia; estudiantes, artistas, jóvenes afiliados á la Cougourde de Aix, obreros, hombres bien puestos, armados de palos y de bayonetas, algunos como Combeferre con pistolas sujetas en la pretina de los pantalones. Un viejo, que parecia de mucha edad, iba tambien en el grupo. No tenia armas, y se apresuraba, para no quedarse atrás, aunque iba pensativo. Gavroche le descubrió.

—¿Quéseso? (¿qué es eso?) dijo á Courfeyrac.

—Un viejo.

Era el señor Mabeuf.

(1) La palabra latina *bellum* la pronuncian los franceses lo mismo que *bel-homme;* de aquí la equivocacion de Gavroche.

Digitized by Google

V.

EL ANCIANO.

Digamos ahora lo que habia pasado.

Enjolras y sus amigos estaban en el boulevard Bourdon, cerca del Pósito en el momento en que los dragones dieron la carga. Enjolras, Courfeyrac y Combeferre eran del grupo que habia seguido la calle Bassompierre gritando:

—¡A las barricadas! En la calle Lesdiguieres habian encontrado á un anciano, que les llamó la atencion porque andaba haciendo eses como si estuviera embriagado. Llevaba además el sombrero en la mano, á pesar que habia estado lloviendo toda la mañana, y aun seguia lloviendo bastante fuerte. Courfeyrac habia reconocido al señor Mabeuf, á quien conocia por haber acompañado muchas veces á Mario á su casa. Sabiendo las costumbres pacíficas y mas que tímidas del antiguo mayordomo librero, y estrañando verle en medio de aquel tumulto, á dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio del fuego, con la cabeza descubierta, lloviendo, y paseando por entre las balas, se habia acercado á él, y el amotinado de veinticinco años y el octogenario habian tenido este diálogo:

—Señor Mabeuf, volveos á casa.

Digitized by Google

—¿Por qué?

—Porque va á haber jarana.

—Eso es bueno.

—¡Sablazos, tiros! señor Mabeuf.

—Eso es bueno.

—¡Cañonazos!

—Eso es bueno. ¿A dónde vais vosotros?

—Vamos á echar abajo el gobierno.

—Eso es bueno.

Y los habia seguido sin volver á pronunciar una palabra. Su paso se habia ido fortaleciendo; algunos obreros le habian ofrecido el brazo y le habia rehusado con un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna, presentando á un tiempo el movimiento de un hombre que anda, y el rostro de un hombre que duerme.

—¡Qué hombre tan templado! murmuraban algunos estudiantes. En el grupo corria el rumor de que era—un antiguo convencional—un viejo regicida. Mientras tanto el tumulto se dirigia por la calle de la Verrerie.

Gavroche iba delante cantando á grito herido lo siguiente, y haciendo las veces de clarin:

Pues ya ha salido la luna,
¿Cuándo nos vamos de tuna?
Dijo Carloto á Carlota.
Tú, tú, tú,
Vamos á Chatú.
Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

Por comer dos cañamones
Se embriagaron dos gorriones
Al pie de una encina rota.
Sí, sí, sí,
Vamos á Passy.
Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

Un tigre que vió á estos bobos
Convertidos en dos lobos

Digitized by Google

Dijo con cara devota:
Don, don, don,
Vamos á Meudon.
Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

Y pues que sale la luna,
¿Cuándo nos vamos de tuna?
Dijo Carloto á Carlota.
Tris, tris, tris,
Vamos á París.
Y tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

Digitized by Google

VI.

RECLUTAS.

El grupo crecia á cada instante. Hácia la calle de Billettes, un hombre de alta estatura, que empezaba á encanecer, y cuyo rostro rudo y atrevido notaron Courfeyrac, Enjolras y Combeferre, pero á quien nadie conocia, se unió al grupo. Gavroche, distraido con sus cánticos, sus silbidos y sus gritos, con ir el primero, y con llamar en las tiendas con la culata de su pistola sin perrillo, no se fijó en aquel hombre.

Al pasar por la calle Verrerie, y al llegar á la puerta de la casa de Courfeyrac, dijo éste.

—Me alegro, porque me he olvidado del dinero, y he perdido el sombrero.

Se separó del grupo, y subió las escaleras de cuatro en cuatro; cogió un sombrero viejo, la bolsa y un cofre cuadrado del tamaño de una maleta grande que estaba oculto entre la ropa sucia. Al bajar la escalera le gritó la portera:

—¡Señor Courfeyrac!

—Portera, ¿cómo os llamais? respondió Courfeyrac.

La portera se quedó parada.

—Ya lo sabeis; soy la portera, y me llamo la tia Veuvain.

—Pues bien: si seguís llamándome señor Courfeyrac, yo os llamaré tia Veuvain. Ahora, hablad, ¿qué hay? ¿qué es eso?

Digitized by Google

—Ahí está uno que quiere hablaros.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Dónde está?

—En mi cuarto.

—¡Ah, diablo! dijo Courfeyrac.

—¡Pero es que está esperando hace mas de una hora á que volvais! añadió la portera.

Y al mismo tiempo un jovencillo vestido de obrero, pálido, delgado, pequeño, con manchas rojizas en la piel, cubierto con una blusa agujereada y un pantalon de terciopelo remendado, que tenia mas bien facha de una muchacha vestida de muchacho que de hombre, salió de la portería, y dijo á Courfeyrac con una voz que no era por cierto de mujer:

—¿El señor Mario ha venido?

—No está.

—¿Volverá esta noche?

—No lo sé.

Y Courfeyrac añadió:

—En cuanto á mí, no volveré.

El muchacho le miró fijamente, y le preguntó:

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿A dónde vais?

—¿Qué os importa?

—¿Quereis que os lleve ese cofre?

—Voy á las barricadas.

—¿Quereis que vaya con vos?

—¡Si tú quieres!... repondió Courfeyrac, la calle es libre; el empedrado es de todo el mundo.

Y salió corriendo en busca de sus amigos. Cuando los hubo encontrado dió el cofre para que le llevase á uno de ellos. Hasta un cuarto de hora despues no vió al jóven que le habia seguido.

Un grupo de este género no va precisamente á donde quiere: ya hemos dicho que le arrastra el viento. Pasaron por San Merry, y se hallaron sin saber cómo en la calle de San Dionisio.

FIN DEL LIBRO UNDÉCIMO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO DUODÉCIMO.

CORINTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

HISTORIA DE CORINTO DESDE SU FUNDACION.

Los parisienses que al entrar hoy en la calle Rambuteau por el lado del Mercado, notan á su derecha, en frente de la calle Mondetour, una cestería que tenia por muestra un canastillo que figuraba el emperador, con esta inscripcion:

NAPOLEON HECHO
DE MIMBRES.

no sospechan quizá las escenas terribles que se verificaron en aquel sitio hace treinta años.

Allí estaba la calle de la Chanvrerie, que en las antiguas lápidas se escribia Chanverrerie, y la célebre taberna llamada Corinto.

El lector recordará todo lo que hemos dicho sobre la barricada construida en este sitio, y eclipsada despues por la de San Merry. A aquella famosa barricada de la Chanvrerie, sumergida hoy en una noche profunda, es á la que vamos á dar un poco de luz.

Permítasenos antes recurrir, para mayor claridad de nuestra narracion, al medio sencillo que empleamos ya al hablar de Waterlóo. Las personas que quieran representarse de una manera bastante exacta las

Digitized by Google

manzanas de casas que se elevaban en esta época cerca de la punta de San Eustaquio, en el ángulo Norte de los mercados de París, donde está hoy la embocadura de la calle Rambuteau, no tienen mas que figurarse, tocando á la calle de San Dionisio por el vértice y por la base, á los Mercados, una *N*, cuyos dos palos verticales serian la calle de la Gran Truanderie y la de Chanvrerie, el trozo trasversal, y la de la Pequeña Truanderie. La antigua calle Mondetour cortaba los tres trazos, formando los ángulos mas tortuosos. El cruzamiento laberíntico de estas cuatro calles hacia, en un espacio de cien toesas cuadradas, entre los Mercados y la calle de San Dionisio, por una parte, y la calle del Cisne y la de Predicadores por otra, siete manzanas de casas caprichosamente cortadas, de diferente magnitud, colocadas al través y como al acaso, y separadas apenas como los trozos de piedra de una cantera por estrechas hendiduras.

Decimos estrechas hendiduras, porque no podemos dar idea mas exacta de aquellas callejuelas oscuras, oprimidas, angulosas, flanqueadas de caserones de ocho pisos. Estos caserones eran tan decrépitos, que en las calles de la Chanverrerie y de la pequeña Truanderie, las fachadas se apuntalaban con vigas, que iban de una casa á otra.

La calle era estrecha y el arroyo ancho, de modo que el transeaunte andaba siempre sobre un suelo mojado, costeando tiendas, que parecian cuevas, gruesos guarda-cantones rodeados de un círculo de hierro, montones gigantescos de basura, puertas armadas de enormes verjas seculares. La calle Rambuteau acabó con todo esto.

El nombre Mondeteur pinta maravillosamente las sinuosidades de aquellas calles. Un poco mas lejos estaban aun mejor espresadas por la calle Pironette, que se perdia en la calle Mondetour.

El transeunte que pasaba desde la calle de San Dionisio á la calle de la Chanvrerie, la veia estrecharse poco á poco delante de sí como si hubiese entrado en un gran embudo. Al fin de la calle, que era muy corta, encontraba cortado el paso, por el lado del Mercado, por una alta fila de casas, y creeria hallarse en un callejon sin salida, si no descubriese á derecha é izquierda dos bocas oscuras por donde podia salir. Estas formaban la calle Mondetour, la cual iba á encontrar, por un lado, la de Predicadores, y por el otro, la del Cisne y la pequeña Truanderie. En el fondo de aquella especie de callejon, y en la esquina de la de-

Digitized by Google

recha, se veia una casa mas baja que las demás, formando una especie de cabo sobre la calle.

En esta casa, que solo tenia tres pisos, estaba instalada, hacia tres siglos, una ilustre taberna, que producia siempre un ruido alegre en el mismo sitio que el viejo Teofilo ha indicado en estos versos:

Allí se mece el cuerpo
De un amante que se ahorcó.

El sitio era bueno, y los taberneros se sucedian de padres á hijos.

En tiempo de Maturin Rognier, esta taberna se llamaba el *Tiesto-de-Rosas*, y como los geroglíficos estaban de moda, tenia por muestra un poste pintado de color de rosa (1). En el último siglo, el digno Natoire, uno de los maestros caprichosos despreciados por la escuela rígida, se habia achispado muchas veces en esta taberna, en la misma mesa en que se habia tambien embriagado Regnier; habia pintado, en señal de agradecimiento, un racimo de uvas de Corinto sobre el poste de color de rosa. El tabernero, lleno de alegría, habia cambiado la muestra, y habia hecho pintar en letras doradas por bajo del racimo estas palabras: *A las pasas de Corinto*. De aquí el nombre *Corinto*. Nada es mas propio de los borrachos que la elipsis. Corinto destronó al tiesto de rosas. El último tabernero de la dinastía, el tio Hucheloup, ignorando la tradicion, habia hecho pintar el poste de azul:

Esta taberna se componia de lo siguiente:

Una sala baja donde estaba el mostrador; otra encima con el billar, una escalera de caracol que atravesaba el techo; vino en las mesas, humo en las paredes y luz en medio del dia. En la sala baja habia una escalera de trampa que bajaba á la cueva. En el segundo piso estaba la habitacion de los Hucheloup: se subia á ella por una escalera, ó mas bien escala; y tenia por toda entrada una puerta oculta en la sala grande del primer piso. Debajo del tejado habia dos grandes graneros abuhardillados, que eran los nidos de las criadas. La cocina dividia el entresuelo con la sala del mostrador.

El tio Hucheloup habia nacido quizá químico; el hecho es que era

(1) *Pot-aux-roses*, tiesto de rosas, y *Poteau-rose*, poste de color de rosa, se pronuncian lo mismo en francés; por esto un poste pintado de rosa era el geroglífico del tiesto de rosas.

Digitized by Google

cocinero; en su taberna, no solo se bebia, sino que se comia. Hucheloup habia inventado una cosa escelente, que no se comia mas que en su casa, carpas rellenas, que él llamaba *carpes au gras* (carpas con manteca). Comíanse á la luz de una vela de sebo, ó de un quinqué del tiempo de Luis XVI, en mesas que tenian, á guisa de mantel, un hule clavado; y acudian á saborear aquel plato desde muy lejos. Hucheloup de repente habia creido conveniente anunciar á los transeuntes «su especialidad,» habia mojado un pincel en una olla de pintura negra, y como tenia una ortografía propia, lo mismo que un arte culinario propio, habia improvisado esta notable inscripcion:

CARPES HOGRAS.

Un invierno, la lluvia y los chaparrones habian tenido el capricho de borrar la S en que terminaba la primera palabra, y la G con que empezaba la tercera, y habia quedado esto:

CARPE HO RAS.

De modo, que con el auxilio del tiempo y de la lluvia, aquel humilde anuncio gastronómico se habia convertido en un consejo profundo.

Asi, pues, el tio Hucheloup, que no sabia francés, se habia encontrado con que sabia latin, con que habia hecho salir de la cocina la filosofía, y con que queriendo simplemente eclipsar al gran cocinero Careme, se habia igualado á Horacio. Pero lo mas notable era que tambien esto queria decir: «entrad en mi taberna.»

Nada de esto existe hoy. El dédalo Mondetour fue abierto en 1847, y probablemente no existe en este momento; la calle de la Chanvrerie y de Corinto han desaparecido bajo el empedrado de la calle Rambuteau.

Como hemos dicho, Corinto era uno de los puntos de reunion, ya que no el cuartel general de Courfeyrac y sus amigos. Grantaire habia sido el descubridor de Corinto. Habia entrado allí á causa del *carpes horas*, y habia vuelto á causa del *carpes au gras*. Allí se bebia, se comia, se gritaba, se pagaba poco, se pagaba mal, no se pagaba, y siempre se encontraba buen recibimiento. El tio Hucheloup era un buen hombre.

Hucheloup, un buen hombre, como acabamos de decir, era un figonero con bigotes, variedad divertida. Tenia siempre la cara de mal humor; parecia querer intimidar á sus parroquianos; refunfuñaba á los que

Digitized by Google

entraban en su casa, y tenia el aspecto mas propio para buscar camorra con ellos, que para servirles la sopa. Y sin embargo, repetimos, que todos eran bien recibidos. Su capricho habia acreditado su establecimiento, y acudian á él los jóvenes, diciendo: Ven, vamos á oir gruñir al tio Hucheloup. Habia sido maestro de armas; se reia á carcajada y de repente; tenia voz gruesa; era un buen diablo. Tenia fondo cómico y apariencia trágica; no queria mas que causar miedo; asi como esas cajas de rapé que tienen la forma de una pistola. La detonacion es el estornudo.

Su mujer, la tia Hucheloup, era un ser barbudo, y muy feo.

Hácia 1830 murió el tio Hucheloup, y con él desapareció el secreto de las carpas con manteca. Su viuda, poco consolable, continuó con la taberna. Pero la cocina degeneró, y llegó á ser malísima; el vino, que antes habia sido solo malo, llegó á ser pésimo. Courfeyrac y sus amigos siguieron yendo á Corinto, á pesar de esto «por compasion,» segun decia Bossuet.

La viuda Hucheloup era una tia coloradota y deforme, con recuerdos campestres, cuya única gracia consistia en la pronunciacion de las palabras con que les evocaba. Tenia un modo de decir las cosas, que sazonaba sus reminiscencias primaverales y de aldea. Decia, que en otro tiempo habia sido su gran placer oir «cantar al ruin-señor en la serva.»

La sala del primer piso donde estaba «el comedor» era una pieza grande y larga, llena de taburetes, de escabeles, de sillas, de bancos y de mesas, con una mesa coja de billar. Se subia por la escalera de caracol, que concluia en el ángulo de la sala, por un agujero cuadrado, semejante á la escotilla de un buque.

Esta sala, iluminada por una sola ventana estrecha, y por un quinqué siempre encendido, parecia una buhardilla. Todos los muebles de cuatro pies estaban como si solo tuviesen tres. Las paredes blanqueadas con cal, no tenian mas adorno que este cuarteto en honor de la señora Hucheloup:

A diez pasos admira, á dos espanta;
Una berruga habita su nariz de jiganta,
Esa nariz que veis desmesurada,
Hará, cuando se suene, una que sea sonada.

Estos versos estaban escritos con carbon en la pared.

Digitized by Google

La señora Hucheloup estaba yendo y viniendo por delante de este cuarteto todo el dia con una perfecta tranquilidad. Dos criadas, llamadas Matelote y Gibelote, sin que nunca se halla sabido que tuvieran otros nombres, ayudaban á la señora Hucheloup á poner en las mesas los jarros de vino, la variedad de pistos que se servian á los hambrientos en cazuelas de barro.

Matelote, gruesa, redonda, roja y vocinglera, antigua sultana favorita del difunto Hucheloup, era fea, mas fea que cualquier monstruo mitológico; sin embargo, como conviene que la criada sea siempre menos que el ama, era menos fea que la señora Hucheloup.

Gibelote era alta, delgada, de blancura linfática, con los ojos hundidos, los párpados caidos, siempre como fatigada y rendida, dominada por lo que podria llamarse laxitud crónica; se levantaba la primera, y se acostaba la última; servia á todo el mundo, aun á la otra criada, en silencio y con dulzura, sonriendo bajo el trabajo con una especie de vaga sonrisa adormecida.

Antes de entrar en la sala-comedor, se leia sobre la puerta este verso, escrito con yeso por Courfeyrac:

Regálate si puedes,
y come si te atreves.

Digitized by Google

II.

ALEGRIA PREPARATORIA.

Laigle de Meaux, como sabe el lector, vivia mas en casa de Joly que en otra parte. Tenia una casa como el pájaro tiene una rama. Los dos amigos vivian juntos, comian juntos y dormian juntos. Todo les era comun, hasta Musichetta: eran lo que los hermanos Chapeaux llaman un *bini*. La mañana del 5 de junio se fueron á almorzar á Corinto. Joly estaba constipado.; tenia un fuerte coriza, del cual empezaba á participar Laigle. La levita de Laigle estaba ya muy usada, pero Joly iba bien puesto.

Era cerca de las nueve de la mañana cuando abrieron la puerta de Corinto.

Subieron al primer piso.

Matelote y Gibelote los recibieron.

—Ostras, queso y jamon, dijo Laigle.

Y se sentaron á una mesa.

La taberna estaba vacía: estaban solos:

Gibelote, conociendo á Laigle y á Joly, puso una botella de vino sobre la mesa.

Digitized by Google

Cuando estaban aun comiendo las primeras ostras, apareció una cabeza en la escotilla de la escalera, y se oyó una voz que decia:

—Pasaba por ahí: he sentido desde la calle un delicioso olor á queso de Bric, y he subido.

Era Grantaire.

Grantaire cogió un taburete y se sentó.

Gibelote, viéndole, puso dos botellas en la mesa.

De modo, que ya eran tres.

—¿Vas á beberte esas dos botellas, preguntó Laigle á Grantaire.

Y este respondió:

—Todos son ingeniosos: tú solo eres ingénuo. Dos botellas no asustan nunca á un hombre.

Los otros habian empezado á comer; Grantaire empezó por beber, y se tragó en seguida media botella.

—¿Tienes algun agujero en el estómago? preguntó Laigle.

—Tú le tienes en el codo, contestó Grantaire.

Y despues de haber vaciado su vaso, añadió:

—¡Ah, Laigle de las oraciones fúnebres! Tu levita está muy vieja.

—Lo creo, respondió Laigle. Eso hace que hagamos buenas migas mi levita y yo: ella ha tomado todos mis pliegues, y no me incomoda nada; se ha amoldado á mis deformidades, y se presta con facilidad á todos mis movimientos; no la siento sino porque me abriga. Las levitas viejas son lo mismo que los amigos antiguos.

—Es verdad, esclamó Joly entrando en la conversacion; una levita vieja es un abrigo viejo.

—Sobre todo, dijo Grantaire, para la boca de un hombre constipado.

—Grantaire, preguntó Laigle, ¿vienes del boulevard?

—No.

—Joly y yo acabamos de ver pasar la cabeza del entierro.

—Es un espectáculo maravilloso, dijo Joly.

—¡Qué tranquila está esta calle! esclamó Laigle. ¿Quién sospecharia aquí que París está tan agitado? ¡Cómo se conoce que antes todo esto eran conventos! Du Breuil, Sauval y el abate Lebeuf traen la lista de los que habia. Los habia en todo alrededor; aquí hormigueaban calzados, descalzos, tonsurados, barbudos, grises, negros, blancos, fran-

Digitized by Google

ciscanos, mínimos, capuchinos, carmelitas, pequeños agustinos, grandes agustinos, viejos agustinos... Pululaban.

—No hablemos de frailes, dijo Grantaire.

Y despues esclamó:

—¡Bah! Acabo de tragar una ostra mala; ya me acomete la hipocondría. Las ostras están podridas, y las criadas son feas. Odio á la especie humana. Acabo de pasar por la calle de Richelieu, por delante de la gran librería pública; aquel monton de conchas de ostras que se llama una biblioteca me quita la gana de pensar. ¡Cuánto papel! ¡Cuánta tinta! ¡Cuántos garabatos! ¡Todo eso se ha escrito! ¡Qué necio ha sido el que ha dicho que el hombre es un bípedo sin pluma! Despues he encontrado una jóven que me conocia, bella como la primavera, digna de llamarse Floreal, y entusiasmada; alegre, feliz como un ángel, la miserable, porque ayer un espantoso banquero pintado de viruelas se ha dignado solicitarla. ¡Ay! La mujer acecha al negociante lo mismo que al pollo; las gatas cazan lo mismo á los ratones que á los pájaros. Esta doncella no hace aun dos meses era honesta en su buhardilla; ajustaba circulitos de cobre á los agujeros de un corsé, ¿Cómo llamais eso? Cosia, tenia una cama de tijera, vivia al lado de un tiesto de flores, estaba contenta. Ahora está hecha una banquera: esta trasformacion se ha hecho esta noche. Por la mañana he encontrado á esa víctima muy alegre; y lo mas horrible es que esa pícara es hoy tan bonita como ayer. Su banquero no se traslucia en su rostro. Las rosas tienen esta propiedad, de mas ó de menos, comparadas con las mujeres; las huellas que las causan los insectos son visibles. ¡Ah! No hay moral en la tierra; y pongo por testigo al mirto, símbolo del amor; al laurel, símbolo de la guerra; al olivo, ese borrico, símbolo de la paz; al manzano. que supo perder á Adam con su fruto, y á la higuera, abuela de las faldas. En cuanto al derecho, ¿quereis saber lo que es el derecho? Los galos codician á Clusio; Roma proteje á Clusio, y les pregunta, ¿qué mal os ha hecho Clusio? Breno responde:—El mal que os ha hecho Alba, el mal que os ha hecho Fidena, el mal que os han hecho los equos, los volscos y los sabinos, que eran vuestros vecinos. Los clusianos son los nuestros; nosotros entendemos la vecindad como vosotros. Vosotros habeis robado á Alba; nosotros tomamos á Clusio. Roma dice: Pues no tomareis á Clusa. Breno tomó á Roma; y despues gritó: *Væ victis*. Esto

Digitized by Google

es el derecho. ¡Ah! En este mundo no hay mas que aves de rapiña, ¡águilas! ¡águilas! Yo tengo carne de gallina.

Y alargó su vaso á Joly que se le llenó; se le bebió, y prosiguió, sin detenerse casi por este vaso de vino, en que nadie se fijó, ni aun él mismo:

—Breno, tomando á Roma es un águila; el banquero que toma á una griseta es un águila. No hay mas pudor aquí que allí. No creemos, pues, en nada: no hay mas que una realidad: beber. Cualquiera que sea vuestra opinion, ya esteis por el gallo flaco como el canton de Uri, ó por el gallo gordo, como el canton de Glaris, poco importa; bebed. Me hablais de boulevard, de acompañamiento, etc. ¡Qué! ¿Va á haber otra revolucion?

Lo que vosotros llamais progreso, marcha por dos motores: los hombres y los sucesos. Pero, ¡cosa triste! De tiempo en tiempo, lo escepcional es necesario. Para los sucesos, como para los hombres, la tropa ordinaria no basta; es preciso que haya genios entre los hombres, y revoluciones entre los sucesos. Los grandes accidentes son la ley: el órden de las cosas no puede pasarse sin ellos; y al ver las apariciones de los cometas, está uno dispuesto á creer que hasta el cielo tiene necesidad de actores en representacion. En el momento en que menos se espera, Dios hace aparecer un meteoro en el firmamento; se presenta alguna estrella caprichosa subrayada por una enorme cola. Y esto hace morir á César. Bruto le da una puñalada y la estrella un cometazo. Crac; ahí está una aurora boreal, una revolucion, un gran hombre: 1793, escrito en gruesos caracteres; Napoleon en acecho, el cometa de 1811 en lo alto del cartel. ¡Ah! ¡Ese hermoso cartel azul, tachonado de repentinas exhalaciones! ¡Bom! ¡Bom! Espectáculo estraordinario. Alzad los ojos, papanatas; todo es descabellado; el astro, lo mismo que el drama. Al ver el destino humano gastado ya, y aun el destino real que enseña la trama, como lo demuestra el príncipe de Condé ahorcado; al ver el infierno que no es mas que un rasgon en el cielo por donde sopla el viento; al ver tantos harapos aun en la púrpura nueva de la mañana en el vértice de una colina; al ver las gotas de rocío, esas perlas falsas; al ver la escarcha, ese estras; al ver la humanidad descosida y los sucesos remendados, y tantas manchas en el sol, y tantos agujeros en la luna; al ver tanta miseria en todas partes,

Digitized by Google

supongo que el universo no es rico. Hay apariencia de riqueza, es verdad, pero yo descubro la pequeñez. Se da una revolucion como un negociante, cuya caja está vacía, da un baile; y no se debe juzgar á los dioses por las apariencias. Bajo el oro del cielo descubro un universo pobre; la creacion esta en quiebra; por eso estoy descontento. Mirad, hoy es el 5 de junio, y está el dia como si fuera de noche; desde esta mañana estoy esperando que venga el dia, y no ha venido, y apuesto á que no vendrá: esto es una inexactitud de un dependiente mal pagado. Sí, todo está mal arreglado; nada se ajusta bien; este viejo mundo está desechado; me coloco en la oposicion. Todo marcha al través; el universo va tropezando; sucede lo que con los niños, los que los desean no los tienen; los que no los desean, los tienen. Total: esto es una pepitoria. Además, Laigle de Meaux, ese calvo, me entristece cuando le miro, me humilla el pensar que soy de la misma edad que esta rodilla. Yo critico, pero no insulto: el universo es lo que es: hablo aquí sin mala intencion, por lo que me dice mi conciencia. ¡Ah! por todos los santos del Olimpo, y por todos los dioses del Paraiso, yo no nací para parisiense, es decir, para estar dando vueltas siempre como un volante entre dos manoplas, desde el grupo de los ociosos al grupo de los revoltosos. Yo nací para ser turco, para estar mirando todo el dia á las gracias orientales en esos bailes del Egipto, lúbricos como los sueños de un hombre casto; ó aldeano beauceron, ó gentil-hombre veneciano, rodeado de gentiles hembras; ó principillo aleman contribuyendo con medio soldado á la Confederacion germánica, y empleando sus ocios en secar sus calcetas en un seto; es decir, en su frontera. Para una de esas cosas he nacido yo. Sí, he dicho turco, y no me desdigo. No comprendo que se hable mal de los turcos habitualmente: Mahoma tiene cosas buenas: ¡respecto al inventor de los serrallos de huries, y de los paraisos de odaliscas! No insultemos al mahometano, única religion que está adornada de un gallinero! Insisto sobre esto para beber. La tierra es una gran tontuna. Parece que van á pelear todos esos imbéciles, á romperse las narices, á matarse en pleno estío; en el mes de junio, cuando podrian irse con una jóven criatura del brazo á respirar en los campos la inmensa taza de té del heno segado! En verdad que se hacen muchas necedades. Una vieja linterna rota que acabo de ver en una prendería me sugiere una reflexion: Ya es tiempo de iluminar al

Digitized by Google

género humano. Sí, y ya estoy triste otra vez. ¡Lo que es comer una ostra, y encontrarse con una revolucion! Me vuelvo lúgubre. ¡Oh! ¡Horrible viejo mundo! ¡En él todos se esfuerzan, se destituyen, se prostituyen, se matan, se acostumbran!

Y Grantaire, despues de este trozo de elocuencia, tuvo otro de tos merecido.

—A propósito de revolucion, dijo Joly; parece que Mario está decididamente enamorado.

—¿Se sabe de quién? preguntó Laigle.

—No.

—¿No?

—Te digo que no.

—¡Los amores de Mario! esclamó Grantaire. Los veo desde aquí. Mario es una niebla y habrá encontrado un vapor: es de la raza de los poetas, y quien dice poeta, dice loco. *Thymbræus Apollo*. Mario y su María, ó su Marieta, ó su Mariquita, deben ser unos pícaros amantes. Me esplico lo que es este amor: un éstasis en que se olvida el beso; castos sobre la tierra, pero uniéndose en el infinito: son almas que tienen sentidos: duermen juntos en las estrellas.

Grantaire empezaba su segunda botella, y tal vez su sugunda arenga, cuando se presentó un nuevo ser en la escotilla de la escalera. Era un muchacho de menos de diez años, haraposo, muy pequeño, amarillo, boca grande, los ojos vivos, enormemente cabelludo, mojado por la lluvia, alegre.

Este niño, eligiendo sin dudar entre los tres, aunque evidentemente no conocia á ninguno, se dirigió á Laigle de Meaux.

—¿Sois el señor Bossuet? le preguntó.

—Ese es mi sobrenombre, respondió Laigle. ¿Qué me quieres?

—Esto. Uno muy rubio me ha dicho en el boulevard:—¿Conoces á la tia Hucheloup? Y yo he dicho:—Sí, en la calle de la Chanvrerie, la viuda del viejo. Y me ha dicho:—Pues vé: allí encontrarás al señor Bossuet; y le dirás de mi parte;—A B C, ¿Es una burla, no es verdad?—Me ha dado diez sueldos.

—Joly, préstame diez sueldos, dijo Laigle; y volviéndose hácia Grantaire:—Grantaire, préstame diez sueldos.

Lo cual hizo veinte sueldos, que Laigle dió al muchacho.

Digitized by Google

—Gracias, señor, dijo este.

—¿Cómo te llamas? le preguntó Laigle.

—Navet, el amigo de Gavroche.

—Quédate con nosotros, dijo Laigle.

—Almuerza con nosotros, dijo Grantaire.

El muchacho respondió:—No puedo; soy del acompañamiento; soy el que va gritando ¡Abajo Polignac!—Y sacando el pie todo lo que podia por detrás de sí, que es el saludo mas respetuoso, se fué.

Cuando se marchó el muchacho, Grantaire tomó la palabra:

—Ese es el pilluelo puro: hay muchas variedades en el género pilluelo. El pilluelo escribano, se llama salta-arroyos; el pilluelo cocinero, se llama marmiton; el pilluelo panadero, se llama mitron; el pilluelo lacayo, se llama groom; el pilluelo soldado, se llama granuja; el pilluelo pintor, se llama aprendiz; el pilluelo negociante, se llama hortera; el pilluelo cortesano, se llama menino.

Mientras tanto Laigle estaba meditando:

—A B C, es decir, entierro de Lamarque.

El muy rubio, dijo Grantaire, es Enjolras que te llama.

—¿Iremos? dijo Bossuet.

—Llueve, dijo Joly; y yo he jurado ir al fuego, y no al agua. No quiero constiparme.

—Yo me quedo aquí, dijo Grantaire: prefiero un almuerzo á un entierro.

—Conclusion: nos quedamos, añadió Laigle. Pues entonces bebamos: puede faltarse al entierro sin faltar al motin.

¡Ah! al motin no faltaré yo, esclamó Joly.

Laigle se frotó las manos.

—Vamos á retocar la revolucion de 1830. La verdad es que oprime al pueblo en las articulaciones.

—Nada me importa vuestra revolucion, dijo Grantaire, Yo no execro á ese gobierno; es la corona atemperada por el gorro de algodon; un cetro terminado en un paraguas; pienso en ella hoy por el tiempo que hace; Luis Felipe podrá utilizar su realismo con dos fines: dirigir un estremo del cetro contra el pueblo, y abrir el estremo paraguas contra el cielo.

La sala estaba oscura; gruesas nubes habian acabado de suprimir

Digitized by Google

el dia. No habia nadie en la taberna, ni en la calle; todo el mundo habia ido á ver «los sucesos.»

—¿Es medio dia ó media noche? preguntó Bossuet. No se ve gota. Gibelote: ¡una luz!

Grantaire entristecido seguia bebiendo.

—Enjolras me desprecia, murmuró. Enjolras ha dicho: Joly está malo, Grantaire borracho; y ha enviado á Navet para que busque á Bossuet. Si hubiera venido á llamarme á mí, le habria seguido. ¡Tanto peor para Enjolras! No iré á su entierro.

Tomada esta resolucion, Bossuet, Joly y Grantaire no se movieron de la taberna. Hácia las dos de la tarde, la mesa á que estaban sentados se veia cubierta de botellas vacías. Ardian sobre ella dos velas, una en un candero de cobre perfectamente verde, y la otra en el cuello de una botella rota. Grantaire habia arrastrado á Joly y á Bossuet al vino, y Bossuet y Joly habian hecho ponerse alegre á Grantaire.

En cuanto á éste, desde las doce habia pasado mas allá del vino, pobre orígen de ensueños. El vino en los borrachos serios es siempre alegre. En la embriaguez hay la mágia blanca y la magia negra: el vino no es mas que la mágia blanca. Grantaire era un atrevido bebedor de sueños. Las tinieblas de una embriaguez terrible entreabierta delante de él, lejos de detenerle le atraian: habia dejado las botellas y tomado el chope; el chope es el abismo: no teniendo á mano ni opio, ni haschich, y queriendo llenarse el cerebro de oscuridad, habia recurrido á esa horrible mezcla de aguardiente, de cerveza y de ajenjo, que produce letargos tan terribles: de esos tres vapores, cerveza, aguardiente y ajenjo se hace el plomo del alma: son tres tinieblas en que se ahoga la mariposa celeste; y se forman en un humo membranoso vagamente condensado en alas de murciélago tres furias mudas, el Delirio, la Noche y la Muerte, revoloteando por cima del espíritu adormecido.

Grantaire no estaba aun en esta fase lúgubre; muy lejos de eso. Estaba muy alegre, y Bossuet y Joly le seguian; todos brindaban; Grantaire añadia á la pronunciacion escéntrica de las palabras y de las ideas, la divagacion del gesto: apoyaba con dignidad el puño izquierdo sobre la rodilla, doblando en ángulo recto el brazo, con la corbata deshecha, á caballo en un taburete, el vaso lleno en la mano derecha, y dirigia á la gruesa criada Matelote estas solemnes palabras:

Digitized by Google

—¡Que se abran las puertas de palacio! ¡Que todo el mundo sea de la Academia francesa, tenga el derecho de abrazar á la señora Hucheloup! ¡Bebamos!

Y volviendo hácia la tia Hucheloup, añadia:

—¡Mujer antigua y consagrada por el uso, acércate que yo te contemple!

Joly gritaba:

—Matelote y Gibelote, no deis mas vino á Grantaire: se está comiendo locamente el dinero: desde esta mañana ha devorado dos francos y noventa y cinco céntimos.

Y Grantaire continuaba:

—¿Quién ha desclavado las estrellas sin mi permiso para ponerlas en la mesa por velas?

Bossuet, que estaba muy borracho, habia conservado su calma. Se habia sentado en el quicio de la ventana abierta, y la lluvia le mojaba la espalda mientras contemplaba á sus dos amigos.

De repente oyó detrás de sí un tumulto, pasos precipitados, gritos de *¡á las armas!* Se volvió, y descubrió en la calle de San Dionisio en la esquina de la calle de la Chanvrerie, á Enjolras que pasaba con la carabina en la mano, á Gavroche con su pistola, á Feuilly con su sable, á Courfeyrac con su espada, á Juan Prouvaire con su mosquete, á Combeferre con su fusil, á Bahorel con su fusil, y todo el grupo armado y tumultuoso que le seguia.

La calle de la Chanvrerie apenas tenia el alcance de una carabina. Bossuet improvisó con sus manos una bocina, y gritó:

—¡Courfeyrac! ¡Courfeyrac! ¡eh!

Courfeyrac oyó las voces, vió á Bossuet, dió algunos pasos en la calle de Chanvrerie, y dijo: ¿Qué quieres? palabras que se cruzaron en el aire con estas otras: ¿á dónde vas?

—A hacer una barricada, respondió Courfeyrac.

—Pues bien: este sitio es magnífico: hazla aquí.

—Es verdad, Aguila de los Males (1), dijo Courfeyrac.

Y á una señal suya todo el grupo se precipitó en la calle de la Chanvrerie.

(1) *Aigle de Meaux y Aigle des Maux* se pronuncian lo mismo en francés.

Digitized by Google

III.

LA NOCHE EMPIEZA Á DOMINAR Á GRANTIER.

El sitio estaba, en efecto, admirablemente indicado: la entrada de la calle ancha, el fondo estrecho, y en forma de callejon sin salida; Corinto figurando un embudo; la calle Mondetour fácil de cerrar á derecha é izquierda, no siendo posible ningun ataque sino por la calle de San Dionisio, es decir, de frente y al descubierto. Bossuet borracho habia tenido el golpe de vista de Annibal en ayunas.

Al hacer su irrupcion el grupo se habia apoderado el espanto de toda la calle; todos los transeuntes se eclipsaron, y en un abrir y cerrar de ojos, por todas partes, á derecha é izquierda, las tiendas, los establecimientos, las puertas, las ventanas, las persianas, las buhardillas, los postigos de todas dimensiones se cerraron, desde el piso bajo hasta el tejado. Una vieja, llena de miedo, colgó un colchon delante de su ventana en una cuerda que servia para poner á secar la ropa, con objeto de amortiguar el efecto de la fusilería. La taberna únicamente permanecia abierta, y esto solo por razon de que allí se habia instalado el grupo.—¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! decia suspirando la tia Huchcloup.

Bossuet habia bajado á recibir á Courfeyrac.

Joly se habia asomado á la ventana, y gritaba:

Digitized by Google

—Courfeyrac, ¿por qué no has cogido un paraguas? Te vas á constipar.

Mientras tanto, en pocos minutos habian sido arrancadas veinte barras de hierro de las rejas de la fachada de la taberna, y habian sido desempedradas diez toesas de la calle; Gavroche y Bahorel habian cogido al pasar y derribado un carro de un fabricante de cales, llamado Anceau, el cual contenia tres toneles llenos de cal, que fueron colocados sobre pilas de adoquines; Enjolras habia levantado la trampa de la cueva, y todos los toneles vacíos de la viuda Hucheloup habian ido á formarse con los de cal; Feuilly, con sus dedos acostumbrados á iluminar delicados paises de abanicos, habia reforzado los toneles y el carro con dos macizas pilas de guijarros; guijarros improvisados como todos los demás, y cogidos sin saber dónde. Habíanse arrancado tambien unos puntales de la fachada de una casa próxima, y se habian echado sobre los toneles. Cuando Bossuet y Courfeyrac se volvieron, la mitad de la calle estaba ya cerrada por una muralla mas alta que un hombre. No hay nada como la mano popular para construir todo lo que se construye demoliendo.

Matelote y Gibelote se habian mezclado con los trabajadores; Gibelote iba y venia cargada de maderos; su laxitud se empleaba en la barricada, y servia adoquines como hubiera servido vino; adormecida.

Un omnibus que llevaba dos caballos blancos pasó por el estremo de la calle.

Bossuet saltó por cima de los materiales, corrió, detuvo al cochero, hizo bajar á los viajeros, dió la mano «á las señoras,» despidió al conductor, y volvió trayéndose el coche y los caballos de la brida.

—Los omnibus, dijo, no pasan por delante de Corinto. *Non licet omnibus adire Corynthum.*

Un instante despues los caballos desenganchados se iban al acaso por la calle Mondetour y el omnibus volcado completaba la barricada.

La tia Hucheloup trastornada se habia refugiado en el primer piso.

Tenia la mirada vaga; miraba sin ver, hablando por lo bajo. Sus gritos asustados no se atrevian á salir de la garganta.

—Este es el fin del mundo, murmuraba.

Joly daba un beso en el grueso cuello rojo y arrugado de la tia Hu-

Digitized by Google

cheloup, y decia á Grantaire:—Querido, siempre he considerado el cuello de una mujer como una cosa infinitamente delicada.

Pero Grantaire habia llegado á la mas alta region del ditirambo. Matelote habia subido al primer piso. Grantaire la habia cogido por el talle, y daba á la ventana grandes carcajadas.

—¡Matelote es fea! gritaba. Matelote es el sueño de la fealdad. Matelote es una quimera. Voy á descubrir el secreto de su nacimiento. Un Pigmalion godo que hacia mascarones de catedrales, se enamoró un dia de uno de ellos, del mas horrible: suplicó al amor que le animase, y resultó Matelote. ¡Miradla, ciudadanos! ¡Tiene los cabellos de color de cromato de plomo, como la querida del Ticiano; es una buena muchacha. Os aseguro que peleará bien; en toda buena muchacha hay un héroe. En cuanto á la tia Hucheloup, es una valiente vieja. ¡Mirad qué bigotes tiene! Los ha heredado de su marido. ¡Es una húsar! ¡bah! ¡peleará tambien! Dos como ella aterrarian la comarca. ¡Compañeros! derribaremos el gobierno; tan cierto como que hay quince ácidos intermedios entre el ácido margárico y el ácido fórmico; por lo demás, á mí lo mismo me da. Caballeros, mi padre me ha odiado siempre, porque yo no podia comprender las matemáticas; yo no comprendo mas que el amor y la libertad: soy Grantaire, el buen muchacho. Como nunca he tenido dinero, no tengo hábito de tenerle, lo cual es causa de que nunca me haya hecho falta, pero si hubiera sido rico, no habria hábido pobres. ¡Ya hubiérais visto! ¡Oh! ¡Si los buenos corazones tuviesen grandes bolsillos! ¡Cuánto mejor iria todo! ¡Cuánto bien haria yo! Matelote, ¡abrázame! Eres voluptuosa y tímida. Tienes unas mejillas que solicitan el beso de una hermana, y labios que reclaman el beso de un amante.

—¡Cállate, tonel! dijo Courfeyrac.

Grantaire respondió:

—Soy capitular y maestro de juegos florales.

Enjolras, que estaba de pie encima de la barricada, con el fusil en la mano, levantó su hermoso y austero rostro. Enjolras, como ya sabemos, tenia algo del espartano y del puritano. Hubiera muerto en las Termópilas con Leonidas, y hubiera quemado á Drogheda con Cromwell.

—¡Grantaire! esclamó; vete á dormir la mona fuera de aquí. Este es el lugar de la embriaguez del entusiasmo, no de la embriaguez del vino. ¡No deshonres la barricada!

Digitized by Google

Estas palabras irritadas produjeron en Grantaire un efecto singular, como si le hubiesen arrojado un vaso de agua fria al rostro. Pareció que habia vuelto en sí. Se sentó, apoyó los codos en la mesa cerca de la ventana, miró á Enjolras con indecible dulzura, y le dijo:

—Déjame dormir aquí.

—Vete á dormir á otra parte.

Pero Grantaire, fijando de nuevo en él sus ojos tiernos y turbados, respondió:

—Déjame dormir aquí hasta que aquí muera.

Enjolras le miró con desprecio, y le dijo:

—Grantaire, eres incapaz de creer, de pensar, de querer, de vivir y morir.

Grantaire replicó con voz grave:

—Ya verás.

Murmuró aun algunas palabras ininteligibles, dejó caer su cabeza pesadamente sobre la mesa, y por un efecto bastante habitual del segundo período de la embriaguez en que Enjolras le habia precipitado rudamente, se quedó dormido un momento despues.

Digitized by Google

IV.

COURFEYRAC TRATA DE CONSOLAR Á LA VIUDA HUCHELOUP.

Bahorel, entusiasmado al ver la barricada, esclamaba:

—¡Ya está la calle cortada! ¡qué bien está!

Courfeyrac, al mismo tiempo que demolia la taberna, trataba de consolar á la viuda tabernera.

—Tia Hucheloup, ¿no os quejábais el otro dia de que os habian llamado á juicio y declarado delincuente, porque Gibelote habia sacudido una manta por la ventana?

—Sí, mi buen señor Courfeyrac. ¡Ah, Dios mio! ¿Vais á poner tambien esa mesa en la barricada? Y no solo por la manta, sino tambien por un tiesto que se cayó desde la buhardilla á la calle, el gobierno me ha sacado cien francos de multa. ¿No es una picardía?

—Pues bien, tia Hucheloup, nosotros os vengamos.

La tia Hucheloup al parecer, no comprendia muy bien todo el beneficio de esta reparacion.

Quedaba satisfecha á la manera de aquella mujer árabe, que habiendo recibido un bofeton de su marido, fué á ver á su padre pidiendo venganza, y diciendo:—Padre, debes á mi marido afrenta por afrenta. El padre preguntó:—¿En qué mejilla te ha dado el bofeton?—En la iz-

Digitized by Google

quierda.—El padre le dió un bofeton en la derecha, y dijo: —Ya estás satisfecha. Vé á decir á tu marido, que si él ha abofeteado á mi hija, yo he abofeteado á su mujer.

La lluvia habia cesado. Iban llegando reclutas: los obreros habian llevado bajo las blusas un barril de pólvora, una cesta de botellas de vitriolo, dos ó tres hachas de viento, un canasto lleno de lamparillas, «restos de la fiesta del rey» que se habia celebrado el 1.° de mayo. Se decia que enviaba estas municiones un droguero del arrabal de San Antonio, llamado Pepin. Se rompia el único farol de la calle de la Chanvrerie, la farola de la calle de San Dionisio, y todas las demás de las calles próximas de Mondetour, del Cisne, de Predicadores, y de la grande y pequeña Truanderie.

Enjolras, Combeferre y Courfeyrac lo dirigian todo. Mientras tanto se construian otras dos barricadas, que se apoyaban en la misma casa de Corinto, formando ángulo recto; la mayor cerraba la calle de la Chanvrerie, y la otra la de Mondetour, por el lado de la calle del Cisne; esta última barricada, muy estrecha, estaba construida solo con toneles y guijarros. Habia allí unos cincuenta trabajadores; una treintena de ellos con fusiles, porque al pasar habian saqueado la tienda de un armero.

Nada mas estraño y abigarrado que aquella tropa.

Uno tenia levita, un sable de caballería y dos pistolas de arzon; otro estaba en mangas de camisa, con sombrero redondo, y una bolsa de pólvora colgada al lado; un tercero estaba cubierto de un peto hecho con nueve hojas de papel, y armado con una aguja de enjalmar. Habia uno que gritaba: *¡Esterminemos hasta el último, y muramos en la punta de nuestra bayoneta!* El que decia esto no tenia bayoneta. Otro mostraba encima de su levita unas correas y una cartuchera de guardia nacional con la funda adornada con esta inscripcion de lana roja: *Orden público.* Porta-fusiles con el número de las legiones, pocos sombreros, ninguna corbata, muchos brazos desnudos, algunas picas; todas las edades, todas las fisonomías, jovencillos pálidos, obreros ennegrecidos. Todos se apresuraban, y al mismo tiempo que trabajaban, hablaban de los sucesos posibles,—que se recibirian socorros á las tres de la mañana,—que se contaba seguramente con un regimiento,—que París se levantaria. Suposiciones terribles, con las cuales se mezclaba una especie de cordial

Digitized by Google

alegría. Parecian hermanos, y ninguno sabia el nombre de los otros. Los grandes peligros tienen el privilegio de hacer fraternizar á los desconocidos.

En la cocina se habia encendido lumbre, y se fundian en un balinero, medidas, cucharas, tenedores, toda la vajilla de estaño de la taberna: al mismo tiempo se bebia. Los pistones y las postas andaban revueltos en las mesas con los vasos de vino. En la sala del billar la señora Hucheloup, Matelote y Gibelote, diversamente afectadas por el terror, una atontada, otra sofocada y otra escitada, rompian rodillas viejas, y hacian hilas; tres insurgentes las ayudaban, tres jóvenes cabelludos, barbudos y bigotudos, que deshilaban la tela con dedos de lencero, y les hacian temblar.

El hombre de alta estatura que habia llamado la atencion de Courfeyrac, Combefere y Enjolras, en el instante en que se unia al grupo en la esquina de la calle de Billettes, trabajaba en la pequeña barricada, y era últil: Gavroche trabajaba en la grande. En cuanto al jóven que habia esperado á Courfeyrac en su casa, y le habia preguntado por el señor Mario, habia desaparecido poco despues del momento en que habia sido detenido el omnibus.

Gavroche, completamente entusiasmado, se habia encargado de todo. Iba, venia, subia, bajaba, metia ruido, brillaba: parecia que estaba allí para animar á todos. ¿Tenia algun aguijon?—Sí, ciertamente: su miseria. ¿Tenia alas?—Sí, ciertamente: su alegría. Gavroche era un torbellino. Se le veia sin cesar; se le oia continuamente; llenaba todo el espacio, encontrándose en todas partes á la vez; era una especie de ubicuidad casi irritante; no habia nada que pudiese detenerle: la enorme barricada sentia su accion. Molestaba á los transeuntes, escitaba á los perezosos, reanimaba á los fatigados, impacientaba á los pensativos, alegraba á unos, esperanzaba á otros, encolerizaba á otros, y ponia en movimiento á todos; pinchaba á un estudiante, mordia á un obrero; se paraba, volvia en seguida á su faena, volaba por cima del tumulto; saltaba de estos á aquellos, murmuraba, zumbaba y hostigaba á toda aquella multitud inmensa.

En sus pequeños brazos dominaba el movimiento perpetuo; y en sus pequeños pulmones el clamor perpetuo.

—¡Bravo! ¡Mas adoquines! ¡mas toneles! ¡mas maderos! ¿Dónde

Digitized by Google

hay? Una mano de yeso para cubrir este agujero. Es muy pequeña esa barricada, es preciso que suba mas. Ponedlo todo, metedlo todo, colocadlo todo. Demoled la casa. Una barrificada es un magnífico té. Tomad, ahí teneis una puerta-vidriera.

Esto hizo esclamar á los trabajadores:

—¡Una puerta vidriera! ¿Para qué quieres que sirva una puerta vidriera, tubérculo?

—Los tubérculos sois vosotros, respondió Gavroche. Una puerta-vidriera en una barricada es una cosa escelente: no impide el ataque, pero es un obstáculo mas para tomarla. ¿No habeis robado nunca manzanas por encima de una pared cubierta de cascos de botella? Una puerta vidriera corta los callos de los guardias nacionales cuando quieren subir á la barricada. ¡Pardiez! el vidrio es muy traidor. ¡No teneis imaginacion libre, compañeros!

Por lo demás, estaba furioso con su pistola sin pic de gato: iba de uno á otro pidiendo:—¡Un fusil! ¡Quiero un fusil! ¡Por qué no se me da un fusil!

—¡Un fusil á tí! dijo Combeferre.

—¡Toma! replicó Gavroche, ¿por qué no? ¡Tuve uno en 1830 cuando se disputaba con Cárlos X!

Enjolras alzó los hombros.

—Cuando los haya para los hombres, se darán á los niños.

Gavroche se volvió altivamente, y le respondió:

—Si te matan antes que á mí, cogeré el tuyo.

—¡Pilluelo! dijo Enjolras.

—¡Blanquillo! dijo Gavroche.

Un elegante estraviado que pasaba por el estremo de la calle cortó esta disputa.

Gavroche le gritó:

—¡Venid con nosotros, jóven! ¿Pues qué, no se ha de hacer nada por esta vieja patria?

El elegante huyó.

Digitized by Google

V.

LOS PREPARATIVOS.

Los periódicos de aquel tiempo, que han dicho que la barricada de la calle de la Chanvrerie, aquella *construccion casi inexpugnable*, como la llamaban, llegaba al nivel del piso principal, se han equivocado. No pasaba de una altura de seis ó siete pies, por término medio. Estaba hecha de manera que los combatientes podian, á voluntad, ocultarse detrás, ó dominar el paso, y aun subir á la cima por medio de una cuádruple fila de adoquines superpuestos, y colocados á guisa de escalera por el interior. Por fuera, el frente de la barricada, compuesto de pilas de adoquines y de toneles, sujetos por vigas y tablas que se enchufaban en las ruedas del carro de Auceau y del omnibus, presentaba el aspecto de un obstáculo erizado é inestricable. Una cortadura suficiente para que un hombre pudiese pasar por ella, dejaba un espacio entre el estremo de la barricada mas alejado de la taberna y las casas; de modo, que era posible hacer una salida. La lanza del omnibus estaba puesta verticalmente; y á ella, atada con cuerdas, una bandera roja que flotaba sobre la barricada.

La pequeña barricada Mondetour, oculta detrás de la casa de la taberna, no se veia. Las dos barricadas reunidas formaban un verdadero

Digitized by Google

reducto. Enjolras y Courfeyrac no habian creido conveniente hacer otra en el segundo estremo de la calle Mondetour, que abre por la calle de Predicadores una salida al Mercado, queriendo sin duda conservar la posibilidad de una comunicacion con el esterior, y temiendo muy poco el ataque por la peligrosa callejuela de Predicadores.

Con esta salida libre, que constituia lo que Folar en su estilo estratégico hubiera llamado un ramal de trinchera, y con la estrecha cortadura de la calle de la Chanvrerie, el interior de la barricada, en que la taberna formaba un ángulo saliente, presentaba un cuadrilátero irregular, cerrado por todas partes. Habia unos veinte pasos de intervalo entre la barricada y las altas casas que formaban el fondo de la calle; de modo, que se podia decir que la barricada estaba recostada en estas casas, todas habitadas, pero cerradas de alto abajo.

Todo este trabajo se hizo sin obstáculo en menos de una hora, y sin que aquel puñado de hombres atrevidos viese aparecer una gorra de pelo, ni una bayoneta. Los pocos paisanos que se atrevian á pasar en aquel momento del motin por la calle de San Dionisio, echaban una mirada á la calle Chanvrerie, veian la barricada, y doblaban el paso.

Cuando se acabaron las dos barricadas, y se enarboló la bandera, se sacó una mesa fuera de la taberna, y se subió en ella Courfeyrac. Enjolras trajo el cofre cuadrado, que estaba lleno de cartuchos; Courfeyrac le abrió. Cuando se descubrieron los cartuchos, temblaron los mas valientes, y hubo un momento de silencio.

Courfeyrac los distribuyó sonriéndose.

Cada uno recibió treinta cartuchos.

Muchos tenian pólvora y se pusieron á hacer mas con las balas que se fundian en la taberna. En cuanto al barril de pólvora estaba sobre una mesa aparte cerca de la puerta; se guardaba.

El toque de llamada que recorria todo París no cesaba, pero habia concluido por no ser mas que un ruido monótono de que nadie hacia casa; un ruido que se aproximaba ó se alejaba, con lúgubres ondulaciones.

Cargaron los fusiles y las carabinas todos juntos, sin precipitacion, con solemne gravedad. Enjolras colocó tres centinelas fuera de las barricadas; uno en la calle de la Chanvrerie, otro en la calle de Predicadores, y el tercero en la esquina de la pequeña Truanderie.

Digitized by Google

Concluidas ya las barricadas, designados los puestos, cargados los fusiles, puestas las centinelas, solos en aquellas calles temibles, por donde no pasaba ya nadie, rodeados de aquellas casas mudas, y como muertas, en que no palpitaba ningun movimiento humano, envueltos en las sombras crecientes del crepúsculo que empezaba ya, en medio de aquella oscuridad y de aquel silencio en que se sentia avanzar alguna cosa, y que tenia un no sé qué trágico y terrorífico, aislados, armados, resueltos, traquilos; esperaron.

Digitized by Google

VI.

LA ESPERA.

En aquellas horas de espera ¿qué hicieron?

Es preciso que lo digamos, porque esto pertenece á la historia.

Mientras que los hombres hacian cartuchos, y las mujeres hilas; mientras que los centinelas velaban arma al brazo en la barricada; mientras que Enjolras, á quien nada podia distraer, velaba sobre los centinelas, Combeferre, Courfeyrac, Juan Provaire, Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel y algunos otros se buscaron y se reunieron como en los dias mas pacíficos de sus conversaciones de estudiantes, y en un rincon de aquella taberna, convertida en casa-mata, á dos pasos del reducto que habian construido, con la carabinas cebadas, cargadas y apoyadas en el respaldo de la silla; aquellos jóvenes, tan cercanos á una hora suprema, se pusieron á cantar versos de amor.

—¿Qué versos? Los siguientes:

¿Recuerdas aquel tiempo de alegría,
De nuestra juventud en los albores,
Cuando un solo deseo nos movia,
El de nuestros amores?

Añadidos tus años á mis años,
Cuarenta y dos apenas se contaban,

Digitized by Google

Y libres nuestras almas se encontraban
De amargos desengaños.

Orgulloso era Foy, Manuel prudente;
París santos banquetes celebraba,
Y un alfiler en tu corsé saliente,
A veces me picaba.

Al verte hermosa entre las mas hermosas,
De todos envidiada era mi suerte,
Y al pasar por el Prado, hasta las rosas,
Se volvian por verte.

La hora, el lugar, la evocacion de aquellos recuerdos de la juventud, algunas estrellas que empezaban á brillar en el cielo, el reposo fúnebre de aquellas calles desiertas, la inminencia de la aventura inexorable que se preparaba, daban un encanto patético á estos versos, murmurados á media voz en el crepúsculo por Juan Provaire, que, segun hemos dicho ya, era un tierno poeta.

Mientras tanto se habia encendido una antorcha en la barricada pequeña, y en la grande una de esas hachas que el martes de Carnaval se encuentran precediendo á los coches cargados de máscaras que van á la Courtille. Estas antorchas, como hemos dicho, venian del arrabal de San Antonio.

La antorcha habia sido colocada en una jaula de adoquines cerrada por tres lados para abrigarla del viento, y dispuesta de modo, que toda la luz caia sobre la bandera. La calle y la barricada quedaban en la oscuridad, y no se veia mas que la bandera roja formidablemente iluminada como por una linterna sorda.

Esta luz estendia sobre la escarlata de la bandera una tinta de púrpura terrible.

Digitized by Google

VII.

EL HOMBRE RECLUTADO EN LA CALLE DE BILLETTES.

La noche habia ya caido completamente: nadie se acercaba. No se oian mas que rumores confusos, y por instantes descargas, pero raras, poco nutridas y lejanas. Este plazo, que se prolongaba, era señal de que el gobierno se tomaba tiempo y reunian sus fuerzas. Estos cincuenta hombres esperaban sesenta mil.

Enjolras se sentia dominado por esa impaciencia que se apodera de las almas fuertes en el umbral de los grandes sucesos. Fué á buscar á Gavroche que se habia puesto á hacer cartuchos en la sala baja á la dudosa claridad de dos velas, colocadas sobre el mostrador por precaucion, á causa de la pólvora estendida sobre las mesas. Aquellas dos velas no daban luz alguna por el esterior. Además, los insurgentes habian tenido cuidado de no encender luz en los pisos superiores.

Gavroche en aquel momento estaba muy pensativo, aunque no precisamente por sus cartuchos.

El hombre de la calle de Billettes acababa de entrar en la sala baja, y habia ido á sentarse en la mesa menos alumbrada. Llevaba un fusil de municion del mayor modelo, que sostenia entre sus piernas. Gavroche, hasta aquel momento distraido por cien cosas «divertidas,» no habia ni aun visto á este hombre.

Digitized by Google

Cuando entró le siguió maquinalmente con la vista, admirando su fusil, y despues, asi que el hombre se sentó, se levantó él repentinamente. Los que hubieran observado á aquel hombre hasta este momento, le habrian visto espiarlo todo en la barricada y en el grupo de los insurgentes con singular atencion; pero desde que habia entrado en la sala, se habia sumergido en el recogimiento, y parecia no ver nada de lo que pasaba. El pilluelo se aproximó á aquel hombre pensativo, y se puso á dar vueltas en derredor suyo sobre la punta de los pies, como se hace cuando no se quiere despertar á alguno. Al mismo tiempo en su rostro infantil, á la vez tan descarado y tan serio, tan vivo y tan profundo, tan alegre y tan entusiasta, se fueron pintando sucesivamente todos esos gestos de viejo que significan:—¡Ah!—¡Bah!—¡No es posible!—¡Tengo telarañas en los ojos!—¡Deliro!—¿Será él?...—No, no es.—Pero sí.—Pero no, etc., etc. Gavroche se balanceaba sobre su talones, crispaba sus manos en los bolsillos, movia el cuello como un pájaro, y empleaba en un gesto de desprecio toda la sagacidad de su labio inferior. Estaba estupefacto, incierto, incrédulo, convencido, trastornado. Tenia la fisonomía de un jefe de eunucos en el mercado de esclavas, descubriendo una Vénus entre feas; de un aficionado y entendido en pintura, examinando una obra de Rafael en un monton de cuadros viejos. En él trabajaban á un tiempo el instinto que olfatea y la inteligencia que combina. Era evidente que se acercaba un acontecimiento para Gavroche.

En lo mas profundo de este exámen se acercó á él Enjolras.

—Tú eres pequeño, le dijo, y no serás visto. Sal de las barricadas, desvíate á lo largo de las casas, esplora un poco las calles, y ven á decirme lo que hay.

Gavroche se enderezó al oir esto.

—¡Los pequeños sirven, pues, para algo! ¡Es una felicidad! ¡Ya voy! Mientras tanto, confiad en los pequeños, desconfiad de los grandes... Y levantando la cabeza y bajando la voz, añadió señalando al hombre de la calle de Billettes:

—¿Veis ese grande?

—¿Y qué?

—Es un espía.

—¿Estás seguro?

Digitized by Google

—Aun no hace quince dias que me bajó de las orejas de la cornisa del Puente Real, á donde estaba yo tomando el fresco.

Enjolras abandonó vivamente al pilluelo, y dijo en voz baja algunas palabras á un obrero del puesto que estaba allí. El obrero salió de la sala, y volvió al momento acompañado de otros tres. Los cuatro hombres, cuatro mozos de grandes espaldas, fueron á colocarse detrás de la mesa en que estaba el hombre sospechoso, sin hacer nada que pudiese llamar su atencion. Estaban visiblemente dispuestos á arrojarse sobre él.

Entonces Enjolras se acercó al hombre, y le preguntó:

—¿Quién sois?

A esta brusca interrogacion, el hombre se sobresaltó: dirigió á Enjolras una mirada que penetró hasta el fondo de su cándida pupila, y pareció que adivinaba su pensamiento. Sonrióse entonces con una sonrisa la mas desdeñosa, la mas enérgica, y la mas resuelta del mundo, y respondió con altiva gravedad:

—¡Veo qué es esto!... Pues bien, sí.

—¿Sois espía?

—Soy agente de la autoridad.

—¿Cómo os llamais?

—Javert.

Enjolras hizo una señal á los cuatro hombres, y en un abrir y cerrar de ojos, antes de que Javert tuviese tiempo de volverse, fue cogido por el cuello, derribado y registrado.

Halláronle una tarjeta, pequeña circular colocada entre dos vidrios, la cual tenia por un lado las armas de Francia grabadas con esta leyenda: *Seguridad y vigilancia,* y en la otra esta mencion JAVERT, inspector de policía; edad, cincuenta y dos años, y la firma del prefecto de policía de entonces, señor Gisguet.

Tenia además un reloj y un bolsillo que contenia algunas monedas de oro: le dejaron ambas cosas. Detrás del reloj, en el fondo del bolsillo, le descubrieron por el tacto un papel hecho cuatro dobleces, que desdobló Enjolras, leyendo estas cuatro líneas, escritas de mano del prefecto de policía:

«El inspector Javert, asi que haya cumplido su mision política, se »asegurará, por medio de una vigilancia especial de si es verdad que

Digitized by Google

»algunos malhechores andan vagando por las cuestas de la orilla dere-»cha del Sena, cerca del puente de Jena.»

Terminado el registro, levantaron á Javert, le sujetaron los brazos por detrás de la espalda, y le ataron en medio de la sala baja á aquel célebre poste que habia dado antiguamente nombre á la taberna.

Gavroche, que habia presenciado y aprobado toda la escena con silenciosos mivimientos de cabeza, se apróximó á Javert, y le dijo:

—Amigo, el raton ha cogido al gato.

Todo esto se habia ejecutado con tanta rapidez, que todo estaba concluido cuando empezaron á notarlo en la taberna. Javert no habia dado ni un grito; y asi que estuvo atado al poste, acudieron Courfeyrac, Bossuet, Joly, Combeferre y los demás que andaban dispersos por las barricadas.

Javert, recostado en el poste, y tan rodeado de cuerdas, que no podia hacer un movimiento, levantaba la cabeza con la serenidad intrépida del hombre que no ha mentido nunca.

—Es un espía, dijo Enjolras.

Y volviéndose hácia Javert:

—Sereis fusilado dos minutos antes de que tomen la barricada.

Javert replicó con su mas imperioso acento:

—¿Y por qué no en seguida?

—Economizamos la pólvora.

—Entonces, matadme de un puñalada.

—Espía, le dijo Enjolras, nosotros somos jueces y no asesinos.

Despues llamó á Gavroche.

—¡Tú, vete á tu negocio! ¡Haz lo que te he dicho!

—Voy, dijo Gavroche.

Y deteniéndose en el momento de partir, añadió:

—A propósito, ¡me dareis su fusil!—Os dejo el músico, y me llevo el clarinete.

El pilluelo hizo el saludo militar, y saltó alegremente por la cortadura de la gran barricada.

Digitized by Google

VIII.

VARIAS PREGUNTAS CON MOTIVO DE UN TAL LE CABUC QUE PROBABLEMENTE NO SE LLAMABA LE CABUC.

La pintura trágica que hemos empezado á hacer no sería completa, y el lector no veria en ella, en su relieve exacto y real, esos grandes minutos del drama social y del desarrollo revolucionario, en que la convulsion se mezcla con la fuerza, si omitiésemos en este bosquejo un incidente lleno de un horror épico y terrible que sucedió apenas se marchó Gavroche.

Los grupos, como es sabido, son bolas de nieve, y aglomeran al rodar un monton de hombres tumultuosos, que no se preguntan de dónde vienen. Entre los transeuntes que se habian unido al grupo dirigido por Enjolras, Combeferre y Courfeyrac, habia uno que llevaba una chaqueta de esportillero bastante usada, que gesticulaba y vociferaba, y con cierto entusiasmo salvaje. Este hombre, llamado ó apodado Le Cabuc, y desconocido completamente á los que pretendian conocerle, muy entusiasta, como hemos dicho, ó aparentando serlo, se habia sentado con algunos otros á una mesa que habian sacado fuera de la taberna. Este hombre, al mismo tiempo que hacia beber á sus compañeros de conversacion, parecia contemplar con reflexion la casa grande del fon-

Digitized by Google

do de la barricada, cuyos cinco pisos dominaban toda la calle, y daban frente á la de San Dionisio. De repente esclamó:

—Compañeros, mirad: desde esa casa es desde donde debemos tirar. Puestos en las ventanas, ¡ni el diablo entra en la calle!

—Sí, pero está cerrada la casa, dijo uno de los bebedores.

—¡Llamemos!

—No abrirán.

—Echemos abajo la puerta.

Le Cabuc corrió á la puerta que tenia un llamador muy pesado, y llamó; pero no abriéndose la puerta volvió á llamar: nadie respondió: dió un tercer golpe: el mismo silencio.

—¿No hay nadie? gritó Le Cabuc.

Nadie respondió.

Entonces cogió un fusil, y empezó á dar culatazos en la puerta. Era una puerta vieja, pequeña, cintrada, estrecha, sólida, de encina, forrada por el interior de una chapa de palastro y de una armadura de hierro: era una verdadera poterna de una fortaleza. Los culatazos hacian temblar la casa, pero no movian la puerta.

Los vecinos debieron ponerse en movimiento, porque al fin se vió iluminarse y abrirse un ventanuco cuadrado en el tercer piso, y aparecer en él una luz y el rostro asustado de un hombre de cabellos grises, que era el portero.

El hombre que llamaba se quedó parado.

—Señores, dijo el portero, ¿qué quereis?

—¡Abre! dijo Le Cabuc.

—Señores, eso no es posible.

—Abre en seguida.

—¡Imposible, señores!

Le Cabuc cogió el fusil y apuntó al portero; pero estaba debajo y era de noche; éste no le vió.

—¿Quieres abrir? Sí ó no.

—¡No, señores!

—¿Dices que no?

—Digo que no, buenos...

El portero no pudo acabar; salió el tiro; la bala le entró por debajo de la barba y le salió por la nuca despues de atravesar la vena yugular.

Digitized by Google

El pobre hombre cayó sin dar un suspiro; la luz se le fue de las manos y se apagó; no viendo despues mas que una cabeza inmóvil, recostada en el dintel de la ventana, y un poco de humo blanquecino que subia hácia el tejado.

—¡Bueno! dijo Le Cabuc dando un culatazo en el suelo.

Apenas habia pronunciado esta palabra, sintió una mano que le cogia del cuello con la fuerza de la garra de un águila, y oyó una voz que le decia:

—¡De rodillas!

El asesino se volvió y vió delante de sí el rostro pálido y sereno de Enjolras, que tenia una pistola en la mano.

Habia acudido al oir la detonacion.

Con la mano izquierda habia cogido el cuello, la blusa, la camisa y el tirante de Le Cabuc.

—¡De rodillas! repitió.

Y con un movimiento soberano, el delicado jóven de veinticinco años dobló como una caña al ganapan robusto, y le arrodilló en el lodo. Le Cabuc trató de resistir; pero parecia que estaba sujeto por un puño sobrehumano.

Enjolras pálido, con el cuello descubierto, los cabellos esparcidos y el rostro femenil, tenia en aquel momento algo de la Témis antigua. Sus ojos bajos daban á su severo perfil griego esa espresion de cólera y de castidad, que el mundo antiguo creia propia de la justicia.

Todos los de la barricada habian acudido y se habian colocado en círculo á alguna distancia, conociendo que era imposible pronunciar una palabra ante lo que iban á ver.

Le Cabuc, vencido, no trataba ya de defenderse, y temblaba de pies á cabeza. Enjolras le soltó, y sacó el reloj.

—¡Encomiéndate á Dios! le dijo. ¡Te queda un minuto!

—¡Perdon! murmuró el asesino; despues bajó la cabeza, y murmuró algunos juramentos inarticulados.

Enjolras no apartó la vista del reloj, dejó pasar el minuto, y volvió el reloj al bolsillo. En seguida cogió por los cabellos á Le Cabuc que se arremolinaba contra sus rodillas gritando, y le puso en la sien el cañon de la pistola.

Muchos de aquellos hombres intrépidos que habian entrado tan

Digitized by Google

tranquilamente en una de las mas terribles aventuras, volvieron la cabeza.

Oyóse la esplosion: el asesino cayó al suelo boca abajo. Enjolras se enderezó, y paseó en derredor su mirada satisfecha y severa,

Despues empujó el cadáver con el pie, y dijo:—Quitad eso de ahí.

Tres hombres levantaron el cuerpo del asesino que se agitaba en las últimas convulsiones maquinales de la vida y le arrojaron por cima de la barricada en la callejuela Mondetour.

Enjolras se quedó pensativo: su sereno rostro se iba cubriendo de grandiosas tinieblas; de pronto elevó su voz: todos le escucharon en silencio.

—Ciudadanos, dijo Enjolras, lo que este hombre ha hecho es espantoso, lo que yo he hecho es horrible. Ha matado, por eso le he matado; y he debido hacerlo, porque la insurreccion debe tener su disciplina: el asesinato es ahora mayor crímen que en otras circunstancias: estamos bajo los ojos de la revolucion; somos los apóstoles de la república; somos las víctimas del deber, y es preciso que nadie pueda calumniar nuestra lucha. Por esto he juzgado y condenado á muerte á ese hombre. En cuanto á mí, obligado á hacer lo que he hecho, pero aborreciéndolo, me he juzgado tambien, y pronto vereis á qué me he condenado.

Los que le escuchaban temblaron.

—Nosotros participaremos de tu suerte, dijo Combeferre.

—¡Gracias! respondió Enjolras. Pero oid aun una palabra. Al matar á ese hombre he obedecido á la necesidad; pero la necesidad es un monstruo del viejo mundo; la necesidad se llama ¡Fatalidad! La ley del progreso es que los monstruos desaparezcan ante los ángeles, y que la fatalidad se desvanezca ante la fraternidad. En el porvenir no habrá tinieblas, ni rayos, ni feroz ignorancia, ni pena del Talion. En el porvenir nadie será asesino; la tierra resplandecerá, y el género humano amará. Ciudadanos, llegará ese dia en que todo será amor, concordia, armonía, luz, alegría y vida; vendrá, y para que venga, vamos á morir.

Enjolras se calló. Sus labios de vírgen se cerraron, y quedó por algun tiempo de pie en el sitio en que habia derramado aquella sangre, con una inmovilidad de mármol. Su mirada fija hacia que se hablase bajo en su derredor.

Digitized by Google

Juan Prouvaire y Combeferre se estrechaban la mano silenciosamente, y recostados uno en otro en el ángulo de la barricada, miraban con una admiracion algun tanto compasiva á aquel jóven tan grave, verdugo y sacerdote, trasparente como el cristal, y duro como la roca.

Digamos aquí, que despues del combate, cuando los cadáveres fueron llevados al depósito y registrados, se encontró á Le Cabuc una cédula de agente de policía. El autor de este libro ha tenido en sus manos en 1848 el informe especial dado con este motivo al prefecto de policía de 1832.

Añadamos, que si hemos de creer una tradiccion de policía estraña, pero probablemente fundada, Le Cabuc era Suena-dinero. Este miserable no dejó huella alguna de su desaparicion; parece que se amalgamó con lo invisible. Su vida habia sido tinieblas; su fin fue la noche.

Todo el grupo de insurgentes estaba aun sometido á la emocion de este suceso trágico, instruido y terminado tan rápidamente, cuando Courfeyrac vió en la barricada al jovencillo que por la mañana habia preguntado en su casa por Mario.

Este muchacho, que tenia el aspecto atrevido é indiferente, habia venido por la noche á buscar á los insurgentes.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOSEGUNDO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

MARIO ENTRA EN LA SOMBRA.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

DESDE LA CALLE PLUMET AL BARRIO DE SAN DIONISIO.

Aquella voz que al través del crepúsculo habia llamado á Mario á la barricada de la calle de Chanvrerie, le habia producido el mismo efecto que la voz del destino. Queria morir, y se le presentaba la ocasion: llamaba á la puerta de la tumba, y una mano en la sombra le enseñaba la llave. Esas lúgubres aberturas que se hacen en las tinieblas ante la desesperacion son tentadoras. Mario separó la verja que le habia dejado pasar tantas veces, salió del jardin, y dijo: ¡Vamos!

Loco de dolor, no encontrando nada fijo y sólido en su cerebro, incapaz de aceptar nada de la suerte despues de aquellos dos meses pasados en la embriaguez de la juventud y del amor, oprimido á la vez por todas las meditaciones de la desesperacion, no tenia mas que un deseo: concluir con su vida.

Empezó á andar rápidamente: precisamente iba armado con los dos cachorrillos que le dió Javert.

El jóven á quien habia creido ver, se habia perdido en la oscuridad de las calles.

Mario, que habia salido de la calle Plumet por el boulevard, atravesó la Esplanada y el puente de los Inválidos, los Campos Elíseos, la plaza de Luis XV, y llegó á la calle de Rívoli. Las tiendas estaban por allí abiertas, el gas lucia en los arcos, las mujeres compraban en las tiendas, se servian sorbetes en el café Laiter, se comian pastelillos en

Digitized by Google

la pastelería inglesa. Solamente algunas sillas de posta partian al galope del hôtel de los Príncipes y del hôtel Mauricio.

Mario entró por el pasadizo Delarme en la calle de San Honorato. Allí las tiendas estaban cerradas, los comerciantes hablaban delante de sus tiendas entreabiertas, los transeuntes circulaban, los faroles estaban encendidos; desde el primer piso, todas las ventanas estaban iluminadas como ordinariamente. En la plaza del Palacio Real habia caballería.

Mario siguió la calle de San Honorato.

A medida que se apartaba del Palacio Real, encontraba menos ventanas iluminadas; las tiendas estaban completamente cerradas; nadie hablaba en los umbrales, la calle se oscurecia, y al mismo tiempo se espesaba la multitud, porque los transeuntes eran ya multitud. Nadie hablaba en aquella muchedumbre; y sin embargo, salia de ella un murmullo sordo y profundo.

Hácia la fuente del Arbol Seco habia grupos inmóviles y sombrios, que estaban entre los que iban y venian como piedras en medio de una corriente.

A la entrada de la calle de Prouvaires, la multitud no andaba ya. Era un grupo resistente, macizo, sólido, compacto, casi impenetrable, de personas amontonadas, que hablaban en voz baja. Apenas habia levitas negras ni sombreros redondos, chaquetones, blusas, casquetes, cabezas erizadas y terrosas. Esta multitud ondulaba confusamente en la bruma nocturna. Sus cuchicheos tenian el ronco sonido de un estremecimiento. Aunque ninguno andaba, se sentia un continuo pisoteo en el lodo. Mas allá de este espesor de la multitud, en la calle de Roule, en la de Prouvaires y en la prolongacion de la de San Honorato, no habia una sola vidriera en que se reflejase una luz. Veíanse perderse en aquellas calles las filas solitarias y decrecientes de los faroles. Los faroles de aquel tiempo parecian gruesas estrellas rojas colgadas de cuerdas, y proyectaban en el suelo una sombra que tenia la forma de una gran araña.

Estas calles no estaban desiertas. Veíanse en ellas fusiles en pabellones, bayonetas que se movian, y tropas que vivaqueaban. Ningun curioso pasaba aquel límite: allí cesaba la circulacion; allí concluia la multitud, y empezaba el ejército.

Mario iba decidido, con la voluntad del hombre sin esperanza: le habian llamado, y le era preciso ir. Encontró medio de atravesar por

Digitized by Google

entre la multitud y las tropas, se ocultó á las patrullas, y evitó los centinelas. Dió un rodeo, llegó á la calle Bettisy, y se dirigió hácia el Mercado. En el estremo de la calle de Bourdonnais no habia ya faroles.

Despues de haber atravesado la zona de la multitud, habia pasado el límite de la tropa: se veia envuelto en algo terrible: no encontraba ya ni un transeunte, ni un soldado, ni una luz; nada. El silencio, la soledad, la noche, un frio que le sobrecogia: entrar en una calle era entrar en una cueva.

Continuó andando.

Dió algunos pasos, y pasó á su lado uno corriendo. ¿Era un hombre? ¿Era una mujer? ¿Eran varios? No hubiera podido decirlo. Era una cosa que habia pasado, y se habia desvanecido.

Asi caminando llegó á una callejuela que creyó seria la de la Poterie, y hácia el medio de esta calle encontró un obstáculo. Estendió las manos, y tropezó con una carreta volcada: pisaba al mismo tiempo charcos de agua, lodazales, adoquines amontonados y esparcidos: allí habia una barricada bosquejada y abandonada. Pasó por cima de los adoquines y se encontró al otro lado del obstáculo. Iba siempre muy cerca de los guarda-cantones, y guiándose por las fachadas de las casas. Un poco mas allá de la barricada le pareció distinguir alguna cosa blanca; se acercó y vió dos bultos: eran dos caballos blancos; los del omnibus que desenganchó Bossuet por la mañana, los cuales habian andado errantes todo el dia, y habian concluido por pararse allí con esa paciencia sumisa de los animales que no comprenden las acciones del hombre, lo mismo que el hombre no comprende las acciones de la Providencia.

Mario pasó adelante. Cuando llegó á una calle que le pareció la del Contrato social, oyó un tiro que no sabia de dónde venia; el fogonazo atravesó la oscuridad, pasó á su lado, y la bala fué á dar por cima de su cabeza en una bacía colgada á la puerta de una barbería. En 1846 se veia aun en la calle del Contrato social, en el estremo de los pilares del Mercado esta bacía agujereada.

Hasta aquel punto todo era aun vida: á partir de aquel momento, ya no encontró nada.

Todo este itinerario parecia una bajada por una escalera de sombrías gradas.

Pero no por eso se detuvo Mario.

Digitized by Google

II.

PARIS Á VISTA DE BUHO.

Un ser que hubiera podido cernerse sobre París en aquel momento con las alas del murciélago ó del mochuelo, habria descubierto un lúgubre espectáculo.

Todo el antiguo barrio del Mercado, que es como una ciudad dentro de otra, atravesado por las calles de San Dionisio y de San Martin, en que se cruzan mil callejuelas, de las cuales habian hecho los insurgentes sus reductos y su plaza de armas, se le habria presentado como un enorme agujero sombrío en el centro de París. La mirada se perdia allí en un abismo; y á causa de los faroles rotos y de las ventanas cerradas, allí cesaba toda luz, toda vida, todo rumor, todo movimiento. La policía invisible del motin velaba en todas partes, y conservaba el órden, es decir, la noche; porque la táctica necesaria de la insurreccion es ocultar á los pocos en la gran oscuridad, multiplicar los combatientes con la posibilidad que puede encerrar la lobreguez. Al caer el dia, todas las ventanas en que habia luz habian recibido alguna bala que apagaba la luz, y alguna vez tambien la vida del vecino. Asi nada se movia: reinaba solo el temor, la tristeza, el estupor en las casas; y en las calles una especie de horror sagrado. Ni aun se distinguian las largas filas de

Digitized by Google

ventanas y balcones, los cañones de las chimeneas, los tejados, los vagos reflejos que salen siempre del empedrado lleno de agua y lodo.

El que hubiera mirado desde lo alto en este conjunto de sombras, habria descubierto quizá aquí y allá, de distancia en distancia, algunos resplandores que permitian ver líneas quebradas y caprichosas, perfiles de estrañas construcciones, algo semejante á luces que fueran y vinieran por entre ruinas: eran las barricadas. El resto era un lago de oscuridad, brumoso, pesado, fúnebre, por encima del cual se elevaban sombrías, inmóviles y lúgubres, la torre de Santiago, la iglesia de San Merry, y otros dos ó tres edificios, de esos que son gigantes hechos por el hombre, y que la noche convierte en fantasmas.

Alrededor de este laberinto desierto y alarmante, en los barrios en que aun no habia cesado la circulacion, en que aun habia algunos faroles, el observador aéreo habria podido distinguir el centelleo metálico de los sables y bayonetas, el sordo rumor de la artillería, y el latido de los batallones silenciosos, que aumentaban de minuto en minuto: muralla formidable que se estrechaba y cerraba alrededor del motin.

El barrio de la insurreccion no era mas que una especie de monstruosa caverna: allí todo parecia dormido ó inmóvil, y como acabamos de decir, cada calle no ofrecia mas que una espesa sombra.

Sombra terrible, llena de peligros, de obstáculos desconocidos y espantosos; sombra en que era temible penetrar y espantoso permanecer, donde los que entraban temblaban ante los que esperaban, y los que esperaban temblaban ante los que venian: combatientes invisibles ocultos en las esquinas; las bocas del sepulcro ocultas en las espesuras de la noche. Allí no podia esperarse mas claridad que el relámpago de los fusiles, ni mas encuentro que la aparicion brusca y rápida de la muerte. ¿Dónde? ¿Cómo? No se sabia; pero era una cosa cierta é inevitable. Allí en aquel lugar designado para la lucha, el gobierno y la insurreccion, la guardia nacional y las sociedades populares, el órden y el motin iban á buscarse á tientas. Para unos y para otros la necesidad era la misma. Salir de allí muertos ó vencedores: esta era su única salida. Situacion de tal modo estrema, oscuridad de tal modo poderosa, que los mas tímidos se sentian llenos de resolucion, y los mas atrevidos de terror.

Por lo demás, habia por ambas partes igual furia, igual encarniza

Digitized by Google

miento, igual decision. Para los unos, avanzar era morir, y nadie pensaba en retroceder; para los otros, quedarse era morir, y nadie pensaba en la fuga.

Era preciso que al salir el dia quedase todo terminado, que el triunfo estuviese ya en uno ú otro bando, que la insurreccion fuese una revolucion ó un chispazo apagado. El gobierno lo comprendia asi, lo mismo que los partidos, lo mismo que el último ciudadano.

De aquí nacia una idea de angustia, que se mezclaba con la sombra impenetrable de aquel barrio en que todo iba á decidirse: de aquí un esceso de ansiedad alrededor de aquel silencio, de donde iba á salir la catástrofe.

No se oia mas que un solo ruido; ruido doloroso como un gemido, amenazador como una maldicion, el toque á rebato de San Merry. Nada mas glacial que el clamor de aquella campana perdida y desesperada, lamentándose en las tinieblas.

Como sucede muchas veces, la naturaleza parecia haberse puesto de acuerdo con lo que los hombres iban á hacer: nada se oponia á las armonías de aquel conjunto. Las estrellas habian desaparecido: pesadas nubes cubrian el horizonte con sus melancólicos pliegues. Habia un cielo negro sobre aquellas calles muertas, como si se desplegase una inmensa mortaja sobre aquella inmensa tumba.

Mientras que se preparaba una batalla política en aquel sitio que habia visto ya tantos sucesos revolucionarios; mientras que la juventud, las sociedades secretas, las escuelas en nombre de las teorías, y la clase media en nombre de los intereses se aproximaban para chocar, para luchar y derribarse; mientras que cada uno se apresuraba y llamaba la hora última y decisiva de la crisis á lo lejos, fuéra de este barrio fatal, en lo mas profundo de las cavidades insondables de ese viejo París miserable que desaparece bajo el esplendor del París feliz y opulento, se oia sonar lúgubremente la sombría voz del pueblo.

Voz terrible y sagrada, que se compone del rugido de la fiera y de la palabra de Dios, que aterroriza á los débiles, y avisa á los sabios, que viene siempre de abajo como el rugido del leon, y de arriba como el estruendo del trueno.

Digitized by Google

III.

LA ORILLA ESTREMA.

Mario habia llegado al Mercado.

Allí todo estaba mas tranquilo, mas oscuro y mas inmóvil que en las calles cercanas. Parecia que la paz glacial del sepulcro habia salido de la tierra y se habia estendido por el cielo.

Sin embargo, por cima de las casas que cerraban la calle de la Chanvrerie, por el lado de San Eustaquio, se descubria una claridad rojiza. Era el reflejo de la antorcha que ardia en la barricada de Corinto. Mario se dirigió hácia esa claridad; siguiéndola llegó al Mercado de Legumbres; descubrió la tenebrosa embocadura de la calle de Predicadores, y entró en ella. La centinela de los insurgentes, que vigilaba al otro lado de la calle, no le vió. Conocia que estaba ya cerca de lo que iba buscando, y andaba de puntillas. Asi llegó al recodo del trozo de la calle Mondetour, que era la única comunicacion conservada por Enjolras con lo esterior. En la esquina de la última casa, á la izquierda, adelantó la cabeza, y miró en este trozo de calle.

Un poco mas allá de la esquina que forma el callejon y la calle de la Chanvrerie, que producia la larga sombra en que estaba metido, descubrió algun resplandor en los adoquines, que era la entrada de la

Digitized by Google

taberna, una lamparilla agonizando en una especie de muralla informe, y hombres acurrucados con fusiles entre las rodillas. Todo estaba á diez toesas de él. Era lo interior de la barricada.

Las casas que flanqueaban la callejuela por la derecha le ocultaban el resto de la taberna, la gran barricada y la bandera.

Mario no tenia que dar mas que un paso.

Entonces el desgraciado jóven se sentó en un guarda-canton, cruzó los brazos, y pensó en su padre.

Pensó en aquel heróico coronel Pontmercy, que habia sido tan valiente soldado, que habia defendido en tiempo de la Repúbliea las fronteras de Francia, y llegado con el emperador á las fronteras de Asia; que habia visto á Génova, Alejandría, Milan, Turin, Madrid, Viena, Dresde, Berlin y Moscow; que habia dejado en todos aquellos campos de gloria de Europa, gotas de la misma sangre que Mario tenia en sus venas; que habia envejecido antes de tiempo en la disciplina y el mando; que habia vivido con el cinturon abrochado, con las charreteras que le caian sobre el pecho, con la escarapela ennegrecida por la pólvora, con la frente arrugada por el casco, en las barracas, en el campamento, en el vivac, en los hospitales de campaña, y que al cabo de veinte años habia vuelto de las grandes guerras con una cicatriz en la mejilla, con el semblante risueño, sencillo, tranquilo, admirable, puro como un niño, habiendo hecho todo lo posible en favor de Francia, y nada contra ella.

Se dijo que ya le habia llegado su dia, que habia sonado su hora, y que despues de su padre, él tambien iba á ser valiente, intrépido, atrevido, iba á correr el peligro de las balas, á ofrecer su pecho á las bayonetas, á derramar su sangre, á buscar al enemigo, á buscar la muerte, que iba á hacer la guerra á su vez, á bajar al campo de batalla, y que este campo de batalla á que descendia era la calle, y que la guerra que iba á hacer, era la guerra civil.

Vió la guerra delante de sí como un precipicio en que iba á caer. Entonces se estremeció.

Se acordó de aquella espada de su padre, vendida por su abuelo á un prendero, y que él habia echado de menos con tanto sentimiento. Se dijo que habia hecho muy bien aquella valiente y casta espada en haber huido de sus manos, y haberse perdido irritada en las tinieblas;

Digitized by Google

que si habia huido de esta manera, era porque tenia inteligencia, y preveia el porvenir; porque presentia el motin, la guerra de las calles, las descargas por los respiraderos de las cuevas, los golpes dados y recibidos por la espalda: porque viniendo de Marengo y de Friendland, no queria ir á la calle de la Chanvrerie; porque despues de haber hecho lo que habia hecho con su padre, no queria servir para aquello al hijo. Se dijo que si aquella espada estuviese allí, que si habiéndola recibido de la cabecera de su padre muerto, se hubiera atrevido á empuñarla y á llevarla á este combate nocturno, entre franceses, en una encrucijada, de seguro le quemaria las manos, y resplandeceria á su vista como la espada del ángel. Se dijo que era una felicidad no llevarla consigo, y que hubiera desaparecido, porque asi era justo; que su abuelo habia sido el verdadero guardian de la gloria de su padre, y que era mejor que la espada del coronel hubiera sido subastada en almoneda, vendida á un prendero, tirada entre hierro viejo, que emplearla en herir á la patria.

Despues se echó á llorar amargamente.

Esto era horrible. Pero ¿qué hacer? Vivir sin Cosette era imposible; y puesto que se habia marchado, era preciso morir. ¿No le habia dado su palabra de honor de que moriria? Ella habia partido sabiéndolo asi; luego la agradaba que Mario muriera. Además, era evidente que ella no le amaba, pues que se habia ido asi, sin avisarle, sin decirle una palabra, sin escribirle una letra, sabiendo sus señas. ¿Para qué, pues, vivir ya? Además, ¡haber ido hasta allí y retroceder! ¡Haberse aproximado al peligro y huir! ¡Haber ido á ver la barricada y alejarse de ella! Alejarse temblando y diciendo:—¡He hecho bastante, he visto, y esto me basta; esto es la guerra civil, me voy! ¡Abandonar á sus amigos que le esperaban, que quizá le necesitaban, que eran un puñado contra un ejército! ¡Faltar á todo á la vez, al amor, á la amistad, á su palabra! ¡Dar á su cobardía el pretesto del patriotismo! Pero esto era imposible; y si el fantasma de su padre estuviese allí en la sombra y le viese retroceder, le azotaria con la espada de plano, y le gritaria: ¡Anda, cobarde!

Dominado por el vaiven de estos pensamientos, bajó la cabeza.

De pronto la levantó; acababa de verificarse en su espíritu una especie de rectificacion espléndida. Hay una dilatacion del pensamiento propia de la aproximacion de la tumba: al acercarse á la muerte, se ve la ver-

Digitized by Google

dad. La vision de la accion, en la cual se veia quizá próximo á entrar, se le presentaba, no ya horrible, sino soberbia. La guerra de las calles se cambió súbitamente por una desconocida modificacion animica interior, ante la vista de su inteligencia. Todos los tumultuosos puntos de interrogacion del delirio se le aparecieron en conjunto, pero sin turbarle; y no dejó de responder á ninguno.

Veamos: ¿Por qué se indignaria su padre? ¿Acaso no hay circunstancias en que la insurreccion se eleva hasta la dignidad del deber? ¿Por qué, pues, habia de empequeñecerse el hijo del coronel Pontmercy en el combate que iba á empeñarse? Esto no es ya Montmirail, ni Champaubert; es otra cosa. No se trata de un territorio sagrado, sino de una idea santa. La patria se queja, bien; pero la humanidad aplaude. ¿Pero es verdad que la patria se queja! La Francia vierte sangre, pero la humanidad sonrie, y ante la sonrisa de la libertad, Francia olvida su herida. Además, viendo las cosas desde punto mas elevado, ¿quién hablaria de guerra civil?

¡La guerra civil! ¿Qué quiere decir esto? ¿Acaso hay guerras estranjeras? ¿Acaso toda guerra entre hombres no es una guerra fratricida? La guerra no se califica por su objeto. No hay ni guerra estranjera, ni guerra civil, no hay mas que guerra justa ó guerra injusta. Hasta el dia en que se concluya el gran concordato humano, la guerra á lo menos la que representa el esfuerzo del porvenir que se apresura, contra el pasado que se retarda, puede ser necesaria. ¿Qué hay, pues, que censurar en esa guerra?

La guerra no es una vergüenza; la espada no se convierte en puñal sino cuando asesina el derecho, el progreso, la razon, la civilizacion, la verdad. Entonces guerra civil ó guerra estranjera, es inícua; se llama crímen. Fuera de esta cosa santa, la justicia, ¿con qué derecho una forma cualquiera de la guerra condenará otra? ¿Con qué derecho la espada de Washington renegará de la pica de Camilo Desmoulins? Leonidas contra el estranjero, Timoleon contra el tirano, ¿cuál de estos dos es mas grande? El uno es defensor, el otro libertador. ¿Será malo sin pensar en el fin todo armamento en lo interior de la ciudad? Entonces infamad á Bruto, á Marcelo, á Arnoldo de Blankenheim, á Coligny. ¡Guerra de los campos! ¡Guerra de las calles? ¿Por qué no? Esta era la guerra de Ambiorix, de Arteveldo, de Marnix, de Agneesens. Pero Ambiorix luchaba

Digitized by Google

contra Roma, Arteveldo contra Francia, Marnix contra España, Agneesens contra el Austria; todos contra el estranjero. Pues bien: la opresion es el estranjero; el derecho divino es el estranjero. El despotismo viola la frontera moral, como la invasion viola la frontera geográfica. Espulsar al tirano ó espulsar al inglés, es en ambos casos recuperar el propio territorio. Llega una hora en que no basta protestar; despues de la filosofía, viene la accion: la viva fuerza concluye lo que la idea bosqueja; Prometeo encadenado empieza, y concluye Aristogiston; la enciclopedia ilumina las almas; el 10 de agosto las electriza. Despues de Esquilo, viene Trasibulo; despues de Diderot, Danton. La multitud tiene cierta tendencia á admitir un amo. Su masa produce la apatía: la multitud se totaliza fácilmente en la obediencia. Y es preciso removerla, empujarla, animar á los hombres con el beneficio de su libertad, deslumbrar sus ojos con la verdad, arrojarles la luz á puñados. Es preciso que se vean un poco deslumbrados para su propia salvacion; porque este deslumbramiento los despierta.

De aquí proviene la necesidad de los motines y de las guerras. Es preciso que aparezcan grandes combatientes, que iluminen á las naciones con su audacia, y sacudan á esta triste humanidad; que cubran de sombra el derecho divino, la gloria de los Césares, la fuerza, el fanatismo, el poder irresponsable y las magestades absolutas, legion estúpidamente ocupada en contemplar en su esplendor crepuscular esos sombríos triunfos de la noche. ¡Abajo el tirano! ¿Pero de quién hablais? ¿Llamais tirano á Luis Felipe? No: ni tampoco á Luis XVI. Ambos son lo que la historia suele llamar buenos reyes; pero los principios no se dividen; la lógica de lo verdadero es rectilínea; la verdad no tiene complacencias; no hay, pues, concesion; toda compasion hácia el hombre debe reprimirse: hay derecho divino en Luis XVI; le hay por su familia en Luis Felipe: ambos representan, en cierta medida, la confiscacion del derecho; y para derribar la usurpacion universal, es preciso combatirlos, es preciso; y Francia, como siempre, empieza á hacerlo. Cuando el jefe cae en Francia, cae en todas partes.

En suma, restablecer la verdad social, volver su trono á la libertad, volver al pueblo á su lugar, volver al hombre la soberanía, volver la púrpura á la cabeza de la Francia, restaurar en su plenitud la razon y la equidad, suprimir todo gérmen de antagonismo, restituyendo cada

Digitized by Google

uno á sí mismo, aniquilar el obstáculo que el realismo presenta á la inmensa concordia universal, poner al género humano al nivel del derecho, ¿qué causa mas justa, y por consiguiente qué guerra mas grande? Estas guerras traen la paz. Una enorme fortaleza de preocupaciones, de privilegios, de supersticiones, de mentiras, de exacciones, de abusos, de violencias, de iniquidades, de tinieblas, se descubre aun de pie sobre el mundo con sus torres de odio. Es preciso derribarla; es preciso derrumbar esa masa monstruosa. Vencer en Austerlitz es cosa grande; pero tomar la Bastilla es una cosa inmensa.

No hay nada que no haya observado en sí mismo lo que vamos á decir: el alma, esa maravilla de unidad y ubicuidad, tiene la rara aptitud de reflexionar casi friamente en los estremos mas violentos; y sucede muchas veces, que la pasion desesperada y la mas profunda desesperacion, aun en la agonía de sus mas fúnebres monólogos, tratan de ciertos asuntos y discuten tésis. La lógica se mezcla con la convulsion, y el hilo del silogismo flota, sin romperse, en la lúgubre tempestad del pensamiento.

En esta situacion de ánimo se encontraba Mario.

Al mismo tiempo que asi pensaba, decaido, pero resuelto, vacilante, sin embargo, y en suma, temblando ante lo que iba á hacer, su mirada vagaba por lo interior de la barricada. Los insurgentes estaban hablando á media voz, sin moverse; se sentia ese casi silencio que distingue la última fase de la espera. Por cima de ellos, en una ventana del tercer piso, Mario distinguia una especie de espectador ó testigo, que le parecia singularmente atento. Era el portero muerto por Le Cabuc. Desde abajo, á la luz de la antorcha metida entre adoquines, se descubria vagamente su cabeza. Nada mas estraño en aquella claridad sombría é incierta que aquella faz lívida é inmóvil, asombrada, con los cabellos erizados, los ojos abiertos y fijos, la boca entreabierta, inclinada hácia la calle en actitud de curiosidad. Parecia que el que estaba muerto contemplaba á los que iban á morir.

Un largo rastro de sangre, que habia salido de aquella cabeza, corria en hilos rojizos desde la ventana hasta la altura del primer piso, en que desaparecia.

FIN DEL LIBRO DECIMOTERCIO.

Digitized by Google

LIBRO DECIMOCUARTO.

LA GRANDEZA DE LA DESESPERACION.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

LA BANDERA ROJA DERRIBADA.

Aun no venia nadie: las diez habian dado en San Merry. Enjolras y Combeferre habian ido á sentarse con la carabina en la mano cerca de la cortadura de la barricada mayor: no hablaban; escuchaban tratando de oir aun el ruido de la marcha mas sorda y mas lejana.

De repente, en medio de aquella calma lúgubre, se oyó una voz clara, jóven, alegre, que parecia venir de la calle de San Dionisio, y que empezó á cantar con el tono de una antigua cancion popular, esta otra que terminaba por un grito semejante al canto del gallo.

Mi nariz destila lágrimas,
Préstame amigo Bugeaud
La de uno de tus gendarmes,
Que sea de lo mejor.
Con ella podré á la calle
Salir luciendo este talle
Que envidia á los mozos da.
Quiquiriqui cacaraca.

Ellos se apretaron la mano.

—Es Gavroche, dijo Enjolras.

—Nos avisa, dijo Combeferre.

Una carrera precipitada turbó el silencio de la calle desierta; Gavroche saltó con mas agilidad que un clown por cima del omnibus, y cayó en medio de la barricada, sofocado y gritando:

Digitized by Google

—¡Mi fusil! ¡Ahí están!

Un estremecimiento eléctrico recorrió toda la barricada; y se oyó el movimiento de las manos buscando los fusiles.

—¿Quieres mi carabina? dijo Enjolras al pilluelo.

—Quiero el fusil grande, respondió Gavroche.

Y cogió el fusil de Javert.

Casi al mismo tiempo que entró Gavroche se habian retirado dos centinelas: el de la esquina de la calle, y el vigía de la pequeña Truanderie; el de la esquina de la calle de Predicadores se habia quedado en su puesto, lo que indicaba que por el lado de los puentes y del Mercado no venia nadie.

La calle de la Chanvrerie, en que apenas se distinguian algunos adoquines al reflejo de la luz que se proyectaba sobre la bandera, ofrecia á los insurgentes el aspecto de un gran pórtico abierto en una humareda.

Cada uno se habia colocado en su puesto de combate.

Cuarenta y tres insurgentes, entre los cuales se contaban Enjolras, Combeferre, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Bahorel y Gavroche, estaban arrodillados en la gran barricada, con las cabezas á flor del parapeto, los cañones de los fusiles y de las carabinas apuntando á los guijarros como á asesinos, atentos, mudos, y dispuestos á hacer fuego. Otros seis, mandados por Feuilly, se habian instalado, apuntando en las dos ventanas de los dos pisos de Corinto.

Pasáronse asi algunos instantes; despues se oyó claramente por el lado de San Leu un ruido de pasos acompasado, numeroso. Este ruido, débil al principio, mas fuerte luego, luego mas sordo y sonoro, se aproximaba lentamente, sin hacer un alto, sin interrupcion, con una continuidad tranquila y terrible. No se oia ninguna otra cosa. Era al mismo tiempo el silencio y el ruido de la estatua del Comendador; pero este paso de piedra tenia algo de enorme y de múltiple, que despertaba la idea de una multitud, al mismo tiempo que la idea de un espectro.

Parecia oirse marchar la terrible estatua-Legion. Los pasos se aproximaron, se aproximaron mas y se detuvieron. Al estremo de la calle se oia como el aliento de muchos hombres. Sin embargo, no se veia nada; solamente se distinguia en el fondo, en aquella espesa oscuridad, una multitud de hilos metálicos, finos como agujas y casi imperceptibles, que se agitaban, semejantes á esos indescriptibles fulgores

Digitized by Google

fosfóricos que se descubren en el momento de dormirse, bajo los párpados cerrados, en las primeras sombras del sueño. Eran las bayonetas y los cañones de los fusiles confusamente iluminados por la reverberacion lejana de la antorcha.

Hubo aun una pausa como si esperasen por ambos lados. De repente desde el fondo de aquella sombra, una voz tanto mas sinistra cuanto que no se veia á nadie, y parecia que hablaba la misma oscuridad, gritó:

—¿Quién vive?

Al mismo tiempo se oyó el golpe de los fusiles que caian sobre las manos.

—Enjolras respondió con acento vibrante y altanero:

—¡Revolucion francesa!

—¡Fuego! dijo la voz.

Un relámpago iluminó todas las fachadas de la calle como si la puerta de un horno se hubiese abierto y cerrado rápidamente.

Una terrible detonacion estalló sobre la barricada. La bandera roja cayó al suelo. La descarga habia sido tan violenta y tan densa, que habia cortado el asta, es decir, la punta de la lanza del omnibus. Las balas que habian rebotado en las fachadas de las casas penetraron en la barricada, é hirieron á muchos hombres.

La impresion de esta primera descarga fue glacial. El ataque era violento y de tal naturaleza, que pareció grave á los mas atrevidos: era evidente que debian luchar con un regimiento por lo menos.

—Compañeros, gritó Courfeyrac, no gastemos pólvora en balde. Esperemos á que entren en la calle para contestarles.

—Antes de todo, dijo Enjolras, izemos de nuevo la bandera.

Precisamente habia caido á sus pies, y la levantó.

Oíase por fuera el ruido de las baquetas en los fusiles; la tropa cargaba las armas.

Enjolras añadió:

—¿Quién tiene corazon aquí? ¿Quién se atreve á clavar la bandera sobre la barricada?

Ninguno respondió. Subir á la barricada en el momento en que la estaban apuntando de nuevo, era morir; y el mas valiente duda al condenarse á muerte. Enjolras mismo temblaba, y repitió:

—¿Nadie se atreve?

Digitized by Google

II.

LA BANDERA ROJA IZADA.

Desde que los insurgentes habian llegado á Corinto y empezado á construir la barricada, nadie se habia acordado del señor Mabeuf, que sin embargo, no habia abandonado el grupo. Habia entrado en el piso bajo de la taberna, sentándose detrás del mostrador. Allí se habia anonadado en sí mismo, por decirlo asi: parecia que no veia, ni pensaba. Courfeyrac y otros se habian acercado á él, advirtiéndole del peligro, aconsejándole que se retirara, sin que pareciera que los hubiera oido. Cuando no le hablaban, se movian sus labios como si contestase á alguno, y asi que se le hablaba, permanecian inmóviles, y se apagaban sus ojos.

Algunas horas antes de que fuese atacada la barricada habia tomado una postura que no habia abandonado, con ambas manos sobre las rodillas y la cabeza inclinada hácia adelante, como si estuviese mirando un abismo. Nada habia podido sacarle de esta actitud; no parecia que su pensamiento estuviese en la barricada.

Cuando cada uno ocupó su puesto de combate, no quedaron en la sala baja mas que Javert atado al poste, un insurgente con el sable desnudo custodiándole, y el señor Mabeuf. En el momento del ataque,

Digitized by Google

Digitized by Google

LA BANDERA ROJA IZADA.

Digitized by Google

de la detonacion, le conmovió una sacudida física, y como si despertase se levantó bruscamente, atravesó la sala, y apareció en la puerta de la taberna en el momento en que Enjolras repetia por segunda vez su pregunta:

—¿No se atreve nadie?

La presencia del anciano causó una especie de conmocion en todos los grupos; y se oyeron estos gritos:

—¡Es el votante! ¡el convencional! el ¡representante del pueblo!

Es muy probable que él no lo oyera.

Dirigióse hácia Enjolras: los insurgentes se apartaban á su paso con religioso temor; cogió la bandera á Enjolras que retrocedió petrificado, y sin que nadie se atreviese á detenerle ni á auxiliarle, aquel anciano de ochenta años, con la cabeza temblorosa, y el pie firme, empezó á subir lentamente la escalera de adoquines hecha en la barricada. Era aquello tan sombrío y tan grande, que todos gritaron á su alrededor: ¡Abajo los sombreros!

A cada escalon que subia, sus cabellos blancos, su faz decrépita, su gran frente calva á arrugada, sus ojos hundidos, su boca asombrada y abierta, con la bandera roja en su envejecido brazo, saliendo de la sombra, engrandeciéndose en la claridad sangrienta de la antorcha; parecia el espectro de 1793 saliendo de la tierra con la bandera del terror en la mano.

Cuando estuvo en lo alto del último escalon, cuando aquel fantasma tembloroso y terrible, de pie sobre aquel monton de escombros, en presencia de mil doscientos fusiles invisibles, se levantó enfrente de la muerte, y como si fuese mas fuerte que ella, toda la barricada tomó en las tinieblas un aspecto sobrenatural y colosal.

Hubo ese silencio que solo producen en su derredor los prodigios.

En medio de este silencio, el anciano agitó la bandera roja, y gritó:

—¡Viva la revolucion! ¡viva la republica! ¡Fraternidad! ¡igualdad! ¡y la muerte!

Oyóse desde la barricada un cuchicheo bajo y rápido semejante al de un sacerdote que despacha apresurado una oracion. Era probablemente el comisario de policía que hacia las intimaciones legales desde el otro estremo de la calle.

Despues, la misma voz vibrante que habia dicho ¿quién vive? gritó:

—¡Retiraos!

Digitized by Google

El señor Mabeuf, pálido, con los ojos estraviados, las pupilas iluminadas con lúgubres fulgores, levantó la bandera por cima de su frente, y repitió:

—¡Viva la república!

—¡Fuego! dijo la voz.

Una segunda descarga semejante á una metralla cayó sobre la barricada.

El anciano se dobló sobre sus rodillas, despues se levantó, dejó escapar la bandera de sus manos, y cayó hácia atrás sobre el suelo inerte, á todo lo largo, y con los brazos en cruz.

Arroyos de sangre corrieron por debajo de su cuerpo. Su arrugado rostro, pálido y triste, parecia mirar al cielo.

Una de estas emociones superiores al hombre, que le hacen olvidarse aun de su propia defensa, sobrecogió á los insurgentes, y se aproximaron al cadáver con respetuoso espanto.

—¡Qué hombres son estos regicidas! dijo Enjolras.

Courfeyrac se inclinó al oido de Enjolras.

—No lo digo por tí, y no quiero disminuir tu entusiasmo; pero este no fue nunca regicida. Le conocia; se llamaba el señor Mabeuf, y no se qué tendria hoy, pero era un soberbio tonto; mira su cabeza.

—Cabeza de tonto y corazon de Bruto, respondió Enjolras.

Despues elevó la voz, y dijo:

—Ciudadanos: este es el ejemplo que los viejos dan á los jóvenes. Estábamos dudando, y se ha presentado; retrocedíamos, y él ha avanzado. ¡Ved ahí lo que los que tiemblan de viejos enseñan á los que tiemblan de miedo! Este anciano es augusto á los ojos de la patria: ha tenido una larga vida, y una magnífica muerte. Retiremos ahora el cadáver, y que cada uno de nosotros defienda á este anciano muerto, como defenderia á su padre vivo; que su presencia haga inaccesible nuestra barricada!

Un murmullo de enérgica adhesion siguió á estas palabras.

Enjolras se encorvó, levantó la cabeza del anciano, y le besó con solemnidad en la frente; despues separándole los brazos, y manejándole con tierna precaucion, como si temiese hacerle daño, le quitó la levita, enseño sus sangrientos agujeros, y dijo:

—¡Esta será ahora nuestra bandera!

Digitized by Google

III.

DONDE VERÁ EL LECTOR QUE GAVROCHE HABRIA HECHO MEJOR EN TOMAR LA CARABINA DE ENJOLRAS.

Cubrióse al señor Mabeuf con un viejo pañuelo negro de la viuda Hucheloup: seis hombres hicieron con sus fusiles una camilla de campaña, pusieron en ella el cadáver, y le llevaron con la cabeza desnuda, con solemne lentitud, á la mesa grande de la sala baja.

Aquellos hombres, comprometidos en la sagrada y grave revolucion que estaban realizando, no pensaban en su peligrosa situacion.

Cuando el cadáver pasó cerca de Javert, que continuaba impasible, Enjolras dijo al espía:

—¡Y tú en seguida!

Entre tanto, el pequeño Gavroche, único que no habia abandonado su puesto, quedándose en observacion creia ver algunos hombres que se aproximaban como lobos á la barricada. De repente gritó:

—¡Desconfiad!

Courfeyrac, Enjolras, Juan Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel y Bossuet, todos salieron en tumulto de la taberna. Apenas era ya tiempo.

Descubríase un gran espesor de bayonetas ondulando por cima de

Digitized by Google

la barricada. Los granaderos de la guardia municipal penetraban en ella, unos saltando el omnibus, otros por la cortadura, empujando al pilluelo que retrocedia sin huir.

El instante era crítico. Era aquel primer terrible minuto de la inundacion, cuando el rio se levanta al nivel de sus barreras, y el agua empieza á infiltrarse por las hendiduras de los diques. Un segundo mas, y la barricada estaba perdida.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia, y le mató de un tiro á quema-ropa con su carabina; el segundo mató á Bahorel de un bayonetazo. Otro habia derribado á Courfeyrac que gritaba: ¡A mí! El mas alto de todos, una especie de coloso, se dirigia contra Gavroche con la bayoneta calada. El pilluelo cogió en sus pequeños brazos el enorme fusil de Javert, apuntó resueltamente al gigante, y dejó caer el gatillo; pero el tiro no salió. El guardia municipal dió una carcajada, y levantó la bayoneta sobre el niño.

Pero antes que hubiera podido tocarle, el fusil se escapó de manos del soldado, y cayó de espaldas herido de un balazo en medio de la frente. Una segunda bala daba en medio del pecho al otro guardia que habia derribado á Courfeyrac.

Era Mario que acababa de entrar en la barricada.

Digitized by Google

IV.

EL BARRIL DE PÓLVORA.

Mario, oculto en el recodo de la calle Mondetour, habia asistido á la primera fase del combate, irresoluto y tembloroso. Sin embargo, no habia podido resistir mucho tiempo ese vértigo misterioso y soberano, que se podria llamar la atraccion del abismo. Ante la inminencia del peligro, ante la muerte del señor Mabeuf, fúnebre enigma, ante Bahorel muerto, ante Courfeyrac gritando: ¡A mí! ante aquel niño amenazado, ante sus amigos á quienes debia socorrer ó vengar, se desvaneció toda vacilacion, y se mezcló en la pelea con sus dos pistolas en la mano. Del primer tiro salvó á Gavroche, y del segundo á Courfeyrac.

A los tiros y á los gritos de los guardias heridos, la columna habia subido el parapeto, en cuya cumbre se veian sobresalir á medio cuerpo y en tumulto guardias municipales, soldados de línea y guardias nacionales de las cercanías con el fusil en la mano. Cubrian ya mas de los dos tercios de la barricada, pero no saltaban dentro, como si dudasen, temiendo algun lazo. Miraban á la barricada oscura como á una cueva de leones: la luz de la antorcha no iluminaba mas que las bayonetas, las gorras de pelo, y lo alto de los rostros inquietos é irritados.

Mario no tenia ya armas, habia tirado sus pistolas descargadas;

Digitized by Google

pero habia visto el barril de pólvora en la sala baja cerca de la puerta.

Al volverse un poco mirando hácia este lado, le apuntó un soldado; pero en aquel momento una mano agarró el cañon del fusil, tapándole la boca; era uno que se habia lanzado al fusil; el obrero del pantalon de pana. Salió el tiro, le atravesó la mano, y tal vez el cuerpo, porque cayó al suelo, sin que la bala tocase á Mario.

Todo esto sucedió en medio del humo, y fue mas bien vislumbrado que visto. Mario, que entraba en la sala baja, apenas lo notó. Sin embargo, habia visto confusamente aquel fusil que le apuntaba, y aquella mano que le habia tapado; habia oido tambien el tiro; pero en tales momentos, todas las cosas que se ven son vacilantes y precipitadas, y nada nos detiene; todo es sombra, y aun se siente uno impulsado hácia otra sombra mayor.

Los insurgentes, sorprendidos, pero no asustados, se habian reorganizado. Enjolras habia gritado: ¡Esperad! ¡no tireis al acaso! porque en la primera confusion podian herirse unos á otros. La mayor parte habian subido á la ventana del primer piso, y á las buhardillas, desde donde dominaban á la tropa. Los mas arriesgados, con Enjolras, Courfeyrac, Juan Prouvaire y Combeferre, se habian recostado fieramente en las casas del fondo, á descubierto, y hacian frente á las filas de soldados y de guardias que coronaban la barricada.

Todo esto se hizo sin precipitacion, con esa gravedad estraña y amenazadora que precede al combate. Por ambas partes se apuntaban á quema-ropa: estaban tan cerca, que podian hablarse sin elevar la voz. Cuando llegó ese momento en que va á saltar la chispa, un oficial con gola y grandes charreteras, estendió la espada, y dijo:

—¡Rendid las armas!

—¡Fuego! gritó Enjolras.

Las dos detonaciones partieron al mismo tiempo, y todo desapareció en una nube de humo.

Humo acre y sofocante en que se arrastraban dando gemidos débiles y sordos, heridos y moribundos.

Cuando se disipó el humo, se vió por ambos lados á los combatientes, en el mismo sitio, cargando sus armas en silencio.

De repente se oyó una voz tonante que gritaba:

Digitized by Google

—¡Retiraos, ó hago volar la barricada!

Todos se volvieron hácia el sitio de donde salia esta voz.

Mario habia entrado en la sala baja, y habia cogido el barril de pólvora: despues se habia aprovechado del humo y de la especie de oscura niebla que llenaba el espacio cerrado, para deslizarse á lo largo de la barricada hasta el hueco de adoquines en que estaba la luz. Coger ésta, poner en su lugar el barril de pólvora, colocar la pila de adoquines sobre el barril, cuya tapa se habia abierto al momento con una especie de obediencia terrible, todo esto habia sido para Mario bajarse y levantarse.

En aquel momento, todos, guardias nacionales, municipales, oficiales y soldados, apelotonados en el otro estremo de la calle, le miraban con estupor, con el pie sobre los adoquines, la antorcha en la mano, su altivo rostro iluminado por una resolucion fatal, inclinando la llama de la antorcha hácia aquel monton terrible en que se distinguia el barril de pólvora roto, y dando este grito aterrador:

—¡Retiraos, ó hago volar la barricada!

Mario en aquella barricada, despues del octogenario, era la vision de la juventud revolucionaria despues de la aparicion de la vejez revolucionaria.

—¡Saltar la barricada! dijo un sargento: ¡tú saltarás tambien!

Mario respondió:

—Y yo tambien.

Y acercó la luz al barril de pólvora.

Pero ya no habia nadie en el parapeto.

Los agresores, dejando sus heridos y sus muertos, se retiraban atropelladamente hácia el estremo de la calle, perdiéndose de nuevo en la oscuridad. Habíase dado el «sálvese quien pueda.»

La barricada estaba libre.

Digitized by Google

V.

FIN DE LOS VERSOS DE JUAN PROUVAIRE.

Todos rodearon á Mario. Courfeyrac le abrazó.

—¡Tú aquí!

—¡Qué felicidad! dijo Combeferre.

—¡Has venido á tiempo! dijo Bossuet.

—¡Si no es por tí, hubiera muerto! añadió Courfeyrac.

—¡Sin vos, me hubieran comido! dijo Gavroche.

Mario preguntó:

—¿Quién es el jefe?

—Tú, contestó Enjolras.

Mario habia tenido todo el dia un volcan en la cabeza; ahora tenia un torbellino, que le producia el mismo efecto que si estuviese fuera de él y le arrastrase: parecia que estaba ya á una distancia inmensa de la vida. Los dos meses luminosos de amor y de alegría porque habia pasado, terminaban en este horrible precipicio. Cosette perdida para él, la barricada, el señor Mabeuf dando su vida por la república, él convertido en jefe de los insurgentes; todas estas cosas le parecian una monstruosa pesadilla. Tenia que hacer un esfuerzo de voluntad para convencerse de la realidad de lo que le rodeaba. Mario habia vivido aun

Digitized by Google

muy poco para saber que nada es mas inminente que lo posible, y que lo que hay que prever siempre es lo imprevisto. Asistia á su propio drama como á una escena que no se comprende.

En aquella bruma en que estaba sumergido su pensamiento, no conoció á Javert, que atado al poste no habia hecho ni un movimiento de cabeza durante el ataque de la barricada, y que miraba agitarse la rebelion en su derredor con la resignacion de un mártir y la majestad de un juez. Mario ni aun le vió.

Mientras tanto los agresores no se movian; se les oia andar y hormiguear al fin de la calle, pero no se aventuraban, ya por que estuviesen esperando órdenes, ya porque quisiesen recibir refuerzos antes de atacar aquel inaccesible reducto.

Los insurgentes habian puesto centinelas, y algunos que eran estudiantes de medicina, curaban los heridos.

Se habian sacado todas las mesas fuera de la taberna, escepto dos, destinadas á las hilas y á los cartuchos, y otra en que estaba tendido el señor Mabeuf; se habian agregado á la barricada, y habian sido reemplazadas en la sala baja por los colchones de la cama de la tia Hucheloup y de las criadas: en estos colchones se habia echado á los heridos.

En cuanto á las tres pobres criaturas que vivian en Corinto, no se sabia qué habian hecho; por último, se las encontró ocultas en la cueva—como abogados,—segun dijo Bossuet, añadiendo:—¡Mujeres al fin!

Una aguda emocion vino á entristecer la alegría del recobrado parapeto.

Pasóse lista, y faltaba uno de los insurgentes; uno de los mas queridos, uno de los mas valientes: Juan Prouvaire. Le buscaron entre los heridos, no estaba; entre los muertos, no estaba; sin duda habia caido prisionero.

Combeferre dijo á Enjolras:

—Nos han cogido nuestro amigo; tenemos á su agente. ¿Quiéres la muerte de ese espía?

—Sí, respondió Enjolras, pero menos que la vida de Juan Prouvaire.

Esto pasaba en la sala baja cerca del poste de Javert.

—Pues bien, dijo Combeferre, voy á atar el pañuelo á mi baston, á presentarme como parlamentario, y á ofrecerles el cange de su hombre por el nuestro.

Digitized by Google

—Escucha, dijo Enjolras, poniendo su mano sobre el brazo de Combeferre.

Oíase al estremo de la calle un crugido de armas significativo.

Despues se oyó una voz vigorosa que gritó:

—¡Viva la Francia! ¡viva el porvenir!

Conocieron la voz de Juan Prouvaire.

Posó un relámpago y sonó una detonacion.

Volvió á suceder el silencio.

—¡Le han muerto! esclamó Combeferre.

Enjolras miró á Javert, y le dijo:

—¡Tus amigos acaban de fusilarte!

Digitized by Google

VI.

LA AGONÍA DE LA MUERTE DESPUES DE LA AGONÍA DE LA VIDA.

Una particularidad de este género de guerra, es que el ataque de las barricadas se verifica casi siempre de frente, y en general los agresores se abstienen de rodear las posiciones, ya porque teman las emboscadas, ya porque teman meterse en calles tortuosas. Toda la atencion de los insurgentes se dirigia, pues, á la gran barricada, que era evidentemente el punto mas amenazado, y donde debia empezar infaliblemente la lucha. Mario, sin embargo, pensó en la barricada pequeña; fué á ella, y la encontró desierta, guardada solo por la temblorosa lamparilla. La calle Mondetour y las encrucijadas de la pequeña Truanderie y del Cisne estaban profundamente tranquilas.

Cuando Mario se retiraba, despues de hacer su visita de inspeccion, oyó que le llamaban débilmente.

—¡Señor Mario!

Se estremeció, porque conoció la voz que le habia llamado dos horas antes por la verja de la calle Plumet.

Solo que esta voz parecia ahora un soplo.

Miró en su derredor, y no vió á nadie.

Mario creyó que se habia engañado; que aquella voz era una ilusion

Digitized by Google

que su ánimo habia mezclado con las realidades estraordinarias que pasaban ante sus ojos, y dió un paso para salir del profundo recodo en que estaba la barricada.

—¡Señor Mario! repitió la voz.

Esta vez no podia dudar; la habia oido claramente; miró y no vió nada.

—Estoy á vuestros pies, dijo la voz.

Entonces se inclinó, y vió en la sombra un bulto que se arrastraba hácia él: era el que hablaba.

La lamparilla le permitió distinguir una blusa, un pantalon roto de pana, unos pies descalzos, y una cosa semejante á un mar de sangre. Mario entrevió un rostro pálido que se elevaba hácia él, y que le díjo:

—¿Me conoceis?

—No.

—Eponina.

Mario se bajó rápidamente. Era, en efecto, aquella desgraciada muchacha: estaba vestida de hombre.

—¿Cómo estais aquí? ¿Qué haceis ahí?

—¡Me muero! dijo ella.

Hay palabras é incidentes que vigorizan al hombre decaido. Mario esclamó sobresaltado:

—¡Estais herida! Esperad; voy á llevaros á la sala. Allí os curarán. ¿Es cosa grave? ¿Cómo he de cogeros para no haceros daño? ¿Padeceis mucho? ¡Socorro, Dios mio! Pero ¿qué habeis venido á hacer aquí?

Y trató de pasar el brazo por debajo de Eponina para levantarla.

Al levantarla encontró su mano.

Ella dió un débil grito.

—¿Os he hecho daño? preguntó Mario.

—Un poco.

—Pero solo os he tocado en la mano.

Eponina acercó la mano á los ojos de Mario, y le enseñó en ella un agujero negro.

—¿Qué teneis en la mano? le preguntó.

—La tengo atravesada.

—¿Atravesada?

Digitized by Google

MUERTE DE EPONINA.

Digitized by Google

Digitized by Google

—Sí.

—¿De qué?

—De una bala.

—¿Cómo?

—¿No habeis visto un fusil que os estaba apuntando?

—Sí, y una mano que le tapó.

—Era la mia.

Mario se estremeció.

—¡Qué locura! ¡Pobre niña! Pero si es eso no es nada; os voy á llevar á una cama, y os curarán; no se muere nadie por tener una mano atravesada.

Ella murmuró:

—La bala ha atravesado la mano, pero ha salido por la espalda: es inútil que me movais de aquí. Yo os diré cómo podeis curarme mejor que un cirujano: sentaos á mi lado en esta piedra.

Mario obedeció; ella puso la cabeza sobre sus rodillas, y le dijo sin mirarle:

—¡Oh, qué placer! ¡Qué bien estoy! ¡Ya no padezco!

Permaneció un momento en silencio; despues volvió el rostro haciendo un esfuerzo, y miró á Mario.

—¿Lo sabeis, señor Mario? Me incomodaba que entráseis en aquel jardin; era un tontuna, porque precisamente yo os habia enseñado la casa, y además, porque debia conocer que un jóven como vos...

Aquí se detuvo; y saltando por las sombrías transiciones que tenia sin duda en su alma, añadió con una triste sonrisa:

—Os parezco fea ¿no es verdad?

Y continuó:

—¡Ya veis! ¡Estais perdido! Ahora nadie saldrá de la barricada. Yo os he traido aquí, y vais á morir; lo tenia calculado. Y sin embargo, cuando ví que os apuntaban puse mi mano en la boca del fusil. Lo que he hecho es una maldad, pero queria morir antes que vos. Cuando recibí el balazo, me arrastré hasta aquí; no me han visto, y no me han recogido. Os esperaba; decia: ¿no ha de venir? ¡Oh! Si supiéseis... Mordia la blusa; ¡padecia tanto! Pero ahora estoy bien... ¿Os acordais de aquel dia que entré en vuestro cuarto y me miré al espejo, y del dia que os encontré en el boulevard cerca de las mujeres trabajando? ¡Cómo

Digitized by Google

cantaban los pájaros! No hace mucho tiempo. Me dísteis cien sueldos, y os contesté: No quiero vuestro dinero. ¿Recogísteis la moneda? No sois rico, y no me acordé de deciros que la cogiéseis. Hacia un sol hermoso; no hacia frio. ¿Os acordais, señor Mario? ¡Oh! ¡Qué feliz soy! ¡Todo el mundo va á morir!

Tenia un aspecto insensato, grave, estraviado. Por entre la blusa desabotonada se veia su cuello desnudo. Al mismo tiempo que hablaba, apoyaba la mano herida sobre el pecho donde tenia otro agujero, del cual salia á intervalos una ola de sangre como sale el vino de un tonel abierto.

Mario contemplaba aquella desgraciada criatura con profunda compasion.

—¡Oh! dijo la jóven de repente; ¡me vuelve ya! ¡Me ahogo!

Cogió la blusa y la mordió: sus piernas se estiraban secamente sobre el empedrado.

En aquel momento el grito de gallo de Gavroche resonó en la barricada. El muchacho se habia subido sobre una mesa para cargar el fusil, y cantaba alegremente esta cancion, tan popular en aquella época:

Decian los gendarmes
al ver á Lafayette:
¡Huyamos! ¡huyamos! ¡huyamos!

Eponina se levantó y escuchó; despues dijo en voz baja:

—¡Él es!

Y volviéndose hácia Mario:

—Ahí está mi hermano. No conviene que me vea, porque me regañaria.

—¿Vuestro hermano? preguntó Mario, que estaba pensando entre los dolores mas amargos en la obligacion que su padre le habia dejado respecto de los Thenardier. ¿Quién es vuestro hermano?

—Ese muchacho.

—¿El que canta?

—Sí.

Mario hizo un movimiento.

—¡Oh! ¡No os vayais! le dijo. ¡Ya no durará esto mucho!

Estaba casi sentada; pero su voz era muy débil y cortada por el hipo

Digitized by Google

unas veces, por el estertor otras. Acercaba todo lo que podia su rostro al de Mario. Despues de un momento dijo con estraña espresion:

—Escuchad: no quiero engañaros. Tengo en el bolsillo una carta para vos desde ayer. Me habian encargado que la echara al correo, y la he guardado, porque no queria que la recibiérais. ¡Pero tal vez me odiaríais cuando nos veamos dentro de poco! Porque los muertos se vuelven á ver, ¿no es verdad? Tomad la carta.

Cogió convulsivamente la mano de Mario con su mano herida, aunque parecia no sentir dolor, y la puso en el bolsillo de la blusa. Mario tocó en efecto un papel.

—Cogedle, dijo ella.

Mario cogió la carta.

Entonces Eponina hizo un movimiento de satisfaccion y de alegría.

—Ahora, prometedme por mis dolores...

Y se detuvo.

—¿El qué? preguntó Mario.

—¡Prometédmelo!

—Os lo prometo.

—Prometedme darme un beso en la frente cuando muera.—Le sentiré.

Su cabeza cayó entre las rodilllas de Mario; y cerráronse sus párpados. Él creyó que habia partido ya su alma. Eponina quedó inmóvil; pero de repente, en el momento en que Mario la creia dormida para siempre, abrió lentamente los ojos, apareciendo en ellos la sombría profundidad de la muerte, y le dijo con un acento, cuya dulzura parecia venir del otro mundo:

—Mirad, señor Mario, creo que estaba un poco enamorada de vos.

Trató de sonreirse, y espiró.

Digitized by Google

VII.

DONDE SE VE QUE GAVROCHE ERA UN PROFUNDO CALCULADOR DE DISTANCIAS.

Mario cumplió su promesa, y dió un beso en aquella frente lívida, de la cual corria un sudor glacial. Aquel beso no era una infidelidad á Cosette, era un adios pensativo y dulce á una alma desgraciada.

Mario no habia podido coger sin estremecerse la carta que Eponina le habia dado: habia comprendido desde luego que encerraba algo grave, y estaba impaciente por leerla. Asi es el corazon del hombre; apenas hubo cerrado los ojos la desgraciada niña, Mario solo pensó en desdoblar aquel papel. Separó suavemente á Eponina dejándola en el suelo y se fué. Una cosa interior le decia que no podia leer la carta delante de aquel cadáver.

Se acercó á una vela en la sala baja. La carta era un billetito doblado y cerrado con ese esmero elegante de una jóven. Las señas, de letra de mujer, eran estas:

—«Al señor Mario Pontmercy, en casa del señor Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16.»

Abrió el sobre, y leyó:

—«Querido mio: ¡Ay! mi padre quiere que marchemos en seguida.

Digitized by Google

»Estaremos esta noche en la calle del Hombre-Armado, núm. 7. Den»tro de ocho dias iremos á Lóndres.—Cosette.—4 de junio.»

Tal era la inocencia de estos amores, que Mario no conocia aun la letra de Cosette.

Lo que habia pasado puede decirse en breves palabras. Eponina habia sido causa de todo. Desde la noche del 3 de junio tuvo dos proyectos: hacer fracasar el golpe que intentaban dar su padre y los bandidos en la casa de la calle Plumet, y separar á Mario de Cosette. Habia cambiado de harapos con el primer pilluelo que encontró, el cual tuvo un placer en vestirse de mujer al mismo tiempo que Eponina se vestia de hombre. Ella era quien habia dicho á Juan Valjean en el Campo de Marzo la espresiva frase: *Mudaos*. Juan Valjean habia vuelto á su casa, y habia dicho á Cosette: *Nos vamos esta noche á la calle del Hombre-Armado con Santos, y la semana que viene iremos á Lóndres.*

Cosette, aterrada con este golpe imprevisto, habia escrito apresuradamente dos líneas á Mario. Pero ¿cómo habia de echar la carta al correo? Ella no salia sola, y Santos, estrañando tal encargo, de seguro habria enseñado la carta al señor Fauchelevent. En esta ansiedad, Cosette habia visto al través de la verja á Eponina, vestida de hombre, que andaba rondando sin cesar alrededor del jardin. Cosette llamó á «aquel aprendiz» y le dió cinco francos y la carta, diciéndole: Llevadla en seguida á su destino. Eponina se guardó la carta en el bolsillo.

Al dia siguiente, 5 de junio, fué á casa de Courfeyrac á preguntar por Mario, no para darle la carta, sino «para ver,» paso que comprenderá todo enamorado celoso. Allí esperó á Mario ó á Courfeyrac—solo para ver.—Y cuando este le dijo: vamos á las barricadas, se le ocurrió de repente una idea: buscar aquella muerte como habia buscado otra cualquiera, y precipitar en ella á Mario. Siguió, pues, á Courfeyrac, se informó del sitio en que construian la barricada; y como estaba segura de que Mario acudiria, lo mismo que todas las noches á la cita, porque no habia recibido la carta, fué á la calle Plumet, esperó á Mario, y le dió, en nombre de sus amigos, aquel aviso, para llevarle á la barricada. Contaba con la desesperacion de Mario cuando no encontrase á Cosette; y no se engañaba. Volvió en seguida á la calle de la Chanvrerie, donde ya hemos visto lo que habia hecho. Habia muerto

Digitized by Google

con esa alegría trágica, propia de los corazones celosos que arrastran en su muerte al ser amado, diciendo: ¡Nadie le poseerá!

Mario cubrió de besos la carta de Cosette. ¡Le amaba! Por un momento creyó que ya no debia morir; pero despues se dijo: se marcha: su padre la lleva á Inglaterra, y mi abuelo me niega el permiso para casarme: la fatalidad continúa la misma. Comprendió, pues, que le quedaban dos deberes que cumplir: informar á Cosette de su muerte y enviarle un supremo adios, y salvar de la catástrofe inminente que se preparaba á aquel pobre niño, hermano de Eponina é hijo de Thenardier.

Tenia allí una cartera, la misma en que habia escrito tantos pensamientos de amor para Cosette: arrancó una hoja, y escribió con lápiz estas líneas:

«Nuestro casamiento es imposible. He hablado á mi abuelo y se »opone: no tengo nada ni tú tampoco. He ido á tu casa y no te he »encontrado: ya sabes la palabra que te dí; la cumplo: moriré. Te »amo: cuando leas estas líneas mi alma estará cerca de tí son»riendo.»

No teniendo con qué cerrar la carta, dobló solo el papel, y puso estas señas:

A la señorita Cosette Fauchelevent, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre-Armado, número 7.

Doblada la carta, permaneció un momento pensativo; volvió á coger su cartera, la abrió, y escribió con el mismo lápiz en la primera página estas tres líneas;

—«Me llamo Mario Pontmercy. Llévese mi cadáver á casa de mi »abuelo el señor Gillenormand, calle de las Hijas del Calvario núme»ro 6, en el Marais.»

Guardó la cartera en el bolsillo de la levita, y llamó á Gavroche: el pilluelo acudió á la voz de Mario con su rostro alegre y decidido:

—¿Quieres hacer una cosa por mí?

—Todo, dijo Gavroche. ¡Dios mio! si no hubiera sido por vos me habrian comido.

—¿Ves esta carta?

—Sí.

—Tómala. Sal de la barricada al momento (Gavroche inquieto em-

Digitized by Google

pezó á rascarse la oreja), y mañana por la mañana la llevarás á su destino, á la señorita Cosette, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre-Armado, número 7.

El heróico niño contestó:

—¡Ah, bien! pero en este tiempo podrán tomar la barricada, y yo no estaré aquí.

—No atacarán la barricada hasta el amanecer, segun espero, y no será tomada hasta el mediodia.

El nuevo plazo que los agresores concedian á la barricada se prolongaba en efecto: era una de esas intermitencias frecuentes en los combates nocturnos, que son siempre seguidas de un gran encarnizamiento.

—¿Y si yo llevase la carta mañana por la mañana?

—Seria tarde. La barricada será probablemente bloqueada; se cerrarán todas las calles, y no podrás salir. Vé en seguida.

Gavroche no encontró nada que replicar; quedó indeciso y rascándose la oreja tristemente. De repente, con uno de esos movimientos de pájaro que tenia, cogió la carta.

—Está bien, dijo.

Y salió corriendo por la calle Mondetour.

Se le habia ocurrido una idea que le habia decidido, pero que habia callado, temiendo que Mario hiciese alguna objecion. Esta idea era la siguiente:

—Apenas es media noche: la calle del Hombre-Armado no está lejos; voy á llevar la carta en seguida, y volveré á tiempo.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOCUARTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO DECIMOQUINTO.

LA CALLE DEL HOMBRE-ARMADO.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

CARTA CANTA (1).

¿Qué son las convulsiones de una ciudad al lado de los motines del alma? El hombre tiene aun mas profundidad que el pueblo. Juan Valjean en aquel momento sentia en su interior una conmocion violenta. El abismo se habia vuelto á abrir para él, y temblaba como París en el umbral de una revolucion formidable y oscura. Algunas horas habian bastado para que su destino y su conciencia se cubriesen de opacas sombras. Y podia decirse de él como de París: los dos principios se encuentran uno en frente del otro: el ángel de la luz y el ángel de la noche van á luchar cuerpo á cuerpo al borde del abismo. ¿Cuál de ellos precipita al otro? ¿Quién vencerá?

La víspera de aquel dia, Juan Valjean, acompañado de Cosette y de Santos, se habia instalado en la calle del Hombre-Armado: una nueva peripecia le esperaba allí.

Cosette no habia abandonado la calle Plumet sin cierta resistencia. Por primera vez, desde que vivian juntos, la voluntad de Cosette y la de Juan Valjean se habian presentado distintas, y se habian

(1) No encontramos mejor modo de traducir el juego de palabras *Buvard, bavard,* que sirve de epígrafe á este capítulo.

Digitized by Google

contradicho, si no opuesto: habia habido objeciones por un lado, é inflexibilidad por otro. La seca órden *Mudaos* dada por un desconocido á Juan Valjean, le habia alarmado, hasta el punto de hacerle absoluto: se creia ya descubierto y perseguido. Cosette habia tenido que ceder.

Ambos habian llegado á la calle del Hombre-Armado sin despegar los labios, sin hablar una palabra, absortos cada uno en su meditacion personal. Juan Valjean, tan inquieto, que no veia la tristeza de Cosette. Cosette, tan triste, que no veia la inquietud de Juan Valjean.

Juan Valjean habia mandado seguirle á Santos, lo que no habia hecho nunca en sus ausencias anteriores; preveia tal vez que no habia de volver á la calle Plumet, y no podia, ni dejar á Santos detrás de sí, ni decirle su secreto, aunque la creia fiel y segura; pero desde la criada á la señora, la traicion empieza por la curiosidad. Mas Santos, como si estuviese predestinada á servir á Juan Valjean, no era curiosa. Se decia en medio de su tartamudeo, en su lenguaje de la provincia de Barueville: Yo soy así: yo hago mis cosas, y lo demás no me importa.

En aquella mudanza de la calle Plumet, que habia sido casi una huida, Juan Valjean no habia llevado mas que la maletita embalsamada, bautizada por Cosette con el nombre de *inseparable*. Otros bultos habrian exigido mozos, y los mozos son testigos: habia mandado ir un coche á la puerta de la calle de Babilonia, y en él se habian trasladado.

Solamente Santos consiguió empaquetar, con algun obstáculo, alguna ropa blanca, vestidos, y algunos objetos de tocador. Cosette no habia llevado mas que su papelera y su cartapacio.

Juan Valjean, para aprovecharse todo lo posible de la soledad, y ocultar su desaparicion, no habia querido dejar el pabellon de la calle Plumet hasta que cayese la noche, lo que habia dado tiempo á Cosette para escribir la carta á Mario. Cuando llegaron á la calle del Hombre-Armado era ya muy de noche.

Se habian acostado silenciosamente.

La nueva habitacion estaba situada en un patio interior; era un segundo piso, compuesto de dos alcobas, un comedor y una cocina al lado del comedor, y con un camaranchon, en que habia una cama de tijera, que se destinó para Santos. El comedor era al mismo tiempo

Digitized by Google

recibimiento, y separadas las dos alcobas: el cuarto tenia todos los muebles necesarios.

La confianza se apodera de nosotros con la misma facilidad que la inquietud: asi es la naturaleza humana. Apenas llegó Juan Valjean á la calle del Hombre-Armado, se disminuyó su ansiedad, y se fue disipando por grados. Hay sitios tranquilos que obran como mecánicamente sobre el alma. La calle era oscura, los vecinos pacíficos; y Juan Valjean sintió una especie de contagio de tranquilidad en aquella callejuela del antiguo París, tan estrecha, que estaba cerrada á los coches por una viga trasversal, sostenida por dos estacas; sorda y muda en medio del rumor de la ciudad, con luz crepuscular en medio del dia, é incapaz de emociones, por decirlo asi, entre sus dos filas de altas casas seculares, que se callan como viejos. Hay en aquella calle un olvido silencioso. Juan Valjean respiró, pues. ¿Cómo habian de encontrarle allí?

Su primer cuidado fue poner el *inseparable* á su lado.

Durmió bien. Dícese que la noche aconseja, y puede añadirse que tranquiliza. A la mañana siguiente se despertó casi alegre. Encontró muy bonito el comedor, que era feo, y estaba amueblado con una vieja mesa redonda, un aparador bajo con un espejo inclinado encima, un sofá apolillado, y algunas sillas en que estaban los paquetes que habia hecho Santos. En uno de ellos se descubria por la abertura el uniforme de guardia nacional de Juan Valjean.

En cuanto á Cosette, habia mandado á Santos que la llevara un caldo á su cuarto, y no se la vió hasta por la tarde.

Hácia las cinco, Santos, que iba y venia muy ocupada en sus quehaceres, puso en la mesa del comedor una ave fiambre, que Cosette consintió mirar por deferencia hácia su padre.

Hecho esto, Cosette, pretestando una jaqueca persistente, habia dado las buenas noches á Juan Valjean, y se habia encerrado en su alcoba.

Juan Valjean habia comido un alon con apetito, y puesto de codos sobre la mesa, serenándose poco á poco, iba adquiriendo seguridad.

Mientras hacia esta sobria comida, habia oido confusamente dos ó tres veces el tartamudeo de Santos, que le decia:

Digitized by Google

—Señor, hay jarana; están combatiendo en las calles.

Pero absorto en una porcion de combinaciones interiores, no habia hecho caso; ó por mejor decir, no lo habia oido.

Se levantó, y empezó á pasear de la puerta á la ventana, y de la ventana á la puerta, cada vez mas tranquilo.

Con la calma iba volviendo á su imaginacion Cosette, que era su único pensamiento. No porque le inquietase aquella jaqueca, crisis nerviosa de poca importancia, digusto de jóven, nube de un momento, que duraria uno ó dos dias, sino porque pensaba en el porvenir, y como siempre, pensaba con dulzura, y no veia ningun obstáculo en que la vida feliz siguiese su curso.

A ciertas horas todo parece posible; en otras, todo parece fácil. Juan Valjean atravesaba una de estas horas, que suelen venir despues de las horas tristes, como el dia despues de la noche, por esa ley de sucesion y de contraste que está en la esencia misma de la naturaleza, y que los hombres superficiales llaman antítesis.

En aquella pacífica calle en que se habia refugiado, Juan Valjean se desprendia de todo lo que le habia turbado por algun tiempo. Por lo mismo que habia visto muchas tinieblas, empezaba á descubrir un poco la luz. Haber abandonado la calle Plumet sin complicaciones ni incidentes, era un buen paso, de hecho. Tal vez seria conveniente salir por algun tiempo, é ir á Lóndres. Pues iria; porque lo mismo le daba estar en Francia ó en Inglaterra, con tal que tuviese á su lado á Cosette. Cosette era su patria; bastaba á su felicidad: la idea de que él no fuese suficiente para la felicidad de Cosette, que le habia asaltado en otro tiempo, siendo su pesadilla, ni aun se presentaba á su ánimo. Estaba, puede decirse, en el *collapsus* de sus pasados dolores; en pleno optimismo. Estando Cosette á su lado le parecia ser él mismo, efecto de óptica que todo el mundo ha esperimentado. Arreglaba con toda facilidad la partida para Inglaterra con Cosette; veia su felicidad construirse sin saber cómo, en la perspectiva de su pensamiento.

Mientras se paseaba de un lado á otro lentamente, su mirada se fijó en una cosa estraña.

Vió en frente de sí, en un espejo inclinado que estaba sobre el aparador, estas tres líneas, que leyó perfectamente:

—«Querido mio: ¡Ay! mi padre quiere que marchemos en seguida.

Digitized by Google

»Estaremos esta noche en la calle del Hombre-Armado, núm. 7. Dentro »de ocho dias iremos á Lóndres.—Cosette.—4 de junio.»

Juan Valjean se detuvo aturdido.

Cosette, al llegar, habia puesto el cartapacio sobre el aparador, delante del espejo, y en su dolorosa agonía, le habia olvidado, sin notar que le dejaba abierto precisamente por la hoja del papel secante que habia empleado para secar la carta que habia dado al aprendiz que rondaba la calle Plumet. Lo escrito habia quedado marcado en el papel secante.

El espejo reflejaba la escritura.

Resultaba lo que se llama en geometría la imágen simétrica: de tal modo, que la escritura al revés sobre el papel se presentaba al derecho en el espejo: asi Juan Valjean tenia delante la carta escrita la víspera por Cosette á Mario.

Esto era una cosa muy sencilla, pero muy terrible.

Juan Valjean se dirigió al espejo, leyó las tres líneas, pero no lo creyó: le parecia que se le presentaban en la luz del delirio: era una alucinacion, una cosa imposible, que no existia.

Poco á poco fue precisándose su percepcion; miró al cartapacio de Cosette, y adquirió el sentimiento de la realidad. Le cogió y dijo:—Aquí está la causa. Examinó convulsivamente las tres líneas marcadas en el papel secante; pero las letras escritas al revés hacian unos garabatos confusos, y no pudo leerlos. Entonces se dijo:—Esto no significa nada; no hay aquí nada escrito. Y respiró con todo el pecho con indecible alegría. ¿Quién no ha tenido estos momentos de necia esperanza en momentos terribles? El alma no se entrega á la desesperacion sin haber agotado antes todas las ilusiones.

Tenia el cartapacio en la mano y contemplándole, en un estado de feliz estupidez, casi dispuesto á reirse de la alucinacion de que habia sido víctima. De repente su vista cayó sobre el espejo, y se le presentó de nuevo la vision. Las tres líneas se leian con una claridad inexorable. Esta vez no era ya una ilusion óptica; la reincidencia de una vision es una realidad; era una cosa palpable la escritura reflejada inversamente por el espejo. Todo lo comprendió.

Juan Valjean desfalleció; dejó caer el cartapacio, y se recostó en el viejo sofá, al lado del aparador, con la cabeza caida, la vista vidriosa, estraviado. Se dijo entonces que aquello era evidente, que la luz del

Digitized by Google

mundo se habia eclipsado para siempre, que Cosette habia escrito aquello á alguno, y oyó que su alma daba en medio de las tinieblas un sordo rugido. ¡Id á quitar al leon el perro que tiene en su jaula!

¡Cosa estraña! En aquel momento, Mario no habia recibido aun la carta de Cosette, y la traidora casualidad se la habia dado ya á Juan Valjean.

Juan Valjean no habia sido vencido hasta entonces por ninguna de las pruebas pasadas. Se habia visto sometido á ensayos horribles; la desgracia habia sido pródiga con él; la ferocidad de la suerte armada con todas las venganzas y con todos los desprecios sociales, le habia hecho su víctima encarnizándose en él. Pero Juan Valjean no habia retrocedido ni decaido ante nada: habia aceptado por necesidad todos los estremos; habia sacrificado su inviolabilidad de hombre reconquistada, entregado su libertad, arriesgado su cabeza; lo habia perdido, lo habia padecido todo, y habia permanecido desinteresado y estóico, hasta el punto de haberle podido considerar fuera de sí mismo como un mártir. Su conciencia aguerrida en todos los asaltos posibles de la adversidad, parecia inaccesible. Pero ahora cualquiera que hubiera visto su interior habria podido asegurar que decaia.

Consistia en que de todas las torturas que habia sufrido en aquel largo interrogatorio que le hacia el destino, esta era la mas terrible. Nunca habia sentido otro tormento igual. Toda la sensibilidad latente se conmovia en su interior; iba sintiendo como el latido de una fibra desconocida. ¡Ah! la prueba suprema, ó mejor dicho, la prueba única, es la pérdida del ser amado.

El pobre anciano no amaba ciertamente á Cosette mas que como un padre; pero segun hemos dicho ya, en aquella paternidad habia introducido todos los amores la soledad de su vida: amaba á Cosette como hija, como madre, como hermana; y como no habia tenido nunca ni amante, ni esposa; como la naturaleza es un acreedor que no acepta ninugna escusa, este sentimiento, el mas necesario de todos, se habia mezclado con los demás, vagamente, sin conocerlo, puro, con toda la pureza de la ceguedad, espontáneo, celestial, angélico, divino; mas bien como instinto que como sentimiento, y aun mas bien que como instinto, como un atractivo imperceptible é invisible, pero real. El amor, propiamente dicho, estaba en su gran ternura para Cosette, como el filon de oro en la montaña, tenebroso y vírgen.

Digitized by Google

Recuérdese la pintura que hemos hecho de esa situacion del corazon. Entre ambos no era posible ninguna union, ni aun la de las almas; y sin embargo, sus destinos estaban enlazados. Esceptuando á Cosette, es decir, una niña, Juan Valjean no tenia en su larga vida nada que amar. Las pasiones y los amores que se suceden no habian dejado en su vida esos matices sucesivos del verde, ya claros, ya sombríos que se notan en las hojas que han pasado el invierno, y en los hombres que han pasado los cincuenta años.

En suma, toda esa fusion interior, como hemos dicho varias veces; todo ese conjunto, cuya resultante era una gran virtud, concluia por hacer de Juan Valjean un padre para Cosette; padre estrañamente formado del abuelo, del hijo, del hermano y del marido que habia en Juan Valjean; padre en que habia hasta una madre; padre que amaba y adoraba á Cosette, y que tenia aquella hija como su luz, su morada, su familia, su patria, su paraiso.

Asi, cuando vió que todo estaba concluido, que se le escapaba de las manos, que se deslizaba, que se perdia, que era una nube, una corriente de agua; cuando tuvo ante los ojos esta evidencia terrible, otro es el objeto de su corazon, otro es el deseo de su vida; tiene su amor, y yo no soy mas que su padre; yo no existo ya; no pudo dudar, cuando se dijo:—¡Se va fuera de mí! El dolor que esperimentó traspasó los límites de lo posible: ¡Haber hecho todo lo que habia hecho para venir á parar á esto! ¡A no ser nada! Entonces, como acabamos de decir, se estremeció de pies á cabeza, rebelándose: sintió hasta en la raiz de sus cabellos que se despertaba el egoismo, que el yo alzaba su voz en el abismo de su conciencia.

Hay hundimientos interiores. La certidumbre de la desesperacion no penetra en el hombre sin separar y romper algunos principales elementos, que son alguna vez el hombre mismo.

El dolor cuando llega á este punto, da el sálvese quien pueda á todas las fuerzas de la conciencia. Entonces se verifican las crisis fatales, y pocos salen de ellas semejantes á sí mismos, y fuertes en el deber. Cuando se desborda el límite del padecimiento, se desconcierta hasta la virtud mas imperturbable.

Juan Valjean volvió á coger el cartapacio, y se convenció de nuevo, permaneciendo inclinado y como petrificado sobre aquellas tres líneas

Digitized by Google

irrecusables, con la vista fija: formóse en su interior tal nube, que no parecia sino que se derrumbaba toda su alma.

Examinó aquella revelacion, al través del aumento que le prestaba el delirio, con una tranquilidad aparente y terrible; porque la tranquilidad del hombre nunca es mas espantosa que cuando llega á la frialdad de la estatua.

Midió el gran paso que su destino habia dado sin que él lo sospechara; recordó sus temores del verano anterior tan locamente disipados; reconoció el mismo precipicio, con la diferencia de que Juan Valjean no estaba ya á la orilla, sino en el fondo.

Y habia caido sin notarlo. Se habia apagado toda la luz de su vida, mientras él creia estar viendo el sol.

Su instinto no dudó un momento. Reunió algunas circunstancias, algunas fechas, ciertos rubores y palideces de Cosette, y se dijo:—Es él. La adivinacion del hombre desesperado es una especie de arco misterioso que siempre da en el blanco.

Desde su primera suposicion esperaba encontrarse con Mario: no sabia su nombre, pero le conocia y le encontró: descubrió claramente en el fondo de la implacable evocacion del recuerdo, al desconocido rondador del Luxemburgo, á aquel miserable buscador de amores, á aquel vagabundo de novela, á aquel imbécil, á aquel cobarde, porque es una cobardía ir á poner buenos ojos á las jóvenes que tienen á su lado un padre que las ama.

Despues que se hubo convencido de que era el mismo, Juan Valjean, el hombre regenerado, el hombre que habia trabajado tanto por su alma, que habia hecho tantos esfuerzos por convertir toda la vida, toda la miseria, y toda la desgracia en amor, miró dentro de sí mismo, y vió un espectro: el Odio.

Los grandes dolores llevan en sí mismos el decaimiento: desaniman: el hombre en quien penetran, siente retirarse alguna cosa. En la juventud, su visita es lúgubre: mas tarde, es siniestra. Cuando la sangre está caliente; cuando los cabellos son negros; cuando la cabeza está recta sobre el cuerpo como la llama sobre la antorcha; cuando la rueda del destino tiene aun casi todo su espesor; cuando el corazon lleno de amor tiene aun latidos que pueden renacer; cuando se tiene delante tiempo para repararlos; cuando aun existen para él todas las mujeres,

Digitized by Google

todas las sonrisas, todo el porvenir y todo el horizonte; cuando la fuerza de la vida está completa, si la desesperacion es una cosa terrible, ¿qué será en la vejez cuando los años se precipitan cada vez mas pálidos, en esa hora crepuscular, en que se principian á descubrir las estrellas de la tumba?

Mientras que estaba pensando en esto, entró Santos. Juan Valjean se levantó, y la preguntó:

—¿De quién es esto? ¿Lo sabeis?

Santos estupefacta, solo pudo responderle:

—¿Os gusta?

Juan Valjean respondió:

—¿No me habeis dicho que estaban combatiendo?

—¡Ah! Si señor, contestó Santos. Hácia San Merry.

Hay movimientos maquinales que provienen, á pesar nuestro, del pensamiento mas profundo. Sin duda á impulsos de un movimiento de este género, de que apenas tuvo conciencia, Juan Valjean, salió á la calle antes de cinco minutos.

Llevaba la cabeza descubierta: se sentó en el escalon de la puerta de su casa, y se puso á escuchar.

Era ya de noche.

Digitized by Google

II.

EL PILLUELO ENEMIGO DE LAS LUCES.

¿Cuánto tiempo pasó asi? ¿Cuáles fueron las ondulaciones de aquella trágica meditacion? ¿Se reanimó ó permaneció abatido? ¿Habia sido encorvado por el dolor hasta la ruptura? ¿Podia levantarse aun, y hacer pie sobre alguna cosa sólida en su conciencia? Ni él mismo hubiera podido decirlo probablemente.

La calle estaba desierta. Algunos vecinos inquietos que volvian rápidamente á sus casas apenas le vieron. En los momentos de peligro, cada uno mira solo para sí. El farolero vino, como siempre, á encender el farol que estaba colocado precisamente en frente de la puerta núm. 7, y se fué. El que hubiese examinado á Juan Valjean en aquella sombra, no le hubiera creido vivo. Estaba sentado en el escalon de la puerta, inmóvil como una estatua de hielo: en la desesperacion hay cierta congelacion. Oíanse el toque de rebato, y algunos rumores tempestuosos. En medio de estas convulsiones de la campana que se mezclaba con el motin, el reloj de San Pablo dió las once gravemente, sin apresurarse, porque el toque de rebato es el hombre, la hora es Dios. El sonido del reloj no causó efecto alguno á Juan Valjean; no se movió. Pero poco despues oyó una violenta detonacion por el lado de los Mercados; al poco

Digitized by Google

rato la siguió otra mas violenta aun: era probablemente el ataque de la barricada de la calle de la Chanvrerie, que segun hemos visto, fue rechazada por Mario. Al oir estas dos descargas, cuya furia parecia aumentada con el estupor de la noche, Juan Valjean tembló; levantóse mirando hácia el sitio de donde venia el ruido, y despues cayó sobre el escalon, cruzó los brazos, y bajó lentamente la cabeza hasta el pecho.

Entonces continuó su tenebroso diálogo consigo mismo.

De repente levantó los ojos; alguien andaba por la calle; oia los pasos muy cerca; miró á la luz del farol, y por el lado de la calle que va á los archivos, descubrió una figura, lívida, jóven y alegre.

Gavroche acababa de entrar en la calle del Hombre-Armado.

Iba mirando al aire, como buscando algo. Veia perfectamente á Juan Valjean, pero no hacia caso alguno de él.

Gavroche, despues de haber mirado al aire miraba al suelo; iba de puntillas, tocando las puertas y las ventanas del piso bajo: todas estaban cerradas con barra y cerrojo. Despues de haber reconocido cinco ó seis puertas cerradas de este modo, el pilluelo se encogió de hombros, y dijo:—¡Pardiez!

Y volvió á mirar al alto.

Juan Valjean, que un momento antes, en la situacion de alma en que estaba, no hubiese preguntado ni respondido á nadie, se sintió irresistiblemente impulsado á hablar á aquel muchachillo.

—Niño, le dijo, ¿qué tienes?

—Hambre, contestó secamente Gavroche, y añadió: El niño sereis vos.

Juan Valjean metió la mano en el bolsillo, y sacó una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche, que pertenecia á la familia de las neveras, y que pasaba con rapidez de un gesto á otro, acababa de coger una piedra. Habia visto el farol.

—¡Calla! dijo. Todavía teneis aquí faroles; estais muy atrasados, amigos. Esto es un desórden. Rómpeme ese farol.

Y le tiró la piedra, cayendo los vidrios con tal estrépito, que los vecinos, ocultos detrás de las cortinas de la casa de en frente, gritaron:

—¡Ya está ahí el noventa y tres!

El farol osciló violentamente, y se apagó: la calle se quedó del todo á oscuras.

Digitized by Google

—Eso es, vieja calle, dijo Gavroche; ponte el gorro de dormir.

Y volviéndose hácia Juan Valjean:—¿Cómo llamais ese monumento gigantesco que teneis al fin de la calle? Los archivos, ¿no es eso? Me hacian falta algunos pedazos de esas columnas bestiales para hacer una barricada.

Juan Valjean se acercó á Gavroche.

—¡Pobrecillo! dijo á media voz, y hablando consigo mismo; tiene hambre.

Y le puso la moneda de cinco francos en la mano.

Govroche levantó los ojos asombrado de la magnitud de aquella moneda; la miró en la oscuridad y le deslumbró su blancura. Conocia de oidas las monedas de cinco francos, y le gustaba su reputacion: quedó, pues, encantado de ver una, y se dijo:—Contemplemos el tigre, mirándola estasiado por algunos momentos; despues se volvió á Juan Valjean, estendió el brazo dándole la moneda, y le dijo magestuosamente:—Ciudadano: me gusta mas romper los faroles. Tomad vuestra fiera: á mí no me se compra: eso tiene cinco garras, pero á mí no me araña.

—¿Tienes madre? le preguntó Juan Valjean.

Gavroche respondió:—Tal vez mas que vos.

—Pues bien, dijo Juan Valjean, guarda ese dinero para tu madre.

Gavroche se sintió conmovido. Además habia notado que el hombre que le hablaba no tenia sombrero, y esto le inspiraba confianza.

—¿De verdad no es esto para que no rompa los faroles?

—Rompe todo lo que quieras.

—Sois todo un hombre, dijo Gavroche.

Y se guardó el napoleon en el bolsillo.

Aumentándose poco á poco su confianza, preguntó:—¿Vivis en la calle?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Podríais enseñarme el número 7?

—¿Para qué quereis saber el número 7?

El muchacho se detuvo; temió haber dicho demasiado, y se metió los dedos entre los cabellos, limitándose á contestar:—Para saberlo.

Una repentina idea atravesó la mente de Juan Valjean: la angustia tiene momentos de lucidez. Dirigiéndose al pilluelo, le preguntó:—¿Eres tú el que trae una carta que estoy esperando?

—¿Vos? dijo Gavroche. No sois mujer.

—¿La carta es para la señorita Cosette; no es verdad?

—¿Cosette? murmuró Gavroche; sí, creo que es ese endiablado nombre.

Digitized by Google

—Pues bien, añadió Juan Valjean; yo debo recibir la carta para dársela. Dámela.

—¿Entonces debereis saber que vengo de la barricada?

—Sin duda, dijo Juan Valjean.

Gavroche metió la mano en uno de sus bolsillos, y sacó un papel con cuatro dobleces.

Despues hizo un saludo militar.

—Respeto al despacho, dijo, viene del gobierno provisional.

—Dámela, dijo Juan Valjean.

Gavroche tenia el papel en la mano por cima de su cabeza.

—No creais que es un billete amoroso: es para una mujer, pero es para el pueblo. Nosotros peleamos, pero respetamos el sexo.

—Dámela.

—A la verdad, continuó Gavroche, me pareceis un buen hombre.

—Dámela pronto.

—¡Tomad!

Y dió el papel á Juan Valjean.

—Y despachaos, señor Cosa, porque la señora Cosita está esperando.

Gavroche se quedó muy satisfecho despues de haber inventado este juego de palabras.

Juan Valjean añadió:—¿Hay que llevar la respuesta á San Merry?

—Haríais entonces un pan como unas hostias. Esta carta viene de la barricada de la Chanvrerie, y allá me vuelvo. Buenas noches, ciudadano.

Y dicho esto se fué, ó por mejor decir, voló como un pájaro escapado, hácia el sitio de donde habia venido. Se sumergió en la oscuridad como si hiciese en ella un agujero con la rígida rapidez de un proyectil. La callejuela del Hombre-Armado quedó silenciosa y solitaria: en un momento, aquel estraño niño, que participaba de la sombra y del sueño, se metió en la bruma entre aquellas filas de casas negras, perdiéndose como el humo en las tinieblas; y hubiera podido creerse que se habia disipado completamente, si algunos minutos despues, el ruido de un vidrio roto, y el estruendo de un farol cayendo al suelo, no hubiesen despertado otra vez á los indignados vecinos. Era Gavroche que pasaba por la calle de Chaume.

Digitized by Google

III.

DONDE SE VERÁ LO QUE SUCEDIÓ MIENTRAS DORMIAN COSETTE Y SANTOS.

Juan Valjean entró en su casa con la carta de Mario.

Subió la escalera á tientas, satisfecho de las tinieblas, como un buho que lleva ya su presa, abrió y cerró suavemente la puerta, escuchó si se oia algun ruido, se aseguró de que, segun todas las apariencias, Cosette y Santos dormian, consumió tres ó cuatro pajuelas antes de encender luz, ¡tanto le temblaba la mano! porque habia algo de robo en lo que acababa de hacer. Por fin encendió la vela, se recostó en la mesa, desdobló el papel y le leyó.

En las emociones violentas, no se lee, se atropella, por decirlo asi, el papel; se le oprime como á una víctima, se le estruja, se le clavan las uñas de la cólera ó de la alegría; se corre hácia el fin, se salta al principio; la atencion es febril; comprende en conjunto, sobre poco mas ó menos, lo esencial; se apodera de un punto, y todo lo dèmás desaparece. En la carta de Mario á Cosette, Juan Valjean no vió mas que esto: «.....Muero; cuando leas esto, mi alma estará á tu lado.»

Al leer estas dos líneas sintió un deslumbramiento horrible; se quedó un momento como pasmado del cambio de emocion que se verificaba

Digitized by Google

en él; miraba la carta de Mario con una especie de asombro embriagador; tenia ante sus ojos este esplendor, la Muerte del ser aborrecido.

Dió un terrible grito de alegría interior. Todo estaba ya concluido. El desenlace llegaba mas pronto de lo que esperaba. El ser que oponia un obstáculo á su destino desaparecia, y desaparecia por sí mismo, libremente, de buena voluntad, sin que él hubiera hecho nada para conseguirlo; sin que fuese culpa suya «aquel hombre» iba á morir, quizá habia ya muerto.—Aquí empezó á reflexionar su fiebre.—No, se dijo; aun no ha muerto. Esta carta ha sido escrita indudablemente para que Cosette la lea mañana por la mañana; despues de estas dos descargas que he oido entre once y doce no ha habido nada; la barricada no será atacada formalmente hasta el amanecer; pero es igual, desde el momento en que «ese hombre» se ha metido en la guerra está perdido; será arrastrado por las ruedas. Juan Valjean se sintió libre: iba á encontrarse de nuevo solo con Cosette; cesaba la concurrencia, empezaba el porvenir. No tenia que hacer mas que guardar la carta en el bolsillo, y Cosette no sabria nunca lo que habia sido de «aquel hombre.» No hay mas que dejar que las cosas se cumplan. «Ese hombre» no puede escaparse. Si aun no ha muerto, de seguro va á morir. ¡Qué felicidad!

Despues de decirse todo esto, se puso sombrío; bajó y llamó al portero.

Como una hora despues, Juan Valjean salia vestido de guardia nacional y armado. El portero habia encontrado fácilmente en la vecindad con qué completar su trage. Llevaba un fusil cargado, y una cartuchera llena de cartuchos. Se dirigió hácia el Mercado.

Digitized by Google

IV.

EL ESCESO DE CELO DE GAVROCHE.

Mientras tanto habia sucedido una aventura á Gavroche.

Despues de haber apedreado el farol de la calle de Chaume, llegó á la de Vieilles-Haudriettes, y no viendo ni «un alma» creyó que era buena ocasion de entonar una de sus canciones.

Su paso, lejos de retardarse con la cancion, se aceleraba. Empezó, pues, á cantar mientras seguia la fila de casas dormidas ó aterradas, los siguientes versos:

Murmura un pajarillo,
Que ayer Atala,
Se marchó con un ruso
Por la mañana.
Y por la noche
Diz que el ruso á su casa
la llevó en coche.

Tus ojos hechiceros
Tienen un tósigo
Capaz de dar á Orfila
Veinte soponcios.
Aunque es persona
Que en toxicología
No hay quien le tosa.

Al mirar las mantillas
De Inés y Petra,
El alma desalada
Se enredó en ellas.
¡Vaya unos pliegues!
Cuéntalos, alma mia,
Si es que te atreves.

Digitized by Google

Cuando el amor reluce
Entre la sombra,
La cara de Dolores
Pinta de rosas.
Yo ser espero
Del jardin de esas rosas
El jardinero.

Mi corazon volando
Se escapó un dia,
Mientras Juana al espejo
Se componia.
¿Dónde se alberga?
Creo que será Juana
La que le tenga.

Una serena noche
Miré á una estrella,
La comparé contigo,
Y dije: ¡Qué fea!
Porque eres, Ana,
Mas linda que la estrella
De la mañana.

Gavroche, al mismo tiempo que cantaba, prodigaba la pantomima. El gesto es el acento de la cancion. Su rostro, inagotable repertorio de máscaras, hacia gestos mas convulsivos y mas fantásticos que las bocas de un lienzo roto en un gran viento. Desgraciadamente, como estaba solo y era de noche, no era ni visto ni visible. Hay muchas de esas riquezas completamente perdidas.

De repente se detuvo.

—Cortemos la cancion, dijo.

Acababa de distinguir en el hueco de una puerta-cochera lo que se llama en pintura un grupo, es decir, un ser y una cosa; la cosa era un carreton de mano, y el ser un auvernés que dormia dentro.

Los brazos de la carreta estaban apoyados en el suelo, y la cabeza del auvernés en la tabla del carreton. Tenia el cuerpo encogido en aquel plano inclinado, tocando el suelo con los pies.

Gavroche, con la esperiencia que tenia de las cosas de este mundo, conoció que era un borracho.

Era sin duda algun mozo de esquina que habia bebido demasiado, y dormia tambien demasiado.

—Ahí se ve, dijo Gavroche, para qué sirven las noches de verano. El auvernés se duerme en su carreton; pues cojo el carreton para la república, y dejo al auvernés á la monarquía.

Digitized by Google

Habíase iluminado de repente su inteligencia con esta idea:

—Este carreton hará muy bien en nuestra barricada.

El auvernés roncaba.

Gavroche sacó suavemente el carreton por detrás, y al auvernés por delante, es decir, por los pies, y en un minuto, el pobre hombre imperturbable, estaba tendido en el suelo.

El carreton estaba libre.

Gavroche, acostumbrado á hacer frente en todas ocasiones á lo imprevisto, llevaba siempre todo consigo: metió la mano en un bolsillo, y sacó un pedazo de papel y una punta de lápiz rojo, robado á algun carpintero, y escribió:

«*República francesa.*

»Recibí tu carreton.

Y firmó »GAVROCHE.»

Hecho esto, puso el papel en el bolsillo del chaleco de pana del auvernés, que seguia roncando, cogió el carreton, y partió hácia el Mercado, empujando el carreton al galope y en aire de triunfo.

Esto era peligroso, porque en la imprenta real habia un cuerpo de guardia. Gavroche no pensó en ello. Aquella guardia la montaban nacionales de las cercanías, que empezaban á despertar y á levantar la cabeza de las camas de campaña. Los faroles rotos á pedradas, aquella cancion á grito pelado, eran cosas demasiado graves en calles tan miedosas, que desean acostarse al ponerse el sol, y que apagan la luz muy temprano. Hacia una hora que el pilluelo metia en el barrio el mismo ruido que un moscardon en una botella. El jefe de la guardia lo escuchaba, y esperaba; era un hombre prudente.

El estrépito del carreton al rodar, llenó la medida de la espectacion, y determinó al sargento á hacer un reconocimiento.

—Viene toda una partida, se dijo; vayamos con tiento.

Era claro que la hidra de la anarquía habia salido de su agujero, y se paseaba por el barrio.

El sargento se aventuró á salir fuera del cuerpo de guardia sin hacer ruido alguno.

De repente Gavroche, empujando su carreton en el momento en que iba á desembocar en la calle de Vieilles-Haudriettes, se encontró frente á frente con un uniforme, un chacó, un plumero y un fusil.

Digitized by Google

Se detuvo por segunda vez.

—¡Calla! dijo, es él: buenos dias, órden público.

El asombro de Gavroche era muy breve, y se pasaba en seguida.

—¿A dónde vas, tunante?

—Ciudadano, dijo Gavroche, aun no os he llamado propietario. ¿Por qué me insultais?

—¿A dónde vas, pícaro?

—Caballero, respondió Gavroche, ayer erais tal vez un hombre de talento, pero le habeis perdido esta mañana.

—¿Te pregunto que á dónde vas, pillete?

Gavroche respondió:

—Hablais perfectamente: nadie dirá la edad que teneis; debíais vender vuestros pelos á cien francos por pieza, y tendríais quinientos francos.

—¿A dónde vas? ¿A dónde vas? ¿A dónde vas? bandido.

Gavroche respondió:—¡Vaya unas palabras feas! La primera vez que os den de mamar, deben limpiaros mejor la boca.

El sargento caló bayoneta.

—¿Me dirás por fin á dónde vas, miserable?

—Mi general, dijo Gavroche, voy á buscar al comadron para mi esposa que está de parto.

—¡A las armas! gritó el sargento.

Salvarse con lo mismo que ha sido causa de la perdicion es muy propio de los hombres fuertes; Gavroche midió de un golpe toda la situacion; el carreton le habia comprometido, el carreton debia protegerle.

En el momento en que el sargento iba á caer sobre Gavroche, el carreton convertido en proyectil, y lanzado con fuerza caia sobre él, y dándole en medio del vientre, le tiraba boca arriba en el arroyo, al mismo tiempo que se disparaba su fusil al aire.

Al grito del sargento salieron atropelladamente los que estaban en el cuerpo de guardia; el tiro fue seguido de una descarga general al acaso, despues de la cual cargaron los fusiles, y empezaron de nuevo el fuego.

Duró el fuego al aire un buen cuarto de hora, y mató algunos cristales.

Mientras tanto, Gavroche, que habia retrocedido corriendo, se detuvo cinco ó seis calles mas allá, y se sentó sofocado en el guarda-canton de la esquina de los Niños-Rojos.

Allí escuchó.

Digitized by Google

Despues de haber descansado un momento, se volvió hácia el sitio donde se oia el fuego, levantó la mano izquierda á la altura de la nariz, y la separó tres veces hácia adelante, dándose con la mano derecha en la nuca; gesto soberano en que la pillería parisiense ha condensado toda la ironía francesa, y que es verdaderamente eficaz, porque ha durado medio siglo.

Una amarga reflexion turbó esta alegría.

—Sí, dijo, me muero de risa, reviento de placer, pero pierdo mi camino, y tengo ahora que dar un rodeo. ¡Con tal que llegue á tiempo á la barricada!

Entonces siguió su carrera.

Y dijo corriendo:

—¡Ah! ¿dónde estaba yo?

Y volvió á entonar su cancion, pasando rápidamente por las calles, y perdiéndose en las tinieblas estos versos:

Pero como hay Bastillas
Y otros presidios,
Conviene ahora ocuparse
En destruirlos.
¡Qué viva el pueblo!
Y húndase el viejo mundo,
Ruinoso y feo.

Carlos Diez se ha marchado
Al ver la risa
De este pueblo que unánime
Le dió una silba.
Sirva de ejemplo,
Y hágase nuestro gusto
Cuando silbemos.

La alarma del cuerpo de guardia no dejó de tener resultado. El carreton fue conquistado, y el borracho hecho prisionero. El primero se puso en una leñera; el segundo fue despues perseguido ante un consejo de guerra como cómplice. El ministerio público de entonces dió pruebas en estas circunstancias de su infatigable celo por la defensa de la sociedad.

La aventura de Gavroche, que vive en la tradicion del barrio del Temple, es uno de los recuerdos mas terribles de los antiguos vecinos del Marais, y se titula en su memoria: «Ataque nocturno del cuerpo »de guardia de la Imprenta real.»

FIN DE LA CUARTA PARTE Y DEL TOMO CUARTO.

Digitized by Google

INDICE.

CUARTA PARTE.

EL IDILIO
DE
LA CALLE PLUMET
Y
LA EPOPEYA DE LA CALLE DE SAN DIONISIO.

LIBRO PRIMERO.

ALGUNAS PÁGINAS DE HISTORIA.

		Páginas.
I.	Bien cortado.	7
II.	Mal cosido.	13
III.	Luis Felipe.	17
IV.	Grietas en los cimientos.	24
V.	Hechos de donde sale la historia, ignorados por la historia.	32
VI.	Enjolras y sus tenientes.	44

LIBRO SEGUNDO.

EPONINA.

I.	El campo de la alondra.	51
II.	Formacion embrionaria de los crímenes en la incubacion de las cárceles.	57

Digitized by Google

Páginas.

III. Aparicion al señor Mabeuf.. 62
IV. Aparicion á Mario. 67

LIBRO TERCERO.

LA CASA DE LA CALLE PLUMET.

I. La casa del secreto.. 75
II. Juan Valjean, guardia nacional. 80
III. Foliis ac frondibus. 83
IV. Cambio de reja. 87
V. La rosa descubre que es una máquina de guerra. 93
VI. Empieza la batalla. 98
VII. A tristeza, tristeza y media. 102
VIII. La cadena. 108

LIBRO CUARTO.

SOCORROS DE ABAJO, QUE PUEDEN SER SOCORROS DE ARRIBA.

I. Herida por fuera, curacion por dentro. 121
II. De cómo la tia Plutarco no encontraba dificultades para esplicar un fenómeno.. 124

LIBRO QUINTO.

CUYO FIN NO SE PARECE AL PRINCIPIO.

I. La soledad y el cuartel combinados. 135
II. Miedos de Cosette. 138
III. Enriquecido con comentarios de la tia Santos. 142
IV. Un corazon bajo una piedra. 146
V. Cosette despues de la carta. 151
VI. Los viejos han nacido para salir á propósito.. 154

LIBRO SESTO.

EL NIÑO GAVROCHE.

I. Travesuras del viento. 161
II. En que se verá cómo Gavroche supo sacar partido de Napoleon el Grande. 165
III. Las peripecias de la evasion. 189

LIBRO SETIMO.

EL CALÓ.

I. Orígen. 205
II. Raices. 213

Digitized by Google

Páginas.

III. Caló que llora y caló que rie. 222
IV. Los dos deberes: velar y esperar. 227

LIBRO OCTAVO.

EL ENCANTO Y LA DESOLACION.

I. Plena luz. 235
II. El aturdimiento de la felicidad completa. 241
III. Principio de sombra. 244
IV. Cab roule en inglés, y tamború en caló. 248
V. Cosas de la noche. 256
VI. Mario desciende á la realidad, hasta el punto de dar las señas de su casa á Cosette. 258
VII. Dos corazones, uno viejo y otro jóven, frente á frente. . . . 265

LIBRO NOVENO.

¿A DONDE VAN?

I. Juan Valjean.. 281
II. Mario.. 283
III. El señor Mabeuf. 286

LIBRO DECIMO.

EL 5 DE JUNIO DE 1832.

I. La superficie de la cuestion. 293
II. El fondo de la cuestion.. 297
III. Un entierro: ocasion de renacer. 304
IV. El fervor de otro tiempo. 310
V. Originalidad de París. 316

LIBRO UNDECIMO.

EL ATOMO FRATERNIZA CON EL HURACAN.

I. Algunas aclaraciones sobre los orígenes de la poesía de Gravoche. Influencia de un académico en esta poesía. 323
II. Brujas ántes, y porteras hoy. 326
III. Justa indignacion de un peluquero.. 330
IV. El niño se admira del viejo 333
V. El anciano. 335
VI. Reclutas. 338

Digitized by Google

LIBRO DUODECIMO.

CORINTO.

Páginas.

I. Historia de Corinto desde su fundacion. 343
II. Alegría preparatoria. 349
III. La noche empieza á dominar á Grantaire. 358
IV. Courfeyrac trata de consolar á la viuda Huchelou. 362
V. Los preparativos. 366
VI. La espera. 369
VII. El hombre reclutado en la calle de Billettes. 371
VIII. Varias preguntas con motivo de un tal Le Cabuc, que probablemente no se llamaba Le Cabuc. 375

LIBRO DECIMOTERCIO.

MARIO ENTRA EN LA SOMBRA.

I. Desde la calle Plumet al barrio de San Dionisio. 383
II. Paris á vista de buho. 386
III. La orilla estrema. 389

LIBRO DECIMOCUARTO.

LA GRANDEZA DE LA DESESPERACION.

I. La bandera roja derribada. 397
II. La bandera roja izada. 400
III. Donde verá el lector que Gavroche habria hecho mejor en tomar la carabina de Enjolras. 403
IV. El barril de pólvora. 405
V. Fin de los versos de Juan Prouvaire. 408
VI. La agonía de la muerte despues de la agonía de la vida. 411
VII. Donde se vé que Gavroche era un profundo calculador de distancias. 416

LIBRO DECIMOQUINTO.

LA CALLE DEL HOMBRE-ARMADO.

I. Carta canta. 423
II. El pilluelo enemigo de las luces. 432
III. Donde se verá lo que sucedió mientras dormian Cossette y Santos. 436
IV. El esceso de celo de Gavroche. 438

Digitized by Google

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Enjolras. 44
La tia Santos. 77
¡Si yo fuese bonita! 93
Gavroche. 124
El elefante de la Bastilla. 181
.....y ató sólidamente la cuerda. 201
Mario y Cosette. 260
La bandera roja izada. 401
Muerte de Eponina. 412

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google